



LA GALATEA,
DIVIDIDA EN SEIS LIBROS,
COMPUESTA

POR

MIGUEL DE CERVANTES
Saavedra.

VA AÑADIDO
EL VIAGE DEL PARNASO
DEL MISMO AUTOR.

Año



1772.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

EN MADRID , EN LA OFICINA DE LA VIUDA DE MANUEL
FERNANDEZ.

DEDICATORIA

*AL ILUSTRISIMO SEÑOR ASCANIO
Colona , Abad de Santa Sofia.*

HA podido tanto conmigo el valor de V. S. I. que me ha quitado el miedo , que con razon debiera tener , en osar ofrecerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas considerando que el estremo de V. S. I. no solo vino á España para ilustrar las mejores Universidades de ella , sino tambien para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia profesan (especialmente los que en la de la Poesía se exercitan) no he querido perder la ocasion de seguir esta guia, pues sé que en ella , y por ella todos hallan seguro puerto , y favorable acogimiento. Hagale V. S. I. bueno á mi deseo, el qual embio delante, para dar algun sér á este mi pequeño servicio. Y si por esto no lo mereciere , merezcalo á lo menos por haver seguido algunos años las vencedoras vanderas de aquel Sol de la Milicia, que ayer nos quitó el Cielo delante de los ojos , pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas de ella , que fue el Excelentisimo padre de V. S. I. Juntando á esto el efecto de reverencia que hacian en mi animo las cosas, que (como en profecía) oí muchas veces decir de V. S. I. al Cardenal de

Aquaviva , siendo yo su Camarero en Roma. Las
quales ahora no solo las veo cumplidas, sino todo
el mundo que goza de la virtud , Christiandad,
magnificencia , y bondad de V. S. I. con que dá
cada dia señales de la clara , y generosa estirpe do
desciende : la qual en antigüedad compite con el
principio , y Principes de la grandeza Romana , y
en las virtudes , y heroycas obras con la misma
virtud , y mas encumbradas hazañas : como nos lo
certifican mil verdaderas historias , llenas de los
famosos hechos del tronco , y ramos de la Real
Casa Colona : debajo de cuya fuerza , y sitio , yo
me pongo ahora , para hacer escudo á los mur-
muradores que ninguna cosa perdonan : aunque si
V. S. I. perdona este mi atrevimiento , ni tendré
que temer , ni mas que desear , sino que nuestro
Señor guarde la Ilustrisima persona de V. S. con el
aerecentamiento de dignidad , y estado , que todos
sus servidores deseamos.

ILUSTRISIMO SEÑOR,

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

Miguel de Cervantes Saavedra.

CURIOSOS LETORES , S.

LA ocupacion de escribir Eglogas en tiempo que en general la Poesía anda tan desfavorecida , bien recelo que no será tenido por exercicio tan loable , que no sea necesario dar alguna particular satisfacion á los que siguiendo el diverso gusto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente de él, estiman por trabajo , y tiempo perdido. Mas pues à ninguna toca satisfacer á ingenios que se encierran en terminos tan limitados , solo quiero responder á los que libres de pasion con mayor fundamento se mueven à no admitir las diferencias de la Poesía vulgar , creyendo que los que en esta edad tratan de ella, se mueven à publicar sus escritos con ligera consideracion , llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones propias suele tener en los Autores de ellas. Para lo qual puedo alegar de mi parte la inclinacion que á la Poesía siempre he tenido : y la edad que habiendo apenas salido de los limites de la juventud , parece que dá licencia à semejantes ocupaciones: demás de que no puede negarse, que los estudios de esta facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo mas que medianos provechos: como son enriquecer el Poeta , considerando su propia lengua , y enseñorearse del artificio de la eloquencia: que en ella cabe para empresas mas altas , y de mayor importancia, y abrir camino para que á su imitacion los animos estrechos que en la brevedad del language antiguo quieren que se acabe la abundancia de la Lengua Castellana , entiendan que tienen campo abierto, fácil, y espacioso , por el qual , con facilidad , y dulzura , con gravedad , y eloquencia, pueden correr con libertad , descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles , graves, y levantados , que en la fertilidad de los ingenios Españoles la favorable influencia del Cielo , con tal ventaja en diversas partes ha producido , y cada hora produce en la edad dichosa nuestra , de lo qual puedo ser yo cierto testigo , que conozco algunos que con justo derecho , y sin el empacho que yo llevo , pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias , y tan diferentes las humanas dificultades , y tan varios los fines , y las acciones , que unos con deseo de gloria se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que una vez descubierto , ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso , y casi siempre engañado. Yo , no porque tenga razon para ser confiado,

he

he dado muestra de atrevido en la publicacion de este libro, sino por que no sabria determinarme de estos dos inconvenientes, qual sea el mayor, ó el de quien con ligereza, descando comunicar el talento que del Cielo ha recibido temprano, se aventura á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria, y amigos, ò el que de puro escrupuloso, perezoso, y tardío, jamás acabando de contentarse de lo que hace, y entiendo, teniendo solo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina á descubrir, y comunicar sus escritos. De manera que así como la osadía, y confianza del uno podria condenarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede: asimismo el recelo, y la tardanza del otro, es vicioso, pues tarde, ò nunca aprovecha con el fruto de su ingenio, y estudio, à los que esperan, y desean ayudas, y exemplos semejantes para pasar adelante en sus ejercicios. Huyendo de estos dos inconvenientes, no he publicado antes de ahora este Libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo mas tiempo guardado, pues para mas que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el Principe de la Poesía Latina fue calumniado en algunas de sus Eglogas, por haverse levantado mas que en las otras, y así no temeré mucho que alguno condene haver mezclado razones de Philosphia entre algunas amorosas de Pastores, que pocas veces se levantan á mas que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendole, (como en el discurso de la Obra alguna vez se hace) que muchos de los disfrazados Pastores de ella, lo eran solo en el habito, queda llana esta objecion. Las demás que en la invencion, y en la disposicion se pudieren poner, disculpelas la intencion segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del Autor, que fue de agradar, haciendo en esto lo que pudo, y alcanzó, que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de mas gusto, y de mayor artificio.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO,
al Autor.

SONETO.

Mientras del yugo Sarraceno anduvo
Tu cuello preso, y tu cerviz domada,
Y allí tu alma al de la fè amarrada,
A mas rigor, mayor firmeza tuvo;
Gozòse el Cielo, mas la tierra estuvo
Casi viuda sin tí, y desamparada
De nuestras Musas la Real morada,
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana, y tu garganta suelta,
Dentre las fuerzas barbaras confusas.
Descubre claro tu valor el Cielo,
Gozase el mundo en tu felice buelta,
Y cobra España las perdidas Musas.

DE D. LUIS DE VARGAS MANRIQUE.

SONETO.

Hicieron muestra en vos de su grandeza,
Gran Cervantes, los Dioses soberanos,
Y qual primera, dones immortales,
Sin tasa os repartió naturaleza.
Jove su rayo os dió, que es la viveza
De palabras que mueven pedernales,
Diana en exceder à los mortales
En castidad de estílo con presteza.
Mercurio las Historias marañadas,
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve,
Cupido, y Venus todos sus amores.
Apolo las Canciones concertadas,
Su Ciencia las hermanas todas nueve,
Y al fin el Dios silvestre sus Pastores.

SONETO.

SAlen del mar , y vuelven á sus senos
Despues de una velòz larga carrera,
Como á su madre universal primera,
Los hijos della largo tiempo ajenos.
Con su partida no la hacen menos,
Ni con su buelta á mas sobervia, y fiera,
Porque tjene , quedandose allà entera,
De su humor siempre sus estanques llenos.
La mar sois vos , ó Galatea estremada,
Los rjos , los loores , premio , y fruto
Con que alcanzáis la mas illustre vida:
Por mas que deis , jamás sereis menguada,
Y menos quando os dén todos tributo,
Con èl vendreis á veros mas crecida.

PRIMERO LIBRO

D E

GALATEA.

Mientras que al triste lamentable acento
 Del mal acorde son del canto mio,
 En eco amargo del cansado aliento,
 Responde el monte , el prado, el llano, el rio;
 Demos al sordo, y presuroso viento
 Las quejas, que del pecho ardiente, y frio
 Salen à mi pesar, pidiendo en vano
 Ayuda al rio, al monte, al prado, al llano.

Crece el humor de mis cansados ojos
 Las aguas de este rio, y de este prado,
 Las variadas flores son abrojos,
 Y espinas, que en el alma se han entrado:
 No escucha el alto monte mis enojos,
 Y el llano de escucharlos se ha cansado,
 Y asi un pequeño alivio al dolor mio
 No hallo en monte, en llano, en prado, en rio.

Crei que el fuego, que en el alma enciende
 El niño alado, el lazo con que aprieta,
 La red sutil con que à los Dioses prende;
 Y la furia, y rigor de su saeta,
 Que asi ofendiera como à mi me ofende,
 Al sugeto sin par, que me sujeta;
 Mas contra un alma, que es de marmol hecha,
 La red no puede, el fuego, el lazo, y flecha.

Yo si, que al fuego me consumo, y quemo,
 Y al lazo pongo humilde la garganta,

Y à la red invisible, poco temo,
 Y el rigor de la flecha no me espanta;
 Por esto soy llegado à tal estremo,
 A tanto daño, à desventura tanta,
 Que tengo por mi gloria, y mi sosiego,
 La saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio pastor, en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, quanto la fortuna, y el amor escasos: aunque los discursos del tiempo consumidor, y renovador de las humanas obras, le traxeron à terminos, que tuvo por dichosos los infinitos, y desdichados, en que se havia visto, y en los que su deseo le havian puesto, por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida, Y aunque en el pastoral, y rustico exercicio criada, fue de tan alto, y subido entendimiento, que las discretas damas en los Reales Palacios crecidas, y al discreto trato de la Corte acostumbradas, se tuvieran por dichasas de parecerla en algo, así en la discrecion, como en la hermosura, por los infinitos, y ricos dones, con que el Cielo à Galatea havia adornado. Fue querida, y con entrañable ahinco amada de muchos pastores, y ganaderos, que por las riberas de Tajo su ganado apacentaban: entre los quales, se atrevió à quererla el gallardo Elicio, con tan puro, y sincero amor, quanto la virtud, y honestidad de Galatea permitia. De Galatea, no se entiende que aborreciese à Elicio, ni menos que le amase; porque à veces, casi como convencida, y obligada à los muchos servicios de Elicio, con algun honesto favor le subia al Cielo: y otras veces, sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdennaba, que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocia. No eran las buenas partes, y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia, y bondad de Galatea, para no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto à Elicio: por lo otro, Elicio no podia, ni debia, ni queria olvidar à Galatea. Pareciale à Galatea, que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que sería demasiada ingratitud no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginabase Elicio, que pues Galatea no desdennaba sus servicios, que tendrían buen suceso sus deseos; y quando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallabáse tan contento, y atrevido,

que

que mil veces quiso descubrir à Galatea lo que con tanta dificultad encubria. Pero la discrecion de Galatea conocia bien en los movimientos del rostro, lo que Elicio en el alma traía. Y tal el suyo mostraba, que al enamorado Pastor se le elaban las palabras en la boca, y quedabase solamente con el gusto de aquel primer movimiento; por parecerle que à la honestidad de Galatea se le hacia agravio en tratarle de cosas, que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ella se transformase. Con estos altibajos de su vida, la pasaba el Pastor tan mala, que à veces tuviera por bien el mal de perderla, à trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y así un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallandose en medio de un deleytoso prado, combidado de la soledad, y del murmurio de un deleytoso arroyuelo que por el llano corria, sacando de su zurron un pulido rabel (al son del qual sus querellas al Cielo cantando comunicaba) con voz en extremo buena cantò los versos siguientes.

Amoroso pensamiento,
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto viento,
Que ni te humille el desvio,
Ni ensobrevezca el contento.
Ten un medio (si se acierta
A tenerle en tal porfia)
No huyas el alegría,
Ni menos cierres la puerta
Al llanto que amor embia.

Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,
No la llesves tan corrida:
Ni subas do no se espera;
Sino muerte en la caída.
Esa vana presuncion
En dos cosas parará,
La una en tu perdicion,
La otra en que pagará
Tus deudas el corazón.

Dèl naciste, y en naciendo
Pecaste, y pagalo èl,
Huyes dèl, y si pretendo
Recogerte un poco en èl,
Ni te alcanzo, ni te entiendo.
Ese buelo peligroso
Con que te subes al Cielo
(Si no fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso, y tu reposo.

Diràs, que quien bien se emplea,
Y se ofrece à la ventura,
Que no es posible que sca,
Del tal juzgado à locura,
El brio de que se arrea.
Y que en tan alta ocasion,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion,
Quanto mas si le conviene
Al alma, y al corazón.

Yo lo tengo así entendido,
 Mas quiero desengañarte,
 Que es señal ser atrevido,
 Tener de amor menos parte,
 Que el humilde, y encogido.
 Subes tras una beldad,
 Que no puede ser mayor,
 No entiendo tu calidad,
 Que puedas tener amor
 Con tanta desigualdad.

Que si el pensamiento mira
 Un sugeto levantado,
 Contemplalo, y se retira
 Por no ser caso acertado
 Poner tan alta la mira.

Quanto mas que el amor nace
 Junto con la confianza,
 Y en ella se ceba, y paca,
 Y en faltando la esperanza
 Como niebla se deshace.

Pues tú que ves tan distante
 El medio del fin que quieres,
 Sin esperanza, y constante,
 Si en el camino murieres,
 Morirás como ignorante.
 Pero no se te de nada,
 Que en esta empresa amorosa
 Do la causa es sublimada,
 El morir es vida honrosa,
 La pena gloria estreñada.

No dexára tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, si no sonáran á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras, ázia el lugar donde estaba se venía. Era Erastro un rustico Ganadero; pero no le valió tanto su rustica, y selvatica suerte, que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera Posesion, haciéndole querer mas que á su vida á la hermosa Galatea, á la qual sus querellas (quando ocasion se le ofrecía) declaraba. Y aunque rustico, era (como verdadero enamorado) en las cosas del amor tan discreto, que quando en ellas hablaba, parecia que el mismo amor se las mostraba, y por su lengua las profería: pero con todo eso (puesto que de Galatea eran escuchadas) eran en aquella cuenta tenidas, en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendía del ingenio de Galatea, que á cosas mas altas la inclinaba, antes tenía lastima, y embidia á Erastro. Lastima en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos. Embidia por parecerle, que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma á que sintiese los desdenes, ó favores de Galatea. De suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros lo enloquciesen. Venía Erastro acompañado de sus mastines fieles guardadores de las simples ovejuelas, que debajo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los

los hambrientos lobos. Holgándose con ellos , y por sus nombres los llamaba , dando á cada uno el titulo que su condicion , y animo merecía. A quien llamaba Leon , à quien Gavilàn , á quien Robusto , á quien Manchado , y ellos como si de entendimiento fueran dotados , con el mover las cabezas , viniéndose para él , daban à entender el gusto que de su gusto sentian. De esta manera llegó Erastro , adonde de Elicio fue agradablemente recibido , y aun rogado , que si en otra parte no havia determinado de pasar el Sol de la calurosa siesta , pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello , no le fuese enojoso pasarla en su compañía. Con nadie , respondió Erastro , la podría yo tener mejor que contigo , Elicio : si yá ni fuese con aquella que está tan enrobrescida á mis demandas , quan hecha encina á tus continuos queixidos. Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerva , dexando andar à sus anchuras el ganado , despuntando con los rumiadores dientes , las tiernas yervezuelas del hervosollano. Y como Erastro por muchas , y descubiertas señales , conocia claramente que Elicio á Galatea amaba , y que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo , en señal de que reconocía esta verdad , enmedio de sus platicas , entre otras razones , le dixo las siguientes.

No sé , gallardo , y enamorado Elicio , si havrá sido causa de darte pesadumbre el amor que á Galatea tengo , y si lo ha sido , debes perdonarme , porque jamás imaginé de enojarte , ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabia , ó cruda roña consume , y acabe mis retozadores chibatos , y mis ternezuelos corderillos , quando dexaren las tetas de las queridas madres ; no hallen en el verde prado para sustentarse , sino amargos truenos , y ponzoñosas adelfas , si no he procurado mil veces quitarla de la memoria , y si otras tantas no he andado á los Medicos , y Curas del Lugar , á que me diesen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan , que tome no sé que bebedizos de paciencia : los otros dicen , que me encomiende á Dios , que todo lo cura ; ó que todo es locura.

Permiteme , buen Elicio , que yo la quiera , pues puedes estar seguro , que si tú con tus habilidades , y estremadas gracias , y razones no la ablandas , mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido , por lo que estoy obligado á tu merecimiento : que puesto que no me la diesen , tan imposible sería dexar de amarla , como hacer que estas aguas no mojasen , ni

el Sol con sus peynados cabellos no nos alumbrase. No pudo dexar de reirse Elicio de las razones de Erastro, y del comedimiento con que la licencia de amar à Galatea le pedia: y asi le respondió. No me pesa á mí, Erastro, que tu ames à Galatea: pesame bien de entender de su condicion, que podrán poco para con ella tus verdaderas razones, y no fingidas palabras. Dete Dios tan buen suceso en tus deseos, quanto merece la sinceridad de tus pensamientos. Y de aqui adelante no dexes por mi respeto de querer à Galatea, que no soy de tan ruin condicion, que yá que á mí me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan. Antes te ruego, por lo que debes á la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversacion y amistad: pues de la mia puedes estar tan seguro, como te he certificado. Anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados. Tú al son de tu zampoña publicarás el contento, ó pena que el alegre, ó triste rostro de Galatea te causáre. Yo al de mi rabel en el silencio de las sosegadas noches, ó en el calor de las ardientes siestas, á la fresca sombra de los verdes arboles, de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré à llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al Cielo de los mios.

Y para señal de nuestro buen proposito, y verdadera amistad, en tanto que se hacen mayores las sombras de estos arboles, y el Sol àzia el Occidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, y demos principio al exercicio que de aqui adelante hemos de tener. No se hizo de rogar Erastro, antes con muestras de extraño contento, por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su zampoña, y Elicio su rabel, y comenzando el uno, y replicando el otro, cantaron lo que se sigue.

E L I C I O.

Blanda, suave, reposadamente,
 Ingrato amor, me sujetaste el día
 Que los cabellos de oro, y bella frente
 Miré del Sol, que al Sol, escurecia.
 Tu sosiego cruel, qual de serpiente,
 En las rubias madejas se escondia,
 Yo por mirar el Sol en los manojos,
 Todo vine á beberle por los ojos.

ERASTRO.

Atonito quedé ; y embelesado,
 Como estaba sin voz de piedra dura,
 Quando de Galatea el estremado
 Doñayre vi , la gracia, y hermosura,
 Amor me estaba en el siniestro lado,
 Con las saetas de oro (ay muerte dura !)
 Haciendome una puerta por do entrase
 Galatea ; y el alma me robase.

ELICIO.

Con qué milagro , Amor , abres el pecho
 Del miserable amante que te sigue,
 Y de la llaga interna que le has hecho,
 Crecida gloria nuestra que consigue?
 ¿Cómo el daño que haces es provecho?
 ¿Cómo en tu muerte alegré vida vive
 El alma que prueba estos efectos todos?
 La causa sabe , però no los modos.

ERASTRO.

No se ven tantos rostros figurados
 En rotó espejo , ó hecho por tal arte,
 Que si uno en él se mira , retratados
 Se vé una multitud en cada parte:
 Quantos nacen cuidados , y cuidados
 De un cuidado cruel que no se parte
 Del alma mia á su rigor vencida,
 Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO.

La blanca nieve ; y colorada rosa,
 Que el verano no gasta , ni el invierno,
 El Sol de dos luceros , do reposa
 El blando amor , y á do estará in eterno
 La voz , qual la de Orfeo poderosa,
 De suspender las furias del infierno,
 Y otras cosas que ví quedando ciego,
 Yesca me han hecho al invisible fuego.

LIBRO PRIMERO

ERASTRO.

Dos hermosas manzanas coloradas,
 Que tales me semejan dos mexillas,
 Y el arco de dos cejas levantadas,
 Que el de Iris no llegó á sus maravillas:
 Dos rayos, dos hileras estremadas
 De perlas entre grana, y si hay decillas,
 Mil gracias, que no tienen par, ni cuento,
 Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO.

Yo ardo, y no me abraso, vivo, y muero,
 Estoy lejos, y cerca de mí mismo,
 Espero en solo un punto, y desespero,
 Subome al Cielo, bajome al abysmo,
 Quiero lo que aborrezco, blando, y fiero;
 Me pone el amaro parasismo:
 Y con estos contrarios paso á paso,
 Cerca estoy yá del ultimo traspaso.

ERASTRO.

Yo te prometo, Elicio, que le diera
 Todo quanto en la vida me ha quedado
 A Galatea, porque me bolviera
 El alma, y corazon que me ha robado:
 Y despues del ganado, le añadiera
 Mi perro Gavilán con el Manchado:
 Pero como ella debe de ser Diosa,
 El alma querrá mas que no otra cosa.

ELICIO.

Erastro, el corazon que en alta parte
 Es puesto por el hado, suerte, ó síno,
 Quierenle derribar por fuerza, ó arte,
 O diligencia humana, es desatino.
 Debes de su ventura contentarte,
 Que aunque mueras sin ella, yo imagino,
 Que no hay vida en el mundo mas dichosa,
 Como el morir por causa tan honrosa.

Yá se aparejaba Erastro, para seguir adelante en su canto, quando sintieron por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo, y ruido : y levantandose los dos en pie por ver lo que era , vieron que del monte salia un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo , con un cuchillo desnudo en la mano , y la color del rostro mudada : y que tras él venia otro ligero pastor , que á pocos pasos alcanzò al primero , y asiendole por el cabezon del pellico, levantó el brazo en el ayre quanto pudo , y un agudo puñal que sin vayna traia, se le escondió dos veces en el cuerpo , diciendo : Recibe , ó mal lograda Leonida, la vida de este traydor, que en venganza de tu muerte sacrificio. Y esto fue con tanta presteza , que no tuvieron lugar Elicio , y Erastro de estorvarse lo, porque llegaron à tiempo que yá el herido pastor daba el ultimo aliento, embuelto en estas pocas, y mal firmadas palabras. Dexarame , Lisandro , satisfacer al Cielo con mal largo arrepentimiento , el agravio que te hice , y despues quitarasme la vida, que ahora por la causa que he dicho , mal contenta de estas carnes se aparta : y sin poder decir mas, cerró los ojos en sempiterna noche. Por las quales palabras imaginaron Elicio , y Erastro , que no con pequeña causa havia el otro pastor executado en éltan, cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso , quisieran preguntarse al pastor homicida : pero él con tirado paso , dexando al pastor muerto , y á los dos admirados, se tornó à entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle , y saber de él lo que deseaba , le vieron tornar á salir del bosque , y estando por buen espacio desviado de ellos , en alta voz les dixo : Perdonadme, comedidos pastores , si yo no lo he sido en haver hecho en vuestra presencia lo que haveis visto, porque la justa, y mortal ira, que contra ese traydor tenia concebida , no me dió lugar á mas moderados discursos. Lo que os aviso es, que si no queris enojar à la Deidad que en el alto Cielo mora , no hagais las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traydora de aqueso cuerpo que delante teneis , ni á él deis sepultura , si yá aqui en vuestra tierra no se acostumbra darla á los traydores : y diciendo esto á todo correr se volvió á entrar por el monte , con tanta priesa que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle, aunque le siguiese , y asi se volvieron los dos con tiernas entrañas , á hacer el piadoso oficio , y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo , que tan repentinamente havia acabado el curso de sus cor-

tos días. Erastro fue à su cabaña , que no lejos estaba , y trayendo suficiente aderezo, hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba , y dandole el ultimo vale , le pusieron en ella. Y no sin compasion de su desdichado caso , se volvieron á sus ganados, y recogiendo los con alguna prisa , porque yà el Sol se entraba á mas andar por las puertas del Occidente , se recogieron á sus acostumbrados albergues , donde no su sosiego de ellos , ni el poco que sus cuidados le concedian , podian apartar á Elicio de pensar, qué causas havian movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance. Y yá le pesaba de no haver seguido al pastor homicida , y saber de él si fuera posible lo que deseaba. Con este pensamiento , y con los muchos que sus amores le causaban , despues de haver dexado en segura parte su rebaño , se salió de su cabaña, como otras veces solia , y con la luz de la hermosa Diana , que resplandeciente en el Cielo demostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante , buscando algun solitario lugar , adonde en el silencio de la noche , con mas quietud pudiese soltar la rienda à sus amorosas imaginaciones , por ser çosa yà averiguada que á los tristes imaginativos corazones ninguna cosa le es de mayor gusto que la soledad despertadora de memorias tristes , ó alegres. Y así yendose poco á poco , gustando de un templado Céfiro , que en el rostro le heria , lleno de suavísimo olor, que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado , al pasar por ellas blandamente robaba embuelto en el ayre delicado, oyó una voz , como de persona , que dolorosamente se quejaba, y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento , porque el ruido no le estorvase de oír lo que era , sintió que de unas apretadas zarzas , que poco desviadas de él estaban , la entristecida voz salía. Y aunque interrota de infinitos suspiros , entendió que estas tristes razones pronunciaba. Cobarde, y temeroso brazo , enemigo mortal de lo que á tí mismo debes , mira que yà no queda de quien tomar venganza , sino de tí mismo. ¿De qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? Si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar , vives engañado ; porque no hay cosa mas fuera de remedio , que nuestra desventura : pues quien la pudiera hacer buena , la tuvo tan corta , que en los verdes años de su alegre juventud , ofreció la vida al carnicero cuchillo , que se la quitase por la traycion del malvado Carino , que oy con perder la suya , havrá aplacado en parte á aquella venturosa alma

de Leonida , si en la celeste parte donde mora , puede caber desco de venganza alguna. Ha Carino , Carino , ruego yo à los altos Cielos (si de ellos las justas plegarias son oídas) que no admitan la disculpa (si alguna dieres) de la traycion que me hiciste , y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura , asi como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa , y mal lograda Leonida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve , las lagrimas que en tu muerte derramo ; y no atribuyas á poco sentimiento , el no acabar la vida , con el que de tu muerte recibo : pues sería poca recompensa à lo que debo , y deseo sentir , el dolor que tan presto se acabase. Tú verás (si de las cosas de acá tienes cuenta) como este miserable cuerpo , quedará un dia consumido del dolor , poco á poco , para mayor pena , y sentimiento : bien asi , como la mojada , y encendida polvora , que sin hacer estrepito , ni levantar llama en alto , entre sí misma se consume , sin dexar de sí , sino el rastro de las consumidas cenizas. Dueleme , quanto puede dolerme , ó alma del alma mia , que ya que no pude gozarte en la vida , en la muerte no puedo hacerte las obsequias , y honras que à tu bondad , y virtud convenian. Pero yo te prometo , y juro , que el poco tiempo (que será bien poco) que esta apasionada anima mia rigiere la pesada carga de este miserable cuerpo , y la voz cansada tuviere aliento que la forme , de no tratar otra cosa en mis tristes , y amargas canciones , que de tus alabanzas , y merecimientos. A este punto cesó la voz , por la qual Elicio conoció claramente , que aquel era el pastor homicida , de que recibió mucho gusto , por parecerle que estaba en parte donde podria saber de él lo que deseaba. Y queriendo llegar mas cerca , hubo de tornarse á parar , porque le pareció que el pastor templaba un rabel , y quiso escuchar primero , si al son de él alguna cosa diría : y no tardó mucho , que con suave , y acordada voz oyó que de esta manera cantaba.

LISANDRO.

O alma venturosa,
 Que del humano velo,
 Libre al alta region viva volaste,
 Dexando en tenebrosa
 Carcel de desconsuelo
 Mi vida , aunque contigo la llevaste.

LIBRO PRIMERO

Sin tí, obscura dexaste
 La luz clara del día,
 Por tierra derribada,
 La esperanza fundada
 En el mas firme asiento de alegría;
 En fin con tu partida,
 Quedó vivo el dolor, muerta la vida.

Embuelto en tus despojos,
 La muerte se ha llevado
 El mas subido estremo de belleza,
 La luz de aquellos ojos,
 Que en haverte mirado
 Tenian encerrada su riqueza,
 Con presta ligereza
 Del alto pensamiento,
 Y enamorado pecho,
 La gloria se ha deshecho,
 Como la cera al Sol, ó niebla al viento,
 Y toda mi ventura
 Cierra la piedra de tu sepultura,

¿Cómo pudo la mano
 Inexorable, y cruda,
 Y el intento cruel, facinoroso!
 Del vengativo hermano,
 Dexar libre, y desnuda
 Tu alma del mortal velo hermoso?
 ¿Por qué tuvo el reposo
 De nuestros corazones?
 Que si no se acabaran,
 En uno se juntaran,
 Con honestas, y santas condiciones!
 ¡Ay fiera mano esquivada,
 Cómo ordenaste que muriendo viva!

En llanto sempiterno
 Mi anima mezquina,
 Los años pasará meses, y días,

La tuya en gozo eterno,
 Y edad firme, y continua,
 No temerá del tiempo las porfías;
 Con dulces alegrías
 Verás firme la gloria,
 Que tu loable vida
 Te tuvo merecida,
 Y si puede caber en tu memoria
 Del suelo no perderla,
 De quien tantos te amó debes tenerla.

Mas, ó quan simple he sido!
 Alma bendita, y bella,
 De pedir que te acuerdes, ni aun burlando,
 De mí que te he querido,
 Pues sé que mi querella,
 Se irá con tal favor eternizando,
 Mejor es, que pensando
 Que soy de ti olvidado,
 Me apriete con mi llaga,
 Haga que se deshaga,
 Con el dolor la vida que ha quedado,
 Con tan estraña suerte,
 Que no tiene por mal el de la muerte,

Goza en el santo coro,
 Con otras almas santas,
 Alma de áquel seguro bien eterno,
 Alto rico tesoro,
 Mercedes gracias tantas,
 Que goza el que no huye el buen sendero;
 Allí gozar espero,
 Si por tus pasos guío,
 Contigo en paz entera
 De eterna primavera,
 Sin temor, sobresalto, ni desvío,
 A esto me encamina,
 Pues será hazaña de tus obras dina.

Y pues vosotras, celestiales almas,
 Veis el bien que desco,
 Quitad las alas á tan buen desco.

Aquí cesó la voz; pero no los suspiros del desdichado que cantado havia, y lo uno, y lo otro, fue parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quien era. Y rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar mas presto á do la voz salia, salió á un pequeño prado, que todo en redondo, á manera de teatro, de espesísimas, é intrincadas matas estaba ceñido, en el qual vió un pastor, que con estremado brio estaba con el pie derecho delante, y el izquierdo atrás, y el diestro brazo levantado, á guisa de quien esperaba hacer algun recio tiro. Y así era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas havia hecho, pensando ser alguna fiera (de la qual convenia defenderse el pastor del bosque) se havia puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenia. Elicio, conociendo por su postura su intento, antes que le efectuase, le dixo. Sosiega el pecho, lastimado pastor, que el que aquí viene trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres, y quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lagrimas, y turbar el alivio, que de estar solo se te podria seguir. Con estas blandas, y comedidas palabras de Elicio, se sosegó el pastor, y con no menos blandura, le respondió diciendo: Tu buen ofrecimiento agradezco qualquiera que tu seas, comedido pastor, pero si ventura quieres saber de mí, que nunca la tuve, mal podràs ser satisfecho. Verdad dices, respondió Elicio, pues por las palabras, y quejas, que esta noche te he oído, muestras bien claro la poca, ó ninguna que tienes, pero no menos satisfaràs mi deseo, con decirme tus trabajos, que con declararme tus contentos: y así la fortuna te los dé en lo que desees, que no me niegues lo que te suplico, si yá el no conocerme no lo impide: aunque para asegurarte, y moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto, que es razon las miserias que me contares. Esto te digo, porque sé que no hay cosa mas escusada, y aun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmado de contentos. Tus buenas razones me obligan, respondió el pastor, á que te satisfaga en lo que me pides: así, porque no imagines, que de poco, y acobardado animo nacen las quejas

jas, y lamentaciones, que dices que de mí has oído, como por- que conozcas que aun es muy poco el sentimiento que muestro, á la causa que tengo de mostrarlo. Elicio se lo agradeció mucho, y despues de haver pasado entre los dos mas palabras de come- dimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pas- tor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofreci- mientos, vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentandose los dos sobre la verde yerva, cubiertos con el resplandor de la her- mosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano com- petir podía; el pastor del bosque, con muestras de un tierno dolor, comenzó á decir de esta manera.

En las riberas de Betis, caudalosisimo Rio, que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que este es el nombre des- dichado mio) y de tan nobles padres, qual pluguiera al Sobera- no Dios, que en mas baja fortuna fuera engendrado: porque muchas veces la nobleza del linage, pone alas, y esfuerza el animo à levantar los ojos, adonde la humilde suerte no osará jamás le- vantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder à menudo se- mejantes calamidades, como las que de mí oirás, si con aten- cion me escuchas. Nació asimismo en mi Aldéa una pastora, cuyo nombre era Leonida, suma de toda la hermosura, que en gran parte de la tierra (segun yo imagino) pudiera hallarse. De no menos nobles, y ricos padres nacida, que su hermosura, y virtud merecian. De do nació, que por ser los parientes de en- trambo de los mas principales del Lugar, y estár en ellos el mando, y gobernacion del Pueblo, la envidia (enemiga mortal de la sosegada vida) sobre algunas diferencias del gobierno del Pueblo, vino á poner entre ellos zizaña, y mortalisima discor- dia. De manera, que el Pueblo fue dividido en dos parcialida- des, la una seguia la de mis parientes, la otra la de los de Leo- nida. Con tan arraygado rencor, y mal animo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó, pues, la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amis- tad, que yo me enamorase de la hermosa Leonida, hija de Par- mindro, principal cabeza del vando contrario, y fue mi amor tan de veras, que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venia á parar á quedar mas ven- cido, y sujeto. Poniaseme delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi desco. me estorvaban, como eran el mucho

valor de Leonida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas, ó ninguna que se me ofrecian para descubrirle mi pensamiento. Y con todo esto, quando ponía los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leonida, qualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecia poco romper por entre agudas puntas de diamantes, para llegar al fin de mis amorosos, y honestos pensamientos.

Haviendo, pues, por muchos dias combatido conmigo mismo, por vér si podría apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria á considerar con qual podría dár á entender á Leonida el secreto amor de mi pecho. Y como los principios en qualquier negocio, sean siempre dificultosos, en los que tratan de amor son (por la mayor parte) dificultosísimos: hasta que el mismo amor, quando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que están mas cerradas, y así se pareció en mí, pues guiado por su pensamiento el mio, vine á imaginar, que ningun medio se ofrecia mejor á mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora, que era en grande extremo amiga de Leonida, y muchas veces la una á la otra, en compañía de sus padres, en sus casas se visitaban. Tenia Silvia un pariente, que se llamaba Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leonida, cuya bizarría, y aspereza de costumbres, le havian dado renombre de cruel, y así de todos los que le conocian, el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado: y ni mas, ni menos á Carino el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido, y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban, del qual, y de Silvia (por parecerme que me convenia) con el medio de muchos presentes, y dadas, forjé la amistad (al parecer) posible, á lo menos de parte de Silvia fue mas firme de lo que yo quisiera, pues los regalos, y favores, que ella con limpias entrañas me hacia (obligada de mis continuos servicios) tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo. Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazon de Crisalvo se movió á amarla: y esto yo no lo supe, sino con mi daño, y de allí á muchos dias, y yá que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia. Un día, ofreciendose comodidad, con las mas tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga

de

de mi lastimado pecho, diciendole, que aunque era tan profunda, y peligrosa, no la sentía tanto, solo por imaginar que en su solitud estaba el remedio de ella, advirtiendole asimismo el honesto fin á que mis pensamientos se encaminaban, que era juntarme por legitimo matrimonio con la bella Leonida: y que pues era causa tan justa, y buena, no se havia de desdeñar de tomarla á su cargo. En fin, por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le dixese, que ella, vencida de ellas, y mas por la pena que ella, como discreta, por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio, y decir á Leonida lo que yo por ella sentía, prometiendo de hacer por mí todo quanto su fuerza, é industria alcanzase, puesto que se le hacía dificultosa tal empresa, por la inimizia grande que entre nuestros padres conocía, aunque por otra parte imaginaba poder dár principio al fin de sus discordias, si Leonida conmigo se casase. Movida, pues, con esta buena intencion, y enternecida con lagrimas, que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento, y discurriendo consigo, qué entrada tendría para con Leonida, me mandó que le escribiese una carta, la qual ella se ofrecía á darla quando tiempo le pareciese. Parecióme á mí bien su parecer, y aquel mismo dia le embiè una, que por haver sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria: puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste, como es el en que ahora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasion de ponerla en las manos de Leonida. No, dixo Elicio, (atajando las razones de Lisandro) no es justo que me dexes de decir la carta que á Leonida embiaste, que por ser la primera, y por hallarte tan enamorado en aquella sazón, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria, y el gusto que por ella grangeaste, no me lo niegues ahora en no decirmela. Bien dices, amigo, respondió Lisandro, que yo estaba entonces tan enamorado, y temeroso, como ahora descontento, y desesperado, y por esta razon me parece, que no acerté á decir alguna, aunque fue harto acertamiento que Leonida las creyese las que en la carta iban. Yá que tanto deseas saberlas, decía de esta manera.

EL MISMO SUPLENTE DE LA CARTA DE LISANDRO A LEONIDA.

Mientras que he podido (aunque con grandísimo dolor mio) resistir con las propias fuerzas à la amorosa llama, que por tí, ó hermosa Leonida, me abrasa; jamás he tenido ardimiento (temeroso del subido valor que en tí conozco) de descubrirte el amor que te tengo. Mas ya que es consumida aquella virtud; que hasta aquí me ha hecho fuerte; hame sido forzoso, descubriendo la llaga de mi pecho; tentar con escribirte tu primero, y ultimo remedio. Que sea el primero, tú lo sabes, y de ser el ultimo está en tu mano, de la qual espero la misericordia que tu hermosura promete, y mis honestos deseos merecen. Los quales, y el fin adonde se encaminan conocerás de Silvia, que ésta te dará. Y pues ella se ha atrevido (con ser quien es) á llevartela, entiendo que son tan justos, quanto á tu merecimiento se deben.

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro: el qual prosiguiendo la historia de sus amores, dixo: No pasaron muchos días sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leonida, por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga: la qual, junto con darsela, le dixo tales cosas, que con ellas templó en gran parte la ira, y alteracion que con mi carta Leonida havia recibido. Como fue decirle, quanto bien se seguiría, si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa: y que el fin de tan buena intencion la havia de mover á no desechar mis deseos: quanto mas que no se debía compadecer con su hermosura, dexar morir sin mas respeto á quien tanto como yo la amaba: añadiendo à estas otras razones, que Leonida conoció que lo eran. Pero por no mostrarse al primer encuentro rendida, y á los primeros pasos alcanzada, no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto, por intercesion de Silvia, que á ello le forzó, respondió con esta carta, que ahora te diré.

LEONIDA A LISANDRO.

Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevimiento havia nacido de mi poca honestidad, en mí misma executára la pena que tu culpa merece. Pero por asegurarme de esto, lo que yo
de

de mí conozco, vengo á conocer, que mas ha procedido: tu osadía de pensamientos ociosos; que de enamorados. Y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover á mí para remediarlos, como á Silvia para crearlos. De la qual tengo mas queja, por haverme forzado à responderte, que de tí que te atreviste á escribirme, pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener mas cuenta con mi honra, que con tus vanidades.

Esta fue la respuesta de Leonida, la qual, junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella parecia algo aspera, me hizo tener por el mas bien afortunado del mundo. Mientras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalvo de solicitar à Silvia con infinitos mensajes, presentes, y servicios: mas era tan fuerte, y desabrida la condicion de Crisalvo, que jamás pudo mover à la de Silvia, á que un pequeño favor le diese. De lo qual estaba tan desesperado, é impaciente, como un agarrochado, y vencido toro. Por causa de sus amores havia tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, haviendo los dos sido primero mortales enemigos: Porque en cierta lucha que un día de una grande fiesta, delante de todo el Pueblo, los Zagales mas diestros del Lugar tuvieron, Carino fue vencido de Crisalvo, y maltratado. De manera, que concibió en su corazon odio perpetuo contra Crisalvo: Y no menos lo tenía contra otro hermano mio, por haverle sido contrario en unos amores, de los quales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor, y mala voluntad tuvo Carino secreto hasta que el tiempo le descubrió ocasion como à un mismo punto se vengase de entrambos, por el mas cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenía por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese. Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia. Y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leonida venia à casa de Silvia, Carino la acompañaba. Por la qual causa le pareció bien á Silvia darle cuenta (pues era mi amigo) de los amores que yo con Leonida trataba, que en aquella sazón andaban yá tan vivos, y venturosos (por la buena intercesion de Silvia) que yá no esperabamos sino tiempo, y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos. Los quales sabidos de Carino, me tomó por

instrumento para hacer la mayor traycion del mundo. Porque un dia (haciendo del leal con Crisalvo ; y dandole á entender que tenia en mas su amistad que la honra de su parenta) le dixo , que la principal causa por que Silvia no le amaba , ni favorecia , era por estar de mí enamorada , y que él lo sabia infaliblemente : y que ya nuestros amores iban tan al descubierto , que si él no huviera estado ciego de la pasion amorosa , en mil señales lo huviera ya reconocido. Y que para certificarse mas de la verdad que le decia , que de allí adelante mirase en ello , porque veria claramente como (sin empacho alguno) Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalvo , como pareció por lo que de ellas sucedió. De allí adelante Crisalvo traía espías , por vér lo que yo con Silvia pasaba. Y como yo muchas veces procurase hallarme solo con ella , para tratar , no de los amores que él pensaba , sino de lo que á los míos convenia ; eranle á Crisalvo referidas , con otros favores , que (de limpia amistad procedidos) Silvia á cada paso me hacia. Por lo que vino Crisalvo á terminos tan desesperados , que muchas veces procuró matarme , aunque yo no pensaba que era por semejante ocasion , sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser él hermano de Leonida , tenia yo mas cuenta con guardarme , que con ofenderle , teniendo por cierto , que si yo con su hermana me casaba , tendrian fin nuestras enemistades , de lo que él estaba bien ageno , antes se pensaba que por serle yo enemigo havia procurado tratar amores con Silvia , y no porque yo bien la quisiese. Y esto le acrecentaba la colera , y enojo de manera , que le sacaba de juicio ; aunque él tenia tan poco , que poco era menester para acabarse-lo. Y pudo tanto en él este mal pensamiento , que vino á aborrecer á Silvia tanto , quanto la havia querido , solo porque á mí me favorecia , no con la voluntad que él pensaba , sino como Carino le decia. Y asi en qualesquier corrillos , y juntas que se hallaba , decia mal de Silvia , dandole titulos , y renombres deshonestos. Pero como todos conocian su terrible condicion , y la bondad de Silvia , daban poco , ó ningun credito à sus palabras. En este medio havia concertado Silvia con Leonida , que los dos nos desposasemos : y que para que mas á nuestro salvo se hiciese , sería bien que un dia , que con Carino Leonida viniese á su casa , no bolviese por aquella noche á las de sus padres , sino que desde

allí en compañía de Carino se fuese á una Aldéa, que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes míos vivían, en cuya casa con mas quietud podíamos poner en efecto nuestras intenciones. Porque si del suceso de ellas los padres de Leonida no fuesen contentos, á lo menos estando ella ausente, sería mas facil el concertarse. Tomado, pues, este apuntamiento, y dando cuenta de él á Carino, le ofreció (con muestras de grandísimo animo) que llevaria á Leonida á la otra Aldéa, como ella fuese contenta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dixé, los abrazos que le dí, me parece que bastáran á deshacer en un corazon de acero qualquiera mala intencion que contra mí tuviera. Pero el traydor de Carino, echando á las espaldas mis palabras, obras, y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debia, ordenó la traycion que ahora oirás. Informado Carino de la voluntad de Leonida, y viendo ser conforme á la que Silvia le havia dicho, ordenó que la primera noche que (por las muestras del día) entendiesen que havia de ser obscura, se pusiese por obra la ida de Leonida, ofreciendose de nuevo á guardar el secreto, y lealtad posible.

Despues de hecho este concierto que has oído, se fue á Crisalvo (segun despues acá he sabido) y le dixo, que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traía, que en una cierta noche havia determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra Aldéa, do mis parientes moraban, donde se le ofrecia coyuntura de vengar su corazon en entrambos, en Silvia por la poca cuenta que de sus servicios havia hecho, en mí por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le havia hecho en quitarle á Silvia, pues por solo mi respeto le dexaba. De tal manera le supo encarecer, y decir Carino lo que quiso, que con mucho menos á otro corazon, no tan cruel como el suyo, moviera á qualquier mal pensamiento. Llegado, pues, yá el día (que yo pensé que fuera el de mi mayor contento) dexando dicho á Carino, no lo que hizo, sino lo que havia de hacer, me fui á la otra Aldéa á dár orden como recibir á Leonida. Y fue el dexarla encomendada á Carino, como quien dexa á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ò la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilán que la despedace. Ay amigo, que llegando á este paso con la imaginacion, no sé como tengo fuerzas para sostener la vi-

da, ni pensamiento para pensarlo, quanto mas lengua para decirlo. Ay mal aconsejado Lisandro, ¿cómo, y no sabías tú las condiciones dobladas de Carino? ¿Mas quien no se fiara de sus palabras, aventurando èl tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? ¡Ay mal lograda Leonida, quan mal supe gozar de la merced que me hiciste en escogerme por tuyo! En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto pastor, que la noche que Carino havia de traer consigo á Leonida á la Aldèa, donde yo la esperaba, èl llamó à otro pastor, (que debia de tener por enemigo, aunque èl se lo encubria debajo de su falsa acostumbrada disimulacion) el qual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañía, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada, á la Aldèa, que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo, y enamorado, con facilidad le ofreció su compañía. Despidiòse Leonida de Silvia con estrechos abrazos, y amorosas lagrimas, como presaga que havia de ser la ultima despedida. Debia de considerar entonces la sin ventura la traycion que á sus padres hacia, y no la que á ella Carino le ordenaba. Y quan mala cuenta daba de la buena opinión, que de ella en el pueblo se tenia. Mas pasando de paso por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencia, se entregò á la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la traxesc. Quantas veces se viene á la memoria (llegando á este punto) lo que soñè el dia, que le tuviera yo por dichoso, si en èl feneciera la cuenta de los de mi vida. Acuerdome, que saliendo del Aldèa un poco antes que el Sol acabase de quitar sus rayos de nuestro Orizonte, me senté al pie de un alto fresno en el mismo camino por donde Leonida havia de venir, esperando que cerrase algo mas la noche para adelantarme, y recibirla, y sin saber como, y sin yo quererlo, me quedè dormido; y apenas huve entregado los ojos al sueño, quando me pareció que el arbol, donde estaba arrimado, rindiendose á la furia de un recisimo viento que soplabá, desarraigando las hondas raíces de la tierra, sobre mi cuerpo se caía, y que procurando yo evadirme del grave peso, á una, y á otra parte me rebolvia: y estando en esta pesadumbre, me pareció ver una blanca cierva junto à mí, á la qual yo ahincadamente suplicaba, que como mejor pudiese, apartase de mis hombros la pesada carga: y que queriendo ella, movida de compasion, hacerlo,

al mismo instante salió un fiero Leon del bosque , y cogiendola entre sus agudas uñas , se metia con ella por el bosque adelante; y que despues que con gran trabajo me havia escapado del grave peso , la iba á buscar al monte , y la hallaba despedazada , y herida por mil partes : de lo qual tanto dolor sentia , que el alma se me arrancaba , solo por la compasion que ella havia mostrado de mi trabajo : y asi comencé á llorar entre sueños , de manera que las mismas lagrimas me despertaron ; y hallando las mexillas bañadas del llanto , quedè fuera de mí , considerando lo que havia soñado ; pero con la alegria que esperaba tener de ver à mi Leonida , no eché de ver entonces que la fortuna entre sueños me mostraba lo que de alli á poco rato despierto me havia de suceder. A la sazón que yo despertè , acababa de cerrar la noche con tanta obscuridad , con tan espantosos truenos , y relampagos , como convenia para cometerse con mas facilidad la crueldad que en ella se cometiò. Asi como Carino salió de casa de Silvia con Leonida , se la entregò à Libeo , diciendole , que se fuese con ella por el camino de la Aldèa que he dicho : y aunque Leonida se alteró de ver à Libeo , Carino la aseguró , que no era menor amigo mio Libeo que él propio , y que con toda seguridad podia ir con èl poco à poco , en tanto que èl se adelantaba à darme à mí las nuevas de su llegada , Creyò la simple (en fin , como enamorada) las palabras del falso Carinò , y con menor recelo del que convenia , guiada del comedido Libeo , tendia los temerosos pasos para venir à buscar el ultimo de su vida , pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos , como yà te he dicho , y vino à dár aviso à Crisalvo de lo que pasaba , el qual , con otros quatro parientes suyos , en el mismo camino por donde havian de pasar (que todo era cerrado de bosque , de una , y otra parte) escondidos estaban ; y dixoles como Silvia venia , y solo yo que la acompañaba , y que se alegrasen de la buena ocasion , que la suerte les ponía en las manos para vengarse de la injuria que los dos le haviamos hecho , y que èl sería el primero que en Silvia (aunque era parienta suya) probase los filos de su cuchillo. Apercibieronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos , que tan sin cuidado de traycion semejante por el camino se venian ; los quales llegados á do lo cecada estaba , al instante fueron con ellos los perfidos homicidas , y

cerraronlos enmedio : Crisalvo se llegó á Leonida , pensando ser Silvia , y con injuriosas , y turbadas palabras , con la infernal colera que le señoreaba , con seis mortales heridas la dexó tendida en el suelo , à tiempo que yá Libeo por los otros quatro (creyendo que à mí me las daban) con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra : Carino que vió quan bien havia salido el traydor intento suyo , sin aguardar razones , se les quitó delante ; y los cinco traydores contentisimos , como si huvieran hecho alguna famosa hazaña , se bolvieron à su Aldèa , y Crisalvo se fue à casa de Silvia à dár èl mismo à sus padres la nueva de lo que havia hecho , por acrecentarles el pesar , y sentimiento : diciendoles , que fuesen à dár sepultura à su hija Silvia , à quien él havia quitado la vida , por haver hecho mas caudal de la fria voluntad de Lisandro su enemigo , que no de los continuos servicios suyos. Silvia que sintió lo que Crisalvo decia (dandole el alma lo que havia sido) le dixo como ella estaba viva , y aun libre de todo lo que la imputaba , y que mirase no huviese muerto á quien le doliese mas su muerte , que perder èl mismo la vida. Y con esto le dixo , que su hermana Leonida se havia partido aquella noche de su casa en trage no acostumbrado. Atonito quedó Crisalvo de vér à Silvia viva , teniendo èl por cierto que la dexaba yá muerta , y con un pequeño sobresalto acudió luego à su casa , y no hallando en ella à su hermana , con grandísima confusion , y furia , volvió él solo à vér quien era la que havia muerto , pues Silvia estaba viva. Mientras todas estas cosas pasaban , estaba yo con una ansia estraña esperando à Carino , y Leonida ; y pareciendome que yá tardaban mas de lo que debian , quise ir à encontrarlos , ò à saber si por algun caso aquella noche se havian detenido , y no anduve mucho por el camino , quando oí una lastimada voz , que decia : O Soberano hacedor del Cielo , encoge la mano de tu justicia , y abre la de tu misericordia para tenerla de esta alma , que presto te darà cuenta de las ofensas que te ha hecho. ¡Ay Lisandro , Lisandro , y como la amistad de Carino te costará la vida , pues no es posible que te la acabe el dolor de haverla yo por tí perdido ! ¡Ay cruel hermano ! ¿Es posible que sin óir mis disculpas , tan presto me quisilte dár la pena de mi verro ? Quando estas razones oí , en la voz , y en ellas conocí luego ser Leonida la que las decia. Y présago de mi desventura , con el sentido turbado , fui à tiento à dár adonde Leonida estaba embuelta en su propia

pia sangre, y haviendola conocido luego, dexandome caer sobre el herido cuerpo (haciendo los estremos de dolor posible) le dix-
 xe : ¿Qué desdicha es esta, bien mio? Anima mia, ¿qual fue la cruel
 mano que no ha tenido respeto á tanta hermosura? En estas pala-
 bras fui conocido de Leonida; y levantando, con gran trabajo,
 los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando
 con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mia, con
 flacas, y mal pronunciadas razones, me **dixó** solas estas : Mi her-
 mano me ha muerto, Carino vendido, Libeo está sin vida, la
 qual te dé Dios à tí, Lisandro mio, largos, y felices años, y á mi
 me dexé gozar en la otra del reposo que aqui me ha negado; y
 juntando mas su boca con la mia, haviendo cerrado los labios pa-
 ra darme el primero, y ultimo beso, al abrirles se le salió el alma,
 y quedó muerta en mis brazos. Quando yo lo sentí, abandonan-
 dome sobre el cuerpo, quedé sin ningun sentido. Y si como era
 yò el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera, el la-
 mentable de Piramo, y Tisbe traxera à la memoria. Mas despues
 que volví en mí, abriendo yá la boca para llenar el ayre de voces,
 y suspiros, sentí que ázia donde yo estaba venia uno con apresu-
 rados pasos : y llegando cerca, (aunque la noche hacia obscura)
 los ojos del alma me dieron à conocer, que el que allí venia era
Crisalvo, como era la verdad : él tornaba à certificarse, si por
 ventura era su hermana Leonida la que havia muerto. Y como yo
 le conocí, sin que de mí se guardase, llegué à él como sañudo
 leon, y dandole dos heridas, di con él en tierra : y antes que aca-
 base de espirar, le llevé arrastrando adonde Leonida estaba, y
 poniendo en la mano muerta de Leonida el puñal que su hermano
 traía, (que era el mismo con que ella havia muerto) ayudandole
 yo á ello, tres veces se le hiqué por el corazón. Y consolado en al-
 go el mio con la muerte de Crisalvo, sin mas detenerme, tomé so-
 bre mis hombros el cuerpo de Leonida, y llevéle à la Aldéa donde
 mis parientes vivian. Y contandoles el caso; les rogué le diesen
 honrada sepultura, y luego determiné de tomar en Carino la ven-
 ganza que en Crisalvo, el qual, por haverse ausentado de nuestra Al-
 déa, se ha tardado hasta oy que le hallé á la salida de este bosque,
 despues de haver seis meses que ando en su demanda : él ha hecho yá
 el fin que su traycion merecia : y á mí no me queda yá de quien
 tomar venganza, sino es de la vida, que tan contra mi voluntad
 sostengo. Esta es, Pastor, la causa de do proceden los lamentos
 que

que me has oído. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, á tu buena discrecion dexo que lo considere. Y con esto dió fin á su platica, y principio á tantas lagrimas, que no pudo dexar Elicio de tenerle compañía en ellas; pero despues que por largo espacio havian desfogado con tiernos suspiros, el uno la pena que sentia, el otro la compasion que de ella tomaba, Elicio comenzó, con las mejores razones que supo, á consolar á Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo, como por el suceso de él havia visto: y entre otras cosas que le dixo, y la que á Lisandro mas le quadró, fue decirle: que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno; y que pues de la honestidad, y noble condicion de Leonida se podría creer (segun él decia) que de dulce vida gozaba: antes debia alegrarse del bien que ella havia ganado, que no entristecerse por el que él havia perdido. A lo qual respondió Lisandro: Bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones, para hacerme creer que son verdaderas: pero no que la tienen (ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere) para darme consuelo alguno: en la muerte de Leonida comenzó mi desventura, la qual se acabará quando yo la torne á ver: y pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere á procurar la muerte, tendré yo por mas amigo de mi vida. No quiso Elicio darle mas pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenia por tales: solo le rogó que se viniese con él á su cabaña, en la qual estaria todo el tiempo que gusto le diese, ofreciendole su amistad en todo aquello que podría ser bueno para servirle. Lisandro se lo agradeció quanto fue posible: y aunque no queria acetar el venir con Elicio, todavia lo huvo de hacer, forzado de su importunacion: y asi los dos se levantaron, y se vinieron á la cabaña de Elicio, donde reposaron lo poco que de la noche quedaba. Pero yá que la blanca Aurora dexaba el lecho del zeloso marido, y comenzaba á dár muestras del venidero dia, levantandose Erastro, comenzó de poner en orden el ganado de Elicio, y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado. Elicio combidò á Lisandro á que con él se viniese; y asi viniendo los tres Pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, al subir de una ladera, oyeron el sonido de una suave zampoña, que luego por los dos enamorados Elicio, y Erastro fue conocido, que era Galatea quien la sonaba, y no tardó m-
cho

cho, que por la cumbre de la cuesta se comenzaron à descubrir algunas ovejas, y luego trás ellas Galatea, cuya hermosura era tanta, que sería mejor dexarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venia vestida de Serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo Sol parecia tener envidia, porque hiriendolos con sus rayos, procuraba quitarles la luz, si pudiera; mas la que salía de la vislumbre de ellos, otro nuevo Sol semejante. Estaba Erastro fuera de sí mirandola, y Elicio no podia apartar los ojos de verla. Quando Galatea vió que el rebaño de Elicio, y Erastro con el suyo se juntaba, mostrando no gustar de tenerles aquel dia compañía, llamó à la borrega mansa de su manada, á la qual siguieron las demás, y encaminòla á otra parte diferente de la que los Pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacia, sin poder sufrir tan notorio desden, llegando á do la Pastora estaba, le dixo: Dexa, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro, y si no gustas de nuestra compañía, escoge la que mas te agradare, que no por tu ausencia dexarán tus ovejas de ser bien apacentadas, pues yo que nací para servirte, tendré mas cuenta de ellas, que de las mías propias; y no quieras tan á la clara desdeñarme, pues no lo mercede la limpia voluntad que te tengo, que segun el viage que traías, à la Fuente de las Pizarras te encaminabas, y ahora que me has visto quieres torcer el camino: y si esto es asi como pienso, dime adonde quieres oy, y siempre apacentar tu ganado, que yo te juro de no llevar alli jamás el mio. Yo te prometo, Elicio, respondiò Galatea, que no por huir de tu compañía, ni de la de Erastro, he buuelto del camino que tu imaginas que llevaba, porque mi intencion es pasar oy la siesta en el Arroyo de las Palmas en compañía de mi amiga Florisa, que allà me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apacentar oy alli nuestros ganados; y como yo venia descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomò el camino de las Pizarras, como de ella mas acostumbrao: la voluntad que me tienes, y ofrecimientos que me haces te agradezco, y no tengas en poco haver dado yo disculpa á tu sospecha. Ay Galatea! replicó Elicio, y quan bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer mas de lo que tu quieres: ora vayas al Arroyo de las Palmas, al Soto del Concejo, ò á la Fuente de las Pizarras, tén por cierto que no has de ir

sola, que siempre mi alma te acompaña, y si tú no la ves, es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla. Hasta ahora, respondió Galatea, tengo por vér la primera alma, y así no tengo culpa si no he remediado ninguna. No sè como puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas, y no para curarlas. Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir que yo sin armas (pues á mugeres no son concedidas) haya herido á nadie. Ay, discreta Galatea, dixo Elicio, como te burlas con lo que de mi alma sientes, á la qual invisiblemente has llegado, y no con otras armas que con las de tu hermosura. Y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco. En menos me tendria yo, respondió Galatea, si en mas le tuviese. A esta sazón llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba, y los dexaba, le dixo: ¿Adonde vás, ó de quien huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros que te adoramos te alejas, ¿quien esperará de ti compañía? Ay, enemiga, quan al desgayre te vás, triunfando de nuestras voluntades. El Cielo destruya la buena que tengo, si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tu estimas las mias. ¿Rieste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tú haces. No pudo Galatea responder á Erastro, porque andaba guiando su ganado ázia el Arroyo de las Palmas, y bajando desde lejos la cabeza, en señal de despedirse, los dexó: y como se vió sola, en tanto que llegaba á donde su amiga Florisa creyó que estaria, con la estremada voz que el Cielo plugo darle, fue cantando este soneto.

GALATEA.

Afuera el fuego, el lazo, el yelo, y flecha
 De amor que abrasa, aprieta, enfria, y yere,
 Que tal llama mi alma no la quiere,
 Ni queda del tal nudo satisfècha.
 Consuma, ciña, yele, mate, estrecha
 Tengo otra voluntad quanto quisiere,
 Que por dardo, ó por nieve, ó red no espere
 Tener la mia en su color desecha.
 Su fuego enfriará mi casto intento,
 El nudo romperè por fuerza, ó arte,
 La nieve deshará mi ardiente celo.

La flecha embotará mi pensamiento,
Y así no temeré en segura parte,
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el yelo.

Con mas justa causa se pudieran parar los brutos, mover los arboles, y juntar las piedras á escuchar el suave canto, y dulce harmonía de Galatea, que quando á la Citara de Orfeo, Lira de Apolo, y musica de Anfion, los muros de Troya, y Tebas, por sí mismos se fundaron, sin que Artifice alguno pusiese en ellos las manos: y las hermanas negras, moradoras del hondo Caos, á la estremada voz del incauto amante se ablandaron. El acabar el canto Galatea, y llegar adonde Florisa estaba fue todo á un tiempo, de la qual fue con alegre rostro recibida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba; y despues que las dos dexaron ir á su alvedrio sus ganados, á que de la verde yerva paciesen, combidadas de la claridad del agua de un arroyo que por allí corría, determinaron de lavarse los hermosos rostros: (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano, y enfadoso artificio con que los suyos martyrizan las damas, que en las grandes Ciudades se tienen por mas hermosas) tan hermosas quedaron despues de lavadas como antes lo estaban, excepto que por haver llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron sus mexillas encendidas, y sonroseadas, de modo que un no sé qué de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres gracias, á quien los antiguos Griegos pintaban desnudas, por mostrar entre otros efectos, que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intencion de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traian. En este exercicio andaban ocupadas las dos hermosas Pastoras, quando por el arroyo abajo vieron al improviso venir una Pastora de gentil donayre, y postura, de que no poco se admiraron, porque las pareció que no era Pastora de su aldéa, ni de las otras comarcas á ella, á cuya causa con mas atencion la miraron, y vieron que venía poco á poco ázia donde ellas estaban; y aunque estaban bien cerca, ella venía tan embebida, y transportada en sus pensamientos, que nunca las vió, hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y buel-

tos los ojos al Cielo, daba unos suspiros tan dolorosos, que de lo mas intimo de sus entrañas parecian arrancados ; torcía asimismo sus blancas manos, y dexaba correr por sus mexillas algunas lagrimas, que liquidas perlas semejabán. Por los estremos de dolor que la Pastora hacía, conocieron Galatea, y Florisa que de algun interno dolor traía el alma ocupada, y por vér en qué paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde allí, con curiosos ojos, miraban lo que la Pastora hacía : la qual, llegando al margen del arroyo ; con atentos ojos, se paró á mirar el agua que por él corria, y dexandose caer á la orilla de él, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la qual, lavandose los humedos ojos, con voz baja, y debilitada, dixo : ¡Ay claras, y frescas aguas, quan poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras (ni aun de todas las que contiene el gran mar Oceano) el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, harias el mismo efecto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua, que mas su llama acrecienta. ¡Ay tristes ojos ! causadores de mi perdicion, ¡y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caída! ¡Ay fortuna ! enemiga de mi descanso, con quanta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! ¡Ay cruda hermana ! ¿Cómo no aplacó la ira de tu desamorado pecho la humilde, y amorosa presencia de Artidoro? ¿Qué palabras te pudo decir él para que le dices tan aceda, y cruel respuesta? Bien parece, hermana, que tú no le tenias en la cuenta que yo le tengo, que si así fuera, á fé que tú te mostraras tan humilde, quanto él á tí sujeto. Todo esto que la Pastora decía mezclaba con tantas lagrimas, que no hubiera razon que escuchandola no se enterneciera : y despues que por algun espacio hubo sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corria, acomodando á su proposito una copla antigua, con suave, y delicada voz, cantó esta glosa.

Yà la esperanza es perdida,
 Y un solo bien me consuela,
 Que tiempo que pasa, y buela
 Llevará presto la vida.

Dos cosas hay en amor
 Con que su gusto se alcanza;
 Deseo de lo mejor,
 Es la otra la esperanza
 Que pone esfuerzo al temor.
 Las dos hicieron manida
 En mi pecho, y no las veo;
 Antes en la alma afligida,
 Porque me acabe el deseo
 Yá la esperanza es perdida.

Si el deseo desfallece,
 Quando la esperanza mengua,
 Al contrario en mí parece,
 Pues quanto ella mas desmengua
 Tanto mas él se engrandece.
 Y no hay usar de cautela
 Con las llagas que me atizan,
 Que en esta amorosa escuela
 Mil males me martyrizan,
 Y un solo bien me consuela,

Apenas hubo llegado
 El bien á mi pensamiento,
 Quando el Cielo, suerte, y hado
 Con ligero movimiento
 Le han del alma arrebatado.
 Y si alguno hay que se duela
 De mi mal tan lastimero,
 Al mal amayna la vela,
 Y al bien pasa mas ligero
 Que el tiempo que pasa, y buela.

Quien hay que no se consuma
 Con estas ansias que tomo,
 Pues en ellas se vé en suma
 Ser los cuidados de plomo,
 Y los placeres de pluma.

Y aunque vá tan de caída
 Mi dichosa nueva andanza,
 En ella este bien se anida,
 Que quien llevó la esperanza
 Llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la Pastora, pero no las lágrimas con que lo solemnizaba. De las quales movidas á compasion Galatea, y Florisa, salieron de donde escondidas estaban, y con amorosas, y corteses palabras, à la triste Pastora saludaron, diciendole entre otras razones: Asi los Cielos, hermosa Pastora, se muestren favorables á lo que pedirles quisieres, y de ellos alcances lo que desees, que nos digas, si no te es enojoso: ¿Qué ventura, ó qué destino te ha traído por esta tierra, que segun la práctica que nosotras tenemos de ella, jamás por estas riberas te havemos visto? Y por haver oido lo que poco há cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazon el sosiego que ha menester, y por las lágrimas que has derramado (de que dan indicio tus hermosos ojos) en ley de buen comedimiento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuere posible; y si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados, á lo menos conocerás en nosotras una buena voluntad de servirte. No sé con qué podré pagaros, respondió la forastera Pastora, hermosas Zagalas, los corteses ofrecimientos que me haceis, sino es con callar, y agradecerlo, y estimarlos en el punto que merccen, y con no negaros lo que de mí saber quisieredes, puesto que me sería mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura, que no con decirlos, daros indicios para que me tengais por liviana. No muestra tu rostro, y gentil postura, respondió Galatea, que el Cielo te ha dado tan grosero entendimiento, que con él hicieses cosa que despues huvieses de perder reputacion en decirla; y pues tu vista, y palabras en tan poco ha hecho esta impresion en nosotras, que yá te tenemos por discreta, mostranoslo con contarnos tu vida, si llega á tu discrecion tu ventura. A lo que yo creo, respondió la Pastora, en un igual andan entrambas, si yá no me ha dado la suerte mas juicio para que sienta mas los dolores que se ofrecen; pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discrecion, quanto de ellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediarlos. Y porque la experiencia

os desengañe , si quisieredes oírme , bellas Zagalas , yo os contaré con las mas breves razones que pudiere , como del mucho entendimiento que juzgais que tengo , ha nacido el mal que le hace ventaja. Con ninguna cosa , discreta Zagala , satisfarás mis nuestros descos , respondió Florisa , que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado. Apartémonos , pues , dixo la Pastora , de este lugar , y busquemos otro donde sin ser vistas , ni estorvadas , pueda deciros lo que me pesa de haveros prometido , porque adivino que no estárá en mas en perderse la buena opinion , que con vosotras he cobrado , que quanto tarde en descubriros mis pensamientos , si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco. Deseosas de que la Pastora cumpliese lo que prometia , se levantaron luego las tres , y se fueron à un lugar secreto , y apartado , que yá Galatea , y Florisa sabian , donde debajo de la agradable sombra de unos copados mirtos , sin ser vistas de alguno , podian todas tres estár sentadas , y luego con estremo donayre , y gracia , la forastera Pastora comenzó á decir de esta manera.

En las riberas del famoso Henares (que al vuestro dorado Tajo , hermosisimas Pastoras , dá siempre fresco , y agradable tributo) fui yo nacida , y criada , no en tan baja fortuna , que me tuviese por la peor de mi Aldéa : mis padres son Labradores , y á la labranza del campo acostumbrados , en cuyo exercicio los imitaba , trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concegiles de nuestra Aldea , acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me havia puesto , que ninguna cosa me daba mas gusto , que vér multiplicar , y crecer mi ganado , sin tener cuenta con mas que con procurarle los mas fructiferos , y abundosos pastos , claras , y frescas aguas que hallar pudiese ; no tenía , ni podia tener mas cuidados , que los que podian nacer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras , en cuya soledad muchas veces combidada de la suave harmonía de los dulces pajarillos , despedía la voz á mil honestos cantares , sin que en ellos mezclase suspiros , ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. Ay quantas veces solo por contentarme á mí misma , y por dár lugar al tiempo que se pasase , andaba de ribera en ribera , de valle en valle , cogiendo aqui la blanca azucena , allí el cardeno lirio , acá la colorada rosa , acullá la olorosa clavellina ;

haciendo de todas suertes de odoríferas flores una texida guirnalda, con que adornaba, y recogia mis cabellos, y despues mirandome en las claras, y reposadas aguas de alguna fuente, quedaba tan gozosa de haverme visto, que no trocará mi contento por otro alguno: y quantas hice burla de algunas Zagalas, que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasion del mal que los suyos sentian, con abundancia de lagrimas, y suspiros, los secretos enamorados de su alma me descubrian. Acuerdome ahora, hermosas Pastoras, que llegó á mí un dia una Zagala, amiga mia, y echandome los brazos al cuello, y juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes, me dixo: Ay, hermana Teolinda, (que este es el nombre de esta desdichada) y como creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecian. Yo entonces, admirada de los estremos que la veía hacer, creyendo que algun mal le havia sucedido de pérdida de ganado, ó de muerte de padre, ó hermano, limpiandole los ojos con la manga de mi camisa, le rogué que me dixese ¿qué mal era el que tanto la aquejaba? Ella, prosiguiendo en sus lagrimas, y no dando tregua á sus suspiros, me dixo: qué mayor mal quieres, ó Teolinda, que me haya sucedido, que el haverse ausentado, sin decirme nada, el hijo del Mayoral de nuestra Aldea, á quien yo quiero mas que á los propios ojos de la cara; y haver visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del Rabadán Lisalco, una cinta encarnada, que yo havia dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenía de los amores, que el traydor con ella trataba. Quando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas, y señoras mias, que no pude acabar conmigo de no reirme, y decirle: Mia fé, Lidia, que asi se llamaba la sin ventura, ¿pensé que de otra mayor llaga venías herida segun te quejabas? Pero ahora conozco quan fuera de sentido andais vosotras, las que presumis de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerías. Dime por tu vida, Lidia amiga, ¿quanto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harias de tener cuenta con tu honra, y con lo que conviene al pabto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerías de amor, pues no se saca de ellas, segun veo, sino menoscabo de nuestras honras, y sosiego. Quando Lidia oyó de mí tan con-

traria respuesta, de la que esperaba de mi boca, y piadosa condicion, no hizo otra cosa sino bajar la cabeza, y acrecentando lagrimas á lagrimas, y sollozos á sollozos, se apartó de mí, y volviendo al cabo de poco trecho el rostro, me dixo: Ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, y que el amor te trate de manera, que cuentes tu pena á quien la estime, y sienta en el grado que tú has hecho la mia, y con esto se fue, y yo me quedé riyendo de sus desvarios. ¡Mas ay desdichada! y como á cada paso conozco, que me vá alcanzando bien su maldicion, pues aun ahora temo que estoy contando mi pena à quien se dolerá poco de haverla sabido. A esto respondió Galatea: Pluguiera á Dios, discreta Teolinda, que asi como hallarás en nosotras compasion de tu daño, pudieras hallar el remedio de él, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes. Vuestra hermosa presencia, y agradable conversacion, dulces Pastoras, respondió Teolinda, me hace esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro: mas suceda lo que sucediere, que al fin havré de contaros lo que os he prometido. Con la libertad que os he dicho, y en los ejercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre, y sosegadamente, que no sabía que pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenía, y alcanzóme en ella de manera, que con quedar su esclava, creo que aun no está pagado, ni satisfecho. Acaeció, pues, que un dia (que fuera para mí el mas venturoso de los de mi vida, si el tiempo, y las ocasiones no huvieran traído tal su descuento á mis alegrías) viniendo yo con otras Pastoras de nuestra Aldea á cortar ramos, y á coger juncia, y flores, y verdes espadañas para adornar el Templo, y calles de nuestro Lugar (por ser el siguiente dia solemnísima Fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro Pueblo por promesa, y voto à guardarla) acertamos á pasar todas juntas por un deleytoso bosque, que entre la Aldea, y el Rio está puesto, adonde hallamos una junta de agraciados Pastores, que á la sombra de los verdes arboles pasaban el ardor de la caliente siesta, los quales, como nos vieron, al punto fuimos de ellos conocidas, por ser todos, qual primo, y qual hermano, y qual pariente nuestro, y salíendonos al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevabamos, con corteses palabras nos persuadieron, y forzarón á que adolan-

te no pasásemos, porque algunos de ellos traerian los ramos, y flores por que íbamos: y así vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querian; y luego seis de los mas mozos, apercebidos de sus ozinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscábamos. Nosotras, que seis eramos, nos juntamos donde los demás Pastores estaban, los quales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente un Pastor forastero que allí estaba, que de ninguna de nosotras fue conocido, el qual era de tan gentil donayre, y brio, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada, y rendida. No sé que os diga, Pastoras, sino que así como mis ojos le vieron, sentí enternecerme el corazon, y comenzó á discurrir por todas mis venas un yelo que me encendia, y sin saber como, sentí que mi alma se alegraba de tener puestas los ojos en el hermoso rostro del no conocido Pastor; y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine á conocer que era amor el que saltado me havia; luego quisiera quejarme de él, si el tiempo, y la ocasion me dieran lugar á ello. En fin yo quedé, qual ahora estoy, vencida, y enamorada, aunque con mas confianza de salud que la que ahora tengo. Ay quantas veces en aquella sazón me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba, y decirle: Perdoname, Lidia hermana, de la desabrida respuesta que te dí el otro día, porque te hago saber, que yá tengo mas experiencia del mal que te quejabas, que tu misma. Una cosa me tiene maravillada de como quantas allí estaban no conocieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazon; y debiólo de causar, que todos los Pastores se volvieron al forastero, y le rogaron que acabase de cantar una cancion que havia comenzado antes que nosotras llegásemos, el qual, sin hacerse de rogar, siguió su comenzado canto con tan estremada, y maravillosa voz, que todos los que la escuchaban estaban transportados en oírla. Entonces acabé yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso, sin quedar en mí mas voluntad, que si no la hubiera tenido para cosa alguna en mi vida, y puesto que yo estaba mas suspensa que todos, escuchando la suave harmonía del Pastor, no por eso dexé de poner grandisima atención á lo que en sus versos cantaba, porque me tenía yá el amor puesta en tal estremo, que me llegara al alma si le oyera cantar cosas de enamorado, que imaginara que yá tenia ocupados

dos sus pensamientos, y quizá en parte que no tuviesen alguna los míos en lo que deseaban; mas lo que entonces cantó, no fueron sino ciertas alabanzas del pastoral estado, y de la sosegada vida del campo, y algunos avisos útiles á la conservación del ganado: de que no poco quedé yo contenta, pareciendome que si el Pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratára que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerías mal gastado el tiempo, que en otra cosa que en ensalzar, y alabar la causa de sus tristezas, ó contentos se gasta. Ved, amigas, en quan poco espacio estaba yá la maestra en la escuela de amor. El acabar el Pastor su canto, y el descubrir los que con los ramos venian, fue todo á un tiempo: los quales á quien de lejos los miraba, no parecían sino un pequeño montecillo, que con todos sus arboles se movía, segun venian pomposos, y enramados, y llegando yá cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno, y respondiendo todos, con muestras de grandísimo contento, y con muchos placenteros alaridos, dieron principio á un gracioso villancico. Con este contento, y alegría llegaron mas presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentía de la vista del Pastor. Descargados, pues, de la verde carga, vimos que traía cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas, y agradables flores, las quales con graciosas palabras á cada una de nosotras la suya presentaron, y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el Aldéa: mas agradeciendoles nosotras su buen comendimiento, llenas de alegría, queríamos dár la buelta al Lugar, quando Eleuco, un anciano Pastor que allí estaba, nos dixo: Bien será, hermosas Pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros Zagales han hecho, con dexarnos las guirnaldas, que demasiadas llevais de lo que á buscar veniades; pero ha de ser con condicion, que de vuestra mano las deis á quien os pareciere. Si con tan pequeña paga quedaréis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta, y tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo; las otras, guiadas de este exemplo, dieron las suyas á diferentes Zagales que allí estaban, que todos sus parientes eran. Yo que á lo ultimo quebaba, y que allí deudo alguno no tenía, mostrando hacer de la desembuelta, me llegué al forastero Pastor, y poniendole la guirnalda en la cabeza, le dixé: Esta

te doy, buen Zagal, por dos cosas; la una, por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto; la otra, porque en nuestra Aldéa se usa honrar á los estrangeros. Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacía; pero qué os diré yo de lo que mi alma sintió viendome tan cerca de quien me la tenía robada, sino que diera qualquiera otro bien que acertára á desear en aquel punto fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñí las sienes con la guirnalda. El Pastor se me humilló, y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacía, y al despedirse de mí, con voz baja (hurtando la ocasion á los muchos ojos que allí havia) me dixo: Mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa Pastora, la guirnalda que me has dado, prenda llevas contigo, que si la sabes estimar, conocerás que me quedas deudora. Bien quisiera yo responderle; pero la prisa que mis compañeras me daban era tanta, que no tuve lugar de responderle. De esta manera me bolví al Aldéa, con tan diferente corazon del con que havia salido, que yo misma, de mí misma me maravillaba. La compañía me era enojosa, y qualquiera pensamiento que me viniese; que á pensar en mi Pastor no se encaminase, con gran presteza procuraba luego desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar, que de amorosos cuidados estaba lleno. Y no sé como en tan pequeño espacio de tiempo me transformé en otro sér del que tenía, porque yo yá no vivía en mí, sino en Artidoro, que así se llama la mitad de mi alma, que ando buscando: do quiera que bolvia los ojos, me parecia vér su figura; qualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oídos su suave musica, y armonía: á ninguna parte movia los pies, que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera: en los manjares no hallaba el acostunbrado gusto, ni las manos acertaban á tocar cosa que se le diese. En fin todos mis sentidos estaban trocados del sér que primero tenían, ni el alma obraba por ellos, como era acostunbrada. En considerar la nueva Teolinda, que en mí havia nacido, y en contemplar las gracias del Pastor, que impresas en el alma me quedaron, se me pasó todo aquel día, y la noche antes de la solemne Fiesta, la qual venida, fue con grandísimo regocijo, y aplauso de todos los moradores de nuestra Aldéa, y de los circunvecinos Lugares solemnizada: y despues de acabadas en el Templo las Sacras Oblaciones, y cumplidas las debidas ceremonias,

nias, en una ancha plaza, que delante del Templo se hacía, á la sombra de quatro antiguos, y frondosos alamos, que en ella estaban, se juntó casi la mas gente del Pueblo, y haciendose todos un corro, dieron lugar á que los Zagales vecinos, y señeros se exercitasen por honra de la Fiesta en algunos pasto. exercicios. Luego en el instante se mostraron en la plaza un gran numero de dispuestos, y gallardos Pastores: los quales, dandoles alegres muestras de su juventud, y destreza, dieron principio á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crecida fuerza, é industriosa maña en las intrincadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus pies en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos, que los Mayorales del Pueblo tenian puestos para los mejores, que en tales exercicios se aventajasen; pero en estos que he contado, ni en otros muchos, que callo por no ser prolija, ninguno de quantos alli estaban, vecinos, y comarcanos, llegó á punto que mi Artidoro, el qual con su presencia quiso honrar, y alegrar nuestra Fiesta, y llevarse el primero honor, y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, Pastoras, su destreza, y gallardia, las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo me ensobervecí, y un desusado contento en el pecho me retozaba, solo en considerar quan bien havia sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo eso me daba grandisima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se havia de partir presto de nuestra Aldéa, y que si él se iba sin saber á lo menos lo que de mí llevaba (que era el alma) qué vida sería la mia en su ausencia, ó cómo podria yo olvidar mi pena, si quiera con quejarme, pues no tenia de quien, sino de mí misma. Estando yo, pues, en estas imaginaciones, se acabó la fiesta, y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los Pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron, que por los dias que havia de durar el octavario de la Fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra de mas gusto no se lo impedía. Ninguna me la puede dár á mí mayor, graciosos Pastores, respondió Artidoro, que servirlos en esto, y en todo lo que mas fuere vuestra voluntad, que puesto que la mia era por ahora querer buscar á un hermano mio, que pocos dias há falta de nuestra Aldéa, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello; todos se lo agradecieron

mucho , y quedaron contentos de su quedada , pero mas lo quedé yo , considerando , que en aquellos ocho dias no podia dexar de ofrecerse me ocasion donde le descubriese lo que yá encubrir no podia. Toda aquella noche casi se nos pasó en bayles , y juegos , y en contar unas á otras las pruebas que haviamos visto hacer á los Pastores aquel dia , diciendo : Fulano bayló mejor que fulano , puesto que el tal sabia mas mudanzas que el tal : Mingo derribó á Brás , pero Brás corrió mas que Mingo , y al fin , todas concluían , que Artidoro , el Pastor forastero , havia llevado la ventaja á todos , loandole cada una en particular sus particulares gracias : las quales alabanzas , como yá he dicho , todas en mi contento redundaban. Venida la mañana del dia despues de la Fiesta , antes que la fresca aurora perdiese el rocío aljofarado de sus hermosos cabellos , y que el Sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes , nos juntamos hasta una docena de Pastoras , de las mas miradas del Pueblo , y asidas unas de otras de las manos , al son de una gayta , y de una zampoña , haciendo , y deshaciendo intrincadas bueltas , y bayles , nos salimos de la Aldéa á un verde prado , que no lejos de ella estaba , dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban. Y la ventura , que hasta entonces mis cosas de bien en mejor iba guiando , ordenó , que en aquel mismo prado hallasemos todos los Pastores del Lugar , y con ellos á Artidoro , los quales como nos vieron , acordando luego el son de un tamborino suyo , con el de nuestras zampoñas , con el mismo compás , y bayle nos salieron á recibir , mezclandonos unos con otros confusa , y concertadamente , y mudando los instrumentos el son , mudamos el bayle , de manera , que fue menester que las Pastoras nos desasiesemos , y diesemos las manos á los Pastores , y quiso mi buena dicha , que acerté yo á dár la mia á Artidoro. No sé cómo os encarezca , amigas , lo que en tal punto sentí , sino es decir , que me turbé de manera , que no acertaba á dár paso concertado en el bayle , tanto , que le convenia á Artidoro llevarme con fuerza trás sí , porque no rompiese , soltandome , el hilo de la concertada danza ; y tomando de ello ocasion , le dixé : ¿En qué te ha ofendido mi mano , Artidoro , que asi la aprietas ? El me respondió con voz , que de ninguno pudo ser oída. ¿Mas qué te ha hecho á tí mi alma , que asi la maltratas ? Mi ofensa es clara , respondí yo mansamente ; mas la tuya , ni la veo,

veo , ni podrá verse. Y aun ahí está el daño , replicó Artidoro , que tengas vista para hacer el mal , y te falte para sanarle. En esto cesaron nuestras razones , porque los bayles cesaron , quedando yo contenta , y pensativa de lo que Artidoro me havia dicho : y aunque consideraba que eran razones enamoradas , no me aseguraban , si eran de enamorado. Luego nos sentamos todos los Pastores , y Pastoras sobre la verde yeiba , y habiendo reposado un poco del cansancio de los bayles pasados , el viejo Eleuco , acordando su instrumento , que un rabel era , con la zampoña de otro Pastor , rogó á Artidoro que alguna cosa cantase , pues él mas que otro alguno lo debia hacer , por haverle dado el Cielo tal gracia , que seria ingrato si encubrir la quisiese. Artidoro , agradeciendo á Eleuco las alabanzas que le daba , comenzó luego á cantar unos versos , que por haverme puesto en mi sospecha , aquellas palabras que antes me havia dicho , los tomé tan en la memoria , que aun hasta ahora no se me han olvidado ; los quales , aunque os dé pesadumbre de oirlos , solo porque hacen al caso , para que entendais punto por punto , por los que me ha traído el amor á la ocasion en que me hallo , os los havré de decir , que son estos.

En aspera cerrada obscura noche,
 Sin vér jamás el esperado dia,
 Y en continuo crecido amargo llanto,
 Ageno de placer , contento , y risa,
 Merece estár , y en una viva muerte,
 Aquel que sin amor pasa la vida.
 ¿Qué puede ser la mas alegre vida,
 Sino una sombra de una breve noche,
 O natural retrato de la muerte,
 Si en todas quantas horas tiene el dia
 Puesto silencio al congojoso llanto,
 No admite del amor la dulce risa?
 Do vive el blando amor , vive la risa,
 Y adonde muere , muere nuestra vida,
 Y el sabroso placer se buelve en llanto,
 Y en tenebrosa sempiterna noche
 La clara luz del sosegado dia,
 Y es vivir sin él amargamente.
 Los rigurosos trances de la muerte

No huye el amador , antes con risa
 Desea la ocasion , y espera el dia
 Donde puede ofrecer la cara vida,
 Hasta vér la tranquila ultima noche
 Al amoroso fuego , al dulce llanto.

No se llama de amor el llanto , llanto;
 Ni su muerte llamarse debe muerte,
 Ni á su noche dár titulo de noche,
 Ni su risa llamarse debe risa,
 Y su vida tener por cierta vida,
 Y solo festejar su alegre vida.

¡O venturoso para mí este dia
 Do pudo poner freno al triste llanto,
 Y alegrarme de haver dado mi vida
 A quien darmela puede , ó darme muerte!
 ¿Mas qué puede esperarse sino es risa
 De un rostro que al Sol vence , y buelve en noche?
 Bueltohá mi obscura noche en claro dia
 Amor , y en risa mi crecido llanto,
 Y mi cercana muerte en larga vida.

Estos fueron los versos , hermosas Pastoras , que con maravillosa gracia , y no menos satisfacion de los que le escuchaban , aquel dia cantó mi Artidoro , de los quales , y de las razones que antes me havia dicho , tomé yo la ocasion de imaginar , si por ventura mi vista algun nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro havia causado , y no me salió tan vana mi sospecha , que él mismo no me lo certificase al volvernos à la Aldéa. A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda , quando las Pastoras sintieron grandisimo estruendo de voces de Pastores , y ladridos de perros , que fue causa para que dexasen la comenzada platica , y se pasasen á mirar por entre unas ramas lo que era ; y así vieron , que por un verde llano , que á su mano derecha estaba , atravesaba una multitud de perros , los quales venian siguiendo una temerosa liebre , que á toda furia à las espesas matas venia á guarcerse ; y no tardó mucho , que por el mismo lugar donde las Pastoras estaban , la vieron entrar , y irse derecha al lado de Galatea , y allí , vencida del cansancio de la larga carrera , y casi co-

mo segura del cercano peligro , se dexò caer en el suelo con tan cansado aliento , que parecía que faltaba poco para dár el espíritu. Los perros por el olor , y rastro la siguieron hasta entrar donde estaban las Pastoras ; mas Galatea , tomando la temerosa liebre en los brazos , estorvó su vengativo intento à los codiciosos perros , por parecerle no ser bien si dexaba de defender à quien de ella havia querido valerse. De allí à poco llegaron algunos Pastores , que en seguimiento de los perros , y de la liebre venian; entre los cuales venía el padre de Galatea , por cuyo respeto ella , Florisa , y Teolinda le salieron à recibir con la debida cortesía. El , y los Pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda , y con deseo de saber quien fuese , porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó de esta llegada à Galatea , y Florisa , por el gusto que les havia quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda , á la qual rogaron fuese servida de no partirse por algunos dias de su compañía , si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. Antes por vér si pueden cumplirse , respondió Teolinda , me conviene estár algun dia en esta ribera : y así por esto , como por no dexar imperfecto mi comenzado cuento , havré de hacer lo que me mandais. Galatea , y Florisa la abrazaron , y la ofrecieron de nuevo su amistad , y de servirla en quanto sus fuerzas alcanzasen. En este entretanto , habiendo el padre de Galatea , y los otros Pastores en el margen del claro arroyo tendido sus gavanes , y sacado de sus zurrones algunos rusticos manjares , combidaron á Galatea , y sus compañeras á que con ellos comiesen. Acetaron ellas el combite , y sentandose luego , desecharon la hambre , que por ser yá subido el dia comenzaba à fatigarles. En estos , y en algunos cuentos , que por entretener el tiempo los Pastores contaron , se llegó la hora acostumbrada de recogerse al Aldéa. Y luego Galatea , y Florisa , dando buelta à sus rebaños , los recogieron , y en compañía de la hermosa Teolinda , y de los otros Pastores , ázia el Lugar poco à poco se encaminaron , y al quebrar de la cuesta , donde aquella mañana havian topado à Elicio ; oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio , el qual era un Pastor , en cuyo pecho jamàs el amor pudo hacer morada , y de esto vivia él tan alegre , y satisfecho , que en qualquiera conversacion , y junta de Pastores que se hallaba , no era otro su intento sino decir mal de Amor , y de los enamorados , y todos sus

cantares à este fin se encaminaban , y por esta tan estraña condicion que tenía , era de todos los Pastores de todas aquellas comarcas conocido , y de unos aborrecido , y de otros estimado: Galatea , y los que allí venian , se pararon á escuchar , por vér si Lenio , como de costumbre tenía , alguna cosa cantaba , y luego vieron , que dando su zampoña á otro compañero suyo , al son de ella comenzó á cantar lo que se sigue.

L E N I O .

En vano descuidado pensamiento
 Una loca altanera fantasía,
 Un no sé qué , que la memoria cría
 Sin sér , sin calidad , sin fundamentos;
 Una esperanza que se lleva el viento,
 Un dolor con renombre de alegría,
 Una noche confusa do no hay día,
 Un ciego error de nuestro entendimiento;
 Son las raíces propias de do nace
 Esta quimera antigua celebrada,
 Que Amor tiene por nombre en todo el suelo;
 Y el alma que en amor tal se complace,
 Merece ser del suelo desterrada,
 Y que no la recojan en el Cielo.

A la sazón que Lenio cantaba lo que haveis oído , havian yá llegado con sus rebaños Elicio , y Erastro , en compañía del lastimado Lisandro , y pareciendole à Elicio , que la lengua de Lenio , en decir mal del amor , á mas de lo que era razon se estendía , quiso mostrarle á la clara su engaño , y aprovechandose del mismo concepto de los versos que él havia cantado , al tiempo que yá llegaba Galatea , Florisa , y Tcolinda , y los demás Pastores , al son de la zampoña de Erastro , comenzó à cantar de esta manera.

E L I C I O .

Merece quien en el suelo Que lo desechen del Cielo,
 En su pecho á amor encierra, Y no le sufra la tierra.

Amor que es virtud eterna,
 Con otras muchas que alcanza,
 De una en otra semejanza
 Sube á la causa primera.
 Y merece el que su zelo
 De tal amor le destierra,
 Que le desechen del Cielo,
 Y no le acoja la tierra.

Un bello rostro, y figura,
 Aunque caduca, y mortal,
 Es un traslado, y señal
 De la divina hermosura.
 Y el que lo hermoso en el suelo
 Desama, y echa por tierra,
 Desechado sea del Cielo,
 Y no le sufra la tierra.

Amor tomado en sí solo,
 Sin mezcla de otro accidente,
 Es al suelo conveniente
 Como los rayos de Apolo.

Y el que tuviere recelo
 De amor que tal bien encierra,
 Merece no verle el Cielo,
 Y que le trague la tierra.

Bien se conoce que Amor
 Está de mil bienes lleno,
 Pues hace del malo bueno,
 Y del que es bueno mejor.
 Y así el que discrepa un pelo
 En limpia amorosa guerra,
 Ni merece vér el Cielo,
 Ni sustentarse en la tierra.

El Amor es infinito,
 Si se funda en ser honesto,
 Y aquel que se acaba presto,
 No es amor, sino apetito.
 Y al que sin alzar el vuelo
 Con su voluntad se cierra,
 Matele rayo del Cielo,
 Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados Pastores de vér quan bien Elicio su parte defendia ; pero no por esto el desamorado Lenio dexó de estár firme en su opinion , antes queria de nuevo volver à cantar , y à mostrar en lo que cantase de quan poco momento eran las razones de Elicio , para obscurecer la verdad tan clara , que él á su parecer sustentaba ; mas el padre de Galatea , que Aurelio el venerable se llamaba , le dixo : No te fatigues por ahora , discreto Lenio , en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazon sientes , que el camino de aquí á la Aldéa es breve , y me parece que es menester mas tiempo del que piensas , para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parecer . Guarda tus razones para lugar mas oportuno , que algun dia te juntarás tú , y Elicio con otros Pastores en la Fuente de las Pizarras , ó Arroyo de las Palmas , donde con mas comodidad , y sosiego podais arguir , y aclarar vuestras diferentes opiniones. La que

que Elicio tiene es opinion, (respondió Lenio) que la mia no es sino ciencia averiguada, la qual en breve, ó en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligó á sustentarla; pero no faltará tiempo, como dices, mas aparejado para este efecto.

Ese procuraré yo, respondió Elicio, porque me pesa que á tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar, y subir de punto, como es el limpio, y verdadero amor de quien te muestras enemigo. Engañado estás, Elicio, replicó Lenio, si piensas por afeñadas, y sophisticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendria por hombre si me mudase. Tan malo es, dixo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; y siempre he oído decir á mis mayores, que de sabios es tomar consejo. No niego yo eso, respondió Lenio, quando yo entendiese que mi parecer no es justo; pero en tanto que la experiencia, y la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aqui me han mostrado, yo creo que mi opinion es tan verdadera, quanto la tuya falsa. Si se castigasen los hereges de amor, dixo á esta sazón Erastro, desde ahora comenzàra yo, amigo Lenio, á cortar leña con que te abrasàran por el mayor herege, y enemigo que el amor tiene. Y aun si yo no viera otra cosa del amor, sino que tú, Erastro, le sigues, y eres del vando de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastàra á renegar de él con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera. ¿Pues parecete, Lenio, replicó Erastro, que no soy bueno para enamorado? Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condicion, y entendimiento, son propios para ser ministros suyos: porque quien es cojo, con el mas minimo traspie dá de ojos; y el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo; y los que siguen la vadera de este vuestro valeroso capitán; yo tengo para mí, que no son los mas sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron, dexaron de serlo. Grande fue el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dixo, y así le respondió: Pareceme, Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras, mas yo espero, que algun dia pagarás lo que ahora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dixeres. Si yo entendiese de tí, Erastro, respondió Lenio, que fueses tan valiente como enamorado, no dexarian de darme temor tus amenazas, mas como sé que te quedas tan atrás en lo uno, como vas adelan-

lante en lo otro, antes me causan risa que espanto. Aquí acabó de perder la paciencia Erastro, y si no fuera por Lisandro, y por Elicio, que enmedio se pusieron, él respondiera à Lenio con las manos, porque yà su lengua, turbada con la colera, apenas podía usar su oficio. Grande fue el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los Pastores, y mas de la colera, y enojo, que Erastro mostraba, que fue menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio, y suyas, aunque Erastro, si no fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la question fue acabada, todos con regocijo se encaminaron á la Aldea, y en tanto que llegaban, la hermosa Florisa, al son de la zampoña de Galatea, cantó este soneto.

F L O R I S A.

Crezcan las simples ovejuelas mías
 En el cerrado bosque, y verde prado,
 Y el caluroso estio, è invierno helado,
 Abunde en yervas verdes, y aguas frías.
 Pase en sueños las noches, y los días,
 En lo que toca al pastoral estado,
 Sin que de Amor un minimo cuidado
 Sienta, ni sus ancianas niñerías.
 Este mil bienes del amor pregona,
 Aquel pública dèl vanos cuidados,
 Yo no sé si los dos andan perdidos.
 Ni sabré al vencedor dár la corona,
 Sé bien que son de Amor los escogidos,
 Tan pocos, quanto muchos los llamados.

Breve se les hizo á los Pastores el camino, engañados, y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la qual no dexó el canto, hasta que estuvieron bien cerca del Aldea, y de las cabañas de Elicio, y Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiendose primero del venerable Aurelio, de Galatea, y Florisa, que con Teolinda al Aldea se fueron, y los demás Pastores cada qual adonde tenia su cabaña. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para bolverse à su tier-

tierra , ó adonde pudiese , conforme á sus deseos , acabar lo poco que á su parecer le quedaba de vida. Elicio , con todas las razones que supo decirle , y con infinitisimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció , jamás pudo acabar con él que en su compañía , siquiera algunos dias , se quedase , y así el sin ventura Pastor , abrazando á Elicio con abundantes lagrimas , y suspiros , se despidió de él , prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que él estuviese , y haviendole acompañado Elicio media legua de su cabaña , le tornó á abrazar estrechamente , y tornandose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos , se apartaron , quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba , y así se volvió á su cabaña á pasar lo mas de la noche en sus amorosas imaginaciones , y á esperar el venidero dia , para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba , la qual , despues que llegó á su Aldéa , deseando saber el suceso de los amores de Teolinda , procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella , y Florisa , y Teolinda , y hallando la comodidad que deseaba , la enamorada Pastora prosiguió su cuento , como se verá en el segundo libro.

FIN DEL PRIMERO LIBRO
de Galatea.

SEGUNDO LIBRO DE GALATEA.



Ibres yá, y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados havian de hacer, procuraron recogerse, y apartarse con Teolinda en parte donde, sin ser de nadie impedidas, pudiesen oír lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y así se fueron à un pequeño jardin, que estaba en casa de Galatea, y sentandose las tres debajo de una verde, y pomposa parra, que intrincadamente por unas redes de palo se entrete- xia, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que antes havia dicho, prosiguió diciendo: Después de acabado nues- tro bayle, y el canto de Artidoro (como yá os he dicho bellas Pastoras) á todos nos pareció volvernòs al Aldéa á hacer en el Templo los solemnès sacrificios, y por parecernòs asimismo que la solemnidad de la Fiesta daba en alguna manera licencia; pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con mas liber- tad nos holgásemos, y por esto todos los Pastores, y Pastoras en monton confuso, alegre, y regocijadamente, al Aldéa nos volvi- mos, hablando cada uno con quien mas gusto le daba. Ordenó, pues, la suerte, y mi diligencia, y aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello, los dos nos apareamos, de manera que à nuestro salvo pudieramos hablar en aquel camino mas de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respeto á lo que à sí mismo, y al otro debía. En fin yo por sacarle à barrera (como decirse suele) le dixè: Años se te harán, Artidoro, los días que en nuestra Aldéa estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deben de dár mas gusto. Todo el que yo puedo esperar en mi vida trocará (respondió Artidoro) por- que fueran no años, sino siglos, los días que aqui tengo de estár, pues en acabandose, no espero tener otros, que mas contento me

hagan. Tanto es el que recibes, respondí yo, en mirar nuestras fiestas? No nace de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las Pastoras de vuestra Aldéa. Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas Zagalas en la tuya. Verdad es que allá no faltan, respondió él, pero aquí sobran: de manera, que una sola que yo he visto, basta para que en su comparacion las de allá se tengan por feas. Tu cortesta te hace decir eso, ó Artidoro; respondí yo: porque bien sé, que en este Pueblo no hay ninguna que tanto se aventaje, como dices. Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una, y mirado las otras. Quizá la miraste de lejos, y la distancia del lugar, dixé yo, te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser. De la misma manera, respondió él, que á tí te veo, y estoy mirando ahora, la he mirado, y visto á ella, y yo me holgaria de liavirme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura. No me pésarà á mí ser esa que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada, y tenida por hermosa. Harto mas, respondió Artidoro, quisiera yo que tú no fueras. ¿Pues qué perdieras tú; respondí yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé, de lo que he de perder estoy incierto, y temeroso. Bien sabes hacer del enamorado, dixé yo, ó Artidoro. Mejor sabes tú enamorar, ò Teolinda, respondió él: A esto le dixé: No sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que él respondió: De que yo no me engaño estoy bien seguro, y de que rter tu desengañarte está en tu mano; todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Esa te pagaré yo con la misma, repliqué yo, por parecerme que no sería bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazón, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el Mayoral, y dixo con voz alta. Ea, gallardos Pastores, y hermosas Pastoras, haced que sientan en el Aldéa nuestra venida, entonando vosotras, Zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos: porque vean los del Pueblo quanto hacemos al caso los que aqui vamos para alegrar nuestra Fiesta. Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba, dexaba de ser obedecido, luego los Pastores me dieron á mí la mano para que comenzase, y así, sirviendome de la ocasion, y aprovechandome de lo que con Artidoro havia pasado, dí principio á este villancico.

En los estados de Amor
 Nadie llega á ser perfecto,
 Sino el honesto, y secreto.
 Para llegar al suave
 Gusto de Amor, si se acierta,
 Es el secreto la puerta,
 Y la honestidad la llave:
 Y esta entrada no la sabe,
 Quien presume de discreto,
 Sino el honesto, y secreto.

Amar humana verdad
 Suele ser reprehendido,
 Si tal Amor no es medido
 Con razon, y honestidad:
 Y Amor de tal calidad
 Luego le alcanza en efecto

El que es honesto, y secreto.

Es yá caso averiguado,
 Que no se puede negar,
 Que á veces pierde el hablar
 Lo que el callar ha ganado.
 Y el que fuere enamorado
 Jamás se verá en aprieto,
 Si fuere honesto, y secreto.

Quanto una parlera lengua,
 Y unos atrevidos ojos
 Suelen causar mil enojos,
 Y poner al alma en mengua,
 Tanto este dolor desmengua,
 Y se libra de este aprieto,
 El que es honesto, y secreto.

No sé si acerté, hermosas Pastoras, en cantar lo que haveis oído; pero sé muy bien que se supo aprovechar de ello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra Aldéa estuvo (pues to que me habló muchas veces) fue con tanto recato, secreto, y honestidad, que los ociosos ojos, y lenguas parleras, ni tuvieron, ni vieron que decir cosa, que á nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenia (que acabado el termino, que Artidoro havia prometido de estár en nuestra Aldéa, se havia de ir á la suya) procuré, aunque á costa de mi verguenza, que no quedase mi corazon con lastima de haver callado lo que despues fuera escusado decirse, estando Artidoro ausente. Y asi, despues que mis ojos dieron licencia, que los suyos hermosísimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dexaron de mostrar con palabras lo que hasta entonces por señas los ojos havian bien claramente manifestado. En fin sabreis, amigas mias, que un día, hallandome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor, y comedimiento, me descubrió el verdadero, y honesto amor que me tenia: y aunque yo quisiera entonces hacer de la retirada, y melindrosa, porque temia (como yá os he dicho) que él se partiese, no quise desdeñarle, ni

despedirle: y tambien por parecerme, que los sinsabores que se dan, y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen, y dexen la comenzada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados: y por esto le dí respuesta tal, qual yo deseaba darsela: quedando, en resolucion, concertados en que él se fuese á su Aldéa, y que de allí à pocos dias con alguna honrosa tercería me embiase á pedir por esposa à mis padres: de lo que él fue tan contento, y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el dia, en que sus ojos me miraron. De mí os se decir, que no trocàra mi contento por ningun otro, que imaginar pudiera, por estàr segura, que el valor, y calidad de Artidoro era tal, que mi padre sería contento de recibirle por yerno. En el dichoso punto que haveis oído, Pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos, ó tres dias à la partida de Artidoro, quando la fortuna (como aquella que jamás tuvo termino en sus cosas) ordenó, que una hermana mia, de poco menos edad que yo, à nuestra Aldéa tornase de otra adonde algunos dias havia estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba. Y porque consideréis, señoras, quan estraños, y no penosos casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa, que creo no os dexará de causar alguna admiracion estraña. Y es, que esta hermana mia que os he dicho, que hasta entonces havia estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donayre, y brio, si alguno tengo, que no solo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres, muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera, que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos, que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola (á lo que yo creo) nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fue en las condiciones, por ser la de mi hermana mas aspera de lo que mi contento havia menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió, pues, que luego que mi hermana vino al Aldéa, con el deseo que tenia de volver al agradable pastoral exercicio suyo, madrugó luego otro dia mas de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solia llevar, se fue al prado, y aunque yo quise seguirla, por el contento que se me seguia de la vista de mi Artidoro, con no sé que ocasion mi Madre me detuvo todo aquel dia en casa, que fue el ultimo de

mis alegrías. Porque aquella noche, haviendo mi hermana recogido su ganado, me dixo, como en secreto, que tenía necesidad de decirme una cosa, que mucho me importaba. Yo que qualquiera otra pudiera pensar de la que me dixo, procuré que presto á solas nos viesemos, adonde ella con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir. No sé hermana mia lo que piense de tu honestidad, ni menos sé si calle lo que no puedo dexar de decirte, por vér si me dás alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes: y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con mas respeto, debes perdonarme, porque en lo que oy he visto hallarás la disculpa de lo que te dixere. Quando yo de esta manera la oí hablar, no sabía que responderle, sino decirle, que pasase adelante con su platica. Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado, y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henares, al pasar por el Alameda del Concejo, salió á mí un Pastor, que con verdad osaré jurar que jamás le he visto en estos nuestros contornos: y con una estraña desemboltura me comenzó á hacer tan amorosas saluciones, que yo estaba con verguenza, y confusa, sin saber que responderle, y él no escarmentado del enojo, que (à lo que yo creo) en mi rostro mostraba, se llegó á mí diciendome: ¿Qué silencio es este, hermosa Teolinda, ultimo refugio de esta anima que os adora? Y faltó poco que no me tomó las manos para besarmelas, añadiendo á lo que he dicho un catalogo de requiebros, que parecía que los traía estudiados. Luego dí yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando: de donde me nació sospecha, que si vos, hermana, jamás le hubierades visto, ni familiarmente tratado, no fuera posible tener el atrevimiento de hablaros de aquella manera: de lo qual tomé tanto enojo, que apenas podía formar palabra para responderle; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merecía, y qual à mí me pareció que estabades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara, y si no fuera porque en aquel instante llegó la Pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haverme dicho las suyas. Y es lo bueno, que nunca le quise decir el engaño en que estaba, sino que así creyó él que yo era Teolinda, como si

con vos misma estuviera hablando. En fin él se fue llamandome ingrata, desagradecida, y de poco conocimiento. Y à lo que yo puedo juzgar del semblante que él llevaba, á fè, hermana, que otra vez no ose hablaros, aunque mas sola os encuentre. Lo que deseo saber, es, quien es este Pastor, y què conversacion ha sido la de entrambos, de do nace, que con tanta desemboltura él se atreviese á hablaros. A vuestra mucha discrecion dexo, discretas Pastoras, lo que mi alma sentiria, oyendo lo que mi hermana me contaba; pero al fin, disimulando lo mejor que pude, le dixè: La mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que así se llamaba la turbadora de mi descanso, en haverme quitado con tus asperas razones el fastidio, y desasosiego que me daban las importunas de ese Pastor que dices: el qual es un forastero, que habrá ocho dias que está en esta nuestra Aldéa, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia, y locura, que do quiera que me vè, me trata de la manera que has visto: dandose á entender que tiene grangeada mi voluntad, y aunque yo le he desengañado, quizá con mas asperas palabras de las que tú le dixiste, no por eso dexa él de proseguir en su vano proposito: y á fé, hermana, que desco que venga yà el nuevo dia para ir à decirle, que si no se aparta de su vanidad, que espere el fin de ella, que mis palabras siempre le han significado. Y así era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque yà fuera el alva quanto pedirseme pudiera: solo por vér ir à mi Artidoro, y desengañarle del error en que havia caido, temerosa que con la aceda, y desabrida respuesta, que mi hermana le havia dado, él no se desdenase, y hiciese alguna cosa, que en perjuicio de nuestro concierto viniese. Las largas noches del escabroso Diciembre no dieron mas pesadumbre al amante, que del venidero dia algun contento esperase, quanto á mí me dió disgusto aquella, puesto que era de las escasas del verano, segun deseaba la nueva luz, para ir á vér á la luz por quien mis ojos veian. Y así antes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aun en duda si era de noche ó de dia, forzada de mi deseo, con la ocasion de ir á apacentar las ovejas, salí del Aldéa, y dando mas prisa al ganado de la acostumbra para que caminase, llegué al Lugar adonde otras veces solía hallar á Artidoro, el qual hallè solo, y sin ninguno que de èl noticia me diese, de que no pocos saltos me dió el corazon, que casi advinó el mal que

le estaba guardado. *Quantas veces (viendo que no le hallaba) quise con mi voz herir el ayre, llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: Vén, bien mio, que yo soy la verdadera Teolinda, que mas que à sí te quiere, y ama; sino que el temor que de otro, que de él fuesen mis palabras oídas, me hizo tener mas silencio del que quisiera. Y así, despues que huve rodeado una, y otra vez toda la ribera, y el soto del manso Henares, me senté cansada al pié de un verde sauce, esperando que del todo el claro Sol con sus rayos por la faz de la tierra estendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura, choza, ni cabaña, que de mí mi bien no fuese buscando. Mas apenas havia dado la nueva luz lugar para discernir las colores, quando luego se me ofreció à los ojos un cortecido alamo blanco, que delante de mí estaba, en el qual, y en otros muchos, ví escritas unas letras, que luego conocí ser de la mano de Artidoro alli fijadas, y levantandome con priesa á vér lo que decian, ví, hermosas Pastoras, que era esto.*

Pastora, en quien la belleza,
 en tanto estremo se halla,
 que no hay á quien comparalla,
 sino á tu misma crudeza:
 Mi firmeza, y tu mudanza,
 han sembrado á mano llena
 tus promesas en la arena,
 y en el viento mi esperanza.

Nunca imaginàra yo,
 que cupiera en lo que ví
 trás un dulce alegre Sí,
 tan amargo, y triste No.
 Mas yo no fuera engañado,
 si pusiera en mi ventura,
 así como en tu hermosura,
 los ojos que te han mirado.

Pues quanto tu gracia estraña,
 promete, alegre, y concierto,
 tanto turba, y desconcierto

mi desdicha , y-enmaraña.
 Unos ojos me engañaron,
 al parecer piadosos:
 ¡Ay ojos falsos, hermosos!
 ¿los que os vén , en qué pecaron?

Díme , Pastora cruel,
 ¿á quien no podrá engañar
 tu sabio honesto mirar,
 y tus palabras de miel?
 De mí yá está conocido,
 que con menos que hicieras,
 dias há que me tuvieras
 preso , engañado , y rendido.

Las letras que fijaré
 en esta aspera corteza,
 crecerán con mas firmeza,
 que no ha crecido tu fé:
 La qual pusiste en la boca,
 y en vanos prometimientos,
 no firme al mar , y à los vientos,
 como bien fundada roca.

Tan terrible , y rigurosa,
 como vivora pisada,
 tan cruel como agraciada,
 tan falsa como hermosa:
 Lo que manda tu crueldad,
 cumpliré sin mas rodeo,
 pues nunca fue mi deseo
 contrario à tu voluntad.

Yo moriré desterrado,
 porque tú vivas contenta,
 mas mira que amor no sienta
 del modo que me has tratado:
 Porque en la amorosa danza,
 aunque amor ponga estrechez

sobre el compás de firmeza,
no se sufre hacer mudanza.

Asi como en la belleza
pasas qualquiera muger,
creí yo que en el querer
fueras de mayor firmeza:
Mas yá sé por mi pasion,
que quiso pintar natura
un Angel en tu figura,
y el tiempo en tu condicion.

Si quieres saber do voy,
y el fin de mi triste vida,
la sangre por mí vertida
te llevará donde estoy.
Y aunque nada no te cale
de nuestro amor , y concierto,
no niegues al cuerpo muerto
el triste , y ultimo vale.

Que bien serás rigurosa,
y mas que un diamante dura,
si el cuerpo, y la sepultura
no te vuelven piadosa.
Y en caso tan desdichado,
tendré por dulce partido,
si fuí vivo aborrecido,
ser muerto , y por tí llorado.

Qué palabras serán bastantes , Pastoras , para daros à entender el estremo de dolor que ocupó mi corazon, quando claramente entendí, que los versos que havia leído , eran de mi querido Artidoro. Mas no hay para qué encarecerosle , pues no llegó al punto, que era menester para acabarme la vida, la qual desde entonces acá tengo tan aborrecida , que no sentiría , ni me podría venir mayor gusto , que perderla. Los suspiros que entonces di , las lagrimas que derrané , las lastimas que hice , fueron tantas , y tales , que ninguno me oyera , que por loca no me juzgara:

En

En fin , yo quedè tal , que sin acordame de lo que á mi honra debia , propuse de desamparar la cara Patria , amados Padres , y queridos Hermanos , y dexar con la guardia de si mismo al simple ganado mio: Y sin entretenerme en otras cuentas, mas que en aquellas, que para mi gusto entendì ser necesarias , aquella misma mañana , abrazando mil veces la corteza , donde las manos de mi Artidoro havian llegado , me partí de aquel lugar , con intencion de venir á estas riberas , donde sé que Artidoro tiene , y hace su habitacion , por vér si ha sido tan inconsiderado , y cruel consigo, que haya puestó en execucion lo que en los ultimos versos dexó escrito : que si así fué , desde aquí os prometo , amigas mias, que no sea menor el deseo , y presteza con que le siga en la muerte , que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida. ¡Mas ay de mí ! y cómo creo, que no hay sospecha que en mi daño sea, que no salga verdadera , pues há yá nueve dias , que à estas frescas riberas he llegado , y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que desco ; y quiera Dios , que quando las sepa , no sean las ultimas que sospecho.

Veis aquí , discretas Zagalas , el lamentable suceso de mi enamorada vida. Yá os he dicho quien soy , y lo que busco , si algunas nuevas sabeis de mi contento , así la fortuna os conceda el mayor que deseais , que no me lo negueis. Con tantas lagrimas acompañaba la enamorada Pastora las palabras que decia , que bien tuviera corazon de acero quien de ellas no se doliera. Galatea , y Florisa , que naturalmente eran de condicion piadosa , no pudieron detener las suyas , ni menos dexaron con las mas blandas , y eficaces razones que pudieron de consolarla , dandole por consejo , que se estoviese algunos dias en su compañía , quizá haría la fortuna , que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese: pues no permitiría el Cielo , que por tan extraño engaño acabase un Pastor tan discreto , como ella le pintaba , el curso de sus verdes años ; y que podría ser que Artidoro , habiendo con el discurso del tiempo vuelto á mejor discurso , y proposito su pensamiento, bolviese á vér la deseada Patria , y dulces Amigos ; y que por esto, allí mejor que en otra parte , podia tener esperanza de hallarle. Con estas , y otras razones , la Pastora algo consolada , holgó de quedarse con ellas , agradeciendoles la merced que le hacian , y el deseo que mostraban de procurar su contento. A esta sazón , la serena noche , aguijando por el Cielo el estrellado carro , daba señal

ñal que el nuevo día se acercaba ; y las Pastoras , con el desseo , y necesidad de reposo , se levantaron , y del fresco jardin á sus estancias se fueron. Mas apenas el claro Sol havia con sus calientes rayos deshecho , y consumido la cerrada niebla , que en las frescas mañanas por el ayre suelen estenderse , quando las tres Pastoras , dexando los ociosos lechos , al usado exercicio de apacentar su ganado se bolvieron , con harto diferentes pensamientos , Galatea , y Florisa , del que la hermosa Teolinda llevaba , la qual iba tan triste , y pensativa , que era maravilla. Y á esta causa , Galatea , por vér si podria en algo divertirla , le rogó , que puesta á parte un poco la melancolìa , fuese servida de cantar algunos versos al son de la zampoña de Florisa. A esto respondió Teolinda. Si la mucha causa que tengo de llorar , con la poca que de cantar tengo , entendiera que en algo se menguára , bien pudiera , hermosa Galatea , perdonarme , porque no hiciera lo que me mandas ; pero por saber yá por experiencia , que lo que mi lengua cantando pronuncia , mi corazon llorando lo solemniza , haré lo que quisieres , pues en ello , sin ir contra mi desseo , satisfaré el tuyo. Y luego la Pastora Florisa tocó su zampoña , à cuyo son Teolinda cantó este Soneto.

TEOLINDA.

Sabidohe , por mi mal , adonde llega
 La cruda fuerza de un notorio engaño,
 Y como amor procura con mi daño
 Darme la vida , que el temor me niega:
 Mi alma de las carnes se despega,
 Siguiendo aquella , que por hado estraño
 La tiene puesta en pena , en mal tamaño,
 Que el bien la turba , y el dolor sosiega.
 Si vivo , vivo en fé de la esperanza,
 Que aunque es pequeña , y débil , se sustenta,
 Siendo á la fuerza de mi amor asida.
 ¡O firme comenzar , fragil mudanza,
 Amarga suma de una dulce cuenta,
 Como acabais por terminos la vida!

No havia bien acabado de cantar Teolinda el Soneto que haveis oido , quando las tres Pastoras sintieron á su mano derecha,
 por

por la ladera de un fresco valle , el son de una zampoña , cuya suavidad era de suerte , que todas se suspendieron , y pararon , para con mas atencion gozar de la suave armonía. Y de allí à poco oyeron , que al son de la zampoña , el de un pequeño rabèl se acordaba , con tanta gracia , y destreza , que las dos Pastoras , Galatea , y Florisa , estaban suspensas , imaginando , qué Pastores podrian ser los que tan acordadamente sonaban , porque bien vieron , que ninguno de los que ellas conocían (si Elicio no) era en la Musica tan diestro. A esta sazón , dixo Teolinda , si los oídos no me engañan , hermosas Pastoras , yo creo que teneis oy en vuestras riberas à los dos nombrados , y famosos Pastores , Tirsi , y Damon , naturales de mi Patria ; à lo menos Tirsi , que en la famosa Compluto , Villa fundada en las riberas de nuestro Henares , fue nacido ; y Damon , su intimo , y perfecto Amigo , si no estoy mal informada , de las Montañas de Leon trae su origen ; y en la nombrada Mantua Carpentanea fue criado : tan aventajados los dos en todo genero de discrecion , ciencia , y loables exercicios , que no solo en el circuito de nuestra comarca son conocidos ; pero por todo el de la tierra conocidos , y estimados. Y no penseis , Pastoras , que el ingenio de estos dos Pastores solo se estiende en saber lo que al pastorál estado le conviene : porque pasa tan adelante , que lo escondido del Cielo , y lo no sabido de la tierra , por terminos , y modos concertados , enseñan , y disputan ; y estoy confusa en pensar , qué causa les habrá movido á dexar Tirsi su dulce , y querida Fili ; y á Damon su hermosa , y honesta Amarili : Fili de Tirsi , Amarili de Damon tan amadas , que no hay en nuestra Aldea , ni en los contornos de ella persona , ni en la campaña bosque , prado , fuente , ó rio , de que sus encendidos , y honestos amores no tengan entera noticia. Dexa por ahora , Teolinda , dixo Florisa , de alabarnos estos Pastores , que mas nos importa escuchar lo que vienen cantando , pues no menor gracia me parece que tienen en la voz , que en la musica de los instrumentos. Pues qué direis , replicó Teolinda , quando veis que todo eso sobrepuja la excelencia de su Poesia , la qual es de manera , que al uno yà le ha dado renombre de Divino , y al otro de mas que humano. Estando en estas razones las Pastoras , vieron que por la ladera del valle , por donde ellas mismas iban , se descubrian dos Pastores de gallarda disposicion , y estremo brio , de poco mas edad el uno que el otro ; tan bien vestidos , aunque pas-

pastorilmente, que mas parecian en su talle, y apostura bizarros cortesanos, que Serranos ganaderos. Traía cada uno un bien tallado pellico de blanca, y finisima lana, guarnecidos de leonado, y pardo, colores á quien sus Pastoras eran mas aficionadas: pendian de sus hombros sendos zurrone, no menos vistosos, y adornados que los pellicos: venian de verde laurel, y fresca yedra coronados, con los retorcidos cayados debajo del brazo puestos: no traian compañía alguna, y tan embevecidos en su musica venian, que estuvieron gran espacio sin vér à las Pastoras, que por la misma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donayre, y gracia de los Pastores, los quales, con concertadas voces, comenzando el uno, y replicando el otro, esto que se sigue cantaban.

DAMON.

TIRSI.

Dam. Tirsi, que el solitario cuerpo alejas
 Con atrevido paso, aunque forzoso,
 De aquella luz con quien el alma dexas;
 ¿Còmo en son no te duels doloroso
 Pues hay tanta razon para quexarte
 Del fiero turbador de tu reposo?

Tirs. Damon, si el cuerpo miserable parte
 Sin la mitad del alma en la partida,
 Dexando de ella la mas alta parte;
 ¿De qué virtud, ó sér será movida
 Mi lengua, que por muerta yá la cuento;
 Pues con el alma se quedó la vida?
 Y aunque muestro que veo, oygo, y siento,
 Fantasma soy por el amor formada,
 Que con sola esperanza me sustento.

D. O Tirsi venturoso, y què invidiada
 Es tu suerte de mí, con causa justa;
 Por ser de las de amor mas estremada!
 A tí sola la ausencia te disgusta,
 Y tienes el arrimo de esperanza,
 Con quien el alma en sus desdichas gusta;
 Pero ay de mí, que adonde voy me alcanza
 La fria mano del temor esquivá,
 Y del desdén la rigurosa lanza.

- Tén la vida por muerte, aunque mas viva
 Se te muestre, Pastor, que es qual la vela,
 Que quando muere, mas su luz aviva.
 Ni con el tiempo que ligero buela,
 Ni con los medios que el ausencia ofrece
 Mi alma fatigada se consuela.
- T. El firme, y puro amor jamás descrece
 En el discurso de la ausencia amarga,
 Antes en fé de la memoria crece.
 Así que en el ausencia corta, ó larga,
 No vé remedio el Amador perfecto
 De dár alivio á la amorosa carga,
 Que la memoria puesta en el objeto,
 Que amor puso en el alma, representa
 La amada imagen viva al intelecto.
 Y allí en blanco silencio le dá cuenta
 De su bien, ó su mal, segun la mira,
 Amorosa, ó de amor libre, y esenta.
 Y si ves que mi alma no suspira,
 Es porque veo á Fili acá en mi pecho,
 De modo que á cantar me llama, y tira.
- D. Si en el hermoso rostro algun despecho
 vieras de Fili, quando te partiste
 Del bien, que así te tiene satisfecho:
 Yo sé, discreto Tirsi, que tan triste
 Vinieras como yo cuitado vengo,
 Que vi al contrario de lo que tú viste.
- I. Damon, con lo que he dicho me entretengo,
 Y el estremo del mal de ausencia templo,
 Y alegre voy, si voy, si quedo, ó vengo.
 Que aquella que nació por vivo exemplo
 De la inmortal belleza acá en el suelo,
 Digna de marmol, de corona, y templo:
 Con su rara virtud, y honesto zelo,
 Así los ojos codiciosos ciega,
 Que de ningun contrario me recelo.
- La estrecha sujecion que no le niega
 Mi alma al alma suya, el alto intento,
 Que solo en la adorar pára, y sosiega.

- El tener de este amor conocimiento
 Fili, y corresponder á fé tan pura,
 Destierran el dolor, traen el contento.
- D.** Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,
 De la qual goces siglos prolongados
 En amoroso gusto, en paz segura.
- Yo,** á quien los cortos implacables hados
 Truxeron á un estado tan incierto;
 Pobre en el merecer, rico en cuidados.
 Bien es que muera, pues estando muerto,
 No temeré à Amarili rigurosa,
 Ni del ingrato amor el desconcierto.
- O** mas que el Cielo, ó mas que el Sol hermosa,
 Y para mí mas dura que un diamante,
 Presta à mi mal, y al bien muy perezosa.
- ¿Qual Abrego, qual Cierzo, qual Levante
 Te sopló de aspereza, que asi ordenas,
 Que huyga el paso, y no te esté delante?
- Yo** moriré, Paltora, en las ajenas
 Tierras, pues tú lo mandas, condenado
 A hierros, muertes, yugos, y cadenas.
- T.** Pues con tantas ventajas te ha dotado,
 Damon amigo, el piadoso Cielo,
 De un ingenio tan vivo, y levantado.
- Templa** con él el llanto, templa el duelo,
 Considerando bien, que no contino
 Nos quema el Sol, ni nos enfria el yelo;
- Quiero** decir, que no sigue un camino
 Siempre con pasos llanos reposados,
 Para darnos el bien nuestro destino.
- Que** alguna vez por trances no pensados,
 Lejos al parecer de gusto, y gloria,
 Nos lleva à mil contentos regalados.
- Revuelve,** dulce amigo, la memoria
 Por los honestos gustos, que algun tiempo
 Amor te dió por prendas de victoria.
- Y** si es posible, busca un pasatiempo,
 Que al alma engañe, en tanto que se pasa
 Este desamorado ayrado tiempo.

D. Al yelo, que por terminos me abrasa,
 Y al fuego, que sin termino me yela,
 ¿Quién le pondrá, Pastor, termino, ó tasa?
 En vano cansa, en vano se desvela
 El desfavorecido, que procura
 A su gusto cortar de amor la tela,
 Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aquí cesó el estremado canto de los agraciados Pastores; pero no en el gusto que las Pastoras havian recibido en escucharle, antes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos, que no todas veces suelen oirse. A esta sazón los dos gallardos Pastores encaminaban sus pasos ázia donde las Pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser de ellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea, que de aquel lugar se desviasen: ella lo hizo, y ellos pasaron, y al pasar oyó Galatea, que Tirsi á Damon decia: Estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo, y particular amigo tuyo, á quien dè la ventura tal suceso en sus amores, quanto merecen sus honestos, y buenos deseos. Yo há muchos dias que no sé en qué terminos le trae su suerte; pero segun he oído decir de la recatada condicion de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que mas aína debe de estár quejoso, que satisfecho. No me maravillariá yo de esto, respondió Damon, porque con quantas gracias, y particulares dones con que el Cielo enriqueció á Galatea, al fin la hizo muger, en cuyo fragil sugeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo menos que aventura es la vida. Lo que yo he oído decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea, sin salir del termino que á su honestidad se debe, y que la discrecion de Galatea es tanta, que no dá muestras de querer, ni de aborrecer á Elicio, y asi debe de andar el desdichado sugeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo, y la fortuna (medios harto perdidos) que le alarguen, ò acorten la vida, de los quales está mas cierto el acortarla, que el entretenerla. Hasta aquí pudo oír Galatea de lo que de ella, y de Elicio los Pastores tratando iban, de que no recibió poco contento, por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia in-

tencion se debía; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasion à que la fama no saliese verdadera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo los dos bizarros Pastores, con vagarosos pasos, poco á poco ázia el Aldèa se encaminaban, con deseo de hallarse á las bodas del venturoso Pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y esta fue una de las causas por que ellos havian dexado sus rebaños, y al Lugar de Galatea se venían; pero yá que les faltaba poco del camino, á la mano derecha de él, sintieron el son de un rabél, que acordada, y suavemente sonaba, y parandose Damon, travó à Tirsi del brazo, diciendole: Espera, escucha un poco, Tirsi, que si los oídos no me mienten, el son que á ellos llega, es el del rabél de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas, y diversas habilidades, quanto las oirás si le escuchas, y conocerás, si le tratas. No creas Damon, respondió Tirsi, que hasta ahora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que días hà que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla ahora, y escuchemos si canta alguna cosa, que del estado de su vida nos dé algun manifiesto indicio. Bien dices, replicó Damon, mas será menester, para que mejor le oygamos, que nos lleguemos por entre estas ramas, de modo, que sin ser vistos de él, de mas cerca le escuchemos: hicieronlo asi, y pusieronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dixo, ó cantó, dexó de ser de ellos oída, y aun notada. Estaba Elicio en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba, por el entretenimiento, y gusto, que de su buena conversacion recibía, y todos, ó los mas ratos del día, en cantar, y tañer se les pasaba; y á este punto, tocando su rabél Elicio, y su zampona Erastro, á estos versos dió principio Elicio.

E L I C I O.

Rendido á un amoroso pensamiento,
 Con mi dolor contento,
 Sin esperar mas gloria,
 Sigo la que persigue mi memoria,
 Porque continuo en ella se presenta,
 De los lazos de amor libre, y esenta.
 Con los ojos del alma aun no es posible

VÉR el rostro apacible
 De la enemiga mia,
 Gloria, y honor de quanto el Cielo cria,
 Y los del cuerpo quedan solo en vella
 Ciegos, por haver visto el Sol en ella.
 ¡O dura servidumbre, aunque gustosa,
 O mano poderosa
 De amor, que así pudiste
 Quitarme (íngrato) el bien que prometiste,
 De hacerme quando libre me burlaba
 De tí, del arco tuyo, y de tu aljaba.
 Quanta belleza, quanta blanca mano
 Me mostraste tyrano,
 Quanto te fatigaste,
 Primero que á mi cuello el lazo echaste,
 Y aun quedáras vencido en la pelea,
 Si no hubiera en el mundo Galatea.
 Elia fue sola la que sola pudo
 Rendir el golpe crudo
 De corazon esento,
 Y avasallar el libre pensamiento;
 El qual, si á su querer no se rindiera,
 Por de marmol, ó acero le tuviera.
 ¿Qué libertad puede mostrar su fuero
 Ante el rostro severo,
 Y mas que el Sol hermoso
 De la que turba, y causa mi reposo?
 ¡Ay rostro que en el suelo
 Descubres quanto bien encierra el Cielo!
 ¿Cómo pudo juntar naturaleza
 Tal rigor, y aspereza,
 Con tanta hermosura,
 Tanto valor, y condicion tan dura?
 Mas mi dicha consiente
 En mi daño juntar lo diferente.
 Esle tan facil á mi corta suerte,
 VÉR con la amarga muerte
 Junta la dulce vida,
 Y estár su mal á do su bien anida:

Que entre contrarios veo,
Que mengua la esperanza , y no el deseo.

No cantó mas el enamorado Pastor , ni quisieron mas detenerse Tirsi , y Damon , antes haciendo gallarda , é improvisa muestra , ázia donde estaba Elicio se fueron , el qual como los vió , conociendo á su amigo Damon , con increíble alegría le salió á recibir , diciendole : ¿Qué ventura ha ordenado , discreto Damon , que la des tan buena con tu presencia á estas riberas , que grandes tiempos há que te desean ? No puede ser sino buena , respondió Damon , pues me ha traído á verte , ó Elicio , cosa que yo estimo en tanto , quanto es el deseo , que de ello tenía , y la larga ausencia , y la amistad que te tengo me obligaba ; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho , es porque tienes delante al famoso Tirsi , gloria , y honor del Castellano suelo. Quando Elicio oyó decir , que aquel era Tirsi , de él solamente por fama conocido , recibiendo con mucha cortesía , le dixo : Bien conforma tu agradable semblante , nombrado Tirsi , con lo que de tu valor , y discrecion en las cercanas , y apartadas tierras la parlera fama pregona. Y asi , á mí , á quien tus escritos han admirado , é inclinado á desear conocerte , y servirte , puedes de oy mas tener , y tratar como verdadero amigo. Es tan conocido lo que yo gano en eso , respondió Tirsi , que en vano pregonaría la fama , lo que la aficion que me tienes te hace decir , que de mí pregonas , si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el numero de tus amigos , y porque entre los que lo son , las palabras de comedimiento han de ser excusadas , cesen las nuestras en este caso , y dén las obras testimonio de nuestras voluntades.

La mia será continuo de servirte , replicó Elicio , como lo verás , ó Tirsi , si el tiempo , ó la fortuna me ponen en estado , que valga algo para ello , porque el que ahora tengo , puesto que no le trocaria con otro de mayores ventajas , es tal , que apenas me dexa con libertad de ofrecer el deseo : teniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto , dixo Damon , por locura tendria procurar bajarle á cosa que menos fuese ; y asi , amigo Elicio , no digas mal del estado en que te hallas , porque yo te prometo , que quando se comparase con el mio , hallaria yo ocasion de tenerte mas embidia , que lastima. Bien parece , Damon , dixo Elicio , que há muchos dias que faltas de estas riberas , pues no sabes lo que

en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conocer, ni tener experiencia de la condicion de Galatea, que si de ella tuvieses noticia, trocarías en lastima la embidia, que de mí tendrías. Quien ha gustado de la condicion de Amarili, qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea, respondió Damon. Si la estada tuya en estas riberas, replicó Elicio, fuere tan larga como yo deseo, tú Damon conocerás, y verás en ella, y oírás en otras como andan en igual balanza su crueldad, y gentileza: estremos que acaban la vida al que su desventura traxo á terminos de adorarla. En las riberas de nuestro Henares, dixo á esta sazón Tirsi, mas fama tenía Galatea de hermosa, que de cruel; pero sobre todo se dice, que es discreta; y si esta es la verdad, como lo debe ser, de su discrecion nace el conocerse, y de conocerse, estimarse, y de estimarse, no querer perderse, y del no querer perderse, viene el no querer contentarte; y viendo tú, Elicio, quan mal corresponde á tus deseos, dás nombre de crueldad á lo que debias llamar honroso recato; y no me maravillo, que en fin es condicion propia de los enamorados poco favorecidos. Razon tendrías en lo que has dicho, ó Tirsi, replicó Elicio, quando mis deseos se desviaran del camino, que á su honra, y honestidad conviene; pero si ván tan medidos, como á su valor, y credito se debe, ¿de qué sirve tanto desden? ¿Tan amargas, y desabridas respuestas? ¿Y tan á la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en solo verle? ¡Ay Tirsi, Tirsi! respondió Elicio, y y cómo te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espíritu hablas de sus efectos, no sé yo como viene bien lo que tú ahora dices, con lo que un tiempo decias, quando cantabas: *Ay de quan ricas esperanzas vengo al deseo mas pobre, y enojido*, con lo demás que á esto añadiste. Hasta este punto havia estado callando Erastro, mirando lo que entre los Pastores pasaba, admirado de vér su gentil donayre, y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discrecion que tenía. Pero viendo que de lance en lance á razonar de casos de amor se havian reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio; y dixo: Bien creo, discretos Pastores, que la larga experiencia os havrá mostrado, que no se puede reducir á continuado termino la condicion de los enamorados corazones, los quales, como se gobiernan por voluntad ajena, á mil contrarios accidentes están sujetos; y asi tú, famoso Tir-

Tirsi, no tienes de qué maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por exemplo aquello que él dice que cantabas, ni menos lo que sé yo que cantalle, quando dixiste: *La amarillez, y la flaqueza mia*, donde claramente mostrabas el affligido estado que entonces poseias; porque de alli á poco llegaron á nuestras Cabañas las nuevas de tu contento, solemnizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo, comenzaban: *Sale la Aurora, y de su fertil mano*. Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos; y como con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que oy se ria el que ayer lloraba, y que mañana lllore el que oy rie. Y por tener yo tan conocida esta su condicion, no puede la esperanza, y desdén zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero de ella otra cosa, sino es que se contente de que yo la quiera. El que no esperase buen sucesso de un tan enamorado, y medido deseo, como el que has mostrado, ó Pastor, respondió Damon, renombre mas que desesperado merecia: por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes; pero dime, Pastor, asi ella te la conceda. ¿Es posible que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear mas de lo que has dicho? Bien puedes creerle, Amigo Damon, dixo Elicio, porque el valor de Galatea no dá lugar á que de ella otra cosa se desee, ni se espere, y aun esta es tan dificil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza, y á mí se enfria de manera, que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte, que el cumplimiento de ella. Mas porque no es razon recibir tan honrados huespedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quedense ellas aquí, y recojamonos al Aldea, donde descansareis del pesado trabajo del camino, y con mas sosiego, si de ello gustaredes, entendereis el desasosiego nuestro. Holgaron todos de acomodarse á la voluntad de Elicio, el qual, y Erastro, recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas antes de lo acostumbrado, en compañía de los dos Pastores, hablando en diversas cosas, aunque todas enamoradas, ázia el Aldea se encaminaron. Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer, y cantar; y asi por esto, como por el deseo que tenia de saber, si los dos nuevos Pastores lo hacian tan bien como de ellos se sonaba, por moverlos, y com-

bidarlos à que otro tanto hiciesen , rogó à Elicio , que su rabél tocase , al son del qual así comenzó à cantar.

ERASTRO.

Ante la luz de unos serenos ojos,
 Que al Sol dãn luz con que dà luz al suelo,
 Mi alma así se enciende , que recelo,
 Que presto tendrá muerte sus despojos.
 Con la luz se conciertan los manojos
 De aquellos rayos del señor de Delo:
 Tales son los cabellos de quien suelo
 Adorar su beldad , puesto de hinojos,
 O clara luz , ò rayos del Sol claro,
 Antes el mismo Sol , de vos espero
 Solo que consintáis que Erastro os quiera.
 Si en esto el Cielo se muestra avaro,
 Antes que acabe del dolor que muero
 Haced , ó rayos , que de un rayo muera.

No les pareció mal el Soneto à los Pastores , ni les descontentó la voz de Erastro , que puesto que no era de las muy estremadas , no dexaba de ser de las acordadas , y luego Elicio , movido del exemplo de Erastro , le hizo que tocase su zampoña , al son de la qual este Soneto dixo.

ELICIO.

Ay que al alto designio que se cria
 En mi amoroso firme pensamiento
 Contradican el Cielo , el fuego , el viento,
 La agua , la tierra , y la enemiga mia:
 Contrarios son de quien temer debria,
 Y abandonar la empresa el sano intento:
 ¿Mas quién podrá estorvar lo que el violento
 Hado implacable quiere? amor porfia:
 El alto Cielo , amor , el viento , el fuego,
 La agua , la tierra , y mi enemiga bella,
 Cada qual con fuerza ; y con mi hado,

Mi bien estorve, esparza, abrase, y luego
 Deshaga mi esperanza, que aun sin ella,
 Imposible es dexar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damon, al son de la misma zampoña de Erastro, de esta manera comenzó à cantar.

DAMON.

Mas blando fui, que no la blanda cera,
 Quando imprimí en mi alma la figura
 De la bella Amarili, esquivada, y dura,
 Quan duro marmol, ó silvestre fiera.
 Amor me puso entonces en la esfera
 Mas alta de su bien, y su ventura,
 Ahora temo que la sepultura
 Ha de acabar mi presuncion primera.
 Arrimóse el amor à la esperanza,
 Qual vid al olmo, y fue subiendo apriesa,
 Mas faltóle el humor, y cesó el buelo:
 No el de mis ojos que por larga usanza
 Fortuna sabe bien que jamás cesa
 De dár tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabó Damon, y comenzó Tirsi al son de los instrumentos de los tres Pastores à cantar este Soneto.

TIRSI.

Por medio de los filos de la muerte
 Rompió mi fé, y à tal punto he llegado,
 Que no embidio el mas alto, y rico estado,
 Que encierra humana venturosa suerte.
 Todo este bien nació de solo verte,
 Hermosa Fili, ó Fili, à quien el hado
 Dotó de un sér tan raro, y estremado,
 Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
 Como amansa el rigor de la sentencia,
 Si el condenado el rostro del Rey mira,

Y es ley que nunca tuerce su derecho.
 Asi ante tu hermosísima presencia
 La muerte huye, el daño se retira,
 Y dexa en su lugar vida, y provecho.

Al acabar de Tirsi, todos los instrumentos de los Pastores formaron tan agradable musica, que causaba grande contento à quien la oía, y mas ayudandoles, de entre las espesas ramas, mil suertes de pintados pajarillos, que con divina harmonia parece que como à coros les iban respondiendo. De esta suerte havian caminado un trecho, quando llegaron à una antigua Hermita, que en la ladera de un montecillo estava, no tan desviada del camino, que dexase de oirse el son de una harpa, que dentro, al parecer, tañian, el qual oido por Erastro, dixo. Deteneos, Pastore, que segun pienso oy oíremos todos lo que ha dias que yo deseo oír, que es la voz de un agraciado mozo, que dentro de aquella Hermita havrá doce, ó catorce dias se ha venido à vivir una vida mas aspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años, y algunas veces que por aqui he pasado, he sentido tocar una harpa, y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandísimo deseo de escucharla; pero siempre he llegado à punto, que él le ponía en su canto: y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, y ofreciendole à su servicio todo lo que valgo, y puedo, ninguna he podido acabar con él que me descubra quien es, y las causas que le han movido à venir de tan pocos años à ponerse en tanta soledad, y estrechez. Lo que Erastro decia del mozo, y nuevo Hermitaño, puso en los Pastores el mismo deseo de conocerle que él tenia, y asi acordaron de llegarse à la Hermita de modo que sin ser sentidos pudiesen entender lo que cantaba, antes que llegasen à hablarle, y haciendolo asi, les sucedió tan bien, que se pusieron en parte donde sin ser vistos, ni sentidos, oyeron que al son de la harpa el que estava dentro semejantes versos decia.

Si han sido el Cielo, Amor, y la fortuna,
 Sin ser de mí ofendidos,
 Contentos de ponerme en tal estado,
 En vano al ayre embio mis gemidos;
 En vano hasta la Luna

Se vió mi pensamiento levantado.
 O rigoroso hado,
 Por quan estrañas desusadas vías
 Mis dulces alegrías
 Han venido à parár en tal estremo,
 Que estoy muriendo , y aun la vida temo.

Contra mí mismo estoy ardiendo en ira,
 Por vér que sufro tanto,
 Sin romper este pecho , y dár al viento
 Esta alma , que en mitad del duro llanto
 Al corazon retira
 Las ultimas reliquias del aliento,
 Y alli de nuevo siento
 Que acude la esperanza á darme fuerza,
 Y aunque fingida á mi vivir esfuerza,
 Y no es piedad del Cielo , porque ordena
 A larga vida dár mas larga pena.

Del caro amigo el lastimado pecho
 Enterneció este mio,
 Y la empresa difícil tomé á cargo,
 ¡O discreto fingir de desvario,
 O nunca visto hecho,
 O caso gustosisimo , y amargo!
 ¡Quan dadivoso , y largo
 Amor se mostró por bien ageno,
 Y quan avaro , y lleno
 De temor , y lealtad para conmigo!
 Pero á mas nos obliga un firme amigo.

Injustas pagas , voluntades justas
 A cada paso vemos
 Dadas por mano de fortuna esquiva,
 Y de tí, falso Amor , de quien sabemos,
 Que te alegras , y gustas
 De que un firme amator muriendo viva,
 Abrasadora , y viva
 Llama se encienda en tus ligeras alas,

Y las buenas , y malas
 Saetas en cenizas se resuelvan,
 O al dispararlas contra tí se buelvan.

¿Por qué camino , con fraude , y maña,
 Por qué extraño rodeo
 Entera posesion de mí tomaste?
 ¿Y como en mí piadoso alto deseo,
 Y en mis limpias entrañas
 La sana voluntad falso trocaste?
 Juicio havrà que baste
 A llevar en paciencia el ver perjuro,
 Que entre libre , y seguro
 A tratar de tus glorias , y tus penas,
 Y ahora al cuello siento tus cadenas.

Mas no de tí , sino de mí sería
 Razon que me quejase,
 Que à tu fuego no hice resistencia,
 Yo me entregué , yo hice que soplase
 El viento que dormia
 De la ocasion con furia , y violencia:
 Justisima sentencia
 Ha dado el Cielo contra mí que muera,
 Aunque solo se espera
 De mi infelice hado , y desventura,
 Que no acabe mi mal la sepultura.

O amigo dulce , ó dulce mi enemiga,
 Timbrio , y Nisida bella,
 Dichosos juntamente , y desdichados
 ¿Qual dura iniqua , inexorable estrella
 De mi daño enemiga,
 Qual fuerza injusta de implacables hados
 Nos tiene casi apartados?
 O miserable , humana , fragil suerte
 Quan presto se convierte
 En subito pesar una alegria,
 Y sigue obscura noche al claro dia.

De la inestabilidad de la mudanza
 De las humanas cosas,
 ¿Qual será el atrevido que se fie?
 Con alas buela el tiempo presurosas,
 Y tras sí la esperanza
 Se lleva del que llora, y del que rie,
 Y yá que el Cielo embie
 Su favor, solo sirve al que con zelo
 Santo levanta al Cielo
 El alma en fuego de su amor deshecha,
 Y al que no mas le daña que aprovecha.
 Yo como puedo, buen Señor, levanto
 La una, y otra palma,
 Los ojos, la intencion al Cielo santo,
 Por quien espera el alma
 Ver buuelto en risa su continuo llanto.

Con un profundo suspiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo, que dentro en la Hermita estaba; y sintiendo los Pastores que adelante no proseguia, sin detenerse mas, todos juntos entraron en ella, donde vieron á un cabo sentado encima de una dura piedra á un dispuesto, y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años, vestido de un tosco buriel, con los pies descalzos, y una aspera sogá ceñida al cuerpo, que de cordon le servia. Estaba con la cabeza inclinada á un lado, y la una mano asida de la parte de la tunica que sobre el corazon caía, y el otro brazo á la otra parte flojamente derribado, y por verle de esta manera, y por no haver hecho movimiento al entrar de los Pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginacion de sus miserias, muchas veces á semejante termino le conducia. Llegóse á él Erastro, y travandole recio del brazo, le hizo volver en sí, aunque tan desacordado, que parecia que de un pesado sueño recordaba, las cuales muestras de dolor no pequeño le causaron á los que lo veían, y luego Erastro le dixo. ¿Qué es esto, señor, que es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dexéis de decírló, que presentes teneis quien no reusarán fatiga alguna por dár remedio á la vuestra. No son esos, respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos que me has hecho, ni aun serian los ultimos que

que yo acertase á servir , si pudiese ; pero hame traído la fortuna á terminos , que ni ellos pueden aprovecharme , ni yo satisfacerlos mas de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces ; y si otra cosa de mí descas saber , el tiempo , que no encubre nada , te dirá mas de lo que yo quisiera. Si al tiempo dexas que me satisfaga de lo que me dices , respondió Erastro , poco debe agradecerse tal paga ; pues él , á pesar nuestro , echa en las plazas lo mas secreto de nuestros corazones. A este tiempo todos los demás Pastores le rogaron , que la ocasion de su tristeza les contase , especialmente Tirsi , que con eficaces razones le persuadió , y dió á entender , que no hay mal en esta vida , que con ella su remedio no se alcanzase , si yá la muerte , atajadora de los humanos discursos , no se opone á ellos , y á esto añadió otras palabras , que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que de él saber descaban , y así les dixo. Puesto que á mí me fuera mejor (ó agradable compañía) vivir lo poco que me queda de vida sin ella , y haverme recogido á mayor soledad de la que tengo , todavia por no mostrarme esquivo á la voluntad que me haveis mostrado , determino de contaros todo aquello , que entiendo bastará , y los terminos por donde la mudable fortuna me ha traído al estrecho estado en que me hallo ; pero porque me parece que es yá algo tarde , y segun mis desventuras son muchas , sería posible que antes de contaroslas la noche sobreviniese , será bien que todos juntos á la Aldea nos vamos , pues á mí no me hace otra comodidad de hacer el camino esta noche , que mañana tenía determinado , y esto me es forzoso pues de vuestra Aldea soy proveído de lo que he menester para mi sustento ; y por el camino , como mejor pudieremos , os haré ciertos de mis desgracias. A todos pareció bien lo que el mozo Hermitaño decia , y poniendolo enmedio de ellos , con vagarosos pasos , tornaron á seguir el camino de la Aldea , y luego el afligido Hermitaño , con muestras de mucho dolor , de esta manera al cuento de sus miserias dió principio.

En la antigua , y famosa Ciudad de Xeréz , cuyos moradores de Minerva , y Marte son favorecidos , nació Timbrio , un valeroso Caballero , del qual , si sus virtudes , y generosidad de animo huviese de contar , á difícil empresa me pondria. Basta saber , que no sè si por la mucha bondad suya , ó por la fuerza de las

estrellas, que à ello me inclinaban, yo procuré por todas las vias que pude serle particular amigo, y fueme en esto el Cielo tan favorable, que casi olvidandose á los que nos conocian el nombre de Timbrio, y el de Silerio (que es el mio) solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra continua conservacion, y amigables obras, que tal opinion no fuese vana. De esta suerte los dos, con increíble gusto, y contento, los mozos años pasabamos, ora en el campo en el exercicio de la caza, ora en la Ciudad en el del honroso Marte, entretenendonos, hasta que un dia (de los muchos aciagos, que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho vér) le sucedió á mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso Caballero, vecino de la misma Ciudad. Llegó á termino la question, que el Caballero quedó lastimado en la honra, y á Timbrio le fue forzoso ausentarse, por dár lugar á que la furiosa discordia cesase, que entre las dos parentelas se comenzaba á encender; dexando escrita una carta á su enemigo, dándole aviso que le hallaría en Italia en la Ciudad de Milán, ò en Napoles, todas las veces que, como Caballero, de su agravio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los vandos entre los parientes de entrambos, y ordenèse, que á igual, y mortal batalla el ofendido Caballero, que Pransiles se llamaba, á Timbrio desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla, se avisase á Timbrio. Ordenò mas mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucedió, yo me hallase tan falto de salud, que apenas del lecho levantarme podia, y por esta ocasion se me pasó la de seguir á mi amigo dondequiera que fuese, el qual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargandome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la Ciudad de Napoles le hallaría, dexandome con mas pena que yo sabié allora significaros: mas al cabo de pocos dias (pudiendo en mí mas el desco que de verle tenia, que no la flaqueza que me fatigaba) me puse luego en camino; y para que con mas brevedad, y mas seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de quatro galeras, que en la famosa Isla de Cadiz de partida para Italia puestas, y aparejadas estaban. Embarqueme en una de ellas, y con prospero viento, en tiempo breve, las riberas Catalanas descubrimos, y habiendo dado fondo en un Puerto de ellas, yo que algo fatigado de la mar venia, (asegurado primero de que por aquella noche las galeras de allí

no partian) me desembarqué con solo un amigo , y un criado mio ; y no creo que debia de ser la media noche , quando los Marineros , y los que á cargo las galeras llevaban , viendo que la serenidad del Cielo , calma , ó prospero viento señalaba (por no perder la buena ocasion que se les ofrecia) à la segunda guardia hicieron la señal de partida , y zarpando las anclas , dieron con mucha presteza los remos al sesgo mar , y las velas al sosegado viento , y fue , como digo , con tanta diligencia hecho , que por mucha que yo puse para volver á embarcarme , no fui á tiempo , y asi me huve de quedar en la marina , con el enojo que podrá considerar quien por semejantes , y ordinarios casos havrá pasado , porque quedaba mal acomodado de todas las cosas , que para seguir mi viage por tierra eran necesarias : mas considerando que de quedarme allí poco remedio se esperaba , acordé de volverme á Barcelona , adonde como Ciudad mas grande podria ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba , correspondiendo á Xerez , ó á Sevilla con la paga de ello . Amaneciome en estos pensamientos , y con determinacion de ponerlos en efecto , aguardaba á que el dia mas se levantase , y estando á punto de partirme , sentí un grande estruendo por la tierra , y que toda la gente corria á la calle mas principal del Pueblo ; y preguntando á uno qué era aquello , me respondió : llegaos , señor , á aquella esquina , que á voz de pregonero sabreis lo que deseais . Hicelo asi , y lo primero en que puse los ojos fue un alto Crucifijo , y en mucho tumulto de gente , señales que algun sentenciado á muerte entre ellos venia ; todo lo que certificó la voz del pregonero , que declaraba , que por haver sido saltador , y vandolero , la Justicia mandaba ahorcar un hombre , que como á mí llegó , luego conocí que era el mi buen amigo Timbrio , el qual venia á pie con unas esposas á las manos , y una soga á la garganta , los ojos enclavados en el Crucifijo , que delante llevaba , diciendo , y protestando à los Clérigos que con él iban , que por la cuenta que pensaba dár en breves horas al verdadero Dios , cuyo retrato delante los ojos tenia , que nunca en todo el discurso de su vida havia cometido cosa por donde públicamente mereciese recibir tan ignominiosa muerte , y que á todos rogaba , rogasen á los Jueces le diesen algún termino para probar quan inocente estaba de lo que le acusaban . Considerese aqui (si tanto la consideracion pudo levantarse) qual quedaria yo al horrendo espectáculo que á los
ojos

ojos se me ofrecía : no sé que os diga , señores , sino que quedé tan embelesado , y fuera de mí , y de tal modo quedé ageno de todos mis sentidos , que una estatua de marmol debiera de parecer á quien en aquel punto me miraba. Pero yá que el confuso rumor del Pueblo , las levantadas voces de los pregoneros , las lastimosas palabras de Timbrio , y las consoladoras de los Sacerdotes , y el verdadero conocimiento de mi buen amigo , me huvieron buelto de aquel embelesamiento primero , y la alterada sangre acudió á dár ayuda al desmayado corazon , y despertado en él la colera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrio , sin mirar al peligro que me ponía , sino al de Timbrio , por vér si podia librarle , ó seguirle hasta la otra vida , con poco temor de perder la mia , eché mano á la espada , y con mas que ordinaria furia entré por enmedio de la confusa turba , hasta que llegué adonde Timbrio iba , el qual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se havian desembaynado , con perplexo , y angustiado animo estaba mirando lo que pasaba , hasta que yo le dixé : ¿Adonde está , ó Timbrio , el esfuerzo de tu valeroso pecho ? ¿Qué esperas ? ¿O qué aguardas ? ¿Per qué no te favoreces de la ocasion presente ? Procura , verdadero amigo , salvar tu vida , en tanto que esta mia hace escudo à la sinrazon , que , segun creo , aqui te es hecha. Estas palabras mias , y el conocerme Timbrio , fue parte para que olvidado todo temor , rompíse las ataduras , ó esposas de las manos ; mas todo su ardimiento fuera poco , si los Sacerdotes , de compasion movidos , no ayudáran su deseo , los quales , tomandole en peso , á pesar de los que estorvarlo querian , se entraron con él en una Iglesia , que allí junto estaba , dexandome à mí enmedio de toda la Justicia , que con grande instancia procuraba prenderme , como al fin lo hizo , pues à tantas fuerzas juntas , no fue poderosa la sola mia de resistirlas. Y con mas ofensa , que (á mi parecer) mi pecado merecía , á la carcel pública , herido de dos heridas , me llevaron ; el atrevimiento mio , y el haverse escapado Timbrio aumentó mi culpa , y el enojo en los Juces ; los quales , condenando bien el exceso por mí cometido , pareciendoles ser justo que yo muriese , y luego , la cruel senténcia pronunciaron , y para otro dia guardaban la execucion. Llegó à Timbrio esta triste nueva allà en la Iglesia donde estaba ; y segun yo despues supe , mas alteracion le dió mi senténcia , que le havia dado la de su muerte ; y por librar-me de ella , de nuevo se ofrecía á entregarse otra vez en poder de la

Justicia ; pero los Sacerdotes le aconsejaron , que servía de poco aquello , antes era añadir mal á mal , y desgracia á desgracia , pues no sería parte el entregarse èl , para que yo fuese suelto , pues no lo podia ser , sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir á Timbrio no se diese á la Justicia ; pero sosegóse con proponer en su animo de hacer otro dia por mí , lo que yo por él havia hecho , por pagarme en la misma moneda , ó morir en la demanda. De toda su intencion fuí avisado por un Clerigo , que á confesarme vino , con el qual le embié á decir , que el mejor remedio que mi desdicha podia tener , era , que él se salvase , y procurase , que con toda brevedad el Virrey de Barcelona supiese todo el suceso , antes que la Justicia de aquel Pueblo la executase en él. Supe tambien la causa por que mi amigo Timbrio llevaba al amargo suplicio , segun me contó el mismo Sacerdote que os he dicho ; y fue , que viniendo Timbrio caminando por el Reyno de Cataluña , á la salida de Perpiñan , dieron con él una cantidad de vandoleros , los quales tenian por señor , y cabeza á un valeroso Caballero Catalán , que por ciertas enemistades andaba en la compañía , como es ya antiguo uso de aquel Reyno , quando los enemistados son personas de cuenta , salirse á ella , y hacerse todo el mal que pueden , no solamente en las vidas , pero en las haciendas , cosa agena de toda christiandad , y digna de toda lastima. Sucedió , pues , que al tiempo que los vandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrio lo que llevaba , llegó en aquella sazón el señor , y caudillo de ellos , y como en fin era Caballero , no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrio se hiciese ; antes pareciendole hombre de valor , y prendas , le hizo mil cortesés ofrecimientos , rogándole , que por aquella noche se quedase con él en un Lugar allí cerca , que otro dia por la mañana le daría una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino , hasta salir de aquella Provincia. No pudo Timbrio dexar de hacer lo que el cortés Caballero le pedia , obligado de las buenas obras de él recibidas : fueronse juntos , y llegaron á un pequeño Lugar , donde por los del Pueblo alegremente recibidos fueron. Mas la fortuna , que hasta entonces con Timbrio se havia burlado , ordenó , que aquella misma noche diesen con los vandoleros una Compañía de Soldados , solo para este efecto juntada , y haviendolos cogido de sobresalto , con facilidad los desbarataron ; y puesto que no pu-

puieron prender al Caudillo , prendieron , y mataron à otros muchos , y uno de los presos fue Timbrio , à quien tuvieron por un famoso salteador , que en aquella compañía andaba ; y segun se debe imaginar , sin duda le debia de parecer mucho , pues con atestiguar los demás presos , que aquel no era el que pensaban , contando la verdad de todo el caso , pudo tanto la malicia en el pecho de los Jueces , que sin mas averiguaciones lo sentenciaron à muerte ; la qual fuera puesta en efecto , si el Cielo , favorecedor de los justos intentos , no ordenára que las galeras se fuesen , y yo en tierra quedase , para hacer lo que hasta ahora os he contado que hice. Estabase Timbrio en la Iglesia , y yo en la carcel , ordenando de partirse aquella noche á Barcelona ; y yo , que esperando estaba en què pararía la furia de los ofendidos Jueces , con otra mayor desventura suya , Timbrio , y yo de la nuestra fuimos librados. Mas ojalá fuera servido el Cielo , que en mí solo se executára la furia de su ira , con tal que la alzaran de aquel pequeño , y desventurado Pueblo , que à los filos de mil barbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello. Poco mas de media noche sería , hora acomodada á facinorosos insultos , y en la qual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño , quando improvisamente por todo el Pueblo se levantó una confusa vocería , diciendo : Al arma , al arma , que Turcos hay en la tierra. Los ecos de estas tristes voces , quien duda que no causaron espanto en los mugeriles pechos , y aun pusieron confusion en los fuertes animos de los varones. No sè que os diga , señores , sino que en un punto la miserable tierra comenzó à arder con tanta gana , que nó parecia , sino que las mismas piedras con que las casas fabricadas estaban , ofrecian acomodada materia al encendido fuego , que todo lo consumia. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los barbaros alfanges , y parecerse las blancas tocas de la Turca gente , que encendida con segures , ó hachas de duro acero , las puertas de las casas derribaban , y entrando en ellas , de christianos despojos salian cargados. Qual llevaba la fatigada madre , y qual el pequenuelo hijo , que con cansados , y débiles gemidos , la madre por el hijo , y el hijo por la madre preguntaba , y alguno sè que hubo , que con sacrilega mano estorvó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recien desposada virgen , y del esposo desdichado , ante cuyos llorosos ojos , ó quizá vió coger el fruto de que el sin

ventura pensaba gozar en termino breve. La confusion era tanta, tantos los gritos , y mezclas de las voces tan diferentes , que gran espanto ponian. La fiera , y endiablada canalla , viendo quan poca resistencia se les hacia , se atrevieron à entrar en los Sagrados Templos , y poner las descomulgadas manos en las santas Reliquias , poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban , y arrojandolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valia al Sacerdote su santimonia , y al Frayle su retraimiento , y al viejo sus nevadas canas , y al mozo su juventud gallarda , y al pequeño niño su inocencia simple , que de todos llevaban el saco aquellos descreídos perros ; los quales , despues de abrasadas las casas , robados los Templos , desflorado las Virgenes , muerto los defensores , mas cansados que satisfechos de lo hecho , al tiempo que el alba venia , sin impedimento alguno , se volvieron á sus bageles , haviendolos yá cargado de todo lo mejor que en el Pueblo havia , dexandole desolado , y sin gente , porque toda la mas gente se llevaban , y la otra à la montaña se havia recogido. ¿Quién en tan triste espectáculo pudiera tener quedas las manos , y enjutos los ojos ? Mas ay que está tan llena de miserias nuestra vida , que tan doloroso suceso como el que os he contado , hubo christianos corazones que se alegraron ; y estos fueron los de aquellos que en la carcel estaban , que con la desdicha general cobraron la dicha propia , porque en son de ir á defender el Pueblo , rompieron las puertas de la prision , y en libertad se pusieron , procurando cada uno , no de ofender à los contrarios , sino de salvar à si mismos ; entre los quales yo gocé de la libertad tan caramente adquirida. Y viendo que no havia quien hiciese rostro à los enemigos , por no venir á su poder , ni tornar al de la prision , desamparando el consumido Pueblo , con no muy pequeño dolor de lo que havia visto , y con el que mis heridas me causaban , seguí à un hombre que me dixo : que seguramente me llevaria á un Monasterio , que en aquellas montañas estaba , donde de mis llagas sería curado , y aun defendido , si de nuevo prenderme quisiesen : seguile en fin como os he dicho , con deseo de saber qué havia hecho la fortuna de mi amigo Timbrio : el qual , como despues supe , con algunas heridas se havia escapado , y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba : vino à parar al Puerto de Rosas , donde estuvo algunos dias , procurando saber qué suceso havia sido el mio , y que

en fin, sin saber nuevas algunas, se partió en una nave, y con prospero viento llegó à la gran Ciudad de Napoles. Yo volví à Barcelona, y alli me acomodè de lo que menester havia. Y despues, yà sano de mis heridas, tornè á seguir mi viage, y sin sucederme revès alguno, llegué à Napoles, donde hallè enfermo á Timbrio; y fue tal el contento que en vernos los dos recibimos, que no me siento con fuerzas para encarecerosle por ahora. Alli nos dimos cuenta de nuestras vidas, y de todo aquello que hasta aquel momento nos havia sucedido; pero todo este placer mio se aguaba con vér à Timbrio, no tan bueno como yo quisiera, antes tan malo, y de una enfermedad tan estraña, que si yo à aquella sazón no llegára, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solemnizar las alegrías de su vista. Despues que èl huvo sabido de mí todo lo que quiso, con lagrimas en los ojos, me dixo. Ay, amigo Silerio, y como creo que el Cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dandome la salud por la vuestra, quede yo cada dia con mas obligacion de serviros. Palabras fueron estas de Timbrio, que me enternecieron, mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí, y lo que èl mas replicó: solo os dirè, que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una Señora principal de aquella Ciudad, cuyos padres eran Españoles, aunque ella en Napoles havia nacido: su nombre era Nisida, y su hermosura tanta, que me atrevo á decir, que la naturaleza cifró en ella el estremo de sus perfecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad, y belleza, que lo que à la una encendia, la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el mas subido Cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo mas bajo de la tierra abatía. A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza, quanto rico de pensamientos; y sobre todo falto de salud, y en terminos de acabar la vida sin descubrirlos. Tal era el temor, y reverencia que havia cobrado á la hermosa Nisida. Pero despues que tuve bien conocida su enfermedad, y huve visto á Nisida, y considerando la calidad, y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida, y la honra, y mas, si mas tuviera, y pudiera; y así usé de un artificio el mas estraño que hasta oy se havrà oído, ni leído, y fue, que acordé de vestirme como truhan, y con una guitarra entrarme en casa de Nisida, que por

scr (como yá he dicho) sus padres de los principales de la Ciudad , de otros muchos truhanes era continuada. Parecióle bien este acuerdo à Timbrio , y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas , y diferentes galas , y en vistiendome , comencè à ensayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio , que no poco reía de verme tan truhanamente vestido ; y por vér si la habilidad correspondia al habito , me dixo , que haciendo cuenta que él era un gran Principe , y que yo de nuevo venia à visitarle , le dixese algo. Y si yo no me acuerdo mal , y si vosotros , señores , no os cansais de escucharme , direos lo que entonces le canté , con ser la primera vez. Todos dixeron , que ninguna cosa les daría mas contento , que saber por extenso todo el suceso de su negocio , y que así le rogaban , que ninguna cosa , por de poco momento que fuese , dexase de contarles. Pues esa licencia me dais , dixo el Hermitaño , no quiero dexaros de decir como comencé à dár muestras de mi locura , que fue con estos versos , que á Timbrio canté , imaginando ser un gran Señor à quien los decia.

SILERIO.

De Principe , que en el suelo
Vá por tan justo nivèl,
¿Qué se puede esperar de él,
Que no sean obras del Cielo?

No se vé en la edad presente,
Ni se vió en la edad pasada
Republica gobernada
De Principe tan prudente.
Y del que mide su celo
Por tan Christiano nivèl,
¿Qué se puede esperar de él,
Que no sean obras del Cielo?

Del que trae por bien ageno
Sin codiciar mas despojos,
Misericordia en los ojos,
Y la justicia en el seno.

Del que lo mas de este suelo,
Es lo menos que hay èl,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del Cielo?

La liberal fama vuestra,
Que hasta el Cielo se levanta,
De que teneis alma santa
Nos dà indicio, y clara muestra:
Del que no discrepa un pelo
De ser al Cielo fiel,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del Cielo?

Del que con christiano pecho
Siempre en el rigor se tarda,
Yà la justicia le guarda
Con clemencia su derecho.
De aquel que levanta el buelo
Do ninguno llega à èl,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del Cielo?

Estas, y otras cosas de mas risa, y juego canté entonces á Timbrio, procurando acomodar el brio, y donayre del cuerpo á que en todo diese muestras de exercitado truhan; y salí tan bien con ello, que en pocos dias fui conocido de toda la mas gente principal de la Ciudad, y la fama del truhan Español, por toda ella volaba. Hasta tanto que yá en casa del padre de Nisida me deseaban vér, el qual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardára á ser rogado. Mas en fin no me pude escusar, que un dia de un banquete allá no fuese, donde ví mas cerca la justa causa que Timbrio tenia de parecer, y la que el Cielo me dió para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Ví á Nisida, à Nisida ví para no vér mas, ni hay mas que vér despues de haverla visto. ¡O fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras, y es posible que en un punto, en un momento los reparos, y pertrechos de mi lealtad pudiesen en terminos de dár. con todos ellos

por tierra! Ay que si se tardára un poco en socorrerme la consideracion de quien yo era, la amistad que á Timbrio debia, el mucho valor de Nisida, y el afrentoso habito en que me hallaba, que todo era impedimenco á que con el nuevo, y amoroso deseo, que en mí havia nacido, no naciese tambien la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina, ó buelve atrás en los enamorados principios. En fin, ví la belleza que os he dicho, y porque me importaba tanto el verla, siempre procuré grangear el amistad de sus padres, y de todos los de su casa; y esto con hacer del gracioso, y bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discrecion, y gracia á mí posible. Y rogandome un Caballero, que aquel dia á la mesa estaba, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nisida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos, que muchos dias antes, para otra ocasion casi semejante, yo havia hecho, y sirviendome para la presente, los dixé, que eran estos.

SILERIO.

Nisida, con quien el Cielo
 Tan liberal se ha mostrado,
 Que en daros á vos, dió al suelo
 Una imagen, y traslado
 De quanto encubre su velo.
 Si él no tuvo mas que os dár,
 Ni vos mas que desear,
 Con facilidad se entiende,
 Que lo posible pretende
 Quicn os pretende loar.

De esa beldad peregrina
 La perfeccion soberana,
 Que al Cielo nos encamina,
 Pues no es posible la humana,
 Cante la lengua divina.
 Y diga, bien se conviene,
 Que al alma que en sí contiene
 Sér tan alto, y milagroso,
 Se le diese el velo hermoso,

Mas que el mundo tuvo, ó tiene.

Tomó del Sol los cabellos,
 Del sesgo Cielo la frente,
 La luz de los ojos bellos
 De la estrella mas luciente,
 Que yá no dá luz ante ellos.
 Como quien puede, y se atreve
 A la grana, y á la nieve
 Robó las colores bellas,
 Que lo mas perfecto dellas
 A tus mexillas se debe.

De marfil, y de coral
 Formó los dientes, y labios
 Do sale rico caudal
 De agudos dichos, y sabios,
 Y harmonía celestial,
 De duro marmol ha hecho
 El blanco, y hermoso pecho,
 Y de tal obra ha quedado
 Tanto el suelo mejorado,
 Quanto al Cielo satisfecho.

Con estas, y otras cosas, que entonces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nisida, que me ofrecieron todo lo que menester huviese, y me rogaron, que ningun dia dexase de visitarlos. Y así, sin descubrirse, ni imaginarse mi industria, vine à salir con mi primero designio, que era facilitar la entrada en casa de Nisida, la qual gustaba en estremo de mis desembolturas. Pero yá que los muchos días, y la mucha conversacion mia, y la grande amistad que todos los de aquella casa me mostraban, huvieron quitado algunas sombras al demasiado temor, que de descubrir mi intento à Nisida tenía, determiné vèr à do llegaba la ventura de Timbrio, que solo de mi solicitud la esperaba. Mas ay de mí, que yo estaba entonces mas para pedir medicina para mi llaga, que salud para la agena; porque el donayre, belleza, discrecion, y gravedad de Nisida havian hecho en mi alma tal efecto, que no estaba en menos estremo de dolor, y

de amor puesta; que la del lastimado Timbrio. A vuestra consideracion discreta dexo el imaginar lo que podia sentir un corazon, á quien de una parte combatian las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido; porque si las unas le obligaban á no salir de lo que ellas, y la razon le pedian; las otras le forzaban que tuviese cuenta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos, y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud agena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco, y amarillo, que causaba general compasion á todos los que me miraban, y los que mas la mostraban, eran los padres de Nisida; y un ella misma, con limpias, y christianas entrañas, me rogó muchas veces, que la causa de mi enfermedad le dicese, ofreciendome todo lo necesario para el remedio de ella. Ay, decia yo entre mí, quando Nisida tales ofrecimientos me hacia, y con quanta facilidad, hermosa Nisida, podria remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho; pero precíome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio, como le tengo por imposible, é incierto sería que le acetase. Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasia, no acertaba á responder á Nisida cosa alguna; de lo qual ella, y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de menos años, aunque no de menos discrecion, y hermosura que Nisida) estaban maravilladas, y con mas deseo de saber el origen de mi tristeza, con muchas importunaciones me rogaban, que nada de mí dolor les encubriese. Viendo, pues, yo que la ventura me ofrecia la comodidad de poner en efecto lo que hasta aquel punto mi industria havia fabricado; una vez, que acaso la bella Nisida, y su hermana á solas se hallaban, tomando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dixé: No penseis, señoras, que el silencio que hasta ahora he tenido en no deciros la causa de la pena que imaginais que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe, que si algun bien mi habitado estado en esta vida tiene, es haver grangeado con él venir á terminos de conoceros, y como criado servirlos: solo ha sido la causa imaginar, que aunque la descubra, no servirá para mas de daros lastima, viendo quan lejos está el remedio de ella; pero ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabreis, señoras, que en esta Ciudad está un Caballero natural de mi misma Patria, á quien tengo por señor, por amparo, y por ami-

go, el mas liberal, discreto, y gentil hombre, que en gran parte hallarse pueda, el qual está aqui ausente de la amada Patria, por ciertas queſtiones que allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta Ciudad, creyendo que si allá en la suya dexaba enemigos, acá en la agena no le faltàran amigos; mas hale salido tan al revés su pensamiento, que á un solo enemigo que él mismo (sin saber como) aqui se ha procurado, le tiene puesto en tal estremo, que si el Cielo no le socorre, con acabar la vida, acabará sus amistades, y enemistades. Y como yo conozco el valor de Timbrio (que este es el nombre del Caballero, cuya desgracia os voy contando) y sé lo que perderà el mundo en perderle, y lo que yo perderé si le pierdo, doy las muestras de sentimiento que haveis visto, y aun son pocas, segun à lo que me obliga el peligro en que Timbrio està puesto. Bien sé que deseareis saber, señoras, quien es el enemigo, que à tan valeroso Caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal estremo; pero tambien sé que en diciendoolle, no os maravillareis sino de como no le tiene yà consumido, y muerto. Su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos, y bienandanzas. Este fiero enemigo tomó posesion de sus entrañas. En entrando en esta Ciudad vió Timbrio una hermosa dama, de singular valor, y hermosura: mas tan principal, y honesta, que jamás el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento. A este punto llegaba yo, quando Nisida me dixo: Por cierto, Astor, (que entonces era este el nombre mio) que no sé yo si crea que ese Caballero sea tan valeroso, y discreto, como dices, pues tan facilmente se ha dexado rendir à un mal deseo tan reciennacido, entregandose tan sin ocasion alguna en los brazos de la desesperacion; y aunque à mí se me alcanza poco de estos amorosos efectos, todavia me parece que es simplicidad, y flaqueza dexar, el que se ve fatigado de ellos, de descubrir su pensamiento à quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginar se puede, porque ¿qué afrenta se le puede seguir à ella de saber que es bien querida, ó à él, qué mayor mal de su aceda, y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando? Y no sería bien que por tener un Juez fama de riguroso, dexase alguno de alegar de su derecho. Pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado, y temeroso como ese tu amigo: dime, ¿llamarias tú cruel à la dama de quien estava enamorado? No

por

por cierto, que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia, ni cae en su obligacion procurar saberla para remediarla. Asi que, Astor, perdoname, que las obras de ese tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le dás. Quando yo oí á Nisida semejantes razones, luego quisiera con las mias descubrirle todo el secreto de mi pecho; mas como yo entendía la bondad, y llaneza con que ella las hablaba, huve de detenerme, y esperar mas sola, y mejor coyuntura, y asi le respondí. Quando los casos de amor, hermosa Nisida, con libres ojos se miran; tantos desatinos se vén en ellos, que no menos de risa, que de compasion son dignos: pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma, allí están los sentidos tan travados, y tan fuera de su propio sér, que la memoria solo sirve de tesorera, y guardadora del objeto que los ojos miraron: y el entendimiento en escudriñar, y conocer el valor de la que bien ama: y la voluntad de consentir de que la memoria, y entendimiento en otra cosa no se ocupen. Y asi los ojos vén como espejo de alinde, que todas las cosas se les hacen mayores: ora crece la esperanza quando son favorecidos, ora el temor quando desechados: y asi sucede á muchos lo que à Timbrio ha sucedido, que pareciendoles à los principios altísimo el objeto á quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle, pero no de manera que no les diga amor allà dentro en el alma. ¿Quién sabe? ¿Podria ser? Y con esto anda la esperanza (como decirse suele) entre dos aguas, la qual si del todo les desamparase, con ella huiria el amor. Y de aqui nace andar entre el temor, y osar el corazon del amante afligido, que sin aventurarse à decirla, se recoge, y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quien, el remedio de que se vé tan apartado. En este mismo estremo he yo hallado à Timbrio, aunque todavia á persuasiones mias ha escrito una carta á la dama por quien muere, la qual me dió para que la diese, y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaría: encargóme asimismo que buscase orden de ponerla en manos de su señora, que creo será imposible, no porque yo no me aventuraré á ello, pues lo menos que aventuraré será la vida por servirle; mas porque me parece que no he de hallar ocasion para darla. Veámosla, dixo Nisida, porque desseo vér como escriben los enamorados discretos. Luego saqué yo una carta del seno, que algunos días antes estaba escrita, es-

perando ocasion de que Nisida la viese , y ofreciendome la ventura esta , se la mostré , la qual , por haverla yo leído muchas veces , se me quedó en la memoria , cuyas razones eran estas.

TIMBRIO A NISIDA.

Determinado havia , hermosa señora , que el fin desastrado mio os diese noticia de quien yo era , pareciendome ser mejor , que alabarades mi silencio en la muerte , que no que vituperarades mi atrevimiento en la vida ; mas porque imagino que á mi alma conviene partirse de este mundo en gracia vuestra , porque en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido , os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto , que es tal , que á poder significarle , no procuràra su remedio , pues por pequeñas cosas nadie se ha de aventurar á ofender el valor estremado vuestro , del qual , y de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para serviros , ó alcanzar la muerte para nunca mas ofenderos.

Con mucha atencion estuvo Nisida escuchando esta carta , y en acabandola de oír , dixo : No tiene de qué agravarse la dama á quien esta carta se embia , si yá de puro grave no dá en ser melindrosa , enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas de esta Ciudad ; pero con todo eso no dexes , Astor , de darsela , pues como yá te he dicho no se puede esperar mas mal de su respuesta , que no sea peor que el que ahora dices que tu amigo padece. Y para mas animarte , te quiero asegurar , que no hay muger tan recatada , y tan puesta en atalaya para mirar por su honra , que le pese mucho de ver , y saber que es querida , porque entonces conoce ella que no es vana la presuncion que de sí tiene , lo qual sería al revès , si viese que de nadie era solicitada. Bien sé , señora , que es verdad lo que dices , respondí yo ; mas tengo temor que el atreverme á darla , por lo menos me ha de costar negarme de alli adelante la entrada en aquella casa , de que no menor daño me vendria á mí que à Timbrio. No quieras , Astor , replicó Nisida , confirmar la sentencia que aun el Juez no tiene dada. Muestra buen animo , que no es riguroso trance de batalla este á que te aventuras. Pluguiera al Cielo , hermosa Nisida , respondí yo , que en ese termino me viera , que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro , y rigor de mil contrapuestas armas , que no la

mano á dár esta amorosa carta , à quien temo , que siendo con ella ofendida , ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la agena culpa merece ; pero con todos estos inconvenientes pienso seguir , señora , el consejo que me has dado : puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como ahora : y en este entretanto te suplico , que haciendo cuenta que tú eres á quien esta carta se embia , me des alguna respuesta que lleve à Timbrio , para que con este engaño él se entretenga un poco , y á mí el tiempo , y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer. De mal artificio quieres usar , respondió Nisida , por que puesto caso que yo ahora diese en nombre ageno alguna blanda , ó esquiva respuesta , no ves que el tiempo , descubridor de nuestros fines , aclarará el engaño , y Timbrio quedará de tí mas quejoso que satisfecho. Quanto mas , que por no haver dado hasta ahora respuesta á semejantes cartas , no querria comenzar à darlas mentirosa , y fingidamente : mas aunque sepa ir contra lo que á mí misma debo , si me prometes de decir quien es la dama , yo te diré que digas à tu amigo , y cosa tal que él quede contento por ahora ; y puesto que despues las cosas sucedan al revés de lo que él pensare , no por eso se averiguará la mentira. Eso no me lo mandes , ó Nisida , respondi yo , porque en tanta confusion me pone el decirte yo á tí su nombre , como me pondria el darle á ella la carta : basta saber que es principal , y que sin hacerte agravio alguno , no te debe nada en la hermosura , que con esto me parece que la encarezco sobre quantas son nacidas. No me maravillo que digas eso de mí , dixo Nisida , pues los hombres de vuestra condicion , y trato , lisongear es su propio oficio. Mas dexando todo esto á una parte , porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo , te aconsejo que le digas que fuiste á dár la carta à su dama , y que has pasado con ella todas las razones que conmigo , sin faltar punto , y como leyó tu carta , y el animo que te daba para que á su dama la llevases , pensando que no era ella à quien venia , y que aunque no te atreviste á declarar del todo , que has conocido de ella , que quando sepa ser ella para quien la carta venia , no le causará el engaño , y desengaño mucha pesadumbre. De esta suerte recibirá él algun alivio en su trabajo , y despues al descubrir tu intencion á su dama puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiere , pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira , y la verdad de lo que sucede-

diere, sin que haga al caso el engaño de ahora. Admirado quedé de la discreta traza de Nisida, y aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio. Y así besándole las manos por el buen aviso, y quedando con ella, que de qualquiera cosa que en este negocio sucediere le havia de dár particular cuenta, vine á contar á Timbrio todo lo que con Nisida me havia sucedido, que fue parte para que la tuviese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo á sustentarle, y desterrar de su corazón los nublados del frío temor, que hasta entonces le tenían ofuscado, y todo este gufio se le acrecentaba el prometerle yo á cada paso, que los míos no serían dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nisida se hallase, sacaría el juego de maña con tan buen suceso como sus pensamientos merecian. Una cosa se me ha olvidado de deciros, que en todo el tiempo que con Nisida, y su hermana estuve hablando, jamás la menor hermana habló palabra, sino que con un extraño silencio estuvo siempre colgada de las mias. Y seos decir, señores, que si callaba, no era por no saber hablar con toda discrecion, y donayre, porque en estas dos hermanas mostió naturaleza todo lo que ella puede, y vale; y con todo esto no sé si os diga, que holgára que me huvicra negado el Cielo la ventura de haverlas conocido, especialmente á Nisida, principio, y fin de toda mi desdicha; pero qué puedo hacer si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorvarse. Yo quise, quiero, y querré bien á Nisida, tan sin ofensa de Timbrio, quanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamás la habló, que en favor de Timbrio no fuese, encubriendo siempre, con mas que ordinaria discrecion, la pena propia por remediar la agena. Sucedió, pues, que como la belleza de Nisida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener en mi pecho tan rico tesoro encubierto, quando solo, ó apartado alguna vez me hallabá, con algunas amorosas, y lamentables canciones le descubria con velo de fingido nombre. Y así una noche, pensando que ni Timbrio, ni otro alguno me escuchaba, por dár alivio un poco al fatigado espiritu en un retirado aposento, solo de un laud acompañado, canté unos versos, que por haverme puesto en una confusion gravissima, os los havré de decir, que eran estos.

En un aposento retirado
 De un laud acompañado

SILERIO.

¿Qué laberinto es este do se encietra
 Mi loca levantada fantasía?
 ¿Quien ha buuelto mi paz en cruda guerra,
 Y en tal tristeza toda mi alegría?
 ¿O qual hado me traxo á vér la tierra
 Que ha de servir de sepultura mia?
 ¿O quien reducirá mi pensamiento
 Al termino que pide un sano intento?

Si por romper este mi fragil pecho,
 Y despojarme de la dulce vida
 Quedase el suelo, y Cielo satisfecho,
 De que à Timbrio guardé la fé debida,
 Sin que me acordára el crudo hecho,
 Yo fuera de mí mismo el homicida;
 Mas si yo acabo, en èl acaba luego
 La amorosa esperanza, y crece el fuego:

Lluevan, y caygan las doradas flechas
 Del ciego Dios, y con rigor insano
 Al triste corazon vengan derechas,
 Disparadas con fiera ayrada mano,
 Que aunque ceniza, y polvo queden hechas
 Las heridas entrañas, lo que gano
 En encubrir su dolorosa llaga
 Es rica de mi mal ilustre paga.

Silencio eterno à mi cansada lengua
 Pondrá la ley de la amistad sincera,
 Por cuya sin igual virtud desmengua
 La pena que acabar jamàs espera;
 Mas aunque nunca acabe, y ponga en mengua
 La honra, y la salud será qual era
 Mi limpia fé, mas firme, y contrastada,
 Que roca enmedio de la mar ayrada.

Del humor que derraman estos ojos,
 Y de la lengua el piadoso oficio
 Del bien que se le debe à mis enojos,
 Y de la voluntad el sacrificio.
 Lleve los dulces premios, y despojos
 El caro amigo, y muestrese propicio
 El Cielo à mi deseo, que pretende
 El bien ageno, y à sí mismo ofende.

Socorre, ó blando amor, levanta, y guía
 Mi bajo ingenio en la ocasion dudosa,
 Y al esperado punto esfuerza embia
 Al alma, y à la lengua temerosa:
 La qual podrá, si lleva su osadía,
 Facilitar la mas difícil cosa,
 Y romper contra el hado, y desventura
 Hasta llegar à la mayor ventura.

El estar tan transportado en mis continuas imaginaciones, fue ocasion para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baja voz como debiera, ni el lugar do estaba era tan escondido que estorvara que de Timbrio no fueran escuchados, el qual así como los oyó, le vino al pensamiento que el mio, ni estaba libre de amor, y que si yo alguno tenia, era á Nisida, segun se podia colegir de mi canto. Y aunque él alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos, antes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella misma noche, é irse adonde de ninguno fuese hallado, solo por dexarme comodidad de que solo á Nisida sirviese. Todo esto supe yo de un Page suyo, sabidor de todos sus secretos, el qual vino à mí muy angustiado, y me dixo. Acudid, señor Silerio, que Timbrio, mi señor, y vuestro amigo, nos quiere dexar, y partirse esta noche, y no me ha dicho donde, sino que le apareje no sé que dineros, y que á nadie diga que se parte, principalmente me dixo, que à vos no lo dixese; y este pensamiento le vino despues que estuvo escuchando no sé qué versos, que poco há cantabades; y segun los estremos que le he visto hacer, creo que vá à desesperarse; y por parecerme que debo antes acudir á su remedio, que á obedecer su mandado, os lo vengo à decir, como

mo á quien puede ser parte para que no ponga en efecto tan dañado proposito. Con estraño sobresalto escuché lo que el Page me decia, y fui luego á vér à Timbrio en su aposento, y antes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacia, el qual estaba tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lagrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baja voz, y mal formadas razones, me pareció que estas decia. Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud, y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por lo que te parece que debes á mi amistad dexar de dár gusto à tu deseo, que yo refrenaré el mio, aunque sea con el medio estremo de la muerte, que pues tú de ella me librabas, quando con tanto amor, y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que yo ahora te pague en parte tan buena obra, con dár lugar á que sin el impedimento que mi presencia causar te puede, goces de aquella en quien cifró el Cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento. De una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es que no puedo despedirme de tí en esta amarga partida, mas admite por disculpa el ser tú la causa de ella. O Nisida, Nisida, y quan cierto está de tu hermosura, que se ha de pagar la culpa del que se atreve à mirarla, con la pena de morir por ella. Silerio la vió, y si no quedara qual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinion que tiene de discreto. Mas pues mi ventura asi lo ha querido, sepá el Cielo, que no soy menos amigo de Silerio, que él lo es mio: y para muestras de esta verdad, apartese Timbrio de su gloria, destierrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio, y de Nisida, dos verdaderas, y mejores mitades de su alma: y luego con mucha furia se levantò del lecho, y abrió la puerta, y hallandome alli me dixo: Què quieres, amigo, à tales horas? Hay por ventura algo de nuevo? Hay tanto, le respondí yo, que aunque huviera menos no me pesara. En fin por no cansaros mas, yo llegué á tales terminos con él, que le persuadí, y dí à entender ser su imaginacion falsa, no en quanto estaba yo enamorado, sino en el de quien, porque no era Nisida, sino de su hermana Blanca, y supelo decir esto de manera que él lo tuvo por verdadero: y porque mas credito à ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos dias antes yo mismo havia hecho à otra dama del mismo nombre, y dixele que para la hermana de Nisida las havia compuesto, las cuales vi-

nieron tan á proposito , que aunque sea fuera del decirlas , ahora no las quiero pasar en silencio , que fueron estas:

SILERIO.

O Blanca , á quien rendida está la nieve,
Y en condicion mas que la nieve helada,
No presumais ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada.
Mirad que si mi mal no ablanda , y mueve
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,
Se volverá tan negra mi ventura,
Quanto sois Blanca en nombre , y hermosura.

Blanca gentil , en cuyo blanco pecho
El contento de amor se anida , y cierra:
Antes que el mio en lagrimas deshecho
Se vuelva polvo , y miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho
Del amor , y dolor que el mio encierra,
Que esta será tan caudalosa paga,
Que á quanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos , por quien trocar queria
De oro el mas finisimo ducado:
Y por tan alta posesion tendria
Por bien perder la del mas alto estado.
Pues esto conoccis , ó Blanca mia,
Dexad ese desdén de enamorado;
Y haced , ó Blanca , que el amor acierte
A sacar , si sois vos Blanca , mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallára,
Que tan sola una Blanca poseyera,
Si ella fuerades vos no me trocará
Por el mas rico que en el mundo huviera:
Y si mi sér en aquel sér tornàra
De Juan de espera en Dios , dichoso fuera,
Si al tiempo que las tres Blancas buscasse,
A vos , ó Blanca , entre ellas os hallasse.

Adelante pasara con su cuento Silerio , si no lo estovàra el son de muchas zampoñas , y acordados caramillos , que á sus espaldas se oía , y volviendo la cabeza , vieron venir àzia ellos hasta una docena de gallardos Pastores , puestas en dos hileras , y en medio venía un dispuesto Pastor , coronado con una guirnalda de madre selva , y de otras diferentes flores. Traía un bastón en la una mano , y con grave paso , poco á poco se movía , y los demás Pastores con el mismo aplauso , y tocando todos sus instrumentos , daban de sí agradable , y estraña muestra. Luego que Elicio los vió , conoció ser Daranio el Pastor , que en medio traían , y los demás ser todos circunvecinos , que á sus bodas querian hallarse , à las quales asimismo Tirsi , y Damon vinieron , y por alegrar la fiesta del desposorio , y honrar al nuevo desposado de aquella manera àzia la Aldèa se encaminaban ; pero viendo Tirsi que su venida havia puesto silencio al cuento de Silerio , le rogó que aquella noche juntos en la Aldèa la pasasen , donde sería servido con la voluntad posible , y haria satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió , y à esta sazón llegó el montón de alegres Pastores , los quales conociendo à Elicio , y Daranio à Tirsi , y à Damon sus amigos , con señales de grande alegría se recibieron , y renovando la musica , y renovando el contento , tornaron à proseguir el comenzado camino ; y yà que llegaban junto al Aldèa , llegó à sus oídos el son de la zampoña del desamorado Lenio , de que no poco gusto recibieron todos , porque yà conocian la estremada condicion suya , y asi como Lenio los vió , y conoció , sin interrromper el suave canto , de esta manera cantando àzia ellos se vino.

L E N I O.

Por bienaventurada,
 Por llena de contento , y alegría
 Será por mí juzgada
 Tan dulce compañía,
 Si no siente de amor la tiranía.

Y besaré la tierra
 Que pisa aquel que de su pensamiento
 El falso amor destierra,

Y tiene el pecho esento
De esta furia cruel , de este tormento.

Y llamaré dichoso
Al rustico , advertido ganadero,
Que vive cuidadoso
Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.

De este tal las corderas,
Antes que venga la sazón madura,
Serán yá parideras,
Y en la ocasión mas dura
Hallarán claras aguas , y verdura.

Si estando amor ayrado
Con él , pusiere en su salud desvío,
Llevaré su ganado
Con el ganado mio
Al abundoso pasto , al claro rio.

Y en tanto del incienso
El humo santo irá volando al Cielo,
A quien decirle pienso
Con pío , y justo celo,
Las rodillas postradas por el suelo.

O Cielo santo , y justo,
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que por servirte , amor le ofende.

No lleve este tyrano
Los despojos á tí solo debidos,
Antes con larga mano,
Y premios merecidos,
Restituye su fuerza á los sentidos.

En acabando de cantar Lenio, fue de todos los Pastores cortesadamente recibido, el qual como oyese nombrar à Damon, y à Tirsi, (á quien él solo por fama conocía) quedó admirado en vér su estremada presencia, y así les dixo. ¿Qué encarecimientos bastarian, aunque fueran los mejores, que en la eloquencia pudieran hallarse, à poder levantar, y encarecer el valor vuestro, famosos Pastores, si por ventura las niñerías de amor no se mezclàran con las veras de vuestros celebrados escritos? Pero pues yá estais ethicos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar, y alabar vuestra rara discrecion, os pague lo que os debe, imposible será que yo dexé de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinion que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros, y que por ser amorosos merecen mas gloria, y alabanza, que por ninguna otra sutileza, ó discrecion que encerrar pudieran. No mas, Tirsi, no mas, replicó Lenio, que bien sé que con tantos, y tan obstinados enemigos poca fuerza tendrán mis razones. Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aquí están, que ni aun burlando la contradixeran, y en esto podrás vér, Lenio, quan fuera vas de ella, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues á fé, dixo Lenio, que no te salve á tí la tuya, ó Elicio, si no digalo el ayre, á quien continuo acrecientas consuspiros, y la yerva de estos prados, que vá creciendo con tus lagrimas, y los versos que el otro dia cantaste, y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá qué es lo que en tí alabas, y en mí vituperas. No quedàra Lenio sin respuesta, si no vieran venir ázia donde ellos estaban á la hermosa Galatea, con las discretas Pastoras Florisa, y Teolinda, la qual, por no ser conocida de Damon, y Tirsi, se havia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron, y fueron de los Pastores con alegre acogimiento recibidas, principalmente de los enamorados Elicio, y Erastro, que con la vista de Galatea tan estraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal de él, sin mandarselo alguno, hizo señas á Elicio, que su zampona tocasse, al son de la qual, con alegres, y suaves acentos, cantó los siguientes versos.

ERASTRO.

Vea yo los ojos bellos
 Deste Sol que estoy mirando,
 Y si se van apartando,
 Vayase el alma trás ellos.
 Sin ellos no hay claridad,
 Ni mi alma no la espere,
 Que ausente dellos no quiere
 Luz, salud, ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,
 Que no es posible alaballos,
 Mas ha de dar por mirallos
 De la vida los despojos.
 Yo los veo, y yo los ví,
 Y cada vez que los veo
 Les doy un nuevo deseo
 Tras el alma que les dí.

Yá no tengo mas que dár,
 Ni imagino mas que dé,
 Si por premio de mi fé
 No se admite el desear.
 Cierta está mi perdicion,
 Si estos ojos do el bien sobra
 Los pusieron en la obra,
 Y no en la sana intencion.

Aunque durase este día
 Mil siglos como desco,
 A mí, que tanto bien veo,
 Un punto me parecía.
 No hace el tiempo ligero
 Curso en alterar mi edad,
 Mientras miro la beldad
 De la vida por quien muero.

LIBRO SEGUNDO

En esta vista reposa
 Mi alma , y halla sosiego,
 Y vive en el vivo fuego
 De su luz pura , y hermosa,
 Y hace amor tan alta prueba
 Con ella , que en esta llama
 A dulce vida la llama,
 Y qual fenix la renueva.

Salgo con mi pensamiento
 Buscando mi dulce gloria,
 Y al fin hallo en mi memoria
 Encerrado mi contento.
 Allí está , y allí se encierra,
 No en mandos , no en poderíos,
 No en pompas , no en señoríos,
 Ni en riquezas de la tierra.

Aquí acabó su canto Erastro , y se acabó el camino de llegar al Aldéa , adonde Tirsi , Damon , y Silerio en casa de Elicio se recogieron , por no perder la ocasion de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas Pastoras Galatea , y Florisa , ofreciendo de hallarse el venidero dia á las bodas de Daranio , dexaron á los Pastores , y todos , ò los mas , con el desposado se quedaron , y ellas á sus casas se fueron. Y aquella misma noche , solicitado Silerio de su amigo Erastro , y por el deseo que le fatigaba de bolver á su Hermita , dio fin al suceso de su historia , como se verá en el siguiente libro.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO
de Galatea.

TERCERO LIBRO DE GALATEA.



L regocijado alboroto, que con la ocasion de las bodas de Daranio aquella noche en el Aldéa havia, no fue parte para que Elicio, Tirsi, Damon, y Erastro dexasen de acomodarse en parte donde, sin ser de alguno estorvados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia, el qual, despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió de esta manera. Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dixé, quedó él satisfecho de que mi pena procedía, no de amores de Nisida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiéndome perdon de la falsa imaginacion, que de mí havia tenido, me tornó á encargar su remedio; y así yo olvidado del mio, no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos dias se pasaron, en los quales la fortuna no me mostró tan abierta ocasion, como yo quisiera, para descubrir á Nisida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba, cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenía yá alguna noticia de ellos. A lo que yo le dixé, que todavia el temor de ofenderla no me dexaba aventurar à decirle cosa alguna; de lo qual Nisida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde, y de poca discrecion, añadiendo à esto, que pues yo me acobardaba, ó que Timbrio no sentía el dolor que yo de él publicaba, ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decia. Todo esto fue parte para que me determinase, y en la primera ocasion me descubriese, como lo hice un dia que sola estaba, la qual escuchó con eltraño silencio todo lo que decirle quise, y yo, como mejor pude, le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenía, el qual era tan fuerte, que me havia movido á mí tomar tan abatido exercicio, como era el de truhan, solo por tener lugar de de-

cirle lo que decia , añadiendo á estas otras razones , que á Nisida le debió parecer que lo eran , mas no quiso mostrar entonces por palabras , lo que despues con obras no pudo tener cubierto , antes con gravedad , y honestidad estraña reprehendió mi atrevimiento , acusó mi osadía , afcò mis palabras , y desmayò mi confianza ; pero no de manera que me desterrase de su presencia , que era lo que yo mas temí , solo concluyò con decirme , que de allí adelante tuviese mas cuenta con lo que á su honestidad era obligado , y procurase , que el artificio de mi mentiroso habito no se descubriese. Conclusion fue esta , que cerrò , y acabò la tragedia de mi vida , pues por ella entendí que Nisida daría oídos á las quejas de Timbrio. En qué pecho pudo caber , ni puede el estremo de dolor que entonces en el mio se encerraba , puel el fin de su mayor deseo , era el remate , y fin de su contento. Alegrobame el buen principio , que al remedio de Timbrio havia dado , y esta alegría en mi pesar redundaba , por parecerme , como era la verdad , que en viendo á Nisida en poder ageno , el propio mio se acababa. ¡O fuerza poderosa de verdadera amistad ! á quanto te estiendes , y á quanto me obligaste , pues yo mismo , forzado de tu obligacion , afilé con mi industria el cuchillo , que havia de degollar mis esperanzas , las quales , muriendo en mi alma , vivieron , y resucitaron en la de Timbrio , quando de mí supo todo lo que con Nisida pasado havia ; pero ella andaba tan recatada con él , y conmigo , que nunca de todo punto diò á entender , que de la solicitud mia , y amor de Timbrio se contentaba , ni menos se desdenò de suerte , que sus sinsabores , y desvíos hiciesen á los dos abandonar la empresa. Hasta que habiendo llegado á noticia de Timbrio , como su enemigo Pransiles (aquel Caballero á quien él havia agraviado en Xeréz) deseoso de satisfacer su honra le embiaba á desafiar , señalándole campo franco , y seguro , en una tierra del Estado del Duque de Gravina , dándole termino de seis meses desde entonces hasta el dia de la batalla. El cuidado de este aviso , no fue parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenía , antes con nueva solicitud mia , y servicios suyos , vino á estár Nisida de manera , que no se mostraba esquiva , aunque la mirase Timbrio , y en casa de sus padres visitase , guardando en todo tan honesto decoro , quanto á su valor era obligada. Acercandose yà el termino del desafio , y viendo Timbrio serle inexcusable aquella jornada , determinó de partirse

se, y antes que lo hiciese escribiò à Nisida una carta tal, que acabò con ella en un punto, lo que yo en muchos meses atrás, y en muchas palabras no havia comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dexaré de decir, que así decía.

TIMBRIO A NISIDA.

Salud te embia aquel que no la tiene,
 Nisida, ni la espera en tiempo alguno,
 Si por tus manos mismas no le viene.
 El nombre aborrecible de importuno
 Temo me adquirirán estos renglones
 Escritos con mi sangre de uno en uno.
 Mas la furia cruel de mis pasiones
 De tal modo me turban, que no puedo
 Huir las amorosas sinrazones,
 Entre un ardiente osar, y un frio miedo
 Arrimado á mi fé, y al valor tuyo,
 Mientras esta recibes, triste quedo:
 Por vér que en escribirte me destruyo,
 Si tienes á donayre lo que digo,
 Y entregas al desdén lo que no es suyo.
 El Cielo verdadero me es testigo,
 Si no te adoro desde el mismo punto
 Que ví ese rostro hermoso, y mi enemigo.
 El verte, y adorarte llegó junto,
 Porque ¿quién fuera aquel que no adorára
 De un Angel bello el sin igual trasunto?
 Mi alma tu belleza, al mundo rara,
 Vió tan curiosamente, que no quiso
 En el rostro parar la vista clara.
 Allá en el alma tuya un paraíso
 Fue descubriendo de bellezas tantas,
 Que dán de nueva gloria cierto aviso:
 Con estas ricas alas te levantas
 Hasta llegar al Cielo, y en la tierra
 Al sabio admiras, y al que es simple espantas.
 Dichosa el alma que tal bien encierra,

Y no menos dichoso el que por ella
 La suya rinde à la amorosa guerra.
 En deuda soy á mi fatal estrella,
 Que me quiso rendir á quien encubre
 En tan hermoso cuerpo alma tan bella.
 Tu condicion , señora , me descubre
 El desengaño de mi pensamiento,
 Y de temor à mi esperanza cubre.
 Pero en fé de mi justo honroso intento,
 Hago buen rostro á la desconfianza,
 Y cobro al postrer punto nuevo aliento:
 Dicen , que no hay amor sin esperanza,
 Pienso que es opinion que yo no espero,
 Y del amor la fuerza mas me alcanza.
 Por sola tu bondad te adoro , y quiero,
 Atraído tambien de tu belleza,
 Que fue la red que amor tendió primero:
 Para atraer con rara sutileza
 Al alma descuidada libre mia,
 Al amoroso nudo , y su estrechez;
 Sufrenta amor su mando , y tyranía
 Con qualquiera belleza en algun pecho,
 Pero no en la curiosa fantasía.
 Que mida , no de amor , el brazo estrecho,
 Que tiende en los cabellos de oro fino,
 Dexando al que los mira satisfecho.
 Ni en el pecho á quien llama alabaltrino,
 (Quien del pecho no pasa mas adentro)
 Ni en el marfil del cuello peregrino.
 Sino del alma el escondido centro,
 Mira , y contempla mil bellezas puras,
 Que le açuden , y salen al encuentro.
 Mortales , y caducas hermosuras
 No satisfacen á la inmortal alma,
 Si de la luz perfecta no anda á obscuras.
 Tu sin igual virtud lleva la palma,
 Y los despojos de mis pensamientos,
 Y á los torpes sentidos tiene en calma.
 Y en esta sujecion están contentos,

Porque miden su dura amarga pena
 Con el valor de tus merecimientos.
Aro en el mar , y siembro en el arena,
 Quando la fuerza estraña del deseo
 A mas que á contemplarte me condena.
Tu alteza entiendo , mi bajeza veo,
 Y en estremos , que son tan diferentes,
 Ni hay medio que esperar , ni le poseo.
Ofrecese por esto inconvenientes
 Tantos à mi remedio , quantas tiene
 El Cielo estrellas , y la tierra gentes.
Conozco lo que al alma le conviene,
 Sé lo mejor , y à lo peor me atengo,
 Llevado del amor que me entretiene.
Mas yà , Nisida bella , al paso vengo
 De mí con mortal ansia deseado,
 Do acabaré la pena que sostengo.
El enemigo brazo levantado
 Me espera , y la feròz aguda espada
 Contra mí con tu saña conjurado.
Presto serà tu voluntad vengada
 Del vano atrevimiento de esta mia,
 De tí , sin causa alguna , desechada.
Otro mas duro trance , otra agonía,
Aunque fuera mayor que de la muerte,
 No turbàrà mi triste fantasía.
Si cupiera en mi corta amarga suerte
 Verte de mis deseos satisfecha,
 Así como al contrario puedo verte:
La senda de mi bien hàllola estrecha,
 La de mi mal tan ancha , y espaciosa,
 Qual de mi desventura ha sido hecha.
Por esta corre ayrada , y presurosa
 La muerte en tu desdén fortalecida,
 De triunfar de mi vida descosa.
Por aquella mi bien vâ de vencida
 De tu rigor , señora , perseguido,
 Que es el que ha de acabar mi corta vida.
A terminos tan tristes conducido

Me tiene mi ventura , que yá temo
 Al enemigo ayrado , y ofendido,
 Solo por vér el fuego en que me quemó
 Es yelo en ese pecho , y esto es parte
 Para que yo acobarde al paso extremo.
 Que si tú no te muestras de mi parte,
 ¿A quién no temerá mi flaca mano,
 Aunque mas le acompañe esfuerzo , y arte?
 Pero si me ayudáras , ¿qué Romano,
 O Griego Capitan me contrastára,
 Que al fin su intento no saliera vano?
 Por el mayor peligro me arrojára,
 Y de las fieras manos de la muerte
 Los despojos seguro arreatára.
 Tú sola puedes levantar mi suerte
 Sobre la humana pompa , ó derribarla
 Al centro do no hay bien con que se acierte.
 Que si como ha podido sublimarla
 El puro amor , quisiera la fortuna
 En la difícil cumbre sustentarla,
 Subido sobre el Cielo de la Luna
 Se viera mi esperanza , que ahora yace
 En lugar do no espera en cosa alguna.
 Tal estoy yá , que yá me satisface
 El mal que tu desdén ayrado esquivo
 Por tan estraños terminos me hace,
 Solo por vér que en tu memoria vivo,
 Y que te acuerdas , Nisida , siquiera
 De hacerme mal , que yo por bien recibo.
 Con mas facilidad contar pudiera
 Del Mar los granos de la blanca arena,
 Y las Estrellas de la octava esfera,
 Que no las ansias , el dolor , la pena
 A que el fiero rigor de tu aspereza,
 Sin haverte ofendido , me condena.
 No midas tu valor con mi bajeza,
 Que al respeto de tu sèr famoso
 Por tierra quedará qualquier alteza.
 Así qual soy te amo , y decir oso,

Que me adelanto en firme enamorado
 Al mas subido termino amoroso.
 Por esto no merezco ser tratado
 Como enemigo , antes me parece
 Que debria ser remunerado.
 Mal con tanta beldad se compadece
 Tamaña crueldad , y mal asienta
 Ingratitud do tal valor florece.
 Quisierate pedir , Nisida , cuenta
 De un alma que te di ¿donde la echaste,
 O como estando ausente me sustenta?
 Ser Señora de un alma no acetaste,
 Pues qué te puede dar quien mas te quiera,
 Quan bien tu presuncion aqui mostraste.
 Sin alma estoy desde la vez primera
 Que te vi por mi mal , y por bien mio,
 Que todo fuera mal si no te viera.
 Allí el freno te dí de mi alvedrio,
 Tu me gobiernas , por tí sola vivo,
 Y aun puede mucho mas tu poderío.
 En el fuego de amor puro me avivo,
 Y me deshago , pues qual fenix luego
 De la muerte de amor vida recibo.
 En fé de esta mi fé te pido , y ruego
 Solo que creas , Nisida , que es cierto
 Que vivo ardiendo en amoroso fuego.
 Y que tú puedes yá despues de muerto
 Reducirme á la vida , y en un punto
 Del Mar ayrado conducirme al puerto.
 Que está para conmigo en tí tan junto
 El querer , y el poder , que es todo uno
 Sin discrepar , y sin faltar un punto,
 Y acabo por no ser mas importuno.

No sé si las razones de esta carta , ó las muchas que yo antes á Nisida havia dicho , asegurandole el verdadero amor que Timbrio la tenia , (ó los continuos servicios de Timbrio , ó los Cielos que asi lo tenian ordenado) movieron las entrañas de Nisida , para que en el punto que la acabó de leer , me llamase , y con la-
 gni-

grimas en los ojos me dixese. Ay Silerio, Silerio, y como creo, que á costa de la salud mia has querido grangear la de tu amigo. Hagan los hados, que á este punto me han traído, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; y si las unas, y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el Cielo, al qual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga mas encubierto: mas ay quan liviano descargo es este para tan pesada culpa, pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que ahora quiero decirte, enterrarla á ella, y acabar mi vida. Confuso me tenian estas palabras de Nisida, y mas el sobresalto con que las decia; y queriendo con las mias animarla á que sin temor alguno se declarase, no fue menester importunarla mucho, que al fin me dixo, que no solo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzàra á descubrirla. Qual yo quedè, Pastores, oyendo lo que Nisida decia, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo: y aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se estiende; no porque me pesase de ver á Timbrio querido, sino de verme á mí imposibilitado de tener jamàs contento, pues estaba, y està claro, que ni podia, ni puedo vivir sin Nisida, à la qual, como otras veces he dicho, viendola en ajenas manos puesta, era enagenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte en este trance me concedia, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, y esto fue parte para que no llegase á un mismo punto mi muerte, y la declaracion de la voluntad de Nisida. Escuchèla como pude, y asegúrela como supe de la entereza del pecho de Timbrio, á lo qual ella me respondió, que yá no havia necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera que no podia, ni le convenia dexar de creerme, y que solo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir à Timbrio, buscasse algun medio honroso para no venir á batalla con su enemigo: y respondiendole yo ser eso imposible sin quedar deshonorado, se sosegó, y quitandose del cuello unas preciosas Reliquias, me las dió para que à Timbrio de su parte las diese. Quedó asimismo concertado entre los dos, que ella sabia que sus padres havian de ir à ver el combate de Timbrio, y que llevarian à ella, y á su hermana consigo; mas porque no le bastaria el animo de estar presente al riguroso trance de Timbrio,

que

que ella fingiría estèr mal dispuesta, con la qual ocasion se quedaría en una casa de placer donde sus padres havian de posar, que media legua estaba de la Villa, donde se havia de hacer el combate, y que alli esperaríá su mala, ó buena suerte, segun la tuviese Timbrio. Mandòme tambien, que para acortar el desco que tendria de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciese me la atase al brazo, y bolviese á darle las nuevas; y si fuese vencido, que no la atase, y así ella sabria por la señal de la toca desde lejos el principio de su contento, ó el fin de su vida. Prometile de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las Reliquias, y la toca, me despedí de ella con la mayor tristeza, y el mayor contento que jamás tuve: mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegría. El supo de mí lo que de parte de Nisida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento, y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenia, pareciendole que en ser favorecido de su señora, aun la misma muerte contrastar no le podria. Paso ahora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido à lo que á mi solicitud debia; porque fueron tales, que mostraba estar fuera de seso tratando en ello. Esforzado pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por padrinos un Caballero Español, y otro Napolitano. Y à la fama de este particular duelo se movio á verlo infinita gente del Reyno, yendo tambien allà los padres de Nisida, llevando con ellos á ella, y á su hermana Blanca: y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar, que no en la ventaja de ellas, sino en la razon que tenia, fundaba su derecho, y así las que escogió fueron espada, y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos días faltaban al termino señalado, quando de la Ciudad de Napoles se partieron, con otros muchos Caballeros, Nisida, y su padre, habiendo llegado primero ella, acordandome muchas veces que no me olvidase de nuestro concierto: pero mi cansada memoria, que jamás sirvió sino de acordame solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condicion, se olvidó tanto de lo que Nisida me havia dicho, quanto víó que convenia para quitarme la vida, ó à lo menos para ponerme en el miserable estado en que ahora me veo. Con grande atencion estaban os Pastores escuchando lo que Silerio contaba, quando inter-

rompió el hilo de su cuento la voz de un lastimado Pastor , que entre unos arboles cantando estaba , y no tan lejos de las ventananas de la estancia donde ellos estaban , que dexase de oirse todo lo que decia. La voz era de suerte , que puso silencio á Silerio , el qual en ninguna manera quiso pasar adelante , antes rogó á los demás Pastores que la escuchasen , pues para lo poco que de mi cuento quedaba , tiempo havia de acabarlo. Hicieraseles de mal esto á Tirsi , y Damon , si no les dixera Elicio: Poco se perderá , Pastores , en escuchar al desdichado Mireno , que sin duda es el Pastor que canta , y á quien ha traído la fortuna á terminos , que imagino que no espera él ninguno en su contento. ¿Cómo le ha de esperar , dixo Erastro , si mañana se desposa Daranio con la Pastora Silveria , con quien él pensaba casarse ? Pero en fin han podido mas con los padres de Silveria las riquezas de Daranio , que las habilidades de Mireno. Verdad dices , replicó Elicio , pero con Silveria mas havia de poder la voluntad que de Mireno tenia conocida , que otro tesoro alguno : quanto mas , que no es Mireno tan pobre , que aunque Silveria se casára con él , fuera su necesidad nõtada. Por estas razones que Elicio , y Erastro dixeron , creció el deseo en los Pastores de escuchar lo que Mireno cantaba ; y asi rogó Silerio , que mas no se hablase , y todos con atento oído se pararon á escucharle , el qual afligido de la ingratitude de Silveria , viendo que otro dia con Daranio se desposaba , con la rabia , y dolor que le causaba este hecho , se havia salido de su casa , acompañado de solo su rabèl , y combidandõle la soledad , y silencio de un pequeño pradecillo , que junto á las paredes de la Aldèa estaba , y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharía , se sentó al pie de un arbol , y templando su rabèl , de esta manera cantando estaba.

M I R E N O .

Cielo sereno , que con tantos ojos
 Los dulces amorosos hurtos `miras,
 Y con tu curso alegras , ó entristeces
 A aquel que en tu silencio sus enojos
 A quien los causa dice , ó al que retiras
 De gusto tal , y espacio no le ofrees,
 Si acaso no careces

De tu benignidad para conmigo,
 Pues yà con solo hablar me satisfago,
 Y sabéis quanto hago,
 No es mucho que ahora escuches lo que digo,
 Que mi voz lastimera
 Saldrà con la doliente anima fuera.
 Yà mi cansada voz, yà mis lamentos,
 Bien poco ofenderàn al ayre vano,
 Pues á termino tal soy reducido,
 Que ofrece amor à los ayrados vientos
 Mis esperanzas, y en agena mano
 Ha puesto el bien que tuve merecido.
 Serà el fruto cogido
 Que sembró mi amoroso pensamiento,
 Y regaron mis lagrimas cansadas
 Por las afortunadas
 Manos, à quien faltó merecimiento,
 Y sobró la ventura,
 Que aflana lo difícil, y asegura.
 Pues el que vé su gloria convertida
 En tan amarga dolorosa pena,
 Y tomando su bien qualquier camino,
 ¿Por qué no acaba la enojosa vida?
 Porque no rompe la vital cadena
 Contra todas las fuerzas del destino.
 Poco à poco camino
 Al dulce trance de la amarga muerte,
 Y así atrevido, aunque cansado brazo,
 Sufrid el embarazo
 Del vivir, pues ensalza nuestra suerte,
 Saber que à amor le place,
 Que el dolor haga lo que el hierro hace.

Cierta mi muerte está, pues no es posible
 Que viva aquel que tiene la esperanza
 Tan muerta, y tan ageno está de gloria;
 Pero temo que amor haga imposible
 Mi muerte, y que una falsa confianza
 Dé vida (à mi pesar) á la memoria.

LIBRO TERCERO

¿Mas qué? Si por la historia
 De mis pasados bienes la poseo,
 Y miro bien que todos son pasados,
 Y los graves cuidados,
 Que triste ahora en su lugar poseo,
 Ella será mas parte
 Para que de ella, y del vivir me aparte.

Hay bien unico, y solo al alma mia,
 Sol que mi tempestad aserenaste,
 Termino del valor que se desea,
 ¿Serà posible que se llega el dia
 Donde he de conocer que me olvidaste?
 ¿Y que permita amor que yo le vea?
 Primero que esto sea,
 Primero que tu blanco hermoso cuello
 Esté de agenos brazos rodeado,
 Primero que el dorado
 (Oro es mejor decir) de tu cabello
 A Daranio enriquezca
 Con fenecer mi vida el mal fenezca.

Nadie por fé te tuvo merecida
 Mejor que yo, mas veo que es fé muerta
 La que con obras no se manifiesta.
 Si se estimára el entregar la vida
 Al dolor cierto, y á la gloria incierta,
 Pudiera yo esperar alegre fiesta.
 Mas no se admite en esta
 Cruda ley, que amor usa, el buen deseo;
 Pues es proverbio antiguo entre amadores,
 Que son obras amores,
 Y yo que (por mi mal) solo poseo
 La voluntad de hacellas,
 ¿Qué no me ha de faltar, faltando en ellas?

En tí pensaba yo que se rompiera
 Esta ley, del avaro amor usada,
 Pastora, y que los ojos levantáras

A una alma de la tuya prisionera;
 Y à tu propio querer tan ajustada,
 Que si la conocieras la estimáras.
 Pensé que no trocarás
 Una fé que dió muestras de tan buena,
 Por una que quilata sus deseos
 Con los vanos arreos
 De la riqueza de cuidados llena,
 Entregáste al oro,
 Por entregarme á mi continuo al lloro.

Abatida pobreza, causadora
 Deste dolor que me atormenta el alma,
 Aquel te loa, que jamás te mira:
 Turbóse en vér tu rostro, mi Pastora,
 A su amor tu esperanza puso en calma,
 Y así por no encontrarte el pie retira.
 Mal contigo se aspira
 A conseguir intentos amorosos;
 Tu derribas las altas esperanzas,
 Y siembras mil mudanzas
 En mugeriles pechos codiciosos;
 Tú jamás perficionas
 Con amor el valor de las personas.

Sol es el oro, cuyos rayos ciegan
 La vista mas aguda, si se ceba
 En la vana apariencia del provecho.
 A liberales manos no se niegan
 Las que gustan de hacer notoria prueba
 De un blando codicioso hermoso pecho.
 Oro tuerce el derecho
 De la limpia intencion, y fé sincera,
 Y mas que la firmeza de un amante
 Acaba un diamante,
 Pues su dureza buelve un pecho cera
 Por mas duro que sea,
 Pues se le dá con él lo que desea.

De tí me pesa , dulce mi enemiga,
 Que tantas tuyas perfecciones
 Con una avara muestra has aseado,
 Tanto del oro te mostraste amiga
 Que echaste á las espaldas mis pasiones;
 Y al olvido entregaste mi cuidado.
 ¡En fin que te has casado!
 ¡Casado te has , Pastora! El Cielo haga
 Tan buena tu eleccion como querrias,
 Y de las penas mias
 Injustas , no recibas justa paga;
 May ay que el Cielo , amigo,
 Dé premio à la virtud , y al mal castigo.

A qui dió fin à su canto el lastimado Mireno con muestras de tanto dolor , que le causò á todos los que le escuchaban , principalmente á los que le conocian , y sabian sus virtudes , gallarda disposicion , y honroso trato. Y despues de haver dicho entre los Pastores algunos discursos sobre la estraña condicion de las mugeres , en especial sobre el casamiento de Silveria , que olvidada del amor , y bondad de Mireno , à las riquezas de Daranio se havia entregado. Deseosos de que Silerio diese fin á su cuento , puesto silencio à todo , sin ser menester pedirselo , él comenzò à seguir , diciendo. Llegando , pues , el dia del riguroso trance , haviendose quedado Nisida media legua antes de la Villa en unos jardines , como conmigo havia concertado , con escusa que dió à sus padres de no hallarse bien dispuesta , al partirme de ella me encargó la brevedad de mi tornada , con la señal de la toca , porque en traerla , ó no , ella entendiase el bueno , ó el mal suceso de Timbrio. Forneselo à prometer , agraviandome de que tanto me lo encargase. Y con esto me despedí de ella , y de su hermana , que con ella se quedaba. Y llegado al puesto del combate , y llegada la hora de comenzarle , despues de haver hecho los padrinos de entrambos las ceremonias , y amonestaciones que en tal caso se requieren , puestos los dos Caballeros en la estacada , al temeroso son de una ronca trompeta , se acometieron con tanta destreza , y arte , que causaba admiracion en quien los miraba. Pero el amor , ó la razon , que es lo mas cierto , que à Timbrio favorecia , le dió tal esfuerzo , que aunque á costa de algunas heridas , en poco espacio puso

à su contrario de suerte , que teniendole á sus pies herido , y desangrado , le importunaba , que si queria salvar la vida , se rindiese . Pero el desdichado Pransiles le persuadia que le acabase de matar , pues le era mas facil à él , y de menos daño pasar por mil muertes , que rendirse una . Mas el generoso animo de Timbrio es de manera , que ni quiso matar á su enemigo , ni menos que se confesase por rendido : solo se contentó con que dixese , y conociese que era tan bueno Timbrio como él : lo qual Pransiles confesó de buena gana , pues hacia en esto tan poco , que sin verse en aquel termino pudiera muy bien decirlo . Todos los circunstantes , que entendieron lo que Timbrio con su enemigo havia pasado , lo alabaron , y estimaron en mucho . Y apenas huve yo visto el feliz suceso de mi amigo , quando con alegria increíble , y presta ligereza volví á dár las nuevas à Nisida . Pero ay de mí , que el descuido de entonces me ha puesto en el cuidado de ahora . O memoria , memoria mia , ¿por què no la tuviste para lo que tanto me importaba ? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura , que el principio de aquella alegria fuese el remate , y fin de todos mis contentos . Yo volví á vér á Nisida con la presteza que he dicho , pero volví sin ponerme la blanca toca al brazo . Nisida que con crecido deseo estaba esperando , y mirando desde unos altos corredores mi tornada , viendome volver sin la toca , entendió que algun siniestro revés á Timbrio havia sucedido , y creyòlo , y sintiólo de manera , que sin ser parte otra cosa , faltandole todos los espiritus , cayó en el suelo con tan estraño desmayo , que todos por muerta la tuvieron : quando yá yo llegué , hallé à toda la gente de su casa alborotada , y á su hermana haciendo mil estremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nisida . Quando yo la ví en tal estado , creyendo firmemente que era muerta , y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido , temeroso que estando fuera de él no diese , ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos , me salí de la casa , y poco á poco volví á dár las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio . Pero como me huviesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo , y alma , no fueron tan ligeros mis pasos , que no lo huviesen sido mas otros , que la triste nueva á los padres de Nisida llevasen , certificandoles cierto , que de un agudo parasismo havia quedado muerta . Debíó de oír esto Timbrio , y debíó de quedar qual yo quedé , si no quedò peor : solo sé decir , que quando llegué á do

pensaba hallarle , era yá algo anochecido , y supe de uno de sus padrinos que con el otro , y por la posta se havia partido á Napoles , con muestras de tanto descontento , como si de la contienda vencido , y deshonrado salido huviera. Luego imaginé yo lo que ser podia , y puseme luego en camino para seguirle : y antes que á Napoles llegase , tuve nuevas ciertas de que Nisida no era muerta , sino que le havia dado un desmayo que le duró veinte y quatro horas , al cabo de las quales havia vuelto en sí con muchas lagrimas , y suspiros. Con la certidumbre de esta nueva me consolè , y con mas contento llegué á Napoles , pensando hallar allí á Timbrio ; pero no fue así , porque el Caballero con quien él havia venido , me certificó , que en llegando á Napoles se partió sin decir cosa alguna , y que no sabia á què parte , solo imaginaba , que segun le vió triste , y melancolico despues de la batalla , que no podia creer sino que á desesperarse huviese ido. Nuevas fueron estas que me tornaron á mis primeras lagrimas , y aun no contenta mi ventura con esto , ordenó , que al cabo de pocos dias llegasen á Napoles los padres de Nisida , sin ella , y sin su hermana : las quales , segun supe , y segun era publica voz , entrambas á dos se havian ausentado una noche , viniendo con sus padres á Napoles , sin que se supiese de ellas nueva alguna. Tan confuso quedè con esto que no sabia qué hacerme , ni decirme : y estando puesto en esta confusion tan estraña , vine á saber , aunque no muy cierto , que Timbrio en el Puerto de Gaeta en una gruesa nave , que para España iba , se havia embarcado , y pensando que podia ser verdad , me vine luego á España , y en Xerez , y en todas las partes que imaginé que podria estár , le he buscado , sin hallar de él rastro alguno : finalmente he venido à la Ciudad de Toledo , donde están todos los parientes de los padres de Nisida ; y lo que he alcanzado à saber es , que ellos se vuelven á Toledo sin haver sabido nuevas de sus hijas. Viendome , pues , yo ausente de Timbrio , ageño de Nisida , y considerando que yá que los hallase , ha de ser para gusto suyo , y perdicion mia : cansado yá , y desengañado de las cosas de este falso mundo en que vivimos , he acordado de volver el pensamiento à mejor norte , y gastar lo poco que de vivir me queda en servicio del que estima los deseos , y las obras en el punto que merecen. Y así he escogido este habito que veis , y la Hermita que haveis visto , donde en dulce soledad reprima mis deseos , y encamine mis obras á mejor paradero : puesto que como

viene de tan atrás la corrida de las malas inclinaciones que hasta aquí he tenido, no son tan fáciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representandome las pasadas cosas; y quando en estos puntos me veo, al son de aquella harpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el Cielo le tenga, y se acuerde de llamarme à mejor vida.

Este es, Pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contarosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dexéis volver á mi Hermita, porque aunque vuestra compañía me es agradable, he llegado á terminos, que ninguna cosa me dá mas gusto que la soledad. Y de aquí entenderéis la vida que paso, y el mal que sufrí. Acabó con esto Silerio su cuento; pero no las lagrimas con que muchas veces le havia acompañado. Los Pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon, y Tirsi, los quales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con mas contento que él sabia imaginar, pues no era posible, sino que tras tanta fortuna aserenase el Cielo, del qual se debía esperar, que no consentiría que la falsa nueva de la muerte de Nisida á noticia de Timbrio, con mas verdadera relacion, no viniese antes que la desesperacion le acabase. Y que de Nisida se podia creer, y conjeturar, que por ver á Timbrio ausente se havia partido en su busca; y que si entonces la fortuna, por tan estraños accidentes los havia apartado, ahora por otros no menos estraños sabia juntarlos. Todas estas razones, y otras muchas que le dixeron, le consolaron algo; pero no de manera, que despertase en la esperanza de verse en la vida mas contenta, ni aun èl la procuraba, por parecerle que la que havia escogido, era la que mas le convenia. Gran parte era yá pasada de la noche, quando los Pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el día quedaba, en el qual se havian de celebrar las bodas de Daranio, y Silveria. Mas apenas havia dexado la blanca Aurora el enfadoso lecho del zeloso marido, quando dexaron los suyos todos los mas Pastores de la Aldéa, y cada qual, como mejor pudo, comenzò por su parte á regocijar la fiesta. Qual trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y qual con su tamborino, y flauta les daba la madrugada, acullá se oía la regocijada gayta, acá sonaba el acor-

dado rabel, alli el antiguo salterio, aqui los cursados albuges, quien con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bayles, quien pulía, y repulía sus rusticos aderezos para mostrarse galán à los ojos de alguna su querida Pastorcilla, de modo, que por qualquier parte del Aldéa que se fuese, todo sabia à contento, placer, y fiesta. Solo el triste, y desdichado Mireno era aquel à quien todas estas alégrimas causaban suma tristeza; el qual, haviendose salido de la Aldéa, por no vér hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela, que junto al Aldéa estaba; y alli sentandose al pie de un antiguo fresno, puesta la mano en la mexilla, y la caperuzca encajada hasta los ojos, que en el suelo tenia clavados, comenzó à imaginar el desdichado punto en que se hallaba, y quan, sin poderlo estorvar, ante sus ojos havia de vér coger el fruto de sus deseos. Y esta consideracion le tenia de suerte, que lloraba tan tierna, y amargamente, que ninguno en tal trance le viera, que con lagrimas no le acompañara. A esta sazón, Damon, y Tirsi, Elicio, y Erastro, se levantaron, y asomandose à una ventana, que al campo salía, lo primero en quien pusieron los ojos, fue en el lastimado Mireno, y en verle de la suerte que estaba, conocieron bien el dolor que padecía; y movidos à compasion, determinaron todos de ir á consolarle, como lo hicieran, si Elicio no les rogara que le dexaran ir solo, porque imaginaba, que por ser Mireno tan amigo suyo, con él mas abiertamente que con otro, su dolor comunicaria. Los Pastores se lo concedieron, y yendo allà Elicio, hallóle tan fuera de sí, y tan en su dolor transportado, que ni le conoció Mireno, ni le habló palabra; lo qual visto por Elicio, hizo señal à los demás Pastores que viniesen: los quales temiendo algun extraño accidente á Mireno sucedido, pues Elicio con priesa los llamaba, fueron luego allà, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fijos en el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno, que una estatua semejava, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damon, y Erastro no volvió de su extraño embelesamiento; sino fue, que á cabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes comenzó á decir. ¿Tú eres Silveria, Silveria? Si tú lo eres, yo no soy Mireno; y si soy Mireno, tú no eres Silveria; porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silveria. ¿Pues quien soy yo, desdichado? ó quien eres tú, desconocida? Yo bien sé que no soy Mireno,

por-

porque tú no has querido ser Silveria , á lo menos la Silveria que ser debias , y yo pensaba que fueras. A esta sazón alzó los ojos , y como vió al rededor de sí los quatro Pastores , y conoció entre ellos á Elicio , se levantó , y sin dexar su amargo llanto , le echó los brazos al cuello , diciendole. Ay verdadero amigo mio , y como ahora no tendrás ocasion de embidiar mi estado , como le embidiabas quando de Silveria me veías favorecido : pues si entonces me llamaste venturoso , ahora puedes llamarme desdichado ; y trocar todos los titulos alegres que en aquel tiempo me dabas , en los de pesar que ahora puedes darme. Yo sí que te podré llamar dichoso , Elicio , pues te consuela mas la esperanza que tienes de ser querido , que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado. Confuso me tienes , ó Mireno , respondió Elicio , de vér los estremos que haces por lo que Silveria ha hecho , sabiendo que tiene padres , á quien ha sido justo haver obedecido. Si ella tuviera amor , replicó Mireno , poco inconveniente era la obligacion de los padres para dexar de cumplir con lo que al amor debia ; de do vengo á considerar , ó Elicio , que si me quiso bien , hizo mal en casarse ; y si fue fingido el amor que me mostraba , hizo peor en engañarme , y ofrecerme el desengaño á tiempo que no puede aprovecharme , sino es con dexar en sus manos la vida. No está en terminos la tuya , Mireno , replicó Elicio , que tengas por remedio el acabarla , pues podria ser que la mudanza de Silveria no estoviese en la voluntad , sino en la fuerza de la obediencia de sus padres ; y si tú la quisiste limpia , y honestamente doncella , tambien la puedes querer ahora casada , correspondiendo ella ahora , como entonces á tus buenos , y honestos deseos. Mal conoces á Silveria , Elicio , respondió Mireno , pues imaginas de ella que ha de hacer cosa de que pueda ser notada. Esta misma razon que has dicho te condena , respondió Elicio : pues si tú , Mireno , sabes de Silveria , que no hará cosa que mal le esté , en la que ha hecho no debe de haver errado. Si no ha errado , respondió Mireno , ha acertado á quitarme todo el buen suceso , que de mis buenos pensamientos esperaba : y solo en esto la culpo , que nunca me advirtió de este daño , antes temiendome de él , con firme juramento me aseguraba , que eran imagines mias , y que nunca á la suya havia llegado pensar con Darnio casarse , ni se casaría , si conmigo : no con él , ni con otro alguno , aunque aventurára en ello quedar en perpetua desgracia con

sus padres, y parientes: y debajo de este seguro, y prometimiento, faltar, y romper la fé ahora de la manera que has visto, ¿qué razon hay que tal consienta? ó qué corazon que tal sufra? Aqui tornó Mireno à renovar su llanto, y aqui de nuevo le tuvieron lastima los Pastores. A este instante llegaron dos Zagales adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno, y el otro criado de Daranio, que á llamar á Elicio, Tirsi, Damon, y Erastro venia, porque las fiestas de su desposorio querian comenzarse. Pesabales á los Pastores de dexar solo á Mireno, pero aquel Pastor su pariente se ofreció á quedar con él; y aun Mireno dixo á Elicio, que se queria ausentar de aquella tierra, por no vér cada dia á los ojos la causa de su desventura. Elicio le loò su determinacion, y le encargó, que do quiera que estoviese, le avisase de como le iba. Mireno se lo prometió; y sacando del seno un papel, le rogó, que en hallando comodidad se le diese à Silveria. Y con esto se despidió de todos los Pastores, no sin muestras de mucho dolor, y tristeza: el qual no se hubo bien apartado de su presencia, quando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venia, viendo que pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y combidando á los otros Pastores á escucharle, vió que en él venian escritos estos versos.

MIRENO A SILVERIA.

El Pastor que te ha entregado
Lo mas de quanto tenia,
Pastora, ahora te embia
Lo menos que le ha quedado,
Que es este pobre papel,
Adonde claro verás
La fé que en tí no hallarás,
Y el dolor que queda en él.

Pero poco acaso hace
Darte de esto cuenta estrecha,
Si mi fé no me aprovecha,
Y mi mal te satisface.
No pienses que es mi intencion
Quejarme porque me dexas,

Que llegan tarde las quejas
De mi temprana pasion.

Tiempo fue yá que escucharas
El cuento de mis enojos,
Y aun si lloráran mis ojos
Las lagrimas enjugáras.
Entonces era Mireno
El que era de tí mirado,
Mas ay como te has trocado
Tiempo bueno, tiempo bueno.

Si durára aquel engaño,
Templárase mi disgusto,
Pues mas vale un falso gusto,

Que

Que un notorio , y cierto daño. Pues tus palabras el viento
 Pero tú , por quien se ordena Llevó , y las obras quien sabes.

Mi terrible mala andanza,
 Has hecho con tu mudanza
 Falso el bien , cierta la pena.

Tus palabras lisongeras,
 Y mis credulos oídos,
 Me han dado bienes fingidos,
 Y males que son de veras.
 Los bienes con su apariencia
 Crecieron mi sanidad:
 Los males con su verdad
 Han doblado mi dolencia.

Por esto juzgo , y discierno
 Por cosa cierta , y noteria,
 Que tiene el amor su gloria
 A las puertas del Infierno.
 Y que un desdén acarrea,
 Y un olvido en un momento
 Desde la gloria al tormento
 Al que en amar no se emplea.

Con tanta presteza has hecho
 Este mudamiento estraño,
 Que estoy yá dentro del daño,
 Y no salgo del provecho.
 Porque imagino que ayer
 Era quando me querías,
 O á lo menos lo fingías,
 Que es lo que se ha de creer.

Y el agradable sonido
 De tus palabras sabrosas,
 Y razones amorosas,
 Aun suenan en el oído.
 Estas memorias suaves
 Il fin me dán mas tormento,

¿Eres tú la que jurabas,
 Que se acabasen tus días,
 Si à Mireno no querías
 Sobre todo quanto amabas?
 Eres tú , Silveria , quien
 Hizo de mí tal caudal,
 Que siendo todo tu mal,
 Me tenias por tu bien.

¡O que titulos te diera
 De ingrata , como mereces,
 Si como tu me aborreces
 Tambien yo te aborreciera!
 Mas no puedo aprovecharme
 Del medio de aborrecerte,
 Que estimo mas el quererte
 Que tu has hecho el olvidarme.

Triste gemido á mi canto
 Ha dado tu mano fiera
 Invierno á mi primavera,
 Y á mi risa amargo llanto.
 Mi agasajo ha vuelto en luto,
 Y de mis blandos amores
 Cambio en abrojos las flores,
 Y en veneno el dulce fruto.

Y aun dirás , y esto me daña,
 Que es el haver te casado,
 Y el haverme asi olvidado
 Una honesta honrosa hazaña,
 Disculpa fuera admitida
 Si no te fuera notorio
 Que estaba en tu desposorio
 El fin de mi triste vida.

Mas en fin tu gusto fue
 Gusto, pero fue justo,
 Pues con premio tan injusto
 Pagó mi inviolable fé,
 La qual por ver que se ofrece
 De mostrar la fé que alcanza,
 Ni la muda tu mudanza,
 Ni mi mal la desfallece.

Yá te contemplo casada,
 Y de serlo arrepentida,
 Porque yá es cosa sabida
 Que no estarás firme en nada:
 Procura alegre llevarlo
 El yugo que echaste al cuello
 Que podrás aborrecello,
 Y no podrás desechallo.

Quien esto vendrá à entender,
 Cierto estoy que no se asombre,
 Viendo al fin que yo soy hombre
 Y tú, Silveria, muger.
 Adonde la ligercza
 Hace de continuo asiento,
 Y adonde en mí el sufrimiento
 Es otra naturaleza.

Mas eres tan inhumana,
 Y de tan mudable sér,
 Que lo que quisiste ayer
 Has de aborrecer mañana.
 Y asi (por estraña cosa)
 Dirá aquel que de tí hable,
 Hermosa, pero mudable,
 Mudable, pero hermosa.

No parecieron mal los versos de Mireno à los Pastores, sino la ocasion à que se havian hecho, considerando con quanta presteza la mudanza de Silveria le havia traído à punto de desamparar la amada Patria, y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mismo le sucediese. Entrados, pues, en el Aldéa, y llegados adonde Daranio, y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre, y regocijadamente, quanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se havian visto: que por ser Daranio uno de los mas ricos Pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas Pastoras de toda la ribera, acudieron à sus bodas toda, ó la mas Pastoría de aquellos contornos, y asi se hizo una célebre junta de discretos Pastores, y hermosas Pastoras, y entre los que à los demás en muchas, y diversas habilidades se aventajaron, fueron el triste Orompo, y el zeloso Orfenio, el ausente Crisio, y el desamado Marsilio, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Lútea: y al zeloso Orfenio la insufrible rabia de los zelos, siendo enamorado de la hermosa Pastora Eandra: al ausente Crisio, el verse apartado de Claraura, bella, y discreta Pastora, à quien él por unico bien suyo tenia: y al desesperado Marsilio, el desamor que para con él en el pecho de Belisa

lisa se encerraba. Eran todos amigos, y de una misma Aldea, y la pasión del uno, el otro no la ignoraba, antes en dolorosa competencia muchas veces se habían juntado à encarecer cada qual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podia, que su dolor à qualquier otro se aventajaba, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado, y tenían todos tal ingenio, ó por mejor decir, tal dolor padecían, que como quiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginar se podia: por estas disputas, y competencias, eran famosos, y conocidos en todas las riberas de Tajo, y habían puesto deseo à Tirsi, y à Damon de conocerlos, y viendolos allí juntos, unos á otros se hicieron cortesés, y agradables recibimientos, principalmente todos con admiración miraban á los Pastores Tirsi, y Damon, hasta allí de ellos solamente por fama conocidos. A esta sazón salió el rico Pastor Daranio, á la serranía vestido, traía camisa alta, de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaraguellas de delgado lienzo, antiparas azules, zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una quarterada caperuza. No menos salió bien aderezada su esposa Silveria, porque venía con saya, y cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul, y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argenteria (invención de Galatea, y Florisa que la vistieron), garbin turquesado, con fleucos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que mas que todo la adornaba. Salió tras ella la sin par Galatea (como Sol tras el Aurora) y su amiga Florisa, con otras muchas, y hermosas Pastoras, que por honrar las bodas, à ellas habían venido, entre las cuales también iba Teolinda, con cuidado de hurtar el rostro à los ojos de Damon, y Tirsi, por no ser de ellos conocida: y luego las Pastoras, siguiendo à los Pastores que guiaban (al son de muchos pastoriles instrumentos) ázia el Templo se encaminaron: en el qual espacio le tuvieron Elicio, y Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que duràra aquel camino mas que la larga peregrinación de Ulises, y con el contento de verla iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio, le dixo: ¿Qué miras, Pastor, si á Galatea no miras? ¿Pero cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello, y el marmol de su pe-

pecho? Todo eso he podido vér , ó Erastro , respondió Elicio , y ninguna cosa de quantas has dicho es causa de mi tormento , sino es la aspereza de su condicion , que si no fuera tal como tú sabes , todas las gracias , y bellezas que en Galatea conoces , fueran ocasion de mayor gloria nuestra. Bien dices , dixo Erastro , pero todavia no me podrás negar , que à no ser Galatea tan hermosa , no fuera tan deseada ; y à no ser tan deseada , no fuera tanta nuestra pena , pues toda ella nace del deseo. No te puedo yo negar , Erasstro , respondió Elicio , que todo qualquier dolor , y pesadumbre no nazca de la privacion , y falta de aquello que deseamos : mas juntamente te quiero decir , que ha perdido conmigo mucho la calidad de amor con que yo pensé que à Galatea querias , porque si solamente la quieres por ser hermosa , muy poco tiene que agradecer , pues no havrà ningun hombre , por rustico que sea , que la mire , que no la desee , porque la belleza donde quiera que està , trae consigo el hacer desear. Asi que à este simple deseo , por ser tan natural , ningun premio se le debe , porque si se le debiera , con solo desear el Cielo , le tuvieramos merecido : mas yá ves , Erastro , ser esto tan al revés , como nuestra verdadera Ley nos lo tiene mostrando ; y puesto caso que hermosura , y belleza sea una principal parte para atraernos à desearla , y à procurar gozarla , el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por ultimo bien suyo , sino que aunque la belleza le acarree este deseo , la ha de querer solamente por ser bueno , sin que otro algun interese le mueva , y este se puede llamar (aun en las cosas de acá) perfecto , y verdadero amor , y es digno de ser agradecido , y premiado ; como vemos que premia conocida , y aventajadamente el Hacedor de todas las cosas , aquellos que sin moverles otro interese alguno , de temor , de pena , ó de esperanza de gloria , le quieren , le aman , y le sirven , solamente por ser bueno , y digno de ser amado , y esta es la ultima , y mayor perfeccion , que en el amor Divino se encierra : y en el humano tambien quando no se quiere mas de por ser bueno lo que se ama , sin haver error de entendimiento , porque muchas veces lo malo nos parece bueno , y lo bueno malo , y asi amamos lo uno , y aborrecemos lo otro , y este tal amor no merece premio , sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho , ó Erastro , que si tú quieres , y amas la hermosura de Galatea , con intencion de gozarla , y en esto para el fin de tu deseo , sin pasar adelante à querer su virtud , su acrecentamiento de fama , su salud , su vida,

da, y bienes, entiende que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres. Quisiera Erastro replicar á Elicio, y darle á entender como no entendia bien del amor con que á Galatea amaba, pero estorvólo el son de la zampoña del desamorado Lenio, el qual quiso tambien hallarse á las bodas de Daranio, y regocijar la fiesta con su canto, y asi puesto delante de los desposados, en tanto que al Templo llegaban, al son del rabél de Eugenio estos versos fue cantando.

L E N I O.

Desconocido, ingrato amor, que asombras
 A veces los gallardos corazones,
 Y con vanas figuras, vanas sombras
 Pones al alma libre mil prisiones:
 Si de sèr Dios te precias, y te nombras,
 Con tan subido nombre no perdones
 Al que rendido al lazo de Himeneo
 Rindiere á nuevo nudo su deseo.

En conservar la ley pura, y sincera
 Del santo Matrimonio pon tu fuerza,
 Descoge en este campo tu vandera,
 Haz á tu condicion en esto fuerza.
 Qué bella flor, qué dulce fruto espera
 Por pequeño trabajo el que se esfuerza
 A llevar este yugo como debe,
 Que aunque parece carga, es carga leve.

Tú puedes, si te olvidas de tus hechos,
 Y de tu condicion tan desabrida,
 Hacer alegres talamos, y lechos
 Do el yugo conjugal á dos anida,
 Encierrate en sus almas, y en sus pechos
 Hasta que acabe el curso de su vida,
 Vayan á gozar como se espera
 De la agradable eterna primavera.

Dexa las pastoriles cabañuelas,

Y al libre pastorcillo hacer su oficio,
 Buela mas alto yà, pues tanto buelas,
 Y aspira á mejor grado, y exercicio.
 En vano te fatigas, y desvelas,
 En hacer de las almas sacrificio,
 Si no las rindes con mejor intento
 Al dulce de Himeneo ayuntamiento;

Aqui puedes mostrar la poderosa
 Mano de su poder maravilloso,
 Haciendo que la nueva tierna esposa
 Quiera, y que sea querida de su esposo,
 Sin que aquella infernal rabia zelosa
 Les turbe su contento, y su reposo,
 Ni el desdén sacudido, y zahareño
 Les prive del sabroso, y dulce sueño.

Mas si, perfido Amor, nunca escuchadas
 Fueron de tí plegarias de tu amigo;
 Bien serán estas mias desechadas,
 Que te soy, y seré siempre enemigo.
 Tu condicion, tus obras mal miradas,
 De quien es todo el mundo buen testigo,
 Hacen que yo no espere de tu mano
 Contento alegre, venturoso, y sano.

Yá se maravillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de vér con quanta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamandole Dios, y de mano poderosa: cosa que jamás le havian oïdo decir: mashaviendo oïdo los versos con que acabó su canto, no pudieron dexar de reirse, porque yà les pareció que se iba cole-rizando, y que si adelante en su canto pasára, él pusiera al amor como otras veces solía; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y así llegados al Templo, y hechas en él por los Sacerdotes las acostumbres ceremonias, Daranio, y Silveria quedaron en perpetuo, y estrecho nudo ligados, no sin embidia de muchos que los miraban, ni sin dolor de algunos, que la hermosura de Silveria codiciaban; pero à todo dolor sobrepujó el que sintiera el sin ventura Mireno, si à este espectáculo se hallára presente. Vueltos
 pues

pues los desposados del Templo, con la misma compañía que havian llevado, llegaron à la Plaza de la Aldéa, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer publicamente demostracion de sus riquezas, haciéndó á todo el Pueblo un generoso, y suntuoso combite. Estaba la Plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta parecia, entretexidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del Sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas, y con mucha diversidad de flores se mostraba. Ahí, pues, con general contento de todos se solemnizó el generoso banquete, al son de muchos pastoriles instrumentos, sin que diesen menos gusto, que el que suelen dár las acordadas musicas, que en los Reales Palacios se acostumbra; pero lo que mas autorizó la fiesta, fue vér que en alzandose las mesas, en el mismo lugar, con mucha presteza, hicieron un tablado, para efecto de que los quatro discretos, y lastimados Pastores, Orompo, Marsilio, Crisio, y Orfenio, por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi, y Damon tenian de escucharles, querian allí en público recitar una Egloga, que ellos mismos, de la ocasion de sus mismos dolores havian compuesto. Acomodados, pues, en sus asientos todos los Pastores, y Pastoras que allí estaban, despues que la zampoña de Erastro, y la lira de Lenio, y los otros instrumentos, hicieron prestar á los presentes un sosegado, y maravilloso silencio; el primero que se mostró en el humilde teatro, fue el triste Orompo, con un pellico negro vestido, y un cayado de amarillo box en la mano, el remate del qual era una fea figura de la muerte: venía con hojas de funesto ciprés coronado, insignias todas de la tristeza que en él reynaba, por la inmadura muerte de su querida Listea; y despues que con triste semblante los llorosos ojos á una, y á otra parte huvó endido, con muestras de infinito dolor, y amargura, rompió el silencio con semejantes razones.

O R O M P O.

Salid de lo hondo del pecho custado,

Palabras sangrientas con muerte mezcladas,

Y si los suspiros os tienen atadas,

Abrid, y rompéd el siniestro costado.

LIBRO TERCERO

El ayre os impide, que está yá inflamado
 Del fiero veneno de vuestros acentos,
 Salid , y siquiera os lleven los vientos,
 Que todo mi bien tambien me han llevado.

Poco perdereis en veros perdidas,
 Pues yá os ha faltado el alto sugeto,
 Por quien en estilo grave , y perfecto
 Hablabades cosas de punto subidas:
 Notadas un tiempo , y bien conocidas
 Fuiстеis por dulces , alegres , sabrosas,
 Ahora por tristes amargas llorosas,
 Sereis de la tierra , y del Cielo tenidas.

Pero aunque salgais palabras temblando,
 ¿Con cuales podreis decir lo que siento?
 Si es incapáz mi fiero tormento
 De irse qual es al vivo pintado.
 Mas ay que me falta el cómo , y el quando
 De significar mi pena , y mi mengua,
 Aquello que falta , y no puede la lengua,
 Suplan mis ojos continuo llorando.

O muerte que atajas , y acortas el hilo
 De mil pretensiones gustosas humanas,
 Y en un balver de ojos las sierras allanas,
 Y haces iguales á Henares , y al Nilo:
 ¿Por qué no templaste , traydora , el estilo
 Tuyo cruel ? ¿Por qué á mi despecho
 Probastes en el blanco , y mas lindo pecho
 De tu fiero alfange la furia , y el filo?

¿En qué te ofendian , ó falsa , los años
 Tan tiernos , y verdes de aquella cordera?
 ¿Por qué te mostraste con ella tan fiera?
 ¿Por qué en el suyo creciste mis daños?
 ¡O mi enemiga , y amiga de engaños!
 ¿De mí , que te busco , te escondes , y ausentas?
 Y quieres , y travas razones , y cuentas

Con el que mas tema tus males tamaños.

En años maduros tu ley tan injusta
 Pudiera mostrar su fuerza crecida,
 Y no descargar la dura herida
 En quien del vivir ha poco que gusta.
 Mas esa tu hoz, que todo le ajusta,
 Y mando, y ruego jamás la doblega,
 Asi con rigor la flor tierna siega
 Como la caña nudosa, y robusta.

Quando á Listera del suelo quitaste,
 Tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brió,
 Tu ira, tu mando, tu señorío,
 Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
 Llevando á Listera, tambien re llevaste
 La gracia, el donayre, belleza, y cordura
 Mayor de la tierra, y en su sepultura
 Este bien todo con ella encerraste.

Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado
 Mi vida penosa, que tanto se alarga,
 Que es insufrible á mis hombros su carga,
 Que es muerte la vida del que es desdichado.
 Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
 Ni espero en el tiempo, ni espero en el Cielo,
 Ni tengo de quien espere consuelo,
 Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.

O vos que sentís, qué cosa es dolores,
 Venid, y tomad consuelo en los míos,
 Que en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus brios,
 Vereis que los vuestros son mucho menores.
 ¿Do estais ahora, gallardos Pastores?
 ¿Crisio, Marsilio, y Orfenio, qué haceis?
 ¿Por qué no venis? ¿Por qué no teneis
 Por mas que los vuestros mis daños mayores?

Mas quien es aquel que la soma, y que quiebra

LIBRO TERCERO

Por la encrucijada de aqueste sendero?
 Marsilio es sin duda, de amor prisionero,
 Belisa es la causa, á quien siempre celebra,
 A este le roe la fiera culebra
 Del crudo desdén el pecho, y el alma,
 Y pasa su vida en tormenta sin calma,
 Y aun no es qual la mía su suerte tan negra.

El piensa que el alma, que el alma le aqueja,
 Es mas que el dolor de mi desventura.
 Aqui será bien que entre esta espesura
 Me esconda, por vér si acaso se queja.
 Mas ay, que á la pena que nunca me deja
 Pensar igualarla es gran desatino,
 Pues abre la senda, y cierra el camino
 Al mal que se acerca, y al bien que se aleja.

MARSILIO.

Pasos que al de la muerte
 Me llevais paso á paso,
 Forzoso he de acusar vuestra pereza,
 Seguid tan dulce suerte,
 Que en este amargo paso
 Está mi bien, y en vuestra ligereza:
 Mirad que la dureza
 De la enemiga mia
 En el ayrado pecho,
 Contrario á mi provecho,
 En su entereza está qual ser solía:
 Huigamos, si es posible,
 Del aspero rigor suyo terrible.

A qué apartado clima,
 A qué region incierta
 Iré á vivir, que pueda asegurarme
 Del mal que me lastima,
 Del ansia triste, y cierta,
 Que no se ha de acabar hasta acabarme,

Ni estár quedo, ó mudarme
 A la arenosa Libia,
 O al lugar donde habita
 El fiero, y blanco Scita,
 Un solo punto mi dolor alivia,
 Que no está mi contento
 En hacer de lugares mudamiento.

Aqui, y alli me alcanza
 El desdén riguroso
 De la sin par cruel Pastora mia,
 Sin que Amor, ni esperanza,
 Un termino dichoso
 • Me pueda prometer en tal porfia:
 Belisa, luz del dia,
 Gloria de la edad nuestra,
 Si valen yà contigo
 Ruegos de un firme amigo,
 Templa el rigor ayrado de tu diestra,
 Y el fuego de este mio
 Pueda en tu pecho deshacer el frio.

Mas sorda à mi lamento,
 Mas implacable, y fiera,
 Que á la voz del cansado Marinero
 El riguroso viento,
 Que el mar turba, y altera,
 Y amenaza á la vida el fin postrero.
 Marmol, diamante, acero,
 Alpestre, y dura roca,
 Robusta antigua encina,
 Roble que nunca inclina
 La altiva rama al cierzo que le toca:
 Todo es blando, y suave
 Comparado al rigor que en tu alma cabe.
 Mi duro amargo hado
 Mi inexorable estrella,
 Mi voluntad que todo lo consiente,
 Me tienen condenado

Bclisa ingrata, y bella,
 A que te sirva, y ame eternamente.
 Aunque tu hermosa frente
 Con riguroso ceño,
 Y tus serenos ojos
 Me anuncien mil enojos,
 Seràs desta alma conocido dueño,
 En tanto que el suelo
 La cubriere mortal corporeo velo.

¿Hay bien que se le iguale
 Al mal que me atormenta?
 Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
 El uno, y otro sale
 De toda humana cuenta,
 ¿Y aun yo sin ella en viva muerte vivo.
 En el desdén avivo
 Mi fé, y alli se enciende
 Con el helado frio.
 Mirad que desvarío,
 Y el dolor desusado que me ofende,
 Y si podrá igualarse
 Al mal que mas quisiere aventajarse.
 ¿Mas quien es el que mueve
 Las ramas intrincadas
 Deste acopado mirto, y verde asiento?

Orompo. Un Pastor que se atreve
 Con razones fundadas
 En la pura verdad de su tormento,
 Mostrar que el sentimiento
 De su dolor crecido
 Al tuyo se aventaja,
 Por mas que tú le estimes,
 Levantes, y sublimes.

Mars. Vencido quedaràs en tal baraja,
 Orompo, fiel amigo,
 Y tú mismo seràs dello testigo.
 Si de las ansias mias,

Si de mi mal insano
 La mas minima parte conocieras,
 Cesáran tus porfias,
 Orompo , viendo llano,
 Que tu penas de burla , y yo de veras.

Orompo. Haz , Marsilio , quimeras
 De tu dolor estraño,
 Y al mio menoscaba,
 Que la vida me acaba,
 Que yo espero sacarte deste engaño,
 Mostrando al descubierto,
 Que el tuyo es sombra de mi mal que es cierto.
 Pero la voz sonora
 De Crisio oygo que suena,
 Pastor , que en la opinion se te parece:
 Escuchemosle ahora
 Que su cansada pena,
 No menos que la tuya le engrandece.

Mars. Oy el tiempo me ofrece
 Lugar , y coyuntura
 Donde pueda mostraros
 A entrambos , y enteraros
 De que sola la mia es desventura.

Orompo. Atiende ahora , Marsilio,
 La voz de Crisio , y lamentable estilo,

C R I S I O.

¡Ay dura , ay importuna , ay triste ausencia!
 ¡Quan fuera debió estár de conocerte
 El que igualó tu fuerza , y violencia
 Al poder invencible de la muerte!
 Que quando con mayor rigor sentencia,
 ¡Qué puede mas su limitada suerte,
 Que deshacer el ñudo , y recia liga,
 Que à cuerpo , y alma estrechamente liga?

Tu duro alfange á mayor mal se estiende,
 Pues un espiritu en dos mitades parte,

O milagros de amor que nadie entiende,
 Ni se alcanza por ciencia, ni por arte!
 Que dexé su mitad con quien la entiendo,
 Allá mi alma, y trayga acá la parte
 Mas fragil, con la qual mas mal me siente;
 Que estár mil veces de la vida ausente.

Ausente estoy de aquellos ojos bellos,
 Que serenaban la tormenta mia,
 Ojos, vida de aquel que pudo vellos,
 Si de allí no pasó la fantasía.
 Que verlos, y pensar de merecellos,
 Es loco atrevimiento, y demasía,
 Yo los ví desdichado, y no los veo,
 Y matame de verlos el deseo.

Deseo (y con razon) vér dividida
 (por acortar el termino à mi daño)
 Esta antigua amistad, que tiene unida
 Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
 Que siendo de las carnes despedida,
 Con ligereza presta, y buelo extraño,
 Podrá tornar á vér aquellos ojos,
 Que son descanso, y gloria à sus enojos.

Enojos son la paga, y recompensa,
 Que amor concede al amador ausente;
 En quien se cifra el mayor mal, y ofensa,
 Que en los males de amor se encierra, y siente;
 Ni poner discrecion à la defensa,
 Ni un querer firme levantado ardiente
 Aprovecha à templar deste tormento
 La dura pena, y el furor violento.
 Violento es el rigor de esta dolencia,
 Pero junto con esto es tan durable,
 Que se acaba primero la paciencia,
 Y aun de la vida el curso miserable.
 Muertes, desvíos, zelos, inclemencia
 De ayrado pecho condicion mudable,

No atormentan así , ni dañan tanto
Como este mal , que el nombre pone espanto.

Espanto fuera , si dolor tan fiero,
Dolores tan mortales no causara,
Pero todos son flacos , pues no muero
Ausente de mi vida dulce , y cara.
Mas cese aquí mi canto lastimero,
Que à compañía tan discreta , y rara,
Como es la que allí veo , será justo
Que muestre al verla mas sabroso el gusto.

Orompo. Gusto nos dà , buen Crisio , tu presencia,
Y mas viniendo à tiempo , que podrémos
Acabar nuestra antigua diferencia.

Cris. Orompo , si es tu gusto , comencémos,
Pues que Juez de la contienda nuestra
Tan recto aquí en Marsilio le tendrémos.

Mars. Indicio dais , y conocida muestra
Del error en que os trae tan embebidos
Esa vana opinion notoria vuestra.

Pues queréis que á los míos preferidos
Vuestros dolores tan pequeños sean,
Harto llorados , mas que conocidos.

Mas porque el suelo , y Cielo juntos vean
Quanto vuestro dolor es menos grave,
Que las ansias que el alma me rodean.

La mas pequeña que en mi pecho cabe,
Pienso mostrar en vuestra competencia,
Asi como mi ingenio torpe sabe.

Y dexaré á vosotros la sentencia,
Y el juzgar si mi mal es muy mas fuerte,
Que el riguroso de la larga ausencia.

○ el amargo espantoso de la muerte,
De quien entrambos os quejais sin tiento,
Llamando dura , y corta á vuestra suerte.

Orompo. De eso yo soy , Marsilio , muy contento,
Pues la razon que tengo de mi parte,
El triunfo le asegura á mi tormento,

Cris. Aunque de exagerar me falta el arte,
 Vereis, quando yo os muestre mi tristeza,
 Como quedan las vuestras á una parte.

Mars. Qué ausencia llega á la inmortal dureza
 De mi Pastora? que es, con ser tan dura,
 Señora universal de la belleza.

Orompo. ¡O à qué buen tiempo llega, y coyuntura,
 Orfenio! veisle asomado? Estad atentos,
 Oïreisle ponderar su desventura,
 Zelos es la ocasion de sus tormentos,
 Zelos, cuchillo, y ciertos turbadores
 De las paces de Amor, y los contentos.

Cris. Escuchad, que yà canta sus dolores.

O R F E N I O.

O sombra obscura que continuo sigues
 A mi confusa triste fantasía,
 Enfadosa tiniebla siempre fria,
 Que à mi contento, y à mi luz persigues.

Quando será que tu rigor mitigues,
 Monstruo cruel, y rigurosa harpía,
 Qué ganas en turbarme el alegría?
 O qué bien en quitarmele consigues?

Mars. Si la condicion de que te arreas
 Se estiende á pretender quitar la vida,
 Al que te dió la tuya, y te ha engendrado;
 No me debe admirar que de mí seas,
 Y de todo mi bien fiero homicida,
 Sino de verme vivo en tal estado.

Orompo. Si el prado deleytoso,
 Orfenio, te es alegre qual solía
 En tiempo mas dichoso,
 Vén, pasaràs el dia
 En nuestra lastimada compañía.
 Con los tristes el triste
 Bien vès que se acomoda facilmente,
 Vén, que aqui se resiste
 Par de esta clara fuente,

Del levantado Sol el rayo ardiente,
 Vén, y el usado estilo
 Levanta, y como sueles te defiende
 De Crisio, y de Marsilio,
 Que cada qual pretende
 Mostrar, que solo es mal en que le ofende.
 Yo solo en este caso,
 Contrario havré de ser à tí, y à ellos,
 Pues los males que paso,
 Bien podré encarecellos,
 Mas no mostrar la mayor parte dellos.
Orfenio. No al gusto le es sabrosa,
 Asi à la corderuela desabrida
 La yerva, ni gustosa
 Salud restituida
 Aquel que yá la tuvo por perdida.
 Como es á mí sobroso
 Mostrar en la contienda que se ofrece,
 Que el dolor riguroso,
 Que el corazon padece,
 Sobre el mayor del suelo se engrandece.
 Calle su mal sobrado
 Orompo, encubra Crisio su dolencia,
 Marsilio estè callado;
 Muerte, desdèn, ni ausencia,
 No tengan con los zelos competencia.
 Pero si el Cielo quiere
 Que oy salga á campo la contienda nuestra
 Comience el que-quisiere,
 Y dé á los otros muestra
 De su dolor con torpe lengua, ó diestra
 Que no està la elegancia,
 Y modo de decir el fundamento,
 Y principal sustancia
 Del verdadero cuento,
 Que en la pura verdad tiene su asiento.
Cris. Siento, Pastor, que tu arrogancia mucha
 En esta lucha de pasiones nuestras
 Dará mil muestras de tu desvario,

Orfen. Templa ese brio , ò mueltraló à su tiempo,
 Que es pasatiempo , Crisio , tu congoja,
 Que el alma que afloja con volver el paso,
 No hay que hacer caso de su sentimiento.
Cris. Es mi tormento tan estraño , y fiero,
 Que presto espero que tú mismo digas,
 Que á mis fatigas no se iguala alguna.
Mars. Desde la cuna soy yo desdichado.
Orompo. Aun engendrado pienso que no estaba,
 Quando sobraba en mí la desventura.
Orfen. En mí se apura la mayor desdicha.
Cris. Tu mal es dicha , comparado al mio.
Mars. Opuesto al brio de mi mal estraño,
 Es gloria el daño que á vosotros daña.
Orompo. Esta maraña quedará muy clara,
 Quando á la clara mi dolor descubra:
 Ninguno encubra ahora su tormento,
 Que yo del mio doy principio al cuento.

Mis esperanzas, que fueron
 Sembradas en parte buena,
 Dulce fruto prometieron,
 Y quando darle quisieron,
 Convirtió el Cielo en pena.
 Vi su flor maravillosa
 En mil muestras , deseosa
 De darme una rica suerte,
 Y en aquel punto la muerte
 Cortómela de embidiosa.

Yo quedé qual labrador,
 Que del trabajo contino
 De su espaciosa labor,
 Fruto amargo de dolor
 Le concede su destino:
 Y aun le quita la esperanza
 De otra buena nueva andanza,
 Porque cubrió con la tierra
 El Cielo donde se encierra

De su bien la confianza.

Pues si á termino he llegado,
 Que de tener gusto , ó gloria,
 Vivo yá desesperado,
 De que yo soy mas penado,
 Es cosa cierta , y notoria.
 Que la esperanza asegura
 En la mayor desventura
 Un dichoso fin que viene:
 Mas ay de aquel que la tiene
 Cerrada en la sepultura.

MARSILIO.

Yo , que el humor de mis ojos
 Siempre derramado ha sido
 En lugar donde han nacido
 Cien mil espinas , y abrojos,
 Que el corazon me han herido.
 Yo si soy el desdichado,

Pues

Pues con nunca haver mostrado
Un momento el rostro enjuto,
Ni hoja, ni flor, ni fruto
He del trabajo sacado.

Que si alguna muestra viera
De algun pequeño provecho,
Sosegárase mi pecho,
Y aunque nunca se cumpliera,
Quedára al fin satisfecho.
Porque viera que valía.

Mi enamorada porfia
Con quien es tan desabrida,
Que á mi yelo está encendida,
Y á mi fuego helada, y fria.

Pues si es el trabajo vano
De mi llanto, y suspirar,
Y dél no pienso cesar,
¿A mi dolor inhumano,
Qual se le podrá igualar?
Lo que tu dolor concierda
Es, que está la causa muerta,
Orompo, de tu tristeza,
La mia en mas éntereza,
Quando mas me desconcierta.

CRISIO.

Yo que teniendo en sazón
El fruto que se debía
A mi continúa pasión,
Una subita ocasión
De gozarla me desvia.
Muy bien podré ser llamado
Sobre todos desdichado,
Pues que vendré á padecer,
Pues no puedo parecer
Adonde el alma he dexado,

13

Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo
En alivio se convierte,
Y un corazón duro, y fuerte
El tiempo suele ablandallo.
Mas en ausencia se siente,
Con un extraño accidente,
Sin sombra de ningun bien,
Zelos, muertes, y desdén,
Que esto, y mas teme el ausente.

Quando tarda el cumplimiento
De la cercana esperanza,
Aflige mas el tormento,
Y allí llega el sufrimiento
Adonde ella nunca alcanza.
En las ansias desiguales
El remedio de los males,
Es el no esperar remedio,
Mas carecen de éste medio
Las de ausencia mas mortales.

ORFENIO.

El fruto que fué sembrado
Por mi trabajo contino,
A dulce sazón llegado
Fue con prospero destino
En mi poder entregado.
Y apenas pude llegar
A terminos tan sin par,
Quando vine á conocer
La ocasión de aquel placer
Ser para mí de pesar.
Yo tengo el fruto en la mano;
Y el tenerle me fatiga,
Porque en mi mal inhumano
A la mas granada espiga

La

Laroc un fiero gusano.
 Aborrezco lo que quiero,
 Y por lo que vivo muero,
 Y yo me fabrico, y pinto
 Un rebuelto laberinto
 De do salir nunca espero.

Busco la muerte en mi daño,
 Que ella es vida á mi dolencia,

Con la verdad mas me engaño,
 Y en ausencia, y en presencia
 Vá creciendo un mal tamaño.
 No hay esperanza que acierte
 A remediar mal tan fuerte,
 Ni por estár, ni alejarme
 Es imposible apartarme
 De esta triste viva muerte.

O R O M P O.

¿No es error conocido
 Decir que el daño que la muerte hace,
 Por ser tan estendido
 En parte satisface,
 Pues la esperanza quita
 Que el dolor administra, y solicita?

Si de la gloria muerta
 No se quedára viva la memoria,
 Que el gusto desconcierta,
 Es cosa yá notoria,
 Que el no esperar tenella
 Tempa el dolor en parte de perdella.

Pero si está presente la memoria,
 La memoria del bien yá fenecido
 Mas viva, y mas ardiente,
 Que quando poseído,
 ¿Quién duda que esta pena
 No está mas que otras de miserias llena?

M A R S I L I O.

Si á un pobre caminante
 Le sucediese por estraña via
 Huirsele delante
 Al fenecer del dia

El albergue esperado,
Y con vana presteza procurado,

Quedaría, sin duda,
Confuso del temor que allí le ofrece
La obscura noche, y muda,
Y mas si no amanece,
Que el Cielo á su ventura
No concede la luz serena, y pura.

Yo soy el que camino
Para llegar á un albergue venturoso,
Y quando mas vecino
Pienso estár del reposo,
Qual fugitiva sombra
El bien me huye, y el dolor me asombra.

CRISIO.

Qual raudó, y hondo río
Suele impedir al caminante el paso,
Y al viento, nieve, y frío,
Le tiene en campo raso,
Y el albergue delante
Se le muestra de allí poco distante:

Tal mi contento impide
Esta penosa, y tan prolija ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
Y casi ante mis ojos
Veó quien remediára mis enojos.

Y el vér de mis dolores
Tán cerca la salud, tanto me aprieta,
Que los hace mayores,
Pues por causa secreta,
Quanto el bien es cercano,
Tanto mas lejos huye de mi mano:

ORFENIO.

Mostróseme á la vista
 Un rico albergue de mil bienes lleno,
 Triunfé de su conquista,
 Y quando mas sereno,
 Se me mostraba el hado,
 Vil en obscuridad negra cambiado.

Alli donde consiste
 El bien de los amantes bien queridos,
 Allí mi mal asiste,
 Allí se vén unidos
 Los males, y desdenes
 Donde suelen estar todos los bienes.

Dentro de esta morada
 Estoy, de do salir nunca procuro,
 Por mi dolor fundada
 De tan extraño muro,
 Que pienso que le abaten
 Quantos le quieren, miran, y combaten.

OROMPO.

Antes el Sol acabará el camino,
 Que es propio suyo, dando buelta al Cielo,
 Despues de haver tocado en cada sino,
 Que la parte menor de nuestro duelo
 Podamos declarar como se siente
 Por, mas que el bien hablar levante el buelo:
 Tú dices, Crisio, que el que vive ausente
 Muere, yo que estoy muerto, pues mi vida
 A muerte la entregó el hado inclemente.
 Y tú, Marsilio, afirma que perdida
 Tienes de gusto, y bien toda esperanza,
 Pues un fiero desdén es tu homicida.
 Tú repites, Orfenio, que la lanza

Aguda de los zelos te traspasa,
 No solo el pecho, que hasta el alma alcanza.
 Y como el uno lo que el otro pasa
 No siente ; su dolor solo exagera,
 Y piensa que al rigor del otro pasa.
 Y por nuestra contienda lastimera,
 De tristes argumentos está llena
 Del caudaloso Tajo la ribera.
 Ni por esto desmengua nuestra pena,
 Antes por el tratar la llaga tanto
 A mayor sentimiento nos condena.
 Quanto puede decir la lengua ; y quanto
 Pueden pensar los tristes pensamientos,
 Es ocasion de renovar el llanto.
 Cesen, pues, los agudos argumentos,
 Que en fin no hay mal que no fatigue, y pene,
 Ni bien que dé seguros los contentos.
 Harto mal tiene quien su vida tiene
 Cerrada en una estrecha sepultura,
 Y en soledad amarga se mantiene.
 Desdichado del triste sin ventura,
 Que padece de zelos la dolencia
 Con quien no valen fuerzas , ni cordura.
 Y aquel que en el rigor de larga ausencia
 Pasa los tristes miserables dias,
 Llegado al flaco árrimo de paciencia.
 Y no menos aquel que en sus porfias
 Siente , quando mas arde , en su Pastora
 Entrañas duras , é intenciones frias.
Cris. Hagase lo que pide Orompo ahora,
 Pues yá de recoger nuestro ganado
 Se vá llegando á mas andar la hora.
 Y en tanto que al albergue acostumbrado
 Llegamos, y que el Sol claro se aleja,
 Escondiendo su faz del verde prado:
 Con voz amarga, y lamentable queja,
 Al son de los acordes instrumentos
 Cantémos el dolor que nos aqueja.
Mars. Comienza , pues, ó Crisio , y tus acentos

Lleguen à los oídos de Claraura,
Llevados mansamente de los vientos;
Como á quien todo su dolor restaura.

CRISIO.

Al que ausencia viene á dár
Su caliz triste à beber,
No tiene mal que temer,
Ni ningun bien que esperar.

En esta amarga dolencia
No hay mal que no esté cifrado,
Temor de ser olvidado,
Zelos de agena presencia:
Quien la viniere á probar,
Luego vendrá à conocer,
Que no hay mal de que temer,
Ni menos bien que esperar.

OROMPO.

Ved si es mal el que me aqueja
Mas que muerte conocida,
Pues forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

Quando la muerte llevó
Toda mi gloria, y contento,
Por darme mayor tormento
Con la vida me dexó.
El mal viene, y el bien se aleja
Con tan ligera corrida,
Que forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

MARSILIO.

En mi terrible pesar,
Yá faltan por mas enojos
Las lagrimas á los ojos,
Y el aliento al suspirar.

La ingratitud, y desdén
Me tienen yá de tal suerte,
Que espero, y llamo á la muerte,
Por mas vida, y por mas bien.
Poco se podrá tardar,
Pues faltan en mis enojos
Las lagrimas á los ojos,
Y el aliento al suspirar.

ORFENIO.

Zelos, á fé si pudiera,
Que yo hiciera por mejor,
Que fueran zelos amor,
Y que el amor zelos fuera.

Deste trueco grangeára
Tanto bien, y tanta gloria,
Que la palma, y la victoria
De enamorado llevara.
Y aun fueran de tal manera
Los zelos en mi favor,
Que á ser los zelos amor,
El amor yo solo fuera.

Con esta ultima cancion del zeloso Orfenio dieron fin á su Elogia los discretos Pastores; dexando satisfechos de su discrecion á todos los que escuchado los havian: especialmente á Damon,

y á Tirsi , que gran contento en oírlos recibieron , pareciéndoles, que de mas de pastoril ingenio parecían las razones , y argumentos, que para salir con su proposito , los quatro Pastores havian propuesto. Pero habiendose movido contienda entre muchos de los circunstantes , sobre qual de los quatro havia alegado mejor de su derecho , en fin se vino á conformar el parecer de todos , con el que dió el discreto Damon , diciendoles : Que él para sí tenía , que entre todos los disgustos , y sinsabores que el amor trae consigo , ninguno fatiga tanto al enamorado pecho , como la incurable pestilencia de los zelos ; y que no se podian igualar á ella la pérdida de Orompo , ausencia de Crisio , ni la desconfianza de Marsilio : la causa es , dixo , que no cabe en razon natural , que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse , puedan por largo tiempo apremiar la voluntad á quererlas , ni fatigar al deseo por alcanzarlas ; porque el que tuviese voluntad , y deseo de alcanzar lo imposible , claro está , que quanto mas el deseo le sobrase , tanto mas el entendimiento le faltaría : y por esta misma razon digo , que la pena , que Orompo padece , no es sino una lastima , y compasion del bien perdido : y por haverle perdido de manera , que no es posible tornarle á cobrar , esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe : Qué puesto que el humano entendimiento , no puede estar tan unido siempre en la razon , que dexa de sentir la pérdida del bien , que cobrar no se puede , y que en efecto ha de dar muestras de su sentimiento con tiernas lagrimas , ardientes suspiros , y lastimosas palabras : so pena de que quien esto no hiciese , antes por bruto , que por hombre racional sería tenido : en fin , el discurso del tiempo cura esta dolencia , la razon la mitiga , y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al revés en la ausencia , como apuntó bien Crisio en sus deseos , que como la esperanza en el ausente anda tan junta con el deseo , dale terrible fatiga la dilacion de la tornada ; porque como le impide otra cosa el gozar su bien , sino algun brazo de mar , alguna distancia de tierra , parecele que teniendo lo principal , que es la voluntad de la persona amada , que se hace notorio agravio á su gusto , que cosas que son tan menos como un poco de agua , tierra , le impidan su felicidad , y gloria. Juntase asimismo esta pena , el temor de ser olvidado , las mudanzas de los humanos corazones ; y en tanto que la ausencia dura ; sin duda alguna que es traño el rigor , y aspereza , con que trata al alma del desdichado

ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio , que consiste en la tornada , puede llevar con algun alivio su tormento : y si sucediere ser la ausencia de manera , que sea imposible volver á la presencia deseada , aquella imposibilidad viene á ser el remedio , como en el de la muerte. El dolor de que Marsilio se queja , puesto que es como el mismo que yo padezco , y por esta causa me havia de parecer mayor que otro alguno , no por eso dexaré de decir lo que la razon me muestra , antes que aquello á que la pasion me incita. Confieso que es terrible dolor querer , y no ser querido ; pero mayor sería amar , y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiasemos por lo que la razon , y la experiencia nos enseña , veriamos que todos los principios en qualquiera cosa son dificultosos , y que no padece esta regla excepcion en los casos de amor , antes en ellos mas se confirma , y fortalece : así que quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora , vá fuera de todo razonable termino ; porque como el amor sea , y ha de ser voluntario , y no forzoso , no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero , ni debo hacer caudal del cargo que le hago , diciendole , que está obligada á amarme , porque yo la amo : que puesto que la persona amada debe en ley de naturaleza , y en buena cortesía no mostrarse ingrata con quien bien la quiere , no por eso le ha de ser forzoso , y de obligacion , que corresponda del todo , y por todo á los deseos de su amante : que si esto así fuese , mil enamorados importunos havia , que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les debria de derecho ; y como el amor tenga por padre al conocimiento , puede ser que no halle en mí la que es de mí bien querida partes tan buenas , que la muevan , é inclinen á quererme. Y así no está obligada , como yá he dicho á amarme ; como yo estaré obligado á adorarla , porque hallé en ella lo que á mí me falta : y por esta razon no debe el desdeñado quejarse de su amada , sino de su ventura , que le negó las gracias , que al conocimiento de su seña pudieran mover á bien quererle ; y así debe procurar con continuos servicios , con amorosas razones , con la no importuna presencia , con las exercitadas virtudes , adobar , y enmendar en él la falta , que naturaleza hizo : que este es tan principal remedio , que estoy por afirmar , que será imposible dejar de ser amado , el que con tan justos medios procurare grangear la voluntad de su señora ; y pues este mal del desdén , tiene el bien de este remedio , consue-

le-

lese Marsilio , y tenga lastima al desdichado , y zeloso Orfenio , en cuya desventura se encierra la mayor , que en las de amor imaginar se puede. ¡O zelos turbadores de la sosegada paz amorosa ! Zelos , cuchillo de las mas firmes esperanzas. No sè yo qué pudo saber de linages el que á vosotros os hizo hijos del amor , siendo tan al revés , que por el mismo caso dexarà el amor deserlo , si tales hijos engendrará. ¡O zelos , hypocritas , y fementidos ladrones ! Pues para que se haga cuenta de vosctros en el mundo , en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho , luego procurais mezclaros con ella , volviendoos de su color , y aun procurais usurparle el mando , y señorío que tiene. Y de aquí nace , que como os vén tan unidos con el amor , puesto que por vuestros efectos dais à conocer , que no sois el mismo amor , todavia procurais que entienda el ignorante , que sois sus hijos , siendo , como lo sois , nacidos de una baja sospecha , engendrados de un vil , y desafrado temor , criados à los pechos de falsas imaginaciones , crecidos entre vilisimas embidias , sustentados de chismes , y mentiras. Y porque se vea la destruición que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos zelos ; en siendo el amante zeloso , conviene , con paz sea dicho , de los zelosos enamorados ; conviene , digo , que sea como lo es , traydor , astuto , reboltoso , chismero , antojadizo , y aun mal criado. Y à tanto se estiende la zelosa furia que le señorea , que á la persona que mas quiere , es á quien mas mal desea. Querria el amante zeloso , que solo para èl su dama fuese hermosa , y fea para todo el mundo : desea que no tenga ojos para vér mas de lo que él quisiere , ni oídos para oír , ni lengua para hablar ; que sea retirada , desabrida , sobervia , y malacondicionada ; y aun à veces desea (apretado de esta pasion diabolica) que su dama se muera , y que todo se acabe. Todas estas pasiones engendrian los zelos en los animos de los amantes zelosos. Al revés de las virtudes que el puro , y sencillo amor multiplica en los verdaderos , y comedidos amadores , porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion , valentia , liberalidad , comedimiento , y todo aquello que le puede hacer loable à los ojos de asgentes. Tiene mas asimismo la fuerza de este crudo veneno , que no hay antidoto que le perserve , consejo que le valga , amigo que le ayude , ni disculpa que le quadre : todo esto cabe en el enamorado zeloso , y mas ; qualquiera sombra le espanta ,

Qualquiera niñería le turba , y qualquiera sospecha falsa , ó verdadera , le deshace. Y à toda esta desventura se le añade otra , que son las disculpas que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los zelos otra medicina que las disculpas , y no queriendo el enfermo zeloso admitirlas , siguese , que esta enfermedad es sin remedio , y que á todas las demás debe anteponerse. Y así es mi parecer , que Orfenio es el mas penado ; pero no el mas enamorado : porque no son los zelos señales de mucho amor , sino de mucha curiosidad impertinente ; y si son señales de amor , es como la calentura en el hombre enfermo , que el tenerla es señal de tener vida , pero vida enferma , y mal dispuesta. Y así el enamorado zeloso tiene amor , mas es amor enfermo , y malacondicionado ; y tambien el ser zeloso , es señal de poca confianza del valor de sí mismo. Y que sea esto verdad , nos lo muestra el discreto , y firme enamorado , el qual , sin llegar á la obscuridad de los zelos , toca en las sombras del temor , pero no se entra tanto en ellas que le oscurezcan el Sol de su contento , ni de ellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito , y temeroso : que si este discreto temor faltase en el amante , yo le tendria por soberbio , y demasiadamente confiado : porque como dice un comun proverbio nuestro : quien bien ama , teme , y aun es razen que tema el amante , que como la cosa que ama es en estremo buena , ó à él pareció serlo , no parezca lo mismo à los ojos de quien la mirare ; y por la misma causa se engendra el amor en otro que pueda , y venga à turbar el suyo. Teme , y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos , de las nuevas ocasiones que en su daño podrian ofrecerse , de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza : y este temor ha de ser tan secreto , que no le salga á la lengua para decirle , ni aun á los ojos para significarle. Y hace tan contrarios efectos este temor , del que los zelos hacen en los pechos enamorados , que cria en ellos nuevos deseos de acrecentar mas el amor , si pudiesen , de procurar con toda solícitud , que los ojos de su amada , no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza , mostrandose liberales , comedidos , galanes , limpios , y bien criados : y tanto quanto este virtuoso temor es justo se alabe , tanto , y mas es digno que los zelos se vituperen. Calló en diciendo esto el famoso Damon , y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos , que escuchado le havian , dexando à todos satisfechos de la verdad , que con tanta llaneza les

havia mostrado. Pero no se quedára sin respuesta, si los Pastores, Orompo, Crisio, Marsilio, y Orfenio huvieran estado presentes á su plática: los quales, cansados de la recitada Egloga, se havian ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto, yá que los bayles, y danzas querian renovarse, vieron que por una parte de la Plaza entraban tres dispuestos Pastores, que luego de todos fueron conocidos; los quales eran, el gentil Francenio, el libre Lauso, y el anciano Arsin-do, el qual venia en medio de los dos Pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos; y atravesando por medio de la Plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio, y Erastro, y todos los mas principales Pastores estaban, á los quales con corteses palabras saludaron, y con no menor cortesía fueron de ellos recibidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo, y verdadero amigo. Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsin-do en Damon, y en Tirsi, comenzó á hablar de esta manera. La fama de vuestra sabiduria, que cerca, y lejos se estiende, discretos, y gallardos Pastores, es la que á estos Pastores, y á mí nos trae á suplicaros, querais ser jueces de una graciosa contienda, que entre estos dos Pastores ha nacido; y es, que la fiesta pasada Francenio, y Lauso, que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas Pastoras, entre las quales, por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del día, entre otros muchos juegos, ordenaron el que se llama de los propositos; sucedió, pues, que llegando la vez de proponer, y comenzar á uno de estos Pastores, quiso la suerte, que la Pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenia, fuese, segun él dice, la tesorera de los secretos de su alma, y la que por mas discreta, y mas enamorada en la opinion de todos estaba. Llegandose, pues, al oído, le dixo: Huyendo vá la Esperanza. La Pastora, sin detenerse en nada, pro-guió adelante, y al decir despues cada uno en publico lo que el otro havia dicho en secreto; hallóse que la Pastora havia seguido el proposito, diciendo. Tenerla con el deseo. Fue celebrada por los que presentes estaban la agudeza de esta respuesta; pero el que mas la solemnizó, fue el Pastor Lauso, y no menos le pareció á Francenio; y así cada uno, viendo que lo propuesto, y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosarlos; y despues de haverlo hecho, cada qual procurar que su Glosa á la del otro se aventaje; y para asegurarse de esto, me quisieron hacer

Juez de ello; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsejeles que à vosotros viniesen, de cuya estremada ciencia, y sabiduría, questiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar el trabajo de hacer esta guirnalda, para que sea dada en premio al que vosotros, Pastores, vieredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los Pastores, que fue agradecerle la buena opinión que de ellos tenia; y ofrecerse de ser Juez desapasionado en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó à repetir los versos, y á decir su Glosa, que era esta:

Huyendo vá la esperanza,
Tenerla con el deseo.

Que del temor perseguida
Huyendo vá la esperanza.

GLOSA.

Quando me pienso salvar
En la fé de mi querer,
Me vienen luego á faltar
Las faltas del merecer,
Y las sobras del pesar.
Muerese la confianza,
No tiene pulsos la vida,
Pues se vé en mi mala andanza,

Huye, y llevase consigo
Todo el gusto de mi pena,
Dexando por mas castigo
Las llaves de mi cadena
En poder de mi enemigo.
Tanto se aleja que creo
Que presto se hará invisible,
Y en su ligereza veo,
Que ni puedo, ni es posible
Tenerla con el deseo.

Dicha la Glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya, que así decia.

En el punto que os miré,
Como tan hermosa os ví,
Luego temí, y esperè;
Pero en fin tanto temí,
Que con el temor quedé.
De veros esto se alcanza
Una flaca confianza,
Y un temor acobardado,
Que por no verle á su lado,
Huyendo vá la esperanza.

Y aunque me dexa, y se vá
Con tan estraña corrida,
Por milagro se verá,
Que se acabará mi vida,
Y mi amor no acabará.
Sin esperanza me veo,
Mas por llevar el trofeo,
De amador sin interese,
No querría, aunque pudiese,
Tenerla con el deseo.

En

En acabando Lauso de decir su Glosa, dixo Arsindo. Veis aqui famosos Damon, y Tirsi, declarada la causa sobre qué es la contienda de estos Pastores: solo resta ahora, que vosotros deis la guirnalda á quien vieredes que con mas justo título la merece, que Lauso, y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado. No entiendas Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede, ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna de estas discretas Glosas: lo que yo sé decir de ellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es, que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dár á la Pastora, que dió la ocasion á tan curiosa, y loable contienda. Y si de este parecer quedais satisfechos, pagadnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrandolas con vuestras agradables canciones, y autorizandolas con vuestra honrosa presencia. A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos Pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las Pastoras, y Pastores, que á Lauso conocían, se maravillaban de vér la libre condicion suya en la red amorosa embuelta; porque luego vieron en la amarillèz de su rostro, en el silencio de su lengua, y en la contienda que con Francenio havia tomado, que no estaba su voluntad tan esenta como solía, y andaba entre sí imaginando, quien podría ser la Pastora, que de su libre corazón triunfado havia. Quien imaginaba que la discreta Belisa, y quien que la gallarda Leandra, y algunos que la sin par Arminda, moviendoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenia de visitar las cabañas de estas Pastoras, y ser cada una de ellas para sujetar con su gracia, valor, y hermosura, otros tan libres corazones, como el de Lauso: Y de esta duda tardaron muchos dias en certificarse, porque el enamorado Pastor, apenas de sí mismo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la juventud del Pueblo renovó las danzas, y los pastoriles instrumentos formaron una agradable musica; pero viendo que yá el Sol apresuraba su carrera ázia el Ocaso, cesaron las concertadas voces; y todos los que allí estaban determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi havia prometido, en el espacio que havia desde la Plaza hasta la casa de Daranio, al son de la zampoña de Erastro estos versos fue cantando.

A R S I N D O.

Haga señales el Cielo
De regocijo, y contento,
En tan venturoso dia
Celebrese en todo el suelo.
Este alegre casamiento
Con general alegría.
Cambiese de oy mas el llanto
En suave, y dulce canto,
Y en lugar de los pesares,
Vengan gustos á millares,
Que destierren el quebranto.

Todo el bien suceda en colmo
Entre desposados tales,
Tan para en uno nacidos.
Peras les ofrezca el olmo,
Cerezas los carrascales,
Guindas los mirtos floridos.
Hallen perlas en los riscos,
Uvas les dén los lentiscos,
Manzanas los algarrobos,
Y sin temor de los Lobos
Ensanchen mas su apriscos.

Y sus machorras ovejas
Vengan è ser parideras,
Con que doblen su ganancia,
Las sollicitas abejas,
En los surcos de sus heras
Hagan miel en abundancia.

Logren siempre su semilla
En el campo, y en la Villa
Cogida à tiempo, y sazón:
No éntre en sus viñas pulgon,
Ni en su trigo la nequilla.

Y dos hijos presto tengan
Tan hechos en paz, y amor,
Quanto pueden desear:
Y en siendo crecidos vengan
A ser el uno Doctor,
Y otro Cura del Lugar.
Sean siempre los primeros
En virtudes, y dineros,
Que sí serán, y aun Señores;
Si no salen fiadores
De agudos alcavaleros.

Mas años que Sarra vivan
Con salud tan confirmada,
Que de ello pese al Doctor,
Y ningun pesar reciban,
Ni por hija mal casada,
Ni por hijo jugador.
Y quando los dos estén
Viejos, qual Matusalén,
Mueran sin temor de daño,
Y haganles su cabo de año
Por siempre jamàs amen.

Con grandisimo gusto fueron escuchados los rusticos versos de Arsindo, en los quales mas se alargára, si no lo impidiera el llegar á la casa de Daranio: el qual combidando á todos los que con èl venian, se quedó en ella; sino fue que Galatea, y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi, y Damon no fuesse conocida,

no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisiera Elicio , y Erastro acompañar á Galatea hasta su casa , pero no fue posible que lo consintiese , y asi se huvieron de quedar con sus amigos : y ellas se fueron cansadas de los bayles de aquel dia. Y Teolinda con mas pena que nunca , viendo que en las solemnes bodas de Daranio , donde tantos Pastores havian acudido , solo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche en compañía de Galatea , y Florisa , que con mas libres , y desapasionados corazones la pasaron , hasta que en el nuevo venidero dia les sucedió lo que se dirá en el Libro que se sigue.

FIN DEL TERCERO LIBRO
de Galatea.

QUARTO LIBRO DE GALATEA.



ON gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero día para despedirse de Galatea, y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro, con intencion de fenecer la vida en triste, y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado Pastor alguna nueva no supiese. Llegada, pues, la hora deseada, quando el Sol comenzaba á tender sus rayos por la tierra, ella se levantó, y con lagrimas en sus ojos pidió licencia á las dos Pastoras para proseguir su demanda: las quales con muchas razones la persuadieron, que en su compañía algunos días mas esperase, ofreciendole Galatea de embiar algun Pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por todas las riberas de Tajo, y por donde se imaginase que podria ser. Teolinda agradeció sus ofrecimientos; pero no quiso hacer lo que le pedian, antes despues de haver mostrado, con las mejores palabras que supo, la obligacion en que quedaba de servir todos los días de su vida, las obras que de ellas havia recibido; y abrazandolas con tierno sentimiento les rogaba, que una sola hora no la detuviesen. Viendo, pues, Galatea, y Florisa quan en vano trabajaban en pensar detenerla, la encargaron, que de qualquiera suceso bueno, ó malo, que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificandola del gusto que de su contento, ó la pena que de su desgracia recibirian. Teolinda se ofreció ser ella misma quien las nuevas de su buena dicha traxese, pues las malas no tendria sufrimiento la vida para resistirlas, y así sería escusado que de ella saber se pudiesen. Con esta promesa de Teolinda, se satisficieron Galatea, y Florisa, y determinaron de acompañarla algun trecho fuera del Lugar. Y así, tomando las dos solas sus cayados, y habiendo proveído el zurrón de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se sa-
lic-

fieron con ella de la Aldéa , á tiempo que yá los rayos del Sol mas derechos , y con mas fuerzas comenzaban á herir la tierra. Y havandola acompañado casi media legua del Lugar , al tiempo que yá querian volverse , y dejarla , vieron atravesar por una quebrada , que poco desviada de ellas estaba , quatro hombres de á caballo , y algunos de á pie , que luego conocieron ser cazadores en el habito , y en losalcones , y perros que llevaban : y estandolos con atencion mirando por vér si los conocian , vieron salir de entre unas espesas matas , que cerca de la quebrada estaban , dos Pastoras de gallardo talle , y brio : traían los rostros rebozados con dos blancos lienzos : y alzando la una de ellas la voz , pidió á los cazadores que se detuviesen , los quales asi lo hicieron; y llegandose entrambas á uno de ellos , que en su talle , y postura el principal de todos parecia , le asieron las riendas del caballo , y estuvieron un poco hablando con él , sin que las tres Pastoras pudiesen oir palabra de las que decian , por la distancia del lugar que lo estorbaba. Solamente vieron , que á poco espacio que con él hablaron , el Caballero se apeó , y haviendo , á lo que juzgarse pudo , mandado á los que le acompañaban , que se volviesen , quedando solo un mczo con el caballo , travó á las dos Pastoras de las manos , y poco à poco comenzó à entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba : lo qual visto por las tres Pastoras Galatea , Florisa , y Teolinda , determinaron de vér , si pudiesen , quien eran las disfrazadas Pastoras , y el Caballero que las llevaba. Y asi acordaron de rodear por una parte del bosque , y mirar si podian ponerse en alguna que pudiese serlo , para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciendolo asi , como pensado lo havian , atajaron al Caballero , y à las Pastoras , y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacian , vió , que torciendo sobre la mano derecha , se emboscaban en lo mas espeso del bosque. Y luego por sus mismas pisadas les fueron siguiendo , hasta que el Caballero , y las Pastoras , pareciendoles estár bien adentro del bosque , en medio de un estrecho pradecillo , que de infinitas breñas estaba rodeado , se pararon. Galatea , y sus compañeras , se llegaron tan cerca , que sin ser vistas , ni sentidas , veían todo lo que el Caballero , y las Pastoras hacian , y decian : las quales , haviendo mirado á una , y otra parte , por vér si podrian ser vistas de alguno , aseguradas de esto , la una se quitó el rebozo , y apenas se le hubo quitado , quando de Teolinda fue conocida ; y llegandose al oído de

Galatea, le dixo con la mas baja voz que pudo : *Extrañísima* ventura es esta, porque si no es que con la pena que tráigo he perdido el conocimiento , sin duda alguna aquella Pastora que se ha quitado el rebozo , es la bella Rosaura , hija de Roselio , Señor de una Aldéa , que á la nuestra está vecina , y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido á ponerse en tan extraño traje , y á dexar su tierra , cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran . Mas ay desdichada , añadió Teolinda , que el Caballero que con ella está es Grisaldo , hijo mayor del rico Laurencio , que junto á esta vuestra Aldéa tiene otras dos suyas . Verdad dices , Teolinda , respondió Galatea , que yo le conozco : pero calla , y sosiegate , que presto veremos con qué intento ha sido aquí su venida . Quietóse con esto Teolinda , y con atencion se puso á mirar lo que Rosaura hacía , la qual , llegando al Caballero , que de edad de veinte años parecia , con voz turbada , y ayrado semblante , le comenzó á decir : En parte estamos , fementido Caballero , donde podré tomar de tu desamor , y descuido la deseada venganza . Pero aunque yo la tomase de tí tal , que la vida te costase , poca recompensa sería al daño que me tienes hecho . Vesme aquí , desconocido Grisaldo , desconocida por conocerte ; ves aquí que ha mudado el traje por buscarte , la que nunca mudó la voluntad de quererte . Considera , ingrato , y desamorado , que la que apenas en su casa , y con sus criadas sabia mover el paso , ahora por tu causa anda de valle en valle , y de sierra en sierra , con tanta soledad buscando tu compañía . Todas estas razones , que la bella Rosaura decía , las escuchaba el Caballero con los ojos hincados en el suelo , y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte , que en la mano tenía . Pero no contenta Rosaura con lo dicho , con semejantes palabras prosiguió su platica . Dime , ¿conoces por ventura , conoces , Grisaldo , que yo soy aquella que no há mucho tiempo que enjugó tus lagrimas , atajó tus suspiros , remedió tus penas , y sobre todo la que creyó tus palabras ? ¿O por suerte entiendes tú , que eres aquel á quien parecian cortos , y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podian , para asegurarme la verdad con que me engañabas ? ¿Eres tú acaso , Grisaldo , aquel , cuyas infinitas lagrimas ablandaron la dureza del honesto corazon mio ? Tú eres , que yá te veo , y yo soy , que yá me conozco . Pero si tú eres Grisaldo el que yo creo , y yo soy Rosaura la que tú imaginas , cumpleme la palabra que me diste , dartehe

yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan á gusto tuyo, que eres tú mismo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede vér por lo que he hecho, por venir á estorvar el cumplimiento de ella. Y si tú la puedes hacer verdadera, á tu conciencia lo dexo. ¿Qué respondes á esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas por ventura callando, lo que por el pensamiento sería justo que no te pasase? Alza los ojos yá, y ponlos en estos que por su mal te miraron; levantalos, y mira á quien engañas, á quien dexas, y á quien olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, á la que siempre te trató verdades, dexas á quien ha dexado á su honra, y á sí misma por seguirte, olvidas á la que jamás te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del animo, y en la firmeza de la fé. Cumpleme, señor, la que me diste, si te precias de Caballero, y no te desprecies de Christiano. Mira que si no correspondes á lo que me debes, que rogaré al Cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al ayre que te falte, al agua que te anegue, á la tierra que no te sufra, y á mis parientes que me venguen. Mira que si faltas á la obligacion que me tienes, que has de tener en mí una perpetua turbadora de tus gustos, en quanto la vida me durare: y aun despues de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantaré tu fe mentido espíritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos. Advierte que no pido sino lo que es mio, y que tú ganas en darlo, lo que en negarlo pierdes. Mueve ahora tu lengua para desengañarme, de quantas la has movido para ofenderme. Calló diciendlo esto la hermosa dama, y estuvo un poco esperando á vér lo que Grisaldo respondía; el qual levantando el rostro, que hasta allí inclinado havia tenido, encendido con la verguenza que las razones de Rosaura le havian causado, con sosegada voz, le respondió de esta manera. Si yo quisiese negar, ò Rosaura, que no te soy deudor de mas de lo que dices, negaria asimismo que la luz del Sol es clara, y aun diría que el fuego es frio, y el ayre duro. Asi que en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado á la paga: pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido, y tu riguroso desden impossibilitado. Y no quiero en esta verdad poner otro testigo que á tí misma, como á quien tan bien sabe quan-

quantas veces, y con quantas lagrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te havia dado. Y tú, por las causas que te imaginaste, ó por parecerte ser bien corresponder á las vanas promesas de Artandro, jamás quisiste que á tal execucion se llegase, antes de dia en dia me ibas entreteniendo, y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto, con admitirme por tuyo. Tambien sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenía de ponerme en estado, y la priesa que daba á ello, trayendo los ricos, y honrosos casamientos que tú sabes, y como yo con mil excusas me apartaba de sus importunaciones, dandotelas siempre á tí para que no dilatases mas lo que tanto á tí convenia, y yo deseaba, y que al cabo de todo esto te dixé un dia, que la voluntad de mi padre era, que yo con Leopersia me casase, y tú en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dixiste, que mas no te hablase, y que me casase enhorabuena con Leopersia, ò con quien mas gusto me diese. Sabes tambien que te persuadí muchas veces, que dexases aquellos zelosos devaneos, que yo era tuyo, y no de Leopersia, y que jamás quisiste admitir mis disculpas, ni condescender con mis ruegos, antes perseverando en tu obstinacion, y dureza, y en favorecer á Artandro, me embiaste á decir que te daría gusto en que jamás te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasion de quebrar tu mandamiento, viendo tambien que cumplia el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, ò á lo menos desposaréme mañana, que asi está concertado entre sus parientes, y los míos. Porque veas, Rosaura, quan disculpado estoy de la culpa que me pones, y quan tarde has tú venido en conocimiento de la sinrazon que conmigo usabas. Mas porque no me juzgues de aqui adelante por tan ingrato como en tu imaginacion me tienes pintado, mira si hay algo en que pueda satisfacer tu voluntad, que como no sea el casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida, y la honra. En tanto que estas palabras Grisaldo decia, tenía la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lagrimas, que daban bien á entender el dolor que en el alma sentia: pero viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo, y doloroso suspiro, le dixo: Como no puede caber en tus verdes años tener, ò Grisaldo, larga, y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo, que un pequeño desden mio te haya puesto en la

libertad que publicas. Pero si tú conocieras que los zelosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo mas te quisiese redundaban. Mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasion que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mías. Y en tal manera que me dices, que mañana te casas con Leopersia: pero yo te certifico que antes que à ella lleves al talamo: me has de llevar á mi á la sepultura, si yá no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto: y porque claro conozcas, y veas, que la que perdió por tí su honestedad, y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida: este agudo puñal que aqui traygo, pondrá en efecto mi desesperado, y honroso intento, y será testigo de la crueldad, que en ese tu fementido pecho encierras. Y diciendo esto, sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba á pasar el corazon con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo, y la rebozada Pastora su compañera no aguijara à abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo, y la Pastora primero que quitasen à Rosaura la daga de las manos, la qual á Grisaldo decia: Dexame, traydor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desden me haga probar la muerte. Esa no gustarás tú por mi ocasion, replicò Grisaldo, pues quiero que mi padre falte antes á la palabra, que por mi à Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto á lo que conozco que te debo. Sosiega el pecho, Rosaura, pues yo te aseguro que este mismo no sabrà deseear otra cosa que la que fuere de tu contento. Con estas enamoradas razones de Grisaldo, resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza á la vida de su alegría, y sin cesar de llorar, se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiendole las manos en señal de la merced que le hacia. Grisaldo hizo lo mismo, y echandole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lagrimas. La Pastora arrebozada, viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que havia tomado en ayudar á quitar la daga á Rosaura, no pudiendo mas sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea, y Florisa; pero mas lo fue Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo. ¿O Cielos, y que

es lo que veo? ¿No es por ventura esta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? Ella es sin duda alguna: y sin mas detenerse, salió de donde estaba; y con ella Galatea, y Florisa: y como la otra Pastora vió à Teolinda, luego la conoció, y con abiertos brazos se fueron la una à la otra, admiradas de haverse hallado en tal lugar, y en tal sazón, y coyuntura. Viendo, pues, Grisaldo, y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacia, y que habían sido descubiertos de las Pastoras Galatea, y Florisa, con poca vergüenza de que los huviesen hallado de aquella suerte, se levantaron, y limpiandose las lagrimas, con disimulacion, y comedimiento recibieron á las Pastoras, que luego de Grisaldo fueron conocidas. Mas la discreta Galatea, por volver en seguridad el disgusto que (quizá) de su vista los dos enamorados Pastores habían recibido, con aquel donayre con que ella todas las cosas decia, les dixo. No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo, y Rosaura, pues solo servirá de acrecentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viésemos, y en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos; y pues el Cielo los ha traído á termino tan dichoso, en satisfacción de ella aseguro vuestros pechos, y perdonad nuestro atrevimiento. Nunta tu presencia, hermosa Galatea (respondió Grisaldo) dexó de dár gusto do quiera que estuviere; y siendo esta verdad tan conocida, antes quedamos en obligacion à tu vista, que con desabrimiento de tu llegada. Con estas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda, y Teolinda pasaban, las quales, despues de haverse abrazado una, y dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lagrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos mirandolas en todos los que allí estaban, porque se parecian tanto, que casi no se podian decir semejaates, sino una misma cosa; y si no fuera porque el traje de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea, y Florisa no supieran diferenciarlas. Y entonces vieron con quanta razon Artidoro se havia engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese. Mas viendo Florisa, que el Sol estaba ázia la mitad del Cielo, y que sería bien buscar alguna sombra, que de sus rayos las defendiese, ó á lo menos volverse á la Aldea, pues faltandoles la ocasion de apacentar sus ovejas, no debian estarse tanto en el prado, dixo à Teolinda, y à Leonarda:

Tiem-

Tiempo havrá , Pastoras , donde con mas comodidad podais satisfacer nuestros desos , y daros mas larga cuenta de vuestros pensamientos , y por ahora busquemos á do pasar el rigor de la siesta que nos amenaza , ó en una fresca fuente que está á la salida del ralle que atrás dexamos , ó tornandonos á la Aldea , donde será Leonarda tratada con la voluntad , que tú , Teolinda , de Galatea , y de mí conoces . Y si á vosotras , Pastoras , hago solo este ofrecimiento , no es porque me olvidé de Grisaldo , y Rosaura , sino porque me parece que á su valor , y merecimiento , no puedo ofrecerles mas del deseo . Ese no faltará en mí mientras la vida me durare , respondió Grisaldo , de hacer , Pastora , lo que fuere en tu servicio , pues no se debe pagar con menos la voluntad que aos muestras . Mas por parecerme que será bien hacer lo que dices , y por tener entendido que no ignorais lo que entre mí , y Rosaura ha pasado , no quiero deteneros , ni detenerme en referirlo : solo os ruego seais servidas de llevar á Rosaura en vuestra compañía á vuestra Aldea , en tanto que yo aparejo en la mia algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean ; y porque Rosaura quede libre de sospecha , y no la pueda tener jamás de la fé de mi pensamiento , con voluntad considerada mia , siendo vosotras testigos de ella , le doy la mano de ser su verdadero esposo , y diciendo esto tendió la suya , y tomó la de la bella Rosaura , y ella quedó tan fuera de sí , de vér lo que Grisaldo hacía , que apenas pudo responderle palabra , sino que se dexó tomar la mano , y de allí á un pequeño espacio dixo . A terminos me havia traído el amor , Grisaldo , señor mio , que con menos que por mí hicieras , te quedara perpetuamente obligada ; pero pues tú has querido responder antes á ser quien eres , que no á mi merecimiento , haré yo lo que en mí es , que es darte de nuevo el alma , en recompensa de este beneficio , y despues el Cielo de tan agradecida voluntad te dé la paga . No mas , dixo á esta sazón Galatea , no mas , señores , que adonde andan las obras tan verdaderas , no han de tener lugar los demasiados comedimientos . Lo que resta es , rogar al Cielo que trayga á dicho fin estos principios , y que en larga , y saludable paz gocéis vuestros amores . Y en lo que dices , Grisaldo , que Rosaura venga á nuestra Aldea , es tanta la merced que en ello nos haces , que nosotras mismas te lo suplicamos . De tan buena gana iré en vuestra compañía , dixo Rosaura , que no sé con que lo encarezca , mas que con deciros , que

no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañía. Pues ea, dixo Florisa, que el Aldea es lejos, y el Sol mucho, y nuestra tardanza de volver à ella notada. Vos, señor Grisaldo, podeis ir á hacer lo que os conviniere, que en casa de Galatea hallareis á Rosaura, y à estas una Pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen. Sea como querais, dixo Grisaldo; y tomando à Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos, que otro día embiaría Grisaldo un Pastor de los muchos de su padre á avisar à Rosaura de lo que havia de hacer: y que embiando aquel Pastor, sin ser notado, podria hablar á Galatea, ó á Florisa, y dár la orden que mas conviniese. A todos pareció bien este concierto, y habiendo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el Caballo, y abrazando de nuevo á Rosaura, y despidiendose de las Pastoras, se fue acompañado de lagrimas, y de los ojos de Rosaura, que nunca de él se apartaron, hasta que le perdieron de vista. Como las Pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda, con deseo de saber la causa de su venida. Y Rosaura asimismo fue contando á Galatea, y á Florisa, la ocasion que la havia movido á tomar el habito de Pastora, y à venir á buscar á Grisaldo, diciendo: No os causàra admiracion, hermosas Pastoras, el verme à mí en este trage, si supierades hasta do se estiende la poderosa fuerza de amor, la qual no solo hace mudar el vestido á los que bien quieren, sino la voluntad, y el alma, de la manera que mas es de su gusto, y huviera yo perdido el mio eternamente, si de la invencion de este trage no me huviera aprovechado. Porque sabreis, amigas, que estando yo en el Aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino á ella Grisaldo, con intencion de estarse alli algunos dias, ocupado en el sabroso exercicio de la caza. Y por ser mi padre muy amigo del suyo, ordenó de hospedarle en casa, y de hacerle todos los regalos que pudiese. Hizolo asi: y la venida de Grisaldo à mi casa, fue para sacarme à mí de ella. Porque en efecto, aunque sea á costa de mi verguenza, os havré de decir que la vista, la conversacion, el valor de Grisaldo, hicieron tal impresion en mi alma, que sin saber como, á pocos dias que él alli estuvo, yo no estuve mas en mí, ni quise, ni pude estàr sin hacerle señor de mi libertad. Pero no fue tan arrebatadamente, que primero no estuviese satisfecha, que la voluntad de Grisaldo de la mia un punto no discrepaba, segun él me lo dió á entender,

con muchas , y muy verdaderas señales. Enterada, pues, yo en esta verdad , y viendo quan bien me estaba tener à Grisaldo por esposo , vine á condescender con sus deseos , y à poner en efecto los míos. Y asi con la intercesion de una doncella mia , en un apartado corredor , nos vimos Grisaldo , y yo muchas veces , sin que nuestra estada solos á mas se estendiese que á vernos , y à darme él la palabra , que oy con mas fuerza delante de vosotras me ha tornado à dár. Ordenó, pues, mi triste ventura que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba , vino asimismo á visitar á mi padre un valeroso Caballero Aragonés , que Artandro se decia , el qual vencido , à lo que él mostró , de mi hermosura (si alguna tengo) con grandísima solitud procuró que yo con él me casase sin que mi padre lo supiese. Havia en este medio procurado Grisaldo traer á efecto su proposito , y mostrandome yo algo mas dura de lo que fuera menester , le iba entreteniendo con palabras , con intencion que mi padre saliese al camino de casarme , y que entonces Grisaldo me pidiese por esposa , pero no queria él hacer esto , porque sabia que la voluntad de su padre era casarle con la rica , y hermosa Leopersia , que bien debeis conocerla por la fama de su riqueza , y hermosura. Vino esto á mi noticia , y tomé ocasion de pedirle zelos , aunque fingidos , solo por hacer prueba de la entereza de su fé ; y fui tan descuidada (ó por mejor decir tan simple) que pensando que grangeaba algo en ello , comencé á hacer algunos favores á Artandro , lo qual visto por Grisaldo muchas veces me significó la pena que recibia de lo que yo con Artandro pasaba , y aun me avisó , que si no era mi voluntad , de que él me cumpliese la palabra que me havia dado , que no podia dexar de obedecer á la de sus padres. A todas estas amonestaciones , y avisos , respondí yo sin ninguno , llena de soberbia , y arrogancia , confiada en que los lazos que mi hermosura havian echado al alma de Grisaldo , no podrian tan facilmente ser rompidos , ni aun tocados de otra qualquiera belleza. Mas salióme tan al revés mi confianza , como me lo mostró presto Grisaldo , el qual cansado de mis necios , y esquivos desdenes , tuvo por bien de dexarme , y venir obediente al mandado de su padre. Pero apenas se hubo el partido de mi Aldèa , y apartado de mi presencia , quando yo conocí el error en que havia caído , y con tanto ahinco me comenzó á fatigar el ausencia de Grisaldo , y los zelos de Leopersia , que el ausencia de él me acababa , y los zelos de ella me consumian. Consi-

derando, pues, que si mi remedio se dilataba, havia de dexar en las manos del doior la vida: determiné de aventurar á perder lo menos, que á mi parecer era la fama, por ganar lo mas, que es á Grisaldo: y asi, con escusa que di á mi padre de ir à ver una tia mia, señora de otra Aldéa, á la nuestra cercana, salí de mi casa, acompañada de muchos criados de mi padre: y llegada en casa de mi tia, le descubrí todo el secreto de mi pensamiento, y le rogué fuese servida de que yo me pusiese en este habito, y viniese à hablar á Grisaldo, certificandole, que si yo misma no venia, que tendrían mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió, con condicion que traxese à Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba: y embiando por ella à nuestra Aldéa, y acomodandome de estos vestidos, y advirtiendonos de algunas cosas, que las dos havíamos de hacer, nos despedimos de ella havrá ocho dias. Y haviendo seis que llegamos á la Aldéa de Grisaldo, jamás hemcs podido hallar lugar de hablarle á solas, como yo deseaba, hasta esta mañana, que supe que venia á caza, y le aguardè en el mismo lugar adonde èl se despidió. Y he pasado con èl todo lo que vosotras, amigas, haveis visto. Del qual venturoso suceso quedo tan contenta, quanto es razon lo quede la que tanto lo deseaba. Esta es, Pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en cantarosla, echad la culpa al deseo que teniades de saberla, y al mio, que no pudo hacer menos de satisfaceros. Antes quedamos tan obligadas, respondió Florisa, á la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirla, no saldremos de la deuda. Yo soy la que quedo en ella, replicó Rosaura, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dexando esto á parte, volved los ojos, Pastoras, y vereis los de Teolinda, y Leonarda tan llenos de lagrimas, que moverán á los vuestros à no dexar de acompañarlos en ellas. Volvieron Galatea, y Florisa á mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decia. Y lo que el llanto de las dos hermanas causaba, era, que despues de haver dicho Leonarda á su hermana todo lo que Rosaura havia contado à Galatea, y à Florisa, le dixo. Sabrás, hermana, que asi como tú faltaste de nuestra Aldéa, se imaginó que te havia llevado el Pastor Artidoro, que aquel mismo dia faltó èl tambien, sin que de nadie se despidiera. Confirmé yo esta opinion en mis padres, porque les contè lo que con Artidoro havia pasado en la floresta. Con este indicio creció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca, y de

Artidoro, y en efecto lo pusiera por obra, si de allí á dos dias no viniera à nuestra Aldéa un Pastor, que al momento que fue visto, todos le tuvieron por Artidoro: llegando estas nuevas à mi padre de que allí estaba el robador tuyo, luego vino con la Justicia adonde el Pastor estaba, al qual le preguntaron si te conocia, ó adonde te havia llevado. El Pastor negó con juramento, que en toda su vida te havia visto, ni sabia que era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de vér que el Pastor negaba conocerte, habiendo estado diez dias en el Pueblo, y hablado, y baylado contigo muchas veces, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba, y sin querer admitir disculpa suya, ni escucharle palabra, le llevaron á la prision, donde estuvo algunos dias, sin que ninguno le hablase, al cabo de los quales, yendole à tomar su confesion, tornó á jurar que no te conocia, y que en toda su vida havia estado mas de aquella vez en nuestra Aldéa, y que mirasen, (y esto otras veces lo havia dicho) que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él, por ventura no fuese un hermano suyo, que le parecia en tanto extremo como descubriría la verdad, quando les mostrase que se haviam engañado, teniendo à él por Artidoro; porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural de la Aldéa de Grisaldo; y en efecto tantas demostraciones dió, y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron mas admirados, y decian, que tal maravilla como la de parecernos yo á tí, y Galercio à Artidoro, no se havia visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicaba, me movió à ir à verle muchas veces á do estaba preso; y fue la vista de suer- e, que quedé sin ella, á lo menos para mirar cosas que me den gusto, en tanto que á Galercio no viere; pero lo que mas mal ay en esto, hermana, es, que él se fue de la Aldéa sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar de decirselo, asi me quedé con la pena que imaginar se puede, hasta que la tia de Rosaura me embió á pedir á mi por algunos dias, todo á fin de venir á acompañar á Rosaura, de lo que recibí sumo contento, por saber que veniamos á la Aldéa de Galercio, y que allí se podria hacer sabidor de la deuda en que me estaba; pero he sido tan corta de ventura, que há quatro dias que estamos en su Aldéa, y nunca le he visto, aunque he preguntado por él, y me dicen que està en el campo con su ganado. He preguntado tam-

bien por Artidoro, y hanme dicho, que de unos días á esta parte no parece en el Aldéa; y por no apartarme de Rosaura, no he tenido lugar de ir á buscar á Galercio, del qual podria ser saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que á mí me ha sucedido, y lo demás que has visto con Grisaldo, despues que faltas, hermana, de la Aldéa. Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero quando llegó á saber que en el Aldéa de Artidoro no se sabía de él nueva alguna, no pudo tener las lagrimas; aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabria nuevas de su hermano; y asi determinó de ir otro día á buscar á Galercio do quiera que estuviese; y haviendole contado con la mas brevedad que pudo Leonarda todo lo que le havia sucedido, despues que en busca de Artidoro andaba, abrazandola otra vez, se volvió adonde las Pastoras estaban, que un poco desviadas del camino iban, por entre unos arboles que del calor del Sol un poco las defendian; y en llegando á ellas Teolinda, les contó todo lo que su hermana le havia dicho con el suceso de sus amores, y la semejanza de Galercio, y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dixo Galatea: Quien vé la semejanza tan estraña que hay entre tí, Teolinda, y tu hermana, no tiene de qué maravillarse, aunque otras vea, pues ninguna (á lo que yo creo) á la vuestra iguala. No hay duda, respondió Leonarda, sino que la que hay entre Artidoro, y Galercio es tanta, que si á la nuestra excede, á lo menos en ninguna cosa se quedará atrás. Quiera el Cielo, dixo Florisa, que asi como los quatro os semejaís unos á otros, asi os acomodeis, y parezáis en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna concede á vuestros deseos; que todo el mundo embidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas. Replicára á estas razones Teolinda, si no lo estorvára la voz que oyeron, que dentro los arboles salia, y parandose todas á escucharla, luego conocieron ser del Pastor Lauso, de que Galatea, y Florisa grande contento recibieron, porque en estremo deseaban saber de quien andaba Lauso enamorado, y creyeron que de esta duda las sacaría lo que el Pastor cantase, y por esta ocasion, sin moverse de donde estaban, con grandisimo silencio le escucharon. Estaba el Pastor sentado al pie de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos, y de un pequeño rabél, al son del qual de esta manera cantaba.

L A U S O .

Si yo dixere el bien del pensamiento,
 En mal se buelva quanto bien poseo,
 Que no es para decirse el bien que siento.
 De mí mismo se encubra mi deseo,
 Enmudezca la lengua en esta parte,
 Y en silencio ponga su trofeo.
 Pare aqui el artificio, cese el arte
 De exagerar el gusto que en una alma
 Con mano liberal amor reparte.
 Baste decir que en sosegada calma
 Paso el mar amoroso, confiado
 De honesto triunfo, y vencedora palma.
 Sin saberse la causa, lo causado
 Se sepa, que es un bien tan sin medida,
 Que solo para el alma es resciva lo,
 Yá tengo nuevo sér, yá tengo vida,
 Yá puedo cobrar nombre en todo el suelo,
 De ilustre, y clara fama conocida.
 Que el limpio intento, el amoroso zelo,
 Que encierra el pecho enamorado mio,
 Alzarme pueda al mas subido Cielo.
 En tí, Silena, espero, en tí confio,
 Silena, gloria de mi pensamiento,
 Norte por quien se rige mi alvedrio:
 Espero que el sin par entendimiento
 Tuyo, levantes á entender que valgo
 Por fé lo que no está en merecimiento.
 Confio que tendrías, Pastora, en algo
 (Despues de hacerte cierta la experiencia)
 La sana libertad de un pecho hidalgo.
 ¿Qué bienes no asegura tu presencia?
 ¿Qué males no deltierra? ¿Y quién sin ella
 Sufrirá un punto la terrible ausencia?
 O mas que la belleza misma bella,
 Mas que la propia discrecion discreta
 Sol á mis ojos, y à mi mar estrella.

No la que fue de la nombrada Creta
 Robada por el falso hermoso toro,
 Igualó á tu hermosura tan perfecta.
 Ni aquella que en sus faldas granos de oro
 Sintió llover, por quien despues no pudo
 Guardar el virginal rico tesoro.
 Ni aquella que con brazo ayrado, y crudo
 En la sangre castisima del pecho
 Tiñó el puñal en su limpieza agudo.
 Ni aquella que à furor movió, y despécho
 Contra Troya los Griegos corazones,
 Por quien fue el Ilion roto, y deshecho.
 Ni la que los Latinos esquadrones
 Hizo mover, contra la Teucra gente
 A quien Juvo causó tantas pasiones.
 Ni menos la que tiene diferente
 Fama de la certeza, y el trofeo,
 Con que su honestidad guardó excelente.
 Digo que aquella que lloró à Siqueo,
 Del Mantuano Titiro notada,
 De vano antojo, y no cabal deseo.
 No en quantas tuvo hermosas la pasada
 Edad, ni la presente tiene ahora,
 Ni en la de por venir será hallada,
 Quien llegase ni llegue à mi Pastora
 En valor, en saber, en hermosura,
 En merecer del mundo ser señora.
 Dichoso aquel que con firmeza pura
 Fuere de tí, Silena, bien querido,
 Sin gustar de los zelos la amargura.
 Amor que à tanta alteza me has subido,
 No me me derribes con pesada mano
 A la bajeza obscura del olvido:
 Sé conmigo señor, y no tyrano.

No cantó mas el enamorado Pastor, ni por lo que cantado havia pudieron las Pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban, que puesto que Lauso nombró à Silena en su canto, por este nombre no fue la Pastora conocida: y asi imaginaron que co-

mo I. auso havia andado por muchas partes de España, y aun de toda Asia, y Europa, que alguna Pastora forastera sería la que havia rendido la libre voluntad suya. Mas volviendo à considerar, que le havian visto pocos dias atrás triunfar de la libertad, y hacer burla de los enamorados, sin duda creyeron que con disfrazado nombre, celebraba alguna conocida Pastora, à quien havia hecho señora de sus pensamientos: y asi sin satisfacerse en su sospecha, se fueron ázia la Aldéa, dexando al Pastor en el mismo lugar donde estaba. Mas no huvieron andado mucho, quando vieron venir desde lejos algunos Pastores, que luego fueron conocidos, porque eran Tirsi, Damon, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Daranio, Orfenio, y Marsilio, con todos los mas principales Pastores de la Aldéa, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los quales salian à tener la siefta à la Fuente de las Pizarras, á la sombra que en aquel lugar hacian las entrecadas ramas de los espesos, y verdes arboles; y antes que los Pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda, y Rosaura, de rebozarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tirsi, y Damon no fuesen conocidas. Los Pastores llegaron haciendo cortesés recibimientos á las Pastoras, combidandolas á que en su compañía la siefta pasar quisiesen: mas Galatea se escusó con decir, que aquellas forasteras Pastoras que con ella venian, tenían necesidad de ir à la Aldéa: con esto se despidió de ellos, llevando trás sí las almas de Elicio, y Erastro, y aun las encubiertas Pastoras los deseos de conocerlas de quantos alli estaban. Ellas se fueron á la Aldéa, y los Pastores á la fresca Fuente; pero antes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse á su Hermita; y puesto que Tirsi, Damon, Elicio, y Erastro, le rogaron, que por aquel dia con ellos se quedase, jamás lo pudieron acabar con él, antes abrazandolos á todos se despidió, encargando, y rogando á Erastro, que no dexase de verle todas las veces que por su Hermita pasase. Erastro se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acompañado de su continua pesadumbre, se volvió á la soledad de su Hermita, y dexando á los Pastores, no sin dolor de vér la estrechez de vida, que en tan verdes años havia escogido; pero mas se sentia entre aquellos que le conocian, y sabian la calidad, y valor de su persona. Llegados los Pastores à la Fuente, hallaron en ella á tres Caballeros, y á dos hermosas damas que de camino venian, y

fatigados del cansancio, y combidados del ameno, y fresco lugar, les pareció ser bien dexar el camino que llevaban, y pasar allí las calurosas horas de la siesta. Venian con ellos algunos criados, de manera, que en su apariencia mostraban ser personas de calidad. Quisieran los Pastores, así como los vieron, dexarles el lugar desocupado; pero uno de los Caballeros (que el principal parecía) viendo que los Pastores, de comedidos se querian ir á otra parte, les dixo: Si era por ventura vuestro contento, gallardos Pastores, pasar la siesta en este deleytoso sitio, no os lo estorve nuestra compañía, antes nos haced merced de que con la vuestra aumenteis nuestro contento, pues no promete menos vuestra gentil disposición, y manera; y siendo el lugar, como lo es, tan acomodado, para mayor cantidad de gente, hareis agravio á mí, y á estas damas, si no venis en lo que yo en su nombre, y el mio os pido. Con hacer, señor, lo que nos mandas, respondió Elicio, cumpliremos nuestro desco, que por ahora no se estendia á mas que venir á este lugar á pasar en él en buena conversacion las enfadosas horas de la siesta; y aunque fuera diferente nuestro intento, le torcieramos solo por hacer lo que pedís. Obligado quedo, respondió el Caballero; á vuestras de tanta voluntad, y para mas certificarme, y obligarme con ella, sentaos, Pastores, al rededor de esta fresca fuente, donde con algunas cosas que estas damas traen para regalo del camino, podeis despertar la sed, y mitigar en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece. Todos lo hicieron así, obligados de su buen comedimiento. Hasta este punto havian tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces: pero viendo que los Pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan estraña, que en gran admiracion puso á todos los que la vieron, pareciendoles que despues de la de Galatea, no podía haver en la tierra otra que se igualase. Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una de ellas (que de mas edad parecia) á la mas pequeña en cierto donayre, y brio se aventajaba. Sentados, pues, y acomodados todos, el segundo Caballero, que hasta entonces ninguna cosa havia hablado, dixo. Quando me paro á considerar, agradables Pastores, la ventaja que hace al cortesano, y sobervio trato, el pastoral, y humilde vuestro, no puedo dexar de tener lastima á mí mismo, y á vosotros honesta embidia. ¿Por qué dices eso, amigo Darintho? dixo el otro Caballero. Digolo, señor, replicó estotro, porque veo con quan-

quanta curiosidad vos, y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos, y aumentar las haciendas, y quan poco viene à lucirnos, pues la púrpura, el oro, el brocado, los rostros están marchitos de los mal digeridos manjares comidos à deshoras, y tan costosos como mal gáitados, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que mas bien parezcamos á los ojos de quien nos mira. Todo lo qual puedes vér diferente en los que siguen el rustico exercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los quales podria ser (y aun es asi) que se huviesen sustentado, y sustentan de manjares simples, y en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros, y con todo eso mira el moreno de sus rostros, que prometè mas entera salud, que la blancura quebrada de los nuestros, y quan bien les está à sus robustos, y sueltos miembros, un pellico de blanca lana, una caperuza parda, y unas antiparas de qualquier color que sean; y con esto à los ojos de sus Pastoras, deben de parecer mas hermosos, que los bizarros cortesanos á los de las retiradas damas. ¿Qué te diría, pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condicion, y de la honestidad de sus amores? No te digo mas, sino que conmigo puede tanto, lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocaría la mia con ella. En deuda te estamos todos los Pastores, dixo Elicio, por la buena opinion que de nosotros tienes; pero con todo eso te sé decir, que hay en la rustica vida nuestra tantos resbaladeros, y trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra. No podré yo dexar de venir en lo que dices, replicó Darintho, porque yá se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra. Pero en fin, en la pastoral hay menos, que en la Ciudadana, por estár mas libre de ocasiones que alteren, y desasosieguen el espíritu. Quan bien se conforma con tu opinion, Darintho, dixo Damon, la de un Pastor amigo mio, que Lauso se llama, el qual despues de haver gáitado algunos años en cortesanos exercicios, y algunos otros en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido à la pobreza de nuestra rustica vida, y antes que á ella viniese, mostró desearlo mucho, como parece por una Cancion, que compuso, y embió al famoso Larsileo, que en los negocios de la Corte tiene larga, y exercitada experiencia, y por haverme á mi parecido bien, la tomé toda en la memoria, y aun os la dixera, si imaginàra que á ello me diera lugar el tiempo, y à

vosotros no os cansàra el escucharla. Ninguna otra cosa nos darà mas gusto, que escucharte, discreto Damon, respondiò Darintho, llamando á Damon por su nombre (que yá le sabía, por haverle oído nombrar á los otros Pastores sus amigos) y así yo de mi parte te ruego, nos digas la Cancion de Lauso, que pues ella es hecha, como dices á mi proposito, y tú la has tomado de memoria, imposible será que dexes de ser buena. Comenzaba Damon à arrepentirse de lo que havia dicho, y procuraba escusarse de lo prometido, mas los Caballeros, y Damas se lo rogaron tanto, y todos los Pastores, que èl no pudo escusar el decirlo. Y así, haviendose sosegado un poco, con gentil donayre, y gracia dixo de esta manera.

D A M O N.

El vano imaginar de nuestra mente,
 De mil contrarios vientos arrojada,
 Acá, y allá con curso presuroso,
 La humana condicion flaca doliente:
 En caducos placeres ocupada,
 Do busca sin hallarle algun reposo:
 El falso, el mentiroso mundo,
 Prometedor de alegres gustos:
 La voz de sus Sirenas,
 Mal escuchada apenas,
 Quando cambia su gusto en mil disgustos:
 La Babylonia, el Caos que miro, y leo
 En todo quanto veo:
 El cauteloso trato cortesano,
 Junto con mi deseo,
 Puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo, Señor, que alli llegàra
 Do llega mi deseo, el corto buelo
 De mi grosera mal cortada pluma,
 Solo para que luego se ocupàra
 En levantar al mas subido buelo
 Vuestra rara bondad, y virtud suma.
 Mas quien hay que presume
 Echar sobre sus hombros tanta carga,

Sino es un nuevo Atlante
 En fuerzas tan bastante,
 Que poco el Cielo le fatiga , y carga,
 Y aun le será forzoso que se ayude,
 Y el grave peso mude
 Sobre los brazos de otro Alcides nuevo,
 Y aunque se encorve , y sude,
 Yo tal fatiga por descanso apruebo.
 Yá que á mis fuerzas esto es imposible,
 Y el inutil deseo doy por muestra
 De lo que encierra el justo pensamiento,
 Veamos si quizá será posible
 Mover la flaca mal contenta diestra
 A mostrar por enigma algun contento.
 Mas tan sin fuerzas siento
 Mi fuerza en esto , que será forzoso
 Que apliquéis los oídos
 A los tristes gemidos
 De un desdenado pecho congojoso,
 A quien el fuego , el ayre , el mar , la tierra,
 Hacen contigo guerra,
 Todos en su desdicha conjurados,
 Que se remata , y cierra
 Con la corta ventura de sus hados.

Si esto no fuera , facil cosa fuera
 Tender por la region del gusto el paso,
 Y reducir cien mil á la memoria
 Pintando el monte , el rio , y la ribera,
 No amor , el hado , la fortuna , y caso
 Rindieron á un Pastor toda su gloria.
 Mas esta dulce historia
 El tiempo triunfa , y solo queda della
 Una pequeña sombra,
 Que ahora espanta , asombra
 Al pensamiento que mas piensa en ella.
 Condicion propia de la humana suerte
 Que el gusto nos convierte
 En pocas horas en mortal disgusto,

Y nadie habrá que acierte
En muchos años con un firme gusto.

Vuelva, y revuelva en alto, suba, ó baje
El vano pensamiento al hondo abysmo,
Corra en un punto desde Tile à Batro,
Que él dirà quanto mas sude, y trabaje,
Y del termino salga de sí mismo,
Puesto en la esfera, ó en el cruel Baratro,
O una, y tres, y quatro,
Cinco, y seis, y mas veces venturoso
El simple ganadero,
Que con un pobre apero
Vive con mas contento, y mas repose,
Que el rico Creso, ó el avariento Mida,
Pues con aquella vida
Robusta, pastoral, sencilla, y sana
De todo punto olvida
Esta misera falsa cortesana.
En el rigor del erizado invierno,
Al tronco entero de robusta encina
(De Vulcano abrasada) se calienta.
Y allí en sosiego trata del gobierno
Mejor de su ganado, y determina
Dar de sí al Cielo no intrincada cuenta.
Y quando yà se ayuenta
El encogido esteril, yerto frio;
Y el gran señor de Delo
Abrasa el ayre, el suelo
En el margen sentado de algun río,
De verdes sauces, y alamos cubierto,
Con rustico concierto
Suelta la voz, ó toca el caramillo,
Y á veces se vé cierto
Las aguas detenerse por oíllo.

Poco allí se fatiga el rostro grave
Del privado que muestra en apariencia
Mandar allí do no es obedecido,

Ni el alto exagerar con voz suave
 Del falso adulator , que en poca ausencia
 Muda opinion , señor , vando , y partido,
 Ni el desdèn sacudido
 Del sutil Secretario le fatiga,
 Ni la altivéz honrada
 De la llave dorada,
 Ni de los varios principes la liga,
 Ni del manso ganado un punto parte,
 Porque el furor de Marte
 A una , y à otra parte suene ayrado,
 Regido por tal arte,
 Que apenas su sequaz se vè medrado.

Reduce à pocos pasos sus pisadas
 Del alto monte al apacible llano.
 Desde la fresca fuente al claro rio,
 Sin que por ver las tierras apartadas
 Las mobiles campañas del Oceano
 Are con loco antiguo desvarío.
 No le levanta el brio
 Saber que el gran Monarca invicto vive
 Bien cerca de su Aldea,
 Y aunque su bien desea,
 Poco disgusto en no verle recibe.
 No como el ambicioso entremetido,
 Que con seso perdido
 Anda tras el favor , tras la privanza,
 Sin nunca haver teñido
 En Turca , ó Mora sangre espada , ó lanza.

No su semblante , ó su color se muda,
 Porque mude color , mudé semblante
 El señor à quien sirve , pues no tiene
 Señor que fuerce á que con lengua muda
 Siga qual Clicie à su dorado amante
 El dulce , ó amargo gusto que le viene.
 No le véreis que pene
 De temor , que un descuido , una nonada,

En el ingrato pecho
 Del señor el derecho.
 Borre de sus servicios, y sea dada
 De breve despedida la sentencia,
 No muestra en apariencia
 Otro de lo que encierra el pecho sano,
 Que la rustica ciencia
 No alcanza el falso trato cortesano.

¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?
 ¿Quién no dirá que aquella sola es vida,
 Que al sosiego del alma se encamina?
 El no tenerla el cortesano en precio
 Hace que su bondad sea conocida
 De quien aspira al bien, y al mal declina,
 O vida do sé afina
 En soledad el gusto acompañado,
 O pastoral bajaça.
 Mas alta que la alteça
 Del cetro mas subido, y levantado.
 O flores olorosas, ó sombríos
 Bosques, ó claros rios,
 Quien gozaros pudiera un breve tiempo,
 Sin que los males míos
 Turbasen tan honesto pasatiempo.
 Cancion, à parte vas do seràn luego
 Conocidas tus faltas, y tus obras:
 Mas dí, si aliento cobras,
 Con rostro humilde enderezado á ruego:
 Señor perdon, porque el que acá me embia,
 En vos, y en su deseo se confia.

Esta es, señores, la Cancion de Lauso, dixo Damon en acabandola: la qual fue tan celebrada de Lariseo, quanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron. Con razon lo puedes decir, respondió Darintho, pues la verdad, y artificio suyo, es digno de justas alabanzas. Estas Canciones son las de mi gusto, dixo à este punto el desamorado Lenio, y no aquellas, que á cada paso llegan á mis oídos llenas de mil simples conceptos amorosos,

tan mal dispuestos , é intrincados , que osaré jurar , que hay algunas , que ni las alcanza quien las oye , por discreto que sea , ni las entiende quien las hizo. Pero no menos fatigan otras que se enzarzan en dár alabanzas à Cupido , y en exagerar su poder , su valor , sus maravillas , y milagros , haciendole Señor del Cielo , y de la tierra ; dandole otros mil atributos de potencia , de mando , y señorío ; y lo que mas me cansa á mí de los que las hacen , es , que quando hablan de amor , entienden de un no sé quien , que ellos llaman Cupido , que la misma significacion del nombre nos declara quien es él , que es un apetito sensual , y vano , digno de todo vituperio. Habló el desamorado Lenio , y en fin hubo de parar en decir mal de amor ; pero como todos los mas que allí estaban conocían su condicion , no repararon mucho en sus razones , sino fue Erastro que le dixo : ¿Piensas , Lenio , por ventura , que siempre estás hablando con el simple Erastro , que no sabe contradecir tus opiniones , ni responder à tus argumentos? ¿Pues quierote advertir , que te será sano callar por ahora , ó á lo menos tratar de otras cosas , que de decir mal de amor , si yá no gustas que la discrecion , y ciencia de Tirsi , y de Damon , te alumbren de la ceguedad en que estás , y te muestren á la clara lo que ellos entienden , y lo que tú debes entender del amor , y de sus cosas. ¿Qué me podrán ellos decir , que yo no sepa? dixo Lenio ; ¿ó qué les podré yo replicar , que ellos no ignoren? Sobervia es esa , Lenio , respondió Elicio , y en ella muestras quan fuera vâs del camino de la verdad de amor , y que te riges mas por el norte de tu parecer , y antojo , que no por el que debías regir , que es el de la verdad , y experiencia. Antes por la mucha que yo tengo de sus obras , respondió Lenio , le soy tan contrario como maestro , y mostraré mientras la vida me durare. ¿En qué fundas tu razon? dixo Tirsi : ¿En qué , Pastor? respondió Lenio : En que por los efectos que hacen , conozco quan mala es la causa que los produce. ¿Quales son los efectos de amor que tú tienes por tan malos? replicó Tirsi. Yo te los diré , si con atencion me escuchas , dixo Lenio ; pero no querria que mi platica enfadase los oídos de los que están presentes , pudiendo pasar el tiempo en otra conversacion de mas gusto. Ninguna cosa havrá que sea mas del nuestro , dixo Darintho , que oír tratar de esta materia , especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinion , y asi por mi parte (si la de estos Pastores no lo estorva) te ruego , Lenio , que si-

gas adelante la comenzada platica. Eso haré yo de buen grado; respondió Lenio, porque pienso mostrar claramente en ella quanta razon me fuerza à seguir la opinion que sigo, y á vituperar qualquiera otra que á la mia se opusiere. Comienza, pues, ó Lenio, dixo Damon, que no estarás mas en ella, de quanto mi compañero Tirsi descubra la suya. A esta sazón, yà que Lenio se preparaba à decir los vituperios de amor, llegaron á la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos Pastores, y con él asimismo venian Galatea, y Florisa, con las tres rebozadas Pastoras, Rosaura, Teolinda, y Leonarda, á las quales, habiendolas topado à la entrada de la Aldca, y sabiendo de ellas la junta de Pastores, que en la Fuente de las Pizarras quedaba, á ruego suyo las hizo volver, fiadas las forasteras Pastoras en que por sus rebozos no serían de alguno conocidas. Levantaronse todos à recibir á Aurelio, y à las Pastoras, las quales se sentaron con las Damas, y Aurelio, y los Pastores con los demás Pastores. Pero quando las Damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas, que no podian apartar los ojos de mirarla. No lo fue menos Galatea de la hermosura de ellas, especialmente de la que de mayor edad parecia. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cesó quando supieron lo que entre el discreto Tirsi, y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en estremo deseaba vér aquella junta, y oír aquella disputa, y mas entonces, donde tendria Lenio quien tan bien le supiese responder; y así, sin mas esperar, sentandose Lenio en un tronco de un demochado olmo, con voz al principio baja, y despues sonora, de esta manera comenzó á decir.

L E N I O.

Yá casi adivino, valerosa, y discreta compañía, como yà en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido, y temerario, pues con el poco ingenio, y menos experiencia, que puede prometer la rustica vida en que yo algun tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua como esta, con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas Academias, y cuyos bien sabidos estudios, no pueden asegurar en mi pretension, sino asegura pérdida. Pero confiado que à las veces la fuerza del natural

ingenio adornado con algun tanto de experiencia , suele descubrir nuevas sendas , con que facilitan las ciencias por largos años sabidas : quiero atreverme oy à mostrar en público las razones que me han movido à ser tan enemigo de amor , que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado. Y aunque otra cosa no me moviera à hacer esto , sino vuestro mandamiento , no me escusàra de hacerlo : quanto mas , que no serà pequeña la gloria que de aqui he de grangear , aunque pierda la empresa , pues al fin dirà la fama , que tuve animo para competir con el nombrado Tirsi : y asi con este presupuesto , sin querer ser favorecido , sino es de la razon que tengo , à ella solo invoco , y ruego , dé tal fuerza à mis palabras , y argumentos , que se muestre en ellas , y en ellos la que tengo , para ser tan enemigo del amor como público.

Es , pues , amor (segun he oïdo decir à mis mayores) un deseo de belleza : y esta difinicion le dãn (entre otras muchas) los que en esta question han llegado mas al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza , forzosamente se me ha de conceder , que qual fuere la belleza que se amàre , tal serà el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras , corporea , é incorporea ; el amor que la belleza corporal amàre como ultimo fin suyo , este tal amor no puede ser bueno , y este es el amor de quien yo soy enemigo : pero como la belleza corporea se divide asimismo en dos partes , que son en cuerpos vivos , y en cuerpos muertos , tambien puede haver amor de belleza corporal que sea bueno. Muestrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones , y de hembras , y esta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas , y que todas juntas hagan todo un perfecto , y formen un cuerpo proporcionado de miembros , y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal nõ viva , consiste en pinturas , estatuas , edificios : la qual belleza puede amar-se , sin que el amor con que se amàre se vitupere. La belleza incorporea se divide tambien en dos partes , en las virtudes , y ciencias del anima , y el amor que à la virtud se tiene , necesariamente ha de ser bueno , y ni mas ni menos el que se tiene à las virtuosas ciencias , y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza , la çausa que engendra el amor en nuestros pechos : siguese que en el amar la una à la otra , consista ser el amor bueno , ò malo : pero como la belleza incorporea se considera con los ojos del entendimiento limpios , y claros , y la belleza corporea se mira con

los ojos corporales (en comparacion de los incorporeos) turbios , y ciegos ; y como sean mas prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente corporal que agrada , que no los del entendimiento á considerar la ausente incorporea , que glorifica : siguese que mas ordinariamente aman los mortales la caduca , y mortal belleza que los destruye , que no la singular , y divina que los mejora. Pues de este amor , ó desear la corporal belleza , han nacido , nacen , y nacerán en el mundo , asolacion de Ciudades , ruina de Estados , destruccion de Imperios , y muertes de amigos : y quando esto generalmente no suceda , ¿ qué desdichas mayores ? qué tormentos mas graves ? qué incendio ? qué zelos ? qué penas ? qué muertes puede imaginar el humano entendimiento , que á las que padece el miserable amante puedan compararse ? Y es la causa de esto , que como toda la felicidad del amante consista en gozar la belleza que desea , y esta belleza sea imposible poseerse , y gozarse enteramente , aquel no poder llegar al fin que se desea , engendra en él los suspiros , las lagrimas , las quejas , y desabrimientos. Pues que sea verdad , que la belleza de quien hablo , no se puede gozar perfecta , y enteramente , está manifiesto , y claro , porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera de él , y no sea toda suya. Porque las entrañas conocida cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna , y caso , y no en poder de nuestro alvedrio , y asi se concluye , que donde hay amor hay dolor , y quien esto negase , negaría asimismo que el Sol es claro , y el fuego abrasa. Mas porque se venga con mas facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra , por las pasiones del animo discurriendo , se verá clara la verdad que sigo. Son , pues , las pasiones del animo (como mejor vosotros sabéis) discretos Caballeros , y Pastores , quatro generales , y no mas. Desear demasiado , alegrarse mucho , gran temor de las futuras miserias , gran dolor de las presentes calamidades : las quales pasiones , por ser como vientos contrarios , que la tranquilidad del anima perturban (con mas propio vocablo) perturbaciones son llamadas : y de estas perturbaciones la primera es propia del amor , pues el amor no es otra cosa que deseo. Y asi es el deseo principio , y origen de todas nuestras pasiones , proceden como qualquier arroyo de su fuente. Y de aquí viene , que todas las veces , que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones , luego nos mueve á seguirla , y á buscarla , y buscandola

la , y siguiendola , á mil desordenados fines nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano á procurar de la amada hermana los abominables abrazos , la madrastra del alnado , y lo que peor es , el mismo padre de la propia hija. Este deseo es el que nuestros pensamientos á dolorosos peligros acarrea. Ni aprovecha que le hagamos obstaculo con la razon , que puesto que nuestro mal claramente conozcamos , no por eso sabemos retirarnos de él. Y no se contenta amor de tenernos á una sola voluntad atentos , antes como del deseo de las cosas (como yá está dicho) todas las pasiones nacen : asi del primer deseo que nace en nosotros , otros mil se derriban : y estos son en los enamorados no menos diversos , que infinitos. Y aunque todas las mas de las veces miren á un solo fin , con todo eso , como son diversos los objetos , y diversa la fortuna de los amadores de cada uno , sin duda alguna diversamente se desea. Hay algunos , que por llegar á alcanzar lo que desean , ponen toda su fuerza en una carrera , en la qual , ¡ó quantas , y quan duras cosas se encuentran ! ¡Quantas veces se cae , y quantas agudas espinas atormentan sus pies , y quantas veces primero se pierde la fuerza , y el aliento , que dén alcance á lo que procuran ! Algunos otros hay , que yá de la cosa amada son poseedores , y ninguna otra desean , ni piensan , sino en mantenerse en aquel estado , y teniendo en esto solo ocupados sus pensamientos , y en esto solo todas sus obras , y tiempo consumido , en la felicidad son miseros , en la riqueza pobres , y en la ventura desventurados. Otros que yá estan fuera de la posesion de sus bienes , procuran tornar á ellos , usando para ello mil ruegos , mil promesas , mil condiciones , infinitas lagrimas , y al cabo en estas miserias ocupandose , se ponen á terminos de perder la vida. Mas no se vén estos tormentos en la entrada de los primeros deseos , porque entonces el engañoso amor nos muestra una senda por do entremos , al parecer ancha , y espaciosa , la qual despues poco á poco se vá cerrando : de manera , que para volver , ni pasar adelante ningun camino se ofrece. Y asi engañados , y traídos los miseros amantes con una dulce , y falsa risa , con un solo volver de ojos , con dos mal formadas palabras , que en sus pechos una falsa , y flaca esperanza engendran , arrojanse luego á caminar träs ella , aguijados del deseo , y despues á poco trecho , y á pocos dias , hallando la senda de su remedio cerrada , y el camino de su gusto impedido , acuden luego á regar su rostro con lagrimas , á turbar el

ayre con suspiros , fatigar los oídos con lamentables quejas ; y lo peor es, que si acaso con las lagrimas , con los suspiros, y con las quejas, no puede venir al fin de lo que desea, luego muda estilo , y procura alcanzar por malos medios, lo que por buenos no puede. De aqui nacen los odios, las iras, las muertes , así de amigos , como de enemigos. Por esta causa se han visto , y se vén á cada paso, que las tiernas , y delicadas mugeres se ponen á hacer cosas tan estrañas , y temerarias , que aun solo el imaginarlas pone espanto. Por estas se vén los santos , y conyugales lechos de roja sangre bañados , ora de la triste mal advertida esposa , ora del incauto, y descuidado marido. Por venir al fin de este deseo , es traydor el hermano al hermano , el padre al hijo , y el amigo al amigo. Este rompe enemistades , atropella respetos , traspasa leyes , olvida obligaciones , y solicita parientas. Más porque claramente se vea quanta es la miseria de los enamorados , yá se sabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en nosotros , ni con tanto impetu al objeto propuesto nos lleva , como aquel , que de las espuelas de amor es solicitado ; y de aqui viene , que ninguna alegría , ó contento , pasa tanto del debido termino , como aquella del amante , quando viene á conseguir alguna cosa de las que desea ; y esto se vé , porque ¿qué persona havrá de juicio, sino es el amante , que tenga á suma felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya , un breve amoroso volver de ojos , y otras cosas semejantes , de tan poco momento , qual las considera un entendimiento desapasionado ; y no por estos gustos tan colmados , que á su parecer los amantes consiguen , se ha de decir , que son felices , y bienaventurados : porque no hay ningun contento suyo , que no venga acompañado de innumerables disgustos , y sinsabores , con que amor se los agua , y turba , y nunca llegó gloria amorosa adonde llega , y alcanza la pena. Y es tan mala el alegría de los amantes , que los saca fuera de sí mismos , tornandolos descuidados , y locos : porque como ponen todo su intento , y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso estado , que ellos se imaginan , de toda otra cosa se descuidan , de que no poco daño se le sigue , así de hacienda , como de honra , y vida. Pues á truco de lo que he dicho , se hacen ellos mismos esclavos de mil congojas , y enemigos de sí propios. ¿Pues qué quando sucede , que en medio de la carrera de sus gustos , les toca el hienno frio de la pesada lanza de los zelos ? Allí se les obscurece el Cielo, se les turba el ayre, y todos

los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entonces de quien esperar contento, pues no se le puede dár el conseguir el fin que desean: allí acude el temor continuo, la desesperacion ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa, y el verdadero llanto, con otros mil estraños, y terribles accidentes, que le consumen, y atierran. Todas las ocasiones de la cosa amada les fatigan, si mira, si rie, si torna, si vuelve, si calla, si habla; y finalmente, todas las gracias que le movieron á querer bien, son las mismas que atormentan al amante zeloso. Y quien no sabe, que si la ventura á manes llenas no favorece á los amorosos principios, y con presta diligencia á dulce fin los conduce, quan costosos le son al amante cualesquier otros medios, que el desdichado pone para conseguir su intento. ¿Qué de lagrimas derrama? ¿Qué de suspiros espacia? ¿Quantas cartas escribe? ¿Quantas noches no duerme? ¿Quantos; y quan contrarios pensamientos le combaten? ¿Quantos receles le fatigan? ¿Y quantos temores le sobresaltan? ¿Hay por ventura Tantalo, que mas fatiga tenga entre las aguas, y el manzano puesto, que la que tiene el miserable amante entre el temor, y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecido, los cantares de las hijas de Danao, tan sin provecho derramados, que jamás llegan á conseguir una minima parte de su intento. ¿Hay Aguila que asi destruya las entrañas de Ticio, como destruyen, y roen los zelos las del amante zeloso? ¿Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sisifo, como carga el amor continuo los pensamientos de los enamorados? ¿Hay rueda de Ixion que mas presto se vuelva, y atormente, que las prestas, y varias imaginaciones de los temerosos amantes? ¿Hay Minos, ni Radamanto, que asi castiguen, y apremien las desdichadas condenadas almas, como castiga, y apremia el amor al enamorado pecho, que al insufrible mando suyo está sujeto? No hay cruda Megera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alecto, que asi maltraten el anima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor, y se le humillan como vasallos, los quales per dár alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen (ó á lo menos dixeron los antiguos Gentiles) que aquel instinto, que incita, y mueve al enamorado, para amar mas que á su propia vida la agena, era un Dios á quien pusieron por nombre Cupido; y que asi, forzados de su deidad, no podian dexar de

seguir, y caminar trás lo que él queria. Movióles á decir esto, y á dár nombre de Dios á este deseo, el vér los efectos sobrenaturales que hace en los enamorados. Sin duda parece que es sobrenatural cosa estár un amante en un instante mismo temeroso, y confiado, arder lejos de su amada, helarse quando mas cerca de ella: mudo quando parlero, y parlero quando mudo. Extraña cosa es asimismo seguir á quien me huye, alabar á quien me vitupera, dár voces á quien no me escucha, servir á una ingrata, y esperar en quien jamás promete, ni puede dár cosa que buena sea. ¡O amarga dulzura, ó venenosa medicina de los amantes no sanos, ó triste alegría, ó flor amorosa, que ningun fruto señalas, sino de tardo arrepentimiento! Estos son los efectos de este Dios imaginado; estas son sus hazañas, y maravillosas obras. Y aunque también puede verse en la pintura con que figuraban á este su vano Dios; quan vanos ellos andaban, pintabanle niño desnudo, alado, vendados los ojos, con arco, y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple, y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo, y pobre de las riquezas del entendimiento. Decian asimismo, que entre las saetas suyas, tenia dos, la una de plomo, y la otra de oro, con las cuales diferentes efectos hacía: porque la de plomo engendraba odio en los pechos que tocaba; y la de oro, crecido amor en los que hería, por solo avisarnos, que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y por esta ocasion no en valde cantan los Poetas á Atalanta, vencida de tres hermosas manzanas de oro; y á la bella Danae, preñada de la dorada lluvia; y al piadoso Eneas, descender al Infierno con el ramo de oro en la mano; en fin, el oro, y la ddiva es una de las fuertes saetas que el amor tiene, y con la que mas corazones sujeta. Bien al revés de la de plomo, metal bajo, y menospreciado, como lo es la pobreza, la qual antes engendra odio, y aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna. Pero si las razones hasta ahora por mí dichas, no bastan á persuadir la que yo tengo con estár mal con este pérfido amor, de quien trato oy, observad en algunos exemplos verdaderos, y pasados los efectos suyos, y vereis, como yo veo, que no vé, ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. ¿Veamos, pues, quíén sino este amor es aquel, que al justo Loth hizo romper el casto inten-

tento, y violar á las propias hijas suyas? Este es, sin duda, el que hizo, que el escogido David fuese adúltero, y homicida; y el que feizó al libidinoso Amón á procurar el torpe ayuntamiento de Thamar, su querida hermana; y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traydorras faldas de Dálida, por donde, perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo él, y otros muchos la vida. Este fue el que movió la lengua de Herodes, para prometer á la bayladora niña la Cabeza del Precursor de la vida. Este hace que se dude de la salvacion del mas sabio, y rico Rey de los Reyes, y aun de todos los hombres. Este reduxo los fuertes brazos del famoso Hercules, acostumbrados á regir la pesada maza, á torcer un pequenuelo uso, y exercitarse en mugeriles ejercicios. Este hizo que la furiosa, y enamorada Medea esparciese por el ayre los tiernos miembros de su pequeño hermano. Este cortó la lengua á Progne, Aragne, y á Hipolito; infamó á Pasifae, destruyó á Troya, y mató á Egipto. Este hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera Reyna pasase su casto pecho con la aguda espada. Este puso en las manos de la nombrada; y hermosa Sasonisba el vaso mortifero veneno, que le acabó la vida. Este quitó la sitya al valiente Turno, y el Reyno á Tarquino, el mando á Marco Antonio, y la vida, y la honra á su amiga. Este, en fin, entregó nuestras Españas á la barbara furia Agarena, llamada á la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubrirá la noche con su sombra, que yo acabase de traeros á la memoria los exemplos que se ofrecen á la mia, de las hazañas que el amor ha hecho, y cada dia hace en el mundo, no quiero pasar mas adelante en ellos, ni aun en la comenzada platica, por dár lugar á que el famoso Tirsí me responda, rogandoos primero, señores, no os enfadé oír una canción, que algunos dias hà tengo hecha en vituperio de este mi enemigo, la qual, si bien me acuerdo, dice de esta manera.

Sin que me pongan miedo, el yelo, y fuego,
 El arco, y flechas del Amor tyrano
 En su deshonna he de mover mi lengua:
 ¿Que quién ha de temer à un niño ciego
 De vario antojo, y de juicio insano;
 Aunque mas amenace daño, y mengua?

Mi gusto crece , el valor desmengua
 Quando la voz levanto
 Al verdadero canto,
 Que en vituperio del Amor se forma,
 Con tal verdad , con tal manera , y forma,
 Que à todo el mundo su maldad descubre,
 Y claramente informa
 Del cierto daño , que el Amor encubre.

Amor es fuego que consume al alma,
 Yelo , que yela ; flecha que abre el pecho,
 Que de sus mañas vive descuidado:
 Turbado mar do se ha visto calma,
 Ministro de ira , padre del despecho,
 Enemigo de amigo disfrazado,
 Dador de escaso bien , y mal colmado,
 Afable lisonjero,
 Tyrano , crudo , y fiero,
 Y Circe engañadora que nos muda
 En varios monstruos , sin que humana ayuda
 Pueda al pasado sér nuestro volvernòs,
 Aunque ligera acuda
 La luz de la razon à socorrernos.

Yugo que humilla al mas erguido cuello,
 Blanco à do se encaminan los deseos
 Del ocio blando , sin razon nacidos,
 Red engañosa de sutil cabello,
 Que cubre , y prende en torpes actos feos
 Los que del mundo son en mas tenidos.
 Sabroso mal de todos los sentidos,
 Ponzoña disfrazada
 Qual pildora dorada,
 Rayo que adonde toca abrasa , y hiende,
 Ayrado brazo que á traycion ofende,
 Verdugo del cautivo pensamiento,
 Y del que se defiende
 Del dulce alhago de su falso intento.

Daño que place en los principios , quando
 Se regala la vista en el sugeto,
 Que qual el Cielo bello le parece.
 Mas tanto quanto mas pasa mirando,
 Tanto mas pena en publico, y secreto
 El corazon que todo lo padece,
 Mudo hablador , parlero que enmudece,
 Cuerdo que desatina
 Pura total ruina
 De la mas concertada alegre vida.
 Sombra de bien en males convertida,
 Buelo que nos levanta hasta la esfera,
 Para que en la caída
 Quede vivo el pesar, y el gusto muera.

• Invisible ladron que nos destruye,
 Y roba lo mejor de nuestra hacienda,
 Llevandonos el alma à cada paso.
 Ligereza que alcanza al que mas huye,
 Enigma que ninguno hay que la entienda,
 Vida que de continuo està en traspaso,
 Guerra elegida, y que nace acaso,
 Tregua que poco dura,
 Amada desventura,
 Preñez, que por jamàs á sazón llega,
 Enfermedad que al anima se pega,
 Cobarde que se arroja al mal, y atreve,
 Deudor que siempre niega
 La deuda averiguada que nos debe.

Cercado laberinto, do se anida
 Una fiera cruel, que se sustenta
 De rendidos humanos corazones,
 Lazo donde se enlaza nuestra vida,
 Señor que al mayordomo pide cuenta
 De las obras, palabras, é intenciones,

Codicia de mil varias pretensiones,
 Gusano que fábrica
 Estancia pobre, ó rica,
 Do poco espanto habita, y al fin muere,
 Querer que nunca sabe lo que quiere,
 Nube que los sentidos obscurece,
 Cuchillo que nos hiere:
 Este es amor, seguidle, si os parece.

Con esta Cancion acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella, y con él dexó admirados algunos de los que presentes estaban, especialmente à los Caballeros, pareciendoles que lo que Lenio havia dicho, de mas caudal, que de pastoril ingenio parecía, y con gran deseo, y atencion estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiendose todos en su imaginacion, que sin duda alguna à la de Lenio haría ventaja, por la que Tirsi le hacía en la edad, y en la experiencia, y en los mas acostumbrados estudios, y asimismo les aseguraba esto, porque deseaban que la opinion desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad, que la lastimada Teólinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, y aun la Dama, que con Darintho, y su compañero venia, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio, mil puntos de los sucesos de sus amores: y esto fue quando llegó à tratar de lagrimas, y suspiros, y de quàn caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea, y la discreta Florisa iban fuera de esta cuenta, porque hasta entonces no se la havia tomado amor de sus hermosos, y rebeldes pechos, y así estaban atentas, no mas de escuchar la agudeza con que los dos famosos Pastores disputaban, sin que de los efectos de amor que oían, viesen alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir à mejor termino la opinion del desamorado Pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los animos de los circunstantes, poniendose frontero de Lenio, con suave, y levantando tono, de esta manera comenzó á decir.

T I R S I.

Si la agudeza de tu buen ingenio , desamorado Pastor , no me asegurára que con facilidad puede alcanzar la verdad , de quien tan lejos ahora se halla ; antes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinion , te dexàra con ella por castigo de tus sinrazones. Mas porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho , los buenos principios que tienes para poder reducirte à mejor proposito , no quiero dexar con mi silencio à los que nos oyen escandalizados , al Amor desfavorecido , y à tí , pertinàz , y vanaglorioso. Y asi ayudado del Amor , à quien llamo , pienso en pocas palabras dár à entender , quan otras son sus obras , y efectos , de los que tú de èl has publicado : hablando solo del amor que tú entiendes , el qual tú definiste , diciendo , que era un deseo de belleza , declarando asimismo , qué cosa era belleza , y poco despues desmenuzaste todos los efectos que el amor , de quien hablamos , hacia en los enamorados pechos , confirmandolo al cabo con varios , y desdichados sucesos por el amor causados. Y aunque la definicion que del Amor hiciste , sea la mas general que se suele dár , todavia no lo estanto , que no se pueda contradecir : porque Amor , y deseo son dos cosas diferentes , que no todo lo que se ama se desea , ni todo lo que se desea se ama. La razon està clara en todas las cosas que se poseen , que entonces no se podrá decir , que se desean ; sino que se aman. Como el que tiene salud , no dirà que desea la salud , sino que la ama. Y el que tiene hijos , no podrá decir que desea hijos , sino que ama los hijos ; ni tampoco las cosas que se desean , se pueden decir que se aman , como la muerte de los enemigos , que se desea , y no se ama. Y asi que por esta razon el amor , y deseo ; vienen à ser diferentes efectos de la voluntad. Verdad es , que amor es padre del deseo , y entre otras definiciones que del amor se dán , esta es una. Amor es aquella primera mutacion que sentimos hacer en nuestra mente , por el apetito que nos conmueve , y nos tira à sí , y nos deleyta , y aplice ; y aquel placer engendra movimiento en el animo , el qual movimiento se llama deseo ; y en resolucion , deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama : y un querer de aquello que se posee , y el objeto suyo es el bien , y como se hallan diversas especies de

de-

deseos. Y el amor es una especie de deseo, que atiende, y mira al bien que se llama bello. Pero para mas clara difinicion, y division del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide; en amor honesto, en amor util, y en amor deleytable. Y á estas tres suertes de Amor, se reducen quantas maneras de amar, y desear pueden caber en nuestra voluntad: porque el amor honesto, mira á las cosas del Cielo, eternas, y Divinas: El util, á las de la tierra, alegres, y perecederas, como son las riquezas, mandos, y señoríos: El deleytable, á las gustosas, y placenteras, como son las bellezas corporales vivas, que tú, Lenio, dixiste. Y qualquiera suerte de estos amores que he dicho, no debe ser de ninguna lengua vituperada: porque el amor honesto siempre fue, es, y ha de ser limpio, sencillo, puro, y Divino, y que solo en Dios pára, y sosiega. El amor provechoso, por ser, como es natural, no debe condenarse, ni menos el deleytable, por ser mas natural que el provechoso. Que sean naturales éstas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia nos lo muestra, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el Divino Mandamiento, y de Señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo; luego conoció la miseria en que havia caído, y la pobreza en que estaba. Y así tomó en el momento las hojas de los arboles que le cubriesen, y sudó, y trabajó, rompiendo la tierra para sustentarse, y vivir con la menos incomodidad que pudiese. Y tras esto, (obediendo mejor á su Dios en ello, que en otra cosa) procuró tener hijos, y perpetuar, y deleytar en ellos la generacion humana; y así como por su inobediencia entró la muerte en él, y por él en todos sus descendientes; y así heredamos juntamente todos sus efectos, y pasiones, como heredamos su misma naturaleza; y como él procuró remediar su necesidad, y pobreza, tambien nosotros no podemos dexar de procurar, y desear remediar la nuestra: y de aqui nace el amor que tenemos á las cosas utiles á la vida humana; y tanto quanto mas alcanzamos de ellas, tanto mas nos parece que remediamos nuestra falta; y por el mismo consiguiente heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos. Y de este deseo se sigue, el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo, y verdadero medio, que tales deseos á dichoso fin conduce. Asi que este amor deleytable, solo, y sin mezcla de otro accidente,

es digno antes de alabanza , que de vituperio. Y este es el Amor que tú , Lenio, tienes por enemigo ; y causalo que no le entiendes , ni conoces , porque nunca le has visto solo , y en su misma figura , sino siempre acompañado de deseos perniciosos , lascivos , y mal colocados ; y esto no es culpa del amor , que siempre es bueno , sino de los accidentes que se le llegan. Como vemos que acaece en algun caudaloso rio , el qual tiene su nacimiento de alguna liquida , y clara fuente , que siempre claras , y frescas aguas le vá ministrando , y á poco espacio que de la limpia madre se aleja , sus dulces , y cristalinas aguas , en amargas , y rubias son convertidas , por los muchos , y no limpios arroyos , que de una , y otra parte se le juntan. Asi que este primer movimiento (amor , ó deseo , como llamarlo quisieres) no puede nacer sino de buen principio. Y aun de ellos es el conocimiento de la belleza , la qual , conocida por tal , casi parece imposible que de amar se dexe. Y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros animos , que ella sola fue parte para que los antiguos Philosophos (ciegos , y sin lumbré de Fé que los encaminase) llevados de la razon natural , y traídos de la belleza , que en los estrellados Cielos , y en la maquina , y redondez de la tierra contemplaban ; admirados de tanto concierto , y hermosura , fueron con el entendimiento rastreando , haciendo escala por estas causas segundas , hasta llegar á la primera causa de las causas. Y conocieron que havia un solo principio sin principio de todas las cosas ; pero lo que mas los admiró , y levantó la consideracion , fue ver la compostura del hombre tan ordenada , tan perfecta , y tan hermosa , que le vinieron á llamar mundo abreviado : y así es verdad , que en todas las obras hechas por el Mayordomo de Dios , Naturaleza , ninguna es de tanto primor , ni que mas descubra la grandeza , y sabiduría de su Hacedor. Porque en la figura , y compostura del hombre , se cifra , y cierra la belleza , que en todas las otras partes de ella se reparte. Y de aquí nace , que esta belleza conocida se ama , y como toda ella mas se muestre , y resplandezca en el rostro , luego como se vé un hermoso rostro , llama , y tira la voluntad á amarle. De do se sigue , que como los rostros de las mugeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones , ellas son las que son de nosotros mas queridas , servidas , y solicitadas , como á cosa en quien consiste la belleza , que naturalmente mas á nuestra vista contenta. Pero viendo el Hacedor , y Criador nuestro , que es propia naturaleza

del anima nuestra, es ir continuo en perpetuo movimiento, y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas percederas, y vanas (y esto sin quitarle la libertad del libre alvedrio) ponerle encima de sus tres potencias, una despierta centinela, que la avisase de los peligros que la contrastaban, y de los enemigos que la perseguian. La qual fue la razon que corrige, y enfrena nuestros desordenados deseos. Y viendo asimismo que la belleza humana havia de llevar tras sí nuestros afectos, é inclinaciones, yá que le pareció quitarnos este deseo, á lo menos quiso templarle, y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del qual, al varon, y á la hembra los unas de los gustos, y contentos amorosos naturales le son licitos, y debidos. Con estos dos remedios puestos por la divina mano, se viene á templar la demasia que puede haver en el amor natural, que tú, Lenio, vituperas, el qual amor de sí es tan bueno, que si en nosotros faltase, el mundo, y nosotros acabariamos. En este mismo amor de quien voy hablando están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza, que el amante, conforme la casta voluntad de la cosa amada, la suya templá. Es fortaleza, porque el enamorado, qualquier adversidad puede sufrir por amor de quien ama. Es justicia, porque con ella á la que bien quiere sirve, forzandole la misma razon á ello. Es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado. Mas yo te demando, ó Lenio, tú que has dicho que el amor es causa de ruina de Imperios, destruccion de Ciudades, de mientes de amigos, de sacrilegios hechos, inventor de trayciones, transgresor de leyes. Digo que te demando que me digas ¿qual loable cosa hay oy en el mundo, por buena que sea, que el uso de ella no pueda en mal ser convertida? Condensese la Philosophía, porque muchas veces nuestros defectos descubre, y muchos Philosophos han sido malos. Abrasense las obras de los heroicos Poetas, porque con sus sátiras, y versos, los vicios reprehenden, y vituperan. Vituperese la Medicina, porque los venenos descubre: llamese inutil la eloquencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante, que ha puesto en duda la verdad conocida. No se forjen armas, porque los ladrones, y los homicidas las usan: ni se fabríquen casas, porque puedan caer sobre sus habitadores. Prohibase la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad. Ninguno procure tener hijos, porque Edipo, ins-

tigado de cruelísima furia , mató á su padre ; y Oreste hirió el pecho de la madre propia. Tengase por malo el fuego ; porque suele abrasar las cosas , y consumir las Ciudades. Desdeñese el agua , porque con ella se anegó toda la tierra. Condenense en fin los elementos , porque pueden ser de algunos perversos , perversamente usados. Y de esta manera qualquier cosa buena puede ser en mala convertida , y proceder de ella efectos malos , si en las manos de aquellos son puestas , que como irracionales , sin mediocridad del apetito gobernarse dexan. Aquella antigua Cartago , émula del Imperio Romano , la belicosa Numancia , la adornada Corintho , la soberbia Tebas , y la docta Atenas , y la Ciudad de Dios Jerusalem , que fueron vencidas , y asoladas : digamos por eso , que el amor fue causa de su destruccion , y ruina. Asi que debrian los que tienen por costumbre de decir mal de Amor , decirlo de ellos mismos , porque los dones de Amor , si con templanza se usan , son dignos de perpetua alabanza : pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas , como vituperados los extremos , que si abrazamos la virtud mas de aquello que basta , el sabio grangeará nombre de loco , y el justo de iniquo. Del antiguo Cremona Tragico , fue opinion , que como el vino mezclado con el agua es bueno , assi el amor templado es provechoso , lo que es al revés en el inmoderado : la generacion de los animales racionales , y brutos sería ninguna , si del amor no procediese , y faltando en la tierra quedaria desierta , y vacua. Los antiguos creyeron , que el amor era obra de los dioses , dada para conservacion , y cura de los hombres. Pero viniendo á lo que tú , Lenio , dixiste de los tristes , y estraños efectos que el amor en los enamorados pechos hace , teniendolos siempre en continuas lagrimas , profundos suspiros , desesperadas imaginaciones , sin concederles jamás una hora de reposo : veamos por ventura , qué cosa puede descarse en esta vida , que el alcanzarla no cueste fatiga , y trabajos. Y tanto quanto mas es de valor la cosa , tanto mas se ha de padecer , y se padece por ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado , y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del animo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar , y contentarse , sin alcanzar de todo punto lo que desean , con que se les dé parte de ello , y con todo eso se compadece de seguirla , ¿qué mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer , ni contentar el deseo , sino con ello mismo se padezca , se llore , se tema , y se espere ? El que do-

sea señorios , mandos , honras , y riquezas , yà que vé que no puede subir al ultimo grado que quisiera ; como llegue á ponerse en algun buen punto , queda en parte satisfecho , porque la esperanza que le falta de no poder subir á mas , le hace parar donde puede , y como mejor puede . Todo lo qual es contrario en el amor , porque el amor no tiene otra paga , ni otra satisfacion , sino el mismo amor , y el propio es su propia , y verdadera paga . Y por esta razon es imposible que el amante esté contento , hasta que á la clara conozca , que verdaderamente es amado , certificandole de esto las amorosas señales que ellos saben , y asi estiman en tanto un regalado volver de ojos , una prenda , qualquiera que sea , de su amada , un no se qué de risa , de habla , de burlas , que ellos de veras toman , como indicios que les van asegurando la paga que desean , y asi todas las veces que ven señales en contrario de estas , esle fuerza al amante lamentarse , y afligirse , sin tener medio en sus dolores , pues no le puede tener en sus contentos , quando la favorable fortuna , y el blando amor se los concede . Y como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad agena á que sea una propia con la mia , y juntar dos diferentes almas en tan disoluble nudo , y estrechez , que de las dos sean unos los pensamientos , y unas todas las obras , no es mucho que por conseguir tan alta empresa , se padezca mas que por otra cosa alguna , pues despues de conseguida , satisface , y alegra sobre todas las que en esta vida se desean . Y no todas veces son las lagrimas con razon , y causa derramadas , ni esparcidos los suspiros de los enamorados , porque si todas sus lagrimas , y suspiros se causaron de ver que no se responde à su voluntad , como se debe , y con la paga que se requiere , havria de considerar primero , adonde levantaron la fantasia , y si la subieron mas arriba de lo que su merecimiento alcanza , no es maravilla que qual nuevos Icaros , caygan abrasados en el rio de las miserias : de las cuales no tendrá la culpa amor , sino su locura . Con todo eso yo no niego , sino afirmo , que el deseo de alcanzar lo que se ama , por fuerza ha de causar pesadumbre , por la razon de la carestia , que presupone , como yà otras veces he dicho ; pero tambien digo , que el conseguirla sea de grandisimo gusto , y contento , como lo es al cansado el reposo , y la salud al enfermo . Junto con esto confieso , que si los amantes señalasen , como en el uso antiguo , con piedras blancas , y negras , sus tristes , ó dichosos dias , sin duda alguna que serian mas los infelices . Mas

tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haria ventaja á la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba de esta verdad, vemos que los enamorados, jamás de serlo se arrepienten, antes si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como á enemigo le desecharian, porque aun el sufrirla les es suave: y por esto, ó amadores, no os impida ningun temor para dexar de ofrecerlos, y dedicaros á amar lo que mas os pareciere dificultoso, ni os quejeis, ni arrepintais si á la grandeza vuestra las cosas bajas haveis levantado, que amor iguala lo pequeño á lo sublime, y lo menos á lo mas: Y con justo acuerdo templa las diversas condiciones de los amantes, quando con puro afecto, la gracia suya en sus corazones recibe. No cedais á los peligros porque la gloria sea tanta, que quite el sentimiento de todo dolor. Y como á los antiguos Capitanes, y Emperadores, en premio de sus trabajos, y fatigas, les eran segun la grandeza de sus victorias aparejados triunfos: asi á los amantes les están guardados muchedumbre de placeres, y contentos. Y como á aquellos el glorioso recibimiento les hacia olvidar todos los incomodos; y disgustos pasados: asi al amante de la amada amado. Los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos dias, en suma tranquilidad, y alegría se convierten. De manera, Lenio, que si por sus efectos tristes les condenas, por los gustosos, y alegres les debes absolver. Y á la interpretacion que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vás tan engañado en ella, como casi en las demás cosas, que contra el amor has dicho. Porque pintarle niño ciego, desnudo, con las alas, y saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condicion doblada, sino pura, y sencilla; ha de ser ciego á todo qualquier otro objeto, que se le ofreciere, sino es aquel á quien yá supo mirar, y entregarse: ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama; ha de tener alas de ligereza para estar pronto á todo lo que por su parte se le quiere mandar: pintarle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho, ha de ser profunda, y secreta, y que apenas se descubra, sino la misma causa, que ha de remediarla. Que el amor hiera con dos saetas, las quales obran en diferentes maneras, es darnos à entender, que en el perfecto amor no ha de haver medio de querer, y no querer en un mismo punto, sino que el amante ha de amar enteramente sin mezcla de alguna tibieza. En fin, Lenio, este amor es el que si consu-

mió à los Troyanos, engrandeció à los Griegos: si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crecer los edificios de Roma: si quitó el Reyno à Tarquino, redujo á libertad la Republica. Y aunque pudiera traer aqui muchos exemplos en contrario de los que traxe de los efectos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de si son tan notorios: solo quiero rogarte, te dispongas á creer, que he mostrado, y que tengas paciencia para oír una Cancion mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo, y si por ella, y por lo que te he dicho, no quisieres reducirte á ser de la parte de amor, y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que de él he declarado, si el tiempo de ahora lo concede, ó en otro qualquiera que tú escogieres, y señalares, te prometo satisfacer á todas las réplicas, y argumentos que en contrario de los míos decir quisieres: y por ahora estame atento, y escucha.

CANCION DE TIRSI.

Salga del limpio enamorado pecho
 La voz sonora, y en suave acento
 Cante de amor las maravillas,
 De modo que contento, y satisfecho
 Quede el mas libre, y suelto pensamiento,
 Sin que las sientas con no mas de oillas.
 Tú, dulce amor, que puedes referillas
 Por mi lengua si quieres
 Tal gracia le concede,
 Que con la palina quede
 De gusto, y gloria, por decir quien eres,
 Que si me ayudas, como yo confio,
 Verase en presto buelo
 Subir al Cielo tu valor, y el mio.

Es el amor principio del bien nuestro,
 Medio por do se alcanza, y se grangea
 El mas dichoso fin que se pretende.
 De todas ciencias sin igual maestro,
 Fuego, que aunque de yelo un pecho sea
 En claras llamas de virtud le enciende,
 Poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende,

Raíz de adonde nace
 La venturosa planta,
 Que al Cielo nos levanta,
 Con tal fruto que al alma satisface,
 De bondad, de valor, de honetito zelo,
 De gusto sin segundo,
 Que alegra al mundo, y enamora al Cielo.

Cortesano, galán, sabio, discreto,
 Callado, liberal, manso, esforzado,
 De aguda vista, aunque de ciegos ojos,
 Guardador verdadero del respeto:
 Capitan, que en la guerra do ha triunfado
 Sola la honra quiere por despojos:
 Flor que crece entre espinas, y entre abrojos,
 Que à vida, y alma adorna
 Del temor enemigo,
 De la esperanza amigo,
 Huesped que mas alegra quando torna,
 Instrumento de honrosos ricos bienes
 Por quien se mira, y medra
 La honrosa yedra en las honradas sienes.

Instinto natural que nos conmueve
 A levantar los pensamientos, tanto
 Que apenas llega alli la vista humana,
 Escala por do sube el que se atreve
 A la dulce region del Cielo santo:
 Sierra, en su cumbre deleytosa, y llana,
 Facilidad que lo intrincado allana,
 Norte por quien se guía
 En este mar insano
 El pensamiento sano,
 Alivio de la triste fantasía,
 Padrino que no quiere nuestra afrenta,
 Faról que no se encubre,
 Mas no descubre el puerto en la tormenta.

Pintor que en nuestras animas retrata

Con apacibles sombras, y colores,
 Ora mortal, ora inmortal belleza;
 Sol que todo nublado desbarata,
 Gusto á quien son sabrosos los dolores:
 Espejo en quien se vé naturaleza
 Liberal, que en su punto la franqueza
 Pone con justo medio,
 Espiritu de fuego,
 Que alumbra al que es mas ciego,
 Del odio, y del temor solo remedio.
 Argos que nunca puede estár dormido
 Por mas que à sus orejas
 Lleguen consejos de algun Dios fingido.

Exercito de armada infantería,
 Que atropella cien mil dificultades,
 Y siempre queda con victoria, y palma,
 Morada adonde asiste el alegría,
 Rostro que nunca encubre las verdades,
 Mostrando claro lo que está en el alma:
 Por donde la tormenta es dulce calma
 Con solo que se espere
 Tenerla en tiempo alguno,
 Refrigerio oportuno,
 Que cura el desdenado quando muere.
 En fin amor es vida, es gloria, es gusto,
 Alma, feliz sosiego:
 Seguidle luego, que el seguirle es gusto.

El fin del razonamiento, y Cancion de Tirsi, fue principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de discreto tenia, sino fue en el desamorado Lenio, à quien no pareció tan bien su respuesta que le satisfaciese al entendimiento, y le mudase de su primer proposito. Vióse esto claro, porque yá iba dando muestras de querer responder, y replicar à Tirsi, si las alabanzas que à los dos daban Darintho, y su Compañero, y todos los Pastores, y Pastoras presentes, no lo estorváran. Porque tomando la mano el amigo de Darintho, dixo. En este punto acabo de conocer como la potencia, y sabiduría de amor, por todas las par-

tes de la tierra se estiende ; y que donde mas se afina , y apura , es en los pastorales pechos , como nos lo ha mostrado lo que hemos oído al desamorado Lenio , y al discreto Tirsi , cuyas razones , y argumentos , mas parecen de ingenios entre Libros , y las Aulas criados , que no de aquellos que entre pagizas cabañas son crecidos. Pero no me maravillaria yo tanto de esto , si fuese de aquella opinion del que dixo , que el saber de nuestras almas , era acordarse de lo que yá sabian , presuponiendo que todas se crian enseñadas : mas quando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó , que nuestra alma era como una tabla rasa , la qual no tenia ninguna cosa pintada , no puedo dexar de admirarme de vér como haya sido imposible , que en la compañía de las ovejas , en la soledad de los campos , se puedan aprender las ciencias , que apenas saben disputarse en las nombradas Universidades : si yá no quiero persuadirme à lo que primero dixè , que el amor por todo se estiende , y à todos se comunica , al caído levanta , al simple avisa , y al avisado perfecciona. Si conocieras , señor , respondió à esta sazón Elicio , como la crianza del nombrado Tirsi , no ha sido entre los arboles , y florestas , como tú imaginas , sino en las Reales Cortes , y conocidas Escuelas , no te maravillàras de lo que ha dicho , sino de lo que ha dexado por decir. Y aunque el desamorado Lenio , por su humildad , ha confesado , que la rusticidad de su vida , pocas prendas de ingenio puede prometer , con todo eso te aseguro , que los mas floridos años de su edad gastó , no en el exercicio de guardar las cabras en los montes , sino en las riberas del claro Tormes , en loables estudios , y discretas conversaciones. Asi que si la platica que los dos han tenido , de mas que de Pastores te parece : contemplalos como fueron , y no como ahora son. Quanto mas , que hallarás Pastores en estas nuestras riberas , que no te causaràn menos admiracion si los oyes , que los que ahora has oído : porque en ellas apacientan sus ganados los famosos , y conocidos Franio , Sivalvo , Filardo , Silvano , Lisardo , y los dos Matuntos , padre , y hijo , uno en la lira , y otro en la poesia , sobre todo estremo estremados. Y para remate de todo , vuelve los ojos , y conoce el conocido Damon , que presente tienes , donde puede parar tu deseo , si desea conocer el estremo de discrecion , y sabiduria. Responder queria el Caballero à Elicio , quando una de aquellas damas que con él venian , dixo à la otra : Pareceme , señora Nisi-

da, que pues el Sol va yá declinado, que sería bien que nos fuésemos, si havemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre. No hubo bien dicho esto la dama, quando Darintho, y su compañero la miraron, mostrando que les havia pesado de que huviese llamado por su nombre á la otra. Pero asi como Elicio oyó el nombre de Nisida, le dió en el alma, si era aquella Nisida, à quien el Hermitaño Silerio tantas cosas havia contado, y el mismo pensamiento les vino á Tirsi, Damon, y à Erastro. Y por certificarse Elicio de lo que sospechaba, dixo: Pocos dias hà, señor Darintho, que yo, y algunos de los que aqui estamos, oímos nombrar el nombre de Nisida, como aquella dama ahora ha hecho, pero de mas lagrimas acompañado, y con mas sobresaltos referido. ¿Por ventura, respondió Darintho, hay alguna Pastora en estas vuestras riberas, que se llame Nisida? No, respondió Elicio; pero esta que yo digo, en ellas nació, y en las apartadas del famoso Sebeto fue criada. ¿Qué es lo que dices, Pastora? replicó el otro Caballero. Lo que oyes, respondió Elicio, y lo que mas oirás, si me aseguras una sospecha que tengo. Dimela, dixo el Caballero, que podria ser se te satisfaciese. A esto replicó Elicio: A dicha, Señor, tu propio nombre es Timbrio? No te puedo negar esa verdad, respondió el otro, porque Timbrio me llamo, el qual nombre quisiera encubrir hasta otra sazón mas oportuna: mas la voluntad que tengo de saber, por que sospechaste que así me llamaba, me fuerza á que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres. Segun eso tampoco me negarás, dixo Elicio, que esta dama que contigo traes, se llama Nisida, y aun por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana. En todo has acertado, respondió Timbrio; pero pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tú la causa que te ha movido à preguntarmelo. Ella es tan buena, y será tan de tu gusto, replicó Elicio, qual lo verás antes de muchas horas. Todos los que no sabian lo que el Hermitaño Silerio, Elicio, Tirsi, Damon, y Erastro, havia contado, estaban confusos, oyendo lo que entre Timbrio, y Elicio pasaba. Mas á este punto dixo Damon, volviendose à Elicio, no entretengas, ó Elicio, las buenas nuevas que puedes dár à Timbrio. Y aun yo, dixo Erastro, no me detendré un punto de ir á darselas al lastimado Silerio, del hallazgo de Timbrio. Santos Cielos, què es lo que oygo! dixo Timbrio, y qué es lo que dices,

ces, Pastor? ¿Es por ventura ese Silerio que has nombrado, el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi vida, el que yo deseo ver mas que à otra cosa que me pueda pedir el deseo? Sacame de esta duda luego, asi crezcan, y multipliquen tus rebaños, de manera que te tengan embidia todos los vecinos ganaderos. No te fatigues tanto, Timbrio, dixo Damon, que el Silerio que Erastro dice, es el mismo que tú dices, y el que desea saber mas de tu vida, que sostener, y aumentar la suya propia, porque despues que te partiste de Napoles, segun èl nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia, que la pena de ella, con la que le causaban otras pérdidas que èl nos contó, le ha reducido á terminos que en una pequeña Hermita, que poco menos de una legua está de aqui distante, pasa la mas estrecha vida, que imaginar se puede, con determinacion de esperar alli la muerte, pues de saber el suceso de tu vida, no podia ser satisfecho. Esto sabemos cierto, Tirsi, Elicio, Erastro, y yo, porque èl mismo nos ha contado la amistad que contigo tenia, con toda la historia de los casos à entrambos sucedidos, hasta que la fortuna por tan estraños accidentes os apartó para apartarle à él à vivir en tan estraña soledad, que te causará admiracion quando le veas. Veale yo, y llegue luego el ultimo remate de mis días, dixo Timbrio: y asi os ruego, famosos Pastores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagais este mio, con decirme adonde está esa Hermita, adonde Silerio vive. Adonde muere podrás mejor decir, dixo Erastro, pero de aqui adelante vivirá con las nuevas de tu venida: y pues tanto su gusto, y el tuyo deseas, levantate, y vamos, que antes que el Sol se ponga, te pondré con Silerio: mas ha de ser con condicion, que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido despues que de Napoles te partiste, que de todo lo demás hasta aquel punto satisfechos están algunos de los presentes. Poca paga me pides, respondió Timbrio, para tan gran cosa como me ofieces; porque no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres. Y mas volviendose à las damas que con él venian, les dixo. Pues con tan buena ocasion, querida, y señora Nisida, se ha rompido el presupuesto que traíamos de no decir nuestros propios nombres, con el alegria que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos à vér à Silerio, à quien vos, y yo debemos las vidas, y el contento que poseemos. Escusado es, señor Timbrio, respondió Ni-

Nisida, que vos me rogueis que haga cosa que tanto deseo, y que tan bien me está el hacerla: vamos en hora buena, que yá cada momento que tardaré de verle, se me hará un siglo. Lo mismo dixo la otra dama, que era su hermana Blanca (la misma que Silerio havia dicho) y la que mas muestra dió de contento. Solo Darintho, con las nuevas de Silerio se puso tal, que los labios no movia, antes con un extraño silencio se levantó, y mandó á un su criado, que le traxese el caballo en que alli havia venido, sin despedirse de ninguno subió en él, y volviendo las riendas à paso tirado, se desvió de todos. Quando esto vió Timbrio, subió en otro caballo, y con mucha priesa siguió á Darintho hasta que le alcanzó, y travando por las riendas del caballo, le hizo estár quedo, y allí estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del qual Timbrio se volvió donde los Pastores estaban, y Darintho siguió su camino, embiando à disculparse con Timbrio del haverse partido sin despedirse de ellos. En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda, y Florisa, á las hermosas Nisida, y Blanca se llegaron; y la discreta Nisida en breves razones les contó la amistad tan grande que entre Timbrio, y Silerio havia, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados; pero con la vuelta de Timbrio, todos quisieron ponerse en camino para la Hermita de Silerio; sino que à la misma sazón llegó à la fuente una hermosa Pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurrón al hombro, y cayado en la mano, la qual como vió tan agradable compañía, con lagrimas en los ojos les dixo. Si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los extraños efectos, y casos de amor tenga alguna noticia, y las lagrimas, y suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente á vér si es posible remediar, y detener las mas amorosas lagrimas, y profundos suspiros, que jamás de ojos, y pechos enamorados salieron: acudid, pues, Pastores, á lo que os digo, vereis como con la experiencia de lo que os muestro, hago verdaderas mis palabras; y en diciendo esto volvió las espaldas, y todos quantos alli estaban la siguieron. Viendo, pues, la Pastora que la seguian, con presuroso paso se entró por entre unos arboles que à un lado de la fuente estaban; y no hubo andado mucho, quando volviendose à los que tras ella iban, les dixo: Veis alli, señores, la causa de mis lagrimas, porque aquel Pastor que alli parece, es un hermano mio, que por aquella Pastora, ante quien es-

tá hincado de hinojos, sin duda alguna él dexará la vida en manos de su crueldad. Volvieron todos los ojos à la parte que la Pastora señalaba, y vieron que al pie de un verde sauce estaba arrimada una Pastora, vestida como cazadora ninfa, con una rica aljaba que del lado le pendía, y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos, y rubios cabellos, cogidos con una verde guirnalda: el Pastor estaba ante ella de rodillas con un cordél echado á la garganta, y un cuchillo desenvaynado en la derecha mano, y con la izquierda tenia asida á la Pastora de un blanco cendal, que encima de los vestidos traía. Mostraba la Pastora ceño en su rostro, y estár disgustada de que el Pastor allí por fuerza la detuviese. Mas quando ella vió que la estaban mirando, con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado Pastor, que con abundancia de lagrimas tiernas, y amorosas palabras, le estaba rogando, que siquiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecia; pero la Pastora desdeñosa, y ayrada se apartó de él, á tiempo que yá todos los Pastores llegaban cerca, tanto que oyeron al enamorado mozo, que en tal manera á la Pastora hablaba. O ingrata, y desconocida Gelasia, y con quan justo titulo has alcanzado el renombre de cruel que tienes? Vuelve endurecida los ojos á mirar al que por mirarte está en el estremo de dolor que imaginarse puede. ¿Por qué huyes de quien te sigue? ¿Por qué no admities á quien te sirve? ¿Y por qué aborreces al que te adora? O sin razon enemiga mia, dura qual levantado risco, ayrada qual ofendida sierpe, sorda qual muda selva, esquiva como rustica, rustica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se ceba. ¿Será posible que mis lagrimas no te ablanden? ¿Que mis suspiros no te apiaden? ¿Y que mis servicios no te muevan? Sí, que será posible, pues así lo quiere mi corta, y desdichada suerte, y aun será también posible, que tú no quieras apretar este lazo que á la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio de este corazon que te adora. Vuelve, Pastora, vuelve, y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes anudar este cordél á mi garganta, ó ensangrentar este cuchillo en mi pecho. Estas, y otras semejantes razones decia el lastimado Pastor, acompañadas de tantos sollozos, y lagrimas, que movían compasion á todos quantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel, y desamorada Pastora, dexaba de seguir su camino, sin querer aun volver los ojos á mirar al Pastor,

tor , que por ella en tal estado quedaba : de que no poco se admiraron todos los que su ayrado desdén conocieron; y fue de manera , que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la Pastora. Y así òl con el anciano Arsindo , se adelantaron á rogarle , tuviese por bien de volver à escuchar las quejas del enamorado mozo , aunque nunca tuviese intencion de remediarlas. Mas no fue posible mudarla de su proposito , antes les rogó , que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo que le mandaban , porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor , y de todos los enamorados , por muchas razones que á ello la movian , y una de ellas era haverse desde su niñez dedicado à seguir el exercicio de la casta Diana : añadiendo à estas tantas causas para no hacer el ruego de los Pastores, que Arsindo tuvo por bien de dexarla , y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el qual como vió que la Pastora era tan enemiga del amor como parecia , y que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformaba, determinò de saber quien era, y de seguir su compañía por algunos dias , y así le declaró como él era el mayor enemigo que el amor, y los enamorados tenian: rogandole, que pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía , que no sería mas de lo que ella quisiese. La Pastora se holgó de saber la intencion de Lenio , y le concedió que con ella viniese hasta su Aldéa , que dos leguas de la de Lenio era. Con esto se dispidió Lenio de Arsindo , rogandole que le disculpase con todos sus amigos , y les dixese la causa que le havia movido á irse con aquella Pastora : y sin esperar mas , él , y Gelasia alargaron el paso , y en poco rato desaparecieron. Quando Arsindo volvió à decir lo que con la Pastora havia pasado , halló que todos aquellos Pastores havian llegado á consolar al enamorado Pastor, y que las dos de las tres rebozadas Pastoras , la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea, y la otra abrazada con la bella Rosaura (que asimismo el rostro cubierto tenia.) La que con Galatea estaba era Teolinda, y la otra su hermana Leonarda, las cuales así como vieron al desesperado Pastor , que con Gelasia hallaron, un zeloso , y enamorado desmayo les cubrió el corazon , porque Leonarda creyó que el Pastor era su querido Galercio , y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro : y como las dos le vieron tan rendido, y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno la una en las faldas de

de Galatea , la otra en los brazos de Rosaura desmayadas cayeron. Pero de allí à poco rato, volviendo en sí Leonarda , à Rosaura dixo : Ay señora mía, y como creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la fortuna , pues la voluntad de Galercio está tan agena de ser mía , como se puede ver por las palabras que aquel Pastor ha dicho á la desamorada Gelasia : porque te hago saber , Señora , que aquel es el que ha robado mi libertad , y aun el que ha de dar fin á mis dias. Maravillada quedó Rosaura de lo que Leonarda decia : y mas lo fue , quando habiendo tambien vuelto en sí Teolinda , ella , y Galatea la llamaron , y juntandose todos con Florisa , y Leonarda , Teolinda dixo como aquel Pastor era el su deseado Artidoro; pero aun no le hubo bien nombrado , quando su hermana le respondió , que se engañaba , que no era sino Galercio su hermano. Ay traydora Leonarda , respondió Teolinda , y no te basta haverme una vez apartado de mi bien, sino ahora que le hallo quieres decir que es tuyo? Pues desengañate, que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga. Sin duda que te engañas, hermana, respondió Leonarda, y no me maravillo, que en ese mismo error cayeron todos los de nuestra Aldèa , creyendo que este Pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron á entender, que no era sino su hermano Galercio, que tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una à la otra; y aun si puede haver mayor semejanza, mayor semejanza tienen. No lo quiero creer, respondió Teolinda , porque aunque nosotras nos parecemos tanto , no tan facilmente se hallan estos milagros en naturaleza : y asi te hago saber , que en tanto que la experiencia no me haga mas cierta de la verdad que tus palabras me hacen, yo no pienso dexar de creer, que aquel Pastor que alli veo es Artidoro; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condicion, y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida, se puede esperar, ó temer que tan presto haya hecho mudanza, y me olvide. Sosegaos, Pastoras , dixo entonces Rosaura , que yo os sacaré presto de esa duda en que estais; y dexandolas à ellas, se fue adonde el Pastor estaba , dando à aquellos Pastores cuenta de la estraña condicion de Gelasia , y de las sin razones que con èl usaba. A su lado tenia el Pastor la hermosa Pastorcilla, que decia que era su hermano, á la qual llamó Rosanra , y apartandose con ella à un cabo , la importunó, y rogó le dixese como se llamaba su hermano, y si tenia otro alguno que le pareciese: à lo qual la Pastora respondió que se llamaba Ga-

lercio, y que tenia otro que se llamaba Artidoro, que le parecia tanto que apenas se diferenciaban, sino es por alguna señal de los vestidos, ó por el organo de la voz que en algo diferia. Preguntóle tambien, qué se havia hecho Artidoro: respondió la Pastora, que andaba en unos montes algo de allí apartados repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca havia querido entrar en el Aldéa, ni tener conversacion con hombre alguno, despues que de las riberas de Henares havia venido, y con estas le dixo otras particularidades, tales que Rosaura quedó satisfecha de que aquel Pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda havia dicho, y aquella Pastora decia, de la qual supo el nombre que se llamaba Maurisa: y trayendola consigo à donde Galatea, y las otras Pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda, y Leonarda, contó todo lo que de Artidoro, y Galercio sabia, con lo que quedó Teolinda sosegada, y Leonarda descontenta, viendo quan descuidadas estaban las mentes de Galercio de pensar en cosa suyas. En las platicas que las Pastoras tenian, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyendolo Maurisa, dixo. Si yo no me engaño, Señora, por vuestra causa ha sido aqui mi venida, y la de mi hermano. En que manera? dixo Rosaura. Yo os lo dirè, si me dais licencia de que á solas os lo diga, respondió la Pastora. De buena gana, replicó Rosaura; y apartandose con ella la Pastora, le dixo. Sin duda alguna, hermosa Señora, que á vos, y á la Pastora Galatea, mi hermano, y yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos. Asi debe ser, respondió Rosaura, y llamando à Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decia, que fue avisarles, como de allí á dos dias vendria con dos amigos suyos à llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarian sus bodas, y juntamente con esto dió de parte de Grisaldo à Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura havia mostrado: Rosaura, y Galatea agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago de él, la discreta Galatea queria partir con ella el presente que Grisaldo le havia embiado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Allí de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza estraña que entre Galercio, y Artidoro havia. Todo el tiempo que Galatea, y Rosaura gastaban en hablar à Maurisa, le entretenian Teolinda, y Leonarda en mirar à Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Gal-

lercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podía apartarlos de mirar. Y como los de la enamorada Leonarda sabian lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos. A esta sazón yá los Pastores havian consolado à Galercio, aunque para el mal que padecia qualesquier consejos, y consuelos tenia por vanos, y escusados, todo lo qual redundaba en daño de Leonarda, Rosaura, y Galatea, viendo que los Pastores ázia ella se venian, despidieron à Maurisa diciendole, que dixese à Grisaldo, como Rosaura estaria en casa de Galatea. Maurisa se despidió de ellas, y llamando à su hermano en secreto, le contó lo que con Rosaura, y Galatea pasado havia, y así con buen comedimiento se despidió de ellas, y de los Pastores, y con su hermana dió la buelta à su Aldéa. Pero las enamoradas hermanas Teolinda, y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos, y la vida de su vida, entrambas à dos se llegaron á Galatea, y à Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir à Galercio, dando por escusa Teolinda, que Galercio le diria adonde Artidoro estaba. Y Leonarda, que podria ser que la voluntad de Galercio se trocase, viendo la obligacion en que le estaba. Las Pastoras se la concedieron, con la condicion que antes Galatea á Teolinda havia pedido, que era que de todo su bien, ò su mal la avisase. Tornòselo á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiendose, siguió el camino que Galercio, y Maurisa llevaban. Lo mismo hicieron luego (aunque por diferente parte) Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, y Orfenio, que à la Hermita de Silerio con las hermosas hermanas Nisida, y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos, y ellas despedidos del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura, y Florisa, y asimismo de Elicio, y Erastro, que no quisieron dexar de volver con Galatea, ofreciendose Aurelio que en llegando à su Aldéa iria luego con Elicio, y Erastro à buscarlos á la Hermita de Silerio, y llevaría algo con que satisfacer la incomodidad, que para agasajar tales huespedes Silerio tendria: con este presupuesto unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y echando al despedirse menos al anciano Arsin-do, vieron que sin despedirse de ninguno iba lejos por el mismo camino que Galercio, y Maurisa, y las rebozadas Pastoras llevaban, de que se maravillaron. Y viendo que yá el Sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas del Occidente, no quisieron detenerse allí mas, por llegar á la Aldéa antes que las sombras de

la noche. Viéndose , pues , Elicio , y Erastro ante la señora de sus pensamientos , por mostrar en algo lo que encubrir no podían , y por aligorar el cansancio del camino , y aun por cumplir el mandado de Florisa , que les mandó , que en tanto que à la Aldéa llegaban , algo cantasen : al son de la zampoña de Florisa , de esta manera comenzó á cantar Elicio , y á responder Erastro.

ELICIO , ERASTRO.

Elic. El que quisiere ver la hermosura
 Mayor que tuvo , ò tiene , ó terná el suelo,
 El fuego , y el crisol donde se apura
 La blanca castidad , y el limpio zelo,
 Todo lo que el valor , sér , y cordura,
 Y cifrado en la tierra un nuevo Cielo,
 Juntas en uno alteza , y cortesía,
 Venga à mirar à la Pastora mía.

Erastr. Venga à mirar à la Pastora mía
 Quien quisiere contar de gente en gente,
 Que vió otro Sol que daba luz al dia
 Mas claro que el que sale del Oriente:
 Podrá decir como su fuego enfria,
 Y abrasa al alma que tocar se siente,
 De vivo rayo de sus ojos bellos,
 Y que no hay mas que vér despues de vellos.

Elic. Y que no hay mas que vér despues de vellos,
 Sabenlo bien estos cansados ojos,
 Ojos , que por mi mal fueron tan bellos,
 Ocasión principal de mis enojos,
 Vilos , y ví que se abrasaba en ellos
 Mi alma , y que entregaban los despojos
 De todas sus potencias à su llama,
 Que me abrasa , y me yela , arroja , y llama.

Erastr. Que me abrasa , y me yela , arroja , y llama.
 Esta dulce eneniga de mi gloria,
 De cuyo ilustre ser puede la fama

Hacer estraña, y verdadera historia:
 Solos sus ojos do el amor derrama
 Toda su gracia, y fuerza mas notoria
 Daràn materia que levante al Cielo
 La pluma del mas bajo humilde buelo.

Elic. La pluma del mas bajo humilde buelo,
 Si quiere levantarse hasta la esfera,
 Cante la corsesia, y justo zelo
 De esta fenix sin par, sola, y primera.
 Gloria de nuestra edad, honra del suelo,
 Valor del claro Tajo, y su ribera,
 Cordura sin igual, rara belleza
 Donde mas se estremó naturaleza;

Eraf. Donde mas se estremó naturaleza,
 Donde ha igualado el pensamiento el arte,
 Donde juntó el valor, y gentileza
 Que en diversos sugetos se reparte.
 Y adonde la humildad con la grandeza
 Ocupan solas una misma parte,
 Y adonde tiene amor su albergue, y nido
 La bella ingrata mi enemiga ha sido.

Elic. La bella ingrata mi enemiga ha sido
 Quien quiso, y pudo, y supo en un momento
 Tenerme de un sutil cabello asido.
 El libre vagaroso pensamiento.
 Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
 Tal gusto, y gloria en las prisiones sienta,
 Que estiendo el pie, y el cuello á las cadenas,
 Llamando dulces tan amargas penas.

Eraf. Llamando dulces tan amargas penas
 Paso la corta fatigada vida
 Del alma triste, sustentada apenas,
 Y aun apenas del cuerpo sostenida.
 Ofrecióle fortuna á manos llenas
 A mi breve esperanza fé cumplida,
 ¡Qué gusto, pues, qué gloria, ò bien se ofrece
 Do mengua la esperanza, y la fé crece!

Elic. De mengua la esperanza, y la fé crece
Se descubre; y parece el alto intento
Del firme pensamiento enamorado,
Que solo confiado en amor puro,
Vive cierto, y seguro de una paga
Que al alma satisfaga limpiamente.

Eraſt. El misero doliente, á quien sujeta
La enfermedad, y aprieta, se contenta
Quando mas le atormenta el dolor fiero,
Con qualquiera ligero breve alivio.
Mas quando yá mas tibio el daño toca
A la salud invoca, y busca entera:
Asi de esta manera el tierno pecho
Del amador deshecho en llanto triste
Dice que el bien consiste de su pena,
En que la luz serena de los ojos
A quien dió los despojos de su vida
Le mire con fingida, ó cierta muestra,
Mas luego amor le adiestra, y le desmanda,
Y mas cosas demanda que primero.

Elic. Yá traspone el otero el Sol hermoso,
Eraſtro, y á reposo nos combida
La noche denegrída que se acerca.

Eraſt. Y el Aldéa está cerca; y yo cansado.

Elic. Pongamos, pues, silencio al canto usado:

Bien tomáran por partido los que escuchando á Elicio, y á Eraſtro iban, que mas el camino se alargára, por gustar mas del agradable canto de los enamorados Pastores; pero el cerrar de la noche, y el llegar á la Aldéa hizo que de él cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura, y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio, y Eraſtro hicieron lo mismo en las suyas, con intencion de irse luego adonde Tirsi, y Damon, y los demás Pastores estaban, que asi quedó concertado entre ellos, y el padre de Galatea: solo esperaban á que la blanca Luna desterrase la obscuridad de la noche. Y asi como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron á buscar á Aurelio, y todos juntos la buelta de la Hermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente Libro.

QUINTO LIBRO DE GALATEA.



RA tanto el deseo que el enamorado Timbrio, y las dos hermosas hermanas Nisida, y Blanca llevaban de llegar à la Hermita de Silerio, que la ligereza de los pasos (aunque era mucha) no era posible que á la de la voluntad llegase; y por conocer esto, no quisieron Tirsi, y Damon importunar á Timbrio cumpliese la palabra que havia dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido, despues que se apartó de Silerio; pero todavia (llevados del deseo que tenian de saberlo) se lo iban yá á preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oídos de todos una voz de un Pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes arboles cantando estaba, que luego en el son no muy concertado de la voz, y en lo que cantaba, fue de los mas que allí venian conocido, principalmente de su amigo Damon, porque era el Pastor Lauso, el que al son de un pequeño rabél unos versos decia, y por ser el Pastor tan conocido, y saber yá todos la mudanza, que de su libre voluntad havia hecho, de comun parecer recogieron el paso, y se pararon á escuchar á lo que Lauso cantaba, que era esto.

L A U S O.

¿Quién mi libre pensamiento
Me le vino à sujetar?
¿Quién pudo en flaco cimiento
Sin ventura fabricar
Tan altas torres de viento?
¿Quién rindió mi libertad
Estando en seguridad
De mi vida satisfecho?

¿Quién abrió, y rompió mi pecho;
Y robó mi voluntad?

¿Dónde está la fantasía
De mi esquivada condicion?
¿Do el alma que yá fue mia,
Y dónde mi corazón,
Que no está donde solía?
¿Mas yo todo donde estoy?
¿Dónde vengo? ¿Adonde voy?
¿A dicha sé yo de mí?

¿Soy por ventura el que fui,
O nunca he sido el que soy?

Estrecha cuenta me pido
Sin poder averigualla,
Pues á tal punto he venido,
Que aquello que en mí se halla
Es sombra de lo que he sido.
No me entiendo de entenderme,
Ni me valgo por valerme,
Y en tan ciega confusion
Cierta está mi perdicion,
Y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado,
Y el amor que lo consiente
Me tienen en tal estado,
Que adoro el tiempo presente,
Y lloro por el pasado.
Veome en este morir,
Y en el pasado vivir,
Y en este adoro mi muerte,
Y en el pasado la suerte,

Que yá no puede venir.

En tan estraña agonía
El sentido tengo ciego,
Pues viendo que Amor porfia,
Y que estoy dentro del fuego,
Aborrezco el agua fria.
Que sino es la de mis ojos,
Que el fuego aumenta, y de pojos
En esta amorosa fragua,
No quiero, ni busco otra agua,
Ni otro alivio á mis enojos.

Todo mi bien comenzára,
Todo mi mal feneciera:
Si mi ventura ordenára
Que de ser mi fé sincera
Silena se asegurára.
Suspiros aseguradla,
Ojos míos enteradla,
Llorando en esta verdad
Pluma, lengua, voluntad
En tal razon confirmadla.

No pudo, ni quiso el presuroso Timbrio aguardar á que mas adelante el Pastor Lauso con su canto pasase, porque rogando á los Pastores que el camino de la Hermita le enseñasen, si ellos quedarse querian, hizo muestras de adelantarse, y asi todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dexar de sentirlo, y de salirles al encuentro, como lo hizo. Con cuya compañía todos se holgaron, especialmente Damon, su verdadero amigo, con el qual se acompañó todo el camino, que desde allí á la Hermita havia, razonando en diversos acacimientos que á los dos havia sucedido, despues que dexaron de verse, que fue desde el tiempo que el valeroso, y nombrado Pastor Astraliano havia dexado los Cisalpinos pastos, por ir á reducir aquellos que del famoso hermano, y de la verdadera Religion se havian rebelado, y al cabo vinieron á reducir su razonamiento á tratar de los amores de Lauso, preguntandole ahincadamente

Damon, que le dixese quien era la Pastora, que con tanta facilidad de la libre voluntad le havia rendido. Y quando esto no pudo saber de Lauso, le rogó con grandes veras, que á lo menos le dixese en qué estado se hallaba, si era de temor, ó de esperanza, si le fatigaba ingratitud, ó si le atormentaban zelos. A todo lo qual satisfizo bien Lauso, contandole algunas cosas que en su Pastora le havian sucedido: y entre otras le dixo, como hallandose un dia zeloso, y desfavorecido, havia llegado á terminos de desesperarse, ó de dár alguna muestra, que en daño de su persona, y en el del credito, y honra de su Pastora redundase, pero que todo se remedió con haverla hablado, y haverle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenía. Confirmado todo esto con darle un anillo de su mano, que fue parte para volver á mejor discurso su entendimiento, y para solemnizar aquel favor con un Soneto, que de algunos que le vieron, fue por bueno estimado. Pidió entonces Damon á Lauso que le dixese. Y asi, sin poder escusarse, le huvo de decir, que era este.

L A U S O.

Rica, y dichosa prenda, que adornaste
 El precioso marfil, la nieve pura,
 Prenda que de la muerte, y sombra obscura
 A la nueva luz, y vida me tornaste.
 El claro cielo de tu bien trocaste
 Con el infierno de mi desventura,
 Porque viviese en dulce paz segura
 La esperanza que en mí resucitaste.
 ¿Sabes quanto me cuestras, dulce prenda?
 El alma, y aun no quedo satisfecho,
 Pues menos doy de aquello que recibo.
 Mas porque el mundo tu valor entienda,
 Sé tú mi alma, encierrate en mi pecho,
 Verán como por tí sin alma vivo.

Dixo Lauso el Soneto, y Damon le tornó á rogar, que si otra alguna cosa á su Pastora havia escrito se la dixese, pues sabia de quanto gusto le eran á él oír sus versos. A esto respondió Lauso: Eso será, Damon, por haverme sido tú maestro en ellos, y el deseo

que tienes de vér lo que en mí aprovechaste , te hace desear oírlos; pero sea lo que fuere , que ninguna cosa de las que yo pudiere te ha de ser negada. Y así te digo , que en estos mismos días , quando andaba zeloso , y mal seguro , embié estos versos á mi Pastora.

LAUSO A SILENA.

En tan notoria simpleza
Nacida de intento sano
El amor rige la mano,
Y la intencion tu belleza.
El Amor , y tu hermosura,
Silena , en esta ocasion,
Juzgarán á discrecion
Lo que tendrás tú á locura.

El me fuerza , y ella mueve
A que te adore , y escriba,
Y como en los dos efriva
Mi fé , la mano se atreve.
Y aunque en esta grave culpa
Me amenaza tu rigor,
Mi fé , tu hermosura, Amor
Daràn del yerro disculpa.

Pues con un arrimo tal
(Pucsto que culpa me dén)
Bien podré decir el bien
Que ha nacido de mi mal.
El qual bien (segun yo siento)
No es otra cosa , Silena,
Sino que tenga en la pena
Un estraño sufrimiento.

Y no lo encarezco poco
Este bien de ser sufrido,
Que si no lo huviera sido,
Yá el mal me tuviera loco,
Mas mis sentidos de acuerdo

Todos han dado en decir,
Que yá que haya de morir,
Que muera sufrido , y cuerdo.

Pero bien considerado,
Mal podrá tener paciencia
En la amorosa dolencia
Un zeloso , y desamorado,
Que en el mal de mis enojos
Todo mi bien desconcierta
Tener la esperanza muerta,
Y el enemigo à los ojos.

Goces , Pastora , mil años
El bien de tu pensamiento,
Que yo no quiero contento
Grangeado con tus daños.
Sigue tu gusto , Señora,
Pues te parece tan bueno,
Que yo por el bien ageno
No pienso llorar ahora.

Porque fuera liviandad
Entregar mi alma al alma
Que tiene por gloria , y palma
El no tener libertad.
Mas ay que fortuna quiere,
Y el Amor que viene en ello,
Que no pueda huir el cuello
Del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voy

Tras quien ha de condenarme,	Dexame aguda memoria,
Y quando pienso apartarme,	Olvidate, no te acuerdes
Mas quedo, y mas firme estoy.	Del bien ageno, pues pierdes
¿Qué lazos, qué redes tienen,	En ello tu propia gloria.
Silena, tus ojos bellos?	
Que quanto mas huyo dellos,	Con tantas firmas afirmas
Mas me enlazan, y detienen.	El amor que está en tu pecho,
	Silena, que á mi despecho
	Siempre mis males confirmas.
	¡O perfido amor cruèl!
	Qual ley tuya me condena
	Que dé yo el alma á Silena,
	Y que me niegue un papel.
	No mas, Silena, que toco
	En puntos de tal porfia,
	Que el menor de ellos podria
	Dexarme sin vida, ó loco.
	No pase de aqui mi pluma,
	Pues tú la haces sentir,
	Que no puedo reducir
	Tanto mal á breve suma.

Ay ojos de quien recelo,
 Que si soy de vos mirado,
 Es por crecerme el cuidado,
 Y por menguarme el consuelo.
 Ser vuestras vistas fingidas
 Conmigo, es pura verdad,
 Pues pagan mi voluntad
 Con prendas aborrecidas.

¿Qué recelos, qué temores
 Persiguen mi pensamiento,
 Y qué de contrarios siento
 En mis secretos amores?

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos, y en alabar la singular hermosura, discrecion, donayre, honestidad, y valor de su Pastora, á él, y á Damon se les aligeró la pesadumbre del camino, y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la Hermita de Silerio, en la qual no querian entrar Timbrio, Nisida, y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de otra manera, porque habiendose adelantado Tirsi, y Damon á vér lo que Silerio hacia, hallaron la Hermita abierta, y sin ninguna persona dentro, y estando confusos, sin saber donde podria estar Silerio á tales horas, llegó á sus oídos el son de su harpa, por do entendieron que él no debia estar lejos, y saliendo á buscarle guiados por el sonido de la harpa, con el resplander claro de la Luna, vieron que estaba sentado en el tronco de un olivo, solo, y sin otra compañía que la de su harpa, la qual tan dulcemente tocaba, que por gozar de tan suave harmonía, no quisieron los Pastores llegar á hablarle, y mas quando oyeron que con estremada voz estos versos comenzó á cantar.

SILERIO.

Ligeras horas del ligero tiempo
 Para mí perezosas, y cansadas,
 Si no estais en mi daño conjuradas,
 Parezcaos yá que es de acabar me tiempo.
 Si ahora me acabais, hareislo á tiempo,
 Que están mis desyenturas mas colmadas,
 Mirad que menguaràn si sois pesadas,
 Que el mal se acaba si dá tiempo al tiempo.
 No os pido que vengais dulces sabrosas,
 Pues no hallareis camino, senda, ó paso
 De reducirme al sér que yá he perdido.
 Horas á qualquier otro venturosas,
 Aquella dulce del mortal traspasso,
 Aquella de mi muerte sola os pido.

Despues que los Pastores escucharon lo que Silerio cantado havia, sin que él los viese, se volvieron á encontrar los demás que allí venian, con intencion que Timbrio hiciese lo que ahora oireis: Que fue, que haviendole dicho de la manera que havian hallado á Silerio, y en el lugar donde quedaba, le rogó Tirsi, que sin que ninguno de ellos se le diese á conocer, se fuesen llegando poco á poco ázia él, ora les viese, ó no, porque aunque la noche hacía clara, no por eso sería alguno conocido, y que hiciese asimismo, que Nisida, ó él, algo cantasen; y todo esto hacía por entretener el gusto, que de su venida havia de recibir Silerio. Contentóse Timbrio de ello, y diciendoselo á Nisida, vino en su mismo parecer; y así, quando á Tirsi le pareció que estaban yá tan cerca, que de Silerio podrian ser oídos, hizo á la bella Nisida que comenzase: la qual, al son del rabél del zeloso Orfenio, de esta manera comenzó á cantar.

N I S I D A.

Aunque es el bien que poseo:
 Tal, que al alma satisface,
 Le turba en parte, y deshace

Otro bien que ví, y no veo.
 Que amor, y fortuna escasa,
 Enemigos de mi vida,
 Me dàn el bien por medida,
 Y el mal sin termino, ó tasa.

En

En el amoroso estado,
 Aunque sobre el merecer
 Tan solo viene el placer
 Quanto el mal acompañado.
 Andan los males unidos
 Sin un momento apartarse,
 Los bienes por acabarse
 En mil partes divididos.

Lo que cuesta (si se alcanza)
 El de amor algun contento,
 Declarelo el sufrimiento,
 El clamor, y la esperanza.
 Mil penas cuesta una gloria,
 Un contento mil enojos;
 Sabenlo bien estos ojos,
 Y mi cansada memoria.

La qual se acuerda contino
 De quien pudo mejoralla,
 Y para hallarle, no halla
 Alguna senda, ó camino.

Ay dulce amigo de aquel
 Que te tuvo por tan suyo,
 Quanto él se tuvo por tuyo,
 Y quanto yo lo soy dél.

Mejoran con tu presencia
 Nuestra no pensada dicha,
 Y no la vuelva en desdicha
 Tu tan larga esquivia ausencia.
 A duro mal me provoca
 La memoria que me acuerda,
 Que fuiste loco, y yo cuerda,
 Y eres cuerdo, y yo estoy loca.

Aquel que por buena suerte
 Tú mismo quisiste darme,
 No ganó tanto en ganarme
 Quanto ha perdido en perderte.
 Mitad de su alma fuiste,
 Y medio por quien la mia
 Pudo alcanzar la alegría
 Que tu ausencia tiene triste.

Si la estremada gracia con que la hermosa Nisida cantaba, causó admiracion à los que con ella iban, qué causaría en el pecho de Silerio, que sin saltar punto, notó, y escuchó todas las circunstancias de su canto, y como tenía tan en el alma la voz de Nisida, apenas comenzó à sus oídos el acento suyo, quando él se llegó à alborotar, y à suspender, y enagenar de sí mismo, elevado en lo que escuchaba. Y aunque verdaderamente le pareció que era la voz de Nisida aquella, tenía tan perdida la esperanza de verla, y mas en semejante lugar, que en ninguna manera podia asegurar su sospecha. De esta suerte llegaron todos donde él estaba; y en saludandole Tirsi, le dixo: Tan aficionados nos dexaste, amigo Silerio, de la condicion, y conversacion tuya, que atraidos Damon, y yo de la experiencia, y toda esta compañía de la fama de ella: dexando el camino que llevabamos, te hemos venido à buscar à tu Hermita, donde no hallandote, como no te hallamos, quedàra sin cumplirse nuestro deseo, si el son de tu harpa, y de tu estima-

do

do canto aquí no nos huviera encaminado. Harto mejor fuera, señores, respondió Silerio, que no me hallarades, pues en mí no hallaréis, sino ocasiones que à tristeza os muevan, pues la que yo padezco en el alma, tiene cuidado el tiempo cada día de renovarla, no solo con la memoria del bien pasado, sino con las sombras del presente; que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa que bienes fingidos, y temores ciertos. Lastima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocían, principalmente en Timbrio, Nisida, y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisieran darsele à conocer, si no fuera por no salir de lo que Tirsi les havia rogado: el qual hizo que todos sobre la verde yerva se sentasen, y de manera que los rayos de la clara Luna hiriesen de espaldas los rostros de Nisida, y Blanca, porque Silerio no los conociese. Estando, pues de esta suerte, y despues de que Damon à Silerio havia dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se pasase todo en tratar en cosas de tristeza, y por dár principio à que la de Silerio feneciese, le rogó que su harpa tocase, al son de la qual el mismo Damon cantó este Soneto.

D A M O N.

Si el aspero furor del mar ayrado
 Por largo tiempo en su rigor durase,
 Mal se podria hallar quien entregase
 Su flaca nave al pielago alterado.
 No permanece siempre en un estado
 El bien, ni el mal, que el uno, y otro vase,
 Porque si huyese el bien, y el mal quedase,
 Yá sería el mundo á confusion tornado.
 La noche al dia, y el calor al frio,
 La flor al fruto ván en seguimiento,
 Formando de contrarios igual tela.
 La sujecion se cambia en señorío,
 En placer el pesar, la gloria en vicio,
 Ché por tal variar natura e bella.

Acabó Damon de cantar, y luego hizo de señas à Timbrio que lo mismo hiciese; el qual, al son de la harpa de Silerio, dió principio á un Soneto, que en el tiempo del hervor de sus amores havia

hecho, el qual de Silerio era tan sabido, como del mismo Timbri-
bri-
o.

T I M B R I O.

Tambien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimient-
to:
Tal fé, tal suerte, y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado Soneto, porque el oír Silerio su voz, y el conocerle todo fue uno, y sin ser parte à otra cosa, se levantó de do sentado estaba, y se fue á abrazar del cuello de Timbrio, con muestras de tan extraño contento, y sobresalto, que sin hablar palabra se transpuso, y estuvo un rato sin acuerdo, con tanto dolor de los presentes, temerosos de algun mal suceso, que yá condenaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien mas estremos de dolor hacía, era la hermosa Blanca, como aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nisida, y su hermana á remediar el desmayo de Silerio: el qual à cabo de poco espacio volvió en sí, diciendo. ¡O poderoso Cielo! ¿Es posible que el que tengo presente es mi verdadero amigo Timbrio? ¿Es Timbrio el que oygo? ¿Es Timbrio el que veo? Si es, si no me burla mi ventura, y mis ojos no me engañan. Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mio, respondió Timbrio, que yo soy el que sin tí no era, y el que no fuera jamás, si el Cielo no permitiera que te hallára. Cesen yá tus lagrimas, Silerio amigo, si por mí las has derramado, pues yá me tienes presente, que yo atajaré las mias, pues te tengo delante, llamandome el mas dichoso de quantos viven en el mundo, pues mis desventuras, y adversidades han traído tal descuento, que goza mi anima de la posesion de Nisida, y mis ojos de tu presencia. Por estas palabras de Timbrio entendió Silerio, que la que cantado havia, y la que alli estaba, era Nisida; pero certificóse mas en ello, quando ella misma le dixo. ¿Qué es esto, Silerio mio? ¿Qué soledad, y qué habito es este, que tantas muestras dán de tu descontento? ¿Qué falsas sospechas, ó qué engaños te han conducido á tal estremo, para que Timbrio, y yo le tuviesemos de dolor toda la vida, ausentes de tí, que nos la diste? Engaños fueron, hermosa Nisida, respondió Silerio, mas por haver traído tales desengaños, se-
rán

ràn celebrados de mi memoria el tiempo que ella me duràre. Lo mas de este tiempo tenia Blanca asida una mano de Silerio, mirandole atentamente al rostro, derramando algunas lagrimas que de la alegria, y lastima de su corazon, daban manifesto indicio. Largo sería de contar las palabras de amor, y contento, que entre Silerio, Timbrio, Nisida, y Blanca pasaron, que fueron tan tier- nas, y tales, que todos los Pastores que las escuchaban, tenian los ojos bañados en lagrimas de alegria. Contó luego Silerio bre- vemente la ocasion que le havia movido á retirarse en aquella Hermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la de ellos no havia podido saber nueva alguna, y todo lo que dixo fue ocasion de avivar mas en el pecho de Timbrio el amor, y amistad que á Silerio tenia; y en el de Blanca la amistad de su mi- seria. Y asi como acabó de contar Silerio lo que despues que partiò de Napoles le havia sucedido: y asi rogò á Timbrio que lo mis- mo hiciese, porque en estremo lo deseaba; y que no se recelase de los Pastores que estaban presentes, que todos ellos, ò los mas sabian yá su mucha amistad, y parte de sus sucesos. Holgòse Timbrio de hacer lo que Silerio pedia; y mas se holgaron los Pas- tores, que asimismo lo deseaban, que yá porque Tirsi se lo havia contado, todos sabian los amores de Timbrio, y Nisida, y todo aquello que el mismo Tirsi de Silerio havia oído. Sentados, pues, todos, como yá he dicho, en la verde yerva, con maravillosa atencion estaban esperando lo que Timbrio diria: el qual dixo. ¡Despues que la fortuna me fue tan favorable, y tan adversa, que me dexó vencer à mi enemigo, y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nisida, con el dolor que pensar se puede, en aquel mismo instante me partí para Napoles, y confir- mandose allí el desdichado suceso de Nisida, por no vér las casas de su padre, donde yo la havia visto, y por las calles, ventanas, y otras partes donde yo la solía vér, no me renovasen continua- mente la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino to- mase, y sin tener algun discurso mi alvedrio, salí de la Ciudad, y à cabo de dos dias llegué á la fuerte Gaeta, donde hallé una na- ve que yá queria desplegar las velas al viento para partirse á Es- paña: embarquéme en ella, no mas de por huir la odiosa tierra donde dexaba mi cielo. Mas apenas los diligentes Marineros zarparon los ferros, y descogieron las velas, y al mar algun tanto se alargaron, quando se levantò una no pensada, y subita borras-

ca, y una fatiga de viento embistiò las velas del navio con tanta furia, que rompiò el arbol del trinquete, y la vela mesana abrió de arriba abajo: acudieron luego los prestos Marineros al remedio, y con dificultad grandisima amaynaron todas las velas, porque la borrasca crecía, y la mar comenzaba á alterarse, y el Cielo daba señales de durable, y espantosa fortuna. No fue volver al Puertò posible, porque era maeftral el viento que soplabá, y con tan grande violencia, que fue forzoso poner la vela del trinquete al arbol mayor, y amollar, como dicen, en popa, dexandose llevar donde el viento quisiese; y así comenzò la nave, llevada de su furia, á correr por el levantado mar con tanta ligereza, que en dos dias que durò el maeftral, discurrimos por todas las Islas de aquel derecho, sin poder en ninguna tomar abrigo, pásando siempre á vista de ellas, sin que Estrombalo nos abrigase, ni Lipar nos acogiese, ni el Cimbalò, Lampadosa, ni Pantanalea sirviesen para nuéstro remedio: y pasamos tan cerca de Berbería, que los recien derribados muros de la Geleta se descubrian, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban. No fue pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que si el viento algo mas reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra: mas quando de esto estaban mas temerosos, la suerte que mejor nos la tenia guardada, ò el Cielo que escuchó los votos, y promesas que allí se hicieron, ordenò que el maeftral se cambiase en un medio dia tan reforzado, y que tocaba en la quarta del jaloque, que en otros dos dias nos volvió al mismo puerto de Gaeta, donde haviamos partido, con tanto consuelo de todos, que algunos se partieron á cumplir las romerías, y promesas, que en el peligro pasado havian hecho. Estuvo allí la nave otros quatro dias, reparandose de algunas cosas que le faltaban: al cabo de los quales tornò à seguir su viage, con mas sosegado mar, y prospero viento: llevando á vista la hermosa ribera de Genova, llena de adornados jardines, blancas casas, y relumbrantes chapiteles, que heridos de los rayos del Sol, reververan con tan encendidos rayos que apenas dexan mirarse. Todas estas cosas que desde la nave se miraban, pudieran causar contento, como le causaban á todos los que en la nave iban: sino à mí que me era ocasion de más pesadumbre; solo el descanso que tenia, era entretenerme lamentando mis penas, cantándolas, ò por mejor decir, llorándolas al son de un laud de uno de aquellos Marineros. Y una noche me acuerdo, y aun es bien que me acuerde, pues en ella

ella comenzó á amanecer mi dia, que estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas à los arboles, y los Marineros sin cuidado alguno, por diferentes partes del navio tendidos, y el timoreno casi dormido, por la bonanza que havia, y por la que el Cielo aseguraba: enmedio de este silencio, y enmedio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dexaban entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomé el laud, y comencé á cantar unos versos, que havré de repetir ahora, porque se advierta de que estremo de tristeza, y quan sin pensarlo me pasó la suerte al mayor de alegría que imaginar supiera: era, si no me acuerdo mal, lo que cantaba esto.

TIMBRIO.

Ahora que calla el viento,
Y el sesgo mar está en calma,
No se calle mi tormento,
Salga con la voz el alma
Para mayor sentimiento.
Que para contar mis males,
Mostrando en parte que son
Por fuerza, han de dár señales
El alma, y el corazon
De vivas ansias mortales.

Llevóme el Amor en buelo
Por uno, y otro dolor
Hasta ponerme en el Cielo,
Y ahora muerte, y Amor
Me han derribado en el suelo.
Amor, y muerte ordenaron,
Una muerte, y Amor tal
Qual en Nisida causaron,
Y de mi bien, y su mal
Eterna fama ganaron.

Con nueva voz, y terrible
De oy mas, y en son espantoso
Hará la fama creible

Que el Amor es poderoso,
Y la muerte es invencible.
De su poder satisfecho
Quedará el mundo, si advierte
Qué hazaña los dos han hecho,
Qué vida l'evó la muerte,
Que tal tiene amor mi pecho.

Mas creo, pues no he venido
A morir, ó estár mas loco
Con el daño que he sufrido,
O que muerte puede poco,
O que no tengo sentido.
Que si sentido tuviera,
Segun mis penas crecidas
Me persiguen, donde quiera,
Aunque tuviera mil vidas,
Cien mil veces muerto fuera.

Mi victoria tan subida
Fue con muerte celebrada
De la mas illustre vida,
Que en la presente, ó pasada
Edad fue, ni es conocida.
De ella llevé por despojos
Dolor en el corazon,
Mil lagrimas en los ojos,

En el alma confusion,
Y en el firme pecho enojos.

O fiera mano enemiga,
Como si allí me acabáras
Te tuviera por amiga,
Pues con matarme estorváras
Las ansias de mi fatiga.

O quan amargo descuento
Trajo la vitoria mia,
Pues pagaré , segun siento,
El gusto solo de un dia
Con mil siglos de tormento.

Tú, Mar, que escuchas mi llanto,
Tú, Cielo, que le ordenaste,
Amor, por quien lloro tanto,
Muerte , que mi bien llevaste,

Acabad yá mi quebranto.
Tú , Mar , mi cuerpo recibe,
Tú , Cielo , acoge mi alma,
Tú, Amor , con la fama escribe,
Que muerte llevó la palma
De esta vida que no vive.

No os descuideis de ayudarme
Mar , Cielo, Amor, y la Muerte,
Acabad yá de acabarme,
Que será la mejor suerte
Que yo espero, y podreis darme.
Pues si no me anega el Mar,
Y no me recoge el Cielo,
Y el Amor ha de durar,
Y de no morir recelo,
No sé en qué havré de parar.

Acuerdome que llegaba á estos ultimos versos que he dicho, quando sin poder pasar adelante , interrumpido de infinitos suspiros , y sollozos , que de mi lastimado pecho despedia , aquejado de la memoria de mis desventuras , del puro sentimiento de ellas , vine à perder el sentido , con un parasismo tal , que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo : pero yá despues que el amargo accidente hubo pasado , abrí mis cansados ojos , y halléme puesta la cabeza en las faldas de una muger , vestida en habito de peregrina , y á mi lado estaba otra con el mismo traje adornada , la qual estando de mis manos asida , la una , y la otra tiernamente lloraban. Quando yo me ví de aquella manera , quedé admirado , y confuso , y estaba dudando si era sueño aquello que veía , porque nunca tales mugeres havia visto jamás en la nave , despues que en ella andaba. Pero de esta confusion me sacó presto la hermosa Nisida , que aqui está , que era la peregrina que allá estaba , diciendome : Ay Timbrio , verdadero señor , y amigo mio : qué falsas imaginaciones , ó qué desdichados accidentes han sido parte para ponerlos donde ahora estais , y para que yo , y mi hermana tuviesemos tan poca cuenta con lo que á nuestras honras debiamos , y que sin mirar en inconveniente alguno , hayamos querido dexar nuestros amados padres , y nuestros usados trages , con intencion de busca-

ros , y desengañaros de tan incierta muerte mia , que pudiera causar la verdadera vuestra. Quando yo tales razones oí , de todo punto acabé de creer que soñaba , y que era alguna vision aquella que delante los ojos tenía , y que la continua imaginacion , que de Nisida no se apartaba , era la causa que allí á los ojos viva la representase. Mil preguntas les hice , y á todas ellas enteramente me satisficieron , primero que pudiese sosegar el entendimiento , y enterarme que ellas eran Nisida , y Blanca. Mas quando yo fui conociendo la verdad , el gozo que sentí fue de manera , que tambien me puso en condicion de perder la vida , como el dolor pasado havia hecho. Allí supe de Nisida como el engaño , y descuido que tuviste , ó Silerio , en hacer la señal de la toca , fue la causa para que creyendo algun mal suceso mio , le sucediese el parasismo , y desmayo tal , que todos creyeron que era muerta , como yo lo pensé , y tú , Silerio , lo creíste. Dixome tambien como despues de vuelta en sí , supo la verdad de la victoria mia , junto con mi subita , y arrebatada partida , y la ausencia tuya , cuyas nuevas la pusieron estremo de hacer verdaderas las de su muerte. Pero yá que el ultimo termino no la llegaron , hicieron con ella , y con su hermana , por industria de una ama suya , que con ellas venia , que vistiendose en habitos de peregrinas , desconocidamente se saliesen de con sus padres. Una noche que llegaban junto á Gaeta á la vuelta que á Napoles se volvian , y fue á tiempo que la nave donde yo estaba embarcado , despues de reparada de la pasada tormenta , estaba yá para partirse , y diciendo al Capitan que querian pasar á España para ir á Santiago de Galicia , se concertaron con él ; y se embarcaron , con presupuesto de venir à buscarme à Xerez , do pensaban hallarme , ó saber de mí nueva alguna : y en todo el tiempo que en la nave estuvieron , que sería quatro dias , no havian salido de un aposento que el Capitan en la popa les havia dado , hasta que oyendome cantar los versos que os he dicho , y conociendome en la voz , y en lo que en ellos decia , salieron al tiempo que os he contado , donde solemnizando con alegres lagrimas el contento de havernos hallado , estabamos mirando los unos à los otros , sin saber con qué palabras engrandecer nuestra nueva , y no pensada alegria , la qual se acrecentára mas , y llegára al termino , y punto que ahora llega , si de tí , amigo Silerio , allí supieramos nueva alguna : pero como no hay placer que venga tan entero , que de todo en todo al corazon satisfaga , en el que enton-

ces teníamos , no solo nos faltó tu presencia , pero aun las nuevas de ella. La claridad de la noche , el fresco , y agradable viento (que en aquel instante comenzó á herir las velas , prospera , y blandamente) el mar tranquilo , y desembarazado Cielo , parece que todos juntos , y cada uno por sí ayudaban á solemnizar la alegría de nuestros corazones.

Mas la fortuna variable , de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna , embidiosa de nuestra ventura , quiso turbarla con la mayor desventura , que imaginar se pudiera , si el tiempo , y los prosperos sucesos no la huvieran reducido á mejor termino. Sucedió , pues , que á la sazón que el viento comenzaba á refrescar , los solícitos marineros izaron mas todas las velas , y con general alegría de todos , seguro , y prospero viage se aseguraban. Uno de ellos , que á una parte de la proa iba sentado , descubrió , con la claridad de los bajos rayos de la Luna , que quatro bageles de remo á larga , y tirada boga , con gran celeridad , y prisa , ázia la nave se encaminaban , y al momento conoció ser de contrarios , y con grandes voces comenzó á gritar , arma , arma , que bageles Turquescos se descubren. Esta voz , y subito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave , que sin saber darse maña en el cercano peligro , unos á otros se miraban. Mas el Capitan de ella (que en semejantes ocasiones algunas veces se havia visto) viniendose á la proa , procuró reconocer qué tamaño de bageles , y quantos eran , y descubrió dos mas que el marinero , y conoció que eran galeotas forzadas , de que no poco temor debió de recibir ; pero disimulando lo mejor que pudo , mandó luego alistar la artillería , y cargar las velas todo lo mas que se pudiese la vuelta de los contrarios bageles , por vér si podria entrarse entre ellos , y jugar de todas vandas la artillería. Acudieron luego todos á las armas , repartidos por sus postas , como mejor se pudo , la venida de los enemigos esperaban. ¿Quién podrá significaros , señores , la pena que yo en esta sazón tenía , viendo con tanta celeridad turbado mi contento , y tan cerca de poder perderle ; y mas quando ví que Nisida , y Blanca se miraban sin hablarse palabra , confusas del estruendo , y vocería que en la nave andaba , y viendome á mí rogarles , que en su aposento se encerrasen , y rogasen á Dios que de las enemigas manos nos librase. Paso , y punto fue este , que desmayó la imaginacion quando de él se acuerda la memoria. Sus descubiertas lagrimas , y la fuerza que yo me hacía por no mostrar las mias , me

tenian de tal manera , que casi me olvidaba de lo que debia hacer , á quien era , y á lo que el peligro obligaba ; mas en fin las hice retraer á su estancia casi desmayadas , y cerrandolas por defuera , acudí à vér lo que el Capitan ordenaba , el qual con prudente sollicitud todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo , y dando cargo á Darintho , que es aquel Caballero que oy se partió de nosotros , de la guarda del Castillo de proa , y encomendandome á mí el de popa ; él con algunos Marineros , y Pasajeros , por todo el cuerpo de la nave , á una , y á otra parte discurría . No tardaron mucho en llegar los enemigos , y tardó harto menos en calmar el viento , que fue la total causa de la perdicion nuestra . No osaron los enenigos llegar á bordo , porque viendo que el tiempo calmaba , les pareció mejor aguardar el dia para embestirnos . Hicieronlo así , y el dia venido (aunque yá los haviamos contado) acabamos de vér que eran quince bageles gruesos los que cercados nos tenian , y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdersnos . Con todo eso , no desmayando el valeroso Capitan , ni alguno de los que con él estaban , esperó á vér lo que los contrarios harían , los quales , luego como vino la mañana , echaron de su Capitana una barquilla al agua , y con un Renegado embiaron á decir á nuestro Capitan , que se rindiese , pues veía ser imposible defenderse de tantos bageles , y mas que eran todos los mejores de Argél , amenazandole de parte de Arnaut Mami , su General , que si disparaba alguna pieza el navío , que le havia de colgar de una entena en cogiendole , y añadiendo á estas otras amenazas el Renegado , le persuadía que se rindiese : mas no queriendolo hacer el Capitan , respondió al Renegado , que se alargase de la nave , si no que le echaría á fondo con la artillería . Oyó Arnaut esta respuesta , y luego cevando el navío por todas partes , comenzó á jugar desde lejos la artillería con tanta prisa , furia , y estruendo , que era maravilla . Nuestra nave comenzó á hacer lo mismo tan venturosamente , que à uno de los bageles , que por la popa le combatían , echó à fondo , porque le acertó con una bala junto à la cinta , de modo , que sin ser socorrido , en breve espacio se le sorbió el mar . Viendo esto los Turcos , apresuraron el combate , y en quatro horas nos embistieron quatro veces , y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo , y no con poco nuestro . Mas por no iros cansando contandoos particularmente las cosas sucedidas en este combate , solo diré , que despues de havernos com-

batido diez y seis horas, y despues de haver muerto nuestro Capitan, y toda la mas gente del Navío, á cabo de nueve asaltos que nos dieron, al ultimo entraron furiosamente en el Navío. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que á mi alma llegó, quando ví que las amadas prendas mías, que ahora tengo delante, havian de ser entonces entregadas, y venidas à poder de aquellos crueles carniceros; y asi llevado de la ira que este temor, y consideracion me causaba, con pecho desarmado me arrojé por medio de las barbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos, antes que vér á mis ojos lo que esperaba. Pero sucedióme al revés mi pensamiento, porque abrazandose conmigo tres membrudos Turcos, y yo forcejeando con ellos, de tropél venimos á dár todos en la puerta de la camara donde Nisida, y Blanca estaban, y con el impetu del golpe se rompió, y abrió la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que alli estaba encerrado, del qual codiciosos los enemigos, el uno de ellos asió á Nisida, y el otro à Blanca; y yo que de los dos me ví libre, al otro que me tenia hice dexar la vida à mis pies, y de los dos pensaba hacer lo mismo, si ellos advertidos del peligro, no dexàran la presa de las Damas, y con dos grandes heridas no me derribàran en el suelo. Lo qual visto por Nisida, arrojandose sobre mi herido cuerpo, con lamentables voces pedía á los dos Turcos la acabasen. En este instante (atráido de las voces, y lamentos de Blanca, y Nisida) acudió à aquella estancia Arnaute, el General de los bageles, é informandose de los Soldados de lo que pasaba, hizo llevar á Nisida, y á Blanca à su galera, y á ruego de Nisida mandó tambien que á mí me llevasen, pues no estaba aun muerto. De esta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron á la enemiga galera Capitana, adonde fui luego curado con alguna diligencia, porque Nisida havia dicho al Capitan, que yo era hombre principal, y de gran rescate: con intencion, que cebados de la codicia, y del dinero que de mí podrian haver, con algo mas recato mirasen por la salud mia. Sucedió, pues, que estando curandome las heridas, con el dolor de ellas volví en mi acuerdo, y volviendo los ojos á una parte, y á otra, conocí que estaba en poder de mis enemigos, y en el bagel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fue vér en la popa de la galera á Nisida, y Blanca sentadas à los pies del perro General, derramando por sus ojos infinitas lagrimas, indicios del interno dolor que padecian: no el temor de la afrentosa muer-

te que esperaba, quando tú de ella, buen amigo Silerio, en *Cathaluña* me librate: no la falsa nueva de la muerte de *Nisida*, de mí por verdadera creída: no el dolor de mis mortales heridas, ni otra qualquiera affliccion que imaginar pudiera, me causò, ni causará mas sentimiento, que el que me vino de ver á *Nisida*, y *Blanca* en poder de aquel barbaro descreído, donde á tan cercano, y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor de este sentimiento hizo tal operacion en mi alma, que torné de nuevo à perder los sentidos, y á quitar la esperanza de mi salud, y vida al *Cirujano* que me curaba, de tal modo, que creyendo que era muerto, paró en medio de la cura, certificando à todos que yá yo de esta vida havia pasado. Oídas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven, que yo solo sé decir, que despues supe, que levantandose las dos de do estaban, tirandose de sus rubios cabellos, y arañandose sus hermosos rostros (sin que nadie pudiese detenerlas) vinieron donde yo desmayado estaba, y allí comenzaron á hacer tan lastimero llanto, que à los mismos pechos de los crueles barbaros enternecieron. Con las lagrimas de *Nisida* que en el rostro me caían, ó por las yá frias, y enconadas heridas, que gran dolor me causaban, torné á volver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio ahora las lastimeras, y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí, y *Nisida* pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que ahora nos hallamos, ni quiero decir por extenso los trances que me contó que con el *Capitan* havia pasado: el qual, vencido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo, porque viniese à condescender con la desordenada voluntad suya. Pero mostrandose ella con él tan esquivada como honrada, y tan honrada como esquivada, pudo todo aquel dia, y la noche siguiente defenderse de las pesadas inportunaciones del *Cosario*. Mas como la continua presencia de *Nisida*, iba creciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer (como yá temía) que dexando los ruegos, y usando la fuerza, *Nisida* perdiese su honra, ó la vida, que era lo mas cierto que de su bondad se podia esperar. Pero causada ya la fortuna de havernos puesto en el mas bajo estado de miseria, quiso darnos à entender, ser verdad lo que de la inestabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en terminos de rogar al Cielo,

lo, que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, á trueco de no perder la vida sobre las hinchadas hondas del mar ayra-do: el qual (á cabo de dos dias que cautivos fuimos, y á la sazón que llevamos el derecho viage de Berbería) movido de un furioso jaloque, comenzó á hacer montañas de agua, y azotar con tanta furia la cosaria armada, que sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron, y acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al arbol, y á dexarse llevar por donde el viento, y mar quisiese: y de tal manera creció la tormenta, que en menos de media hora esparció, y apartó á diferentes partes los bageles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su Capitan, antes en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bagel á quedar solo, y á ser el que mas peligro amenazaba. Porque comenzó á hacer tanta agua por las costuras, que por mucho que por todas las camaras de popa, proa, y mediana le agotaban, siempre en la sentina llegaba el agua á la rodilla; y añadióse á toda esta desgracia, sobrevenir la noche, que en semejantes casos (mas que en otros algunos) el medroso temor acrecienta. Y vino con tanta obscuridad, y nueva borrasca, que de todo en todo, todos desesperamos de remedio. No querais mas saber, señores, sino que los mismos Turcos rogaban á los Christianos que iban al remo cautivos, que invocasen, y llamasen á sus Santos, y á su Christo, para que de tal desventura los librase, y no fueron tan en vano las plegarias de los miseros Christianos (que allí iban) que movido el alto Cielo de ellas dexase sosegar el viento, antes le creció con tanto impetu, y furia, que al amanecer del dia (que solo pudo conocerse por las horas del relox de arena, por quien se rigen) se halló el mal gobernado bagel en la costa de Cathaluña, tan cerca de tierra, y tan sin poder apartarse de ella que fue forzoso alzar un poco mas la vela, para que con mas furia embistiesen en una ancha playa que delante se nos ofrecia, que el amor de la vida les hizo parecer dulce á los Turcos la esclavitud que esperaban. Apenas huvo la galera embestido en tierra, quando luego acudió á la playa mucha gente armada, cuyo trage, y lengua dió á entender ser Cathalanes, y ser de Cathaluña aquella costa: y aun aquel mismo lugar donde á riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mia escapaste. Quien pudiera exagerar ahora el gozo de los Christianos, que del insufrible, y pesado yugo del amargo cautiverio veían libres, y desembarazados sus cuellos, y las plegarias, y ruegos

que los Turcos; poco antes libres, hacian à sus mismos esclavos, rogandoles fuesen parte para que de los indignados Christianos maltratados no fuesen, los quales yá en la playa los esperaban con deseo de vengarse de la ofensa que estos mismos Turcos les habian hecho, saqueandoles su Lugar, como tú, Silerio, sabes. Y no les salió vano el temor que tenian, porque en entrando los del pueblo en la galera (que encallada en la arena estaba) hicieron tan cruél matanza en los cosarios, que muy pocos quedaron con la vida: y si no fuera que les cegó la codicia de robar la galera, todos los Turcos en aquel primero impetu fueran muertos. Finalmente, los Turcos que quedaron, y Christianos cautivos, que allí veniamos, todos fuimos saqueados; y si los vestidos que yo traía no estuvieran sangrentados, creo que aun no me los dexàran. Darintho, que tambien allí venia, acudió luego à mirar por Nisida, y Blanca, y á procurar que me sacasen á tierra donde fuese curado. Quando yo salí, y reconocí el lugar donde estaba, y considerè el peligro en que en él me havia visto, no dexó de darme alguna pesadumbre, causada de temor no fuese conocido, y castigado por lo que no debia, y así roguè à Darintho, que sin poner dilacion alguna procurase que à Barcelona nos fuésemos, diciendole la causa que me movia á ello: pero no fue posible, porque mis heridas me fatigaban de manera, que me forzaron á que allí algunos dias estuviese, como estuve, sin ser de mas de un Cirujano visitado. En este entretanto fue Darintho à Barcelona, donde proveyendose de lo que menester haviamos, dió la buelta, y hallandome mejor, y con mas fuerza, luego nos pusimos en camino para la Ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nisida, que si sabian de sus padres, á quien yá hemos escrito todo el suceso de nuestras vidas, pidiendole perdón de nuestros pasados yerros. Y todo el contento, y dolor de estos buenos, y malos sucesos, lo ha acrecentado, ó diminuído la ausencia tuya, Silerio. Mas pues el Cielo ahora con tantas ventajas ha dado remedio á nuestras calamidades, no resta otra cosa, sino que dandole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la tristeza pasada con la ocasion de la alegria presente, y procures darla á quien ha muchos dias, que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás quando mas à solas, y contigo las comuniquere. Otras algunas cosas me quedan por decir, que me han sucedido en el discurso de esta mi peregrinacion; pero dexarlas por ahora, por no dár con la proligidad de ellas disgulto á estos Pasto-

res, que han sido el instrumento de todo mi placer, y gusto. Estos, pues, Silerio amigo, y amigos Pastores, el suceso de mi vida. Ved si por la que he pasado, y por la que ahora paso me puedo llamar el mas lastimado, y venturoso hombre de los que oy viven. Con estas ultimas palabras dió fin à su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban se alegraron del felice suceso que sus trabajos havian tenido; pasando el contento de Silerio à todo lo que decir se puede: el qual tornando de nuevo à abrazar à Timbrio, forzado del deseo de saber quien era la persona que por su causa sin contento vivia, pidiendo licencia à los Pastores, se apartó con Timbrio à una parte, donde supo de él, que la hermosa Blanca, hermana de Nisida, era la que mas que à sí le amaba, desde el mismo dia, y punto que ella supo quien él era, y el valor de su persona, y que jamás (por no ir contra aquello que à su honestidad estaba obligada) havia querido descubrir este pensamiento sino à su hermana, por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Dixole asimismo Timbrio como aquel Caballero Darintho, que con él venia (y de quien él havia hecho mención en la plática pasada) conociendo quien era Blanca, y llevado de su hermosura, se havia enamorado de ella con tantas veras, que la pidió por su esposa à su hermana Nisida, la qual le desengañó, que Blanca no lo haria en manera alguna, y que agraviado de esto Darintho, creyendo que por el poco valor suyo le desechaban, y por sacarle de esta sospecha, le hubo de decir Nisida, como Blanca tenia ocupados los pensamientos en Silerio. Mas que no por esto Darintho havia desmayado, ni dexado la empresa, porque como supo que de tí, Silerio, no se sabia nueva alguna, imaginó que los servicios que él pensaba hacer à Blanca, y el tiempo la apartarian de su intencion primera: y con este presupuesto jamás nos quiso dexar, hasta que ayer, oyendo à los Pastores las ciertas nuevas de tu vida, y conociendo el contento que con ellas Blanca havia recibido, y considerando ser imposible que pareciendo Silerio, pudiese Darintho alcanzar lo que deseaba, sin despedirse de ninguno se havia (con muestras de grandísimo dolor) apartado de todos. Junto con esto aconsejó Timbrio à su amigo, fuese contento de que Blanca le tuviese, escogiendola, y acetandola por esposa, pues ya la conocia, y no ignoraba su valor, y honestidad, encareciendole el gusto, y placer, que los dos tendrian viendose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió, que le diese espacio para pensar en aquel hecho, aunque

él sabia, que al cabo era imposible dexar de hacer lo que él le mandase. A esta sazón comenzaba ya la blanca Aurora á dar señales de su nueva venida, y las estrellas poco á poco iban escondiendo la claridad suya: y á este mismo punto llegó á los oídos de todos la voz del enamorado Lauso, el qual como su amigo Damon havia sabido que aquella noche la havian de pasar en la Hermita de Silerio, quiso venir á hallarse con él, y con los demás Pastores: y como todo su gusto, y pasatiempo era cantar al son de su rabél los sucesos prosperos, ó adversos de sus amores, llevado de la condicion suya, y combidado de la soledad del camino, y de la sabrosa harmonía de las aves, que yá comenzaban con su dulce, y concertado canto à saludar el venidero dia, con baja voz semejantes versos venia cantando.

L A U S O.

Alzo la vista à la mas noble parte,
 Que puede imaginar el pensamiento,
 Donde miro el valor, admiro el arte,
 Que suspende el mas alto entendimiento.
 Mas si quereis saber quien fue la parte
 Que puso fiero yugo al cuello esento,
 Quien me entregó, quien lleva mis despojos,
 Mis ojos son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos son, de cuya luz serena
 Me viene la que al Cielo me encamina,
 Luz de qualquiera obscuridad agena,
 Segura muestra de la luz divina.
 Por ella el fuego, el yugo, y la cadena,
 Que me consume, carga, y desatina,
 Es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
 Al alma, y vida que te ha dado el alma.

Divinos ojos, bien del alma mia,
 Termino, y fin de todo mi deseo,
 Ojos que serenais el turbio dia,
 Ojos por quien yo veo, si algo veo.
 En vuestra luz, mi pena, y mi alegria
 Ha puesto Amor, en vos contemplo, y leo

La dulce amarga verdadera historia
Del cierto infierno, de mi incierta gloria.

En ciega obscuridad andaba, quando
Vuestra luz me faltaba, ó bellos ojos,
Acá, y allá, sin vér el Cielo, errando
Entre agudas espinas, y entre abrojos,
Mas luego en el momento que tocando
Fueron al alma mia los manojos
De vuestros rayos claros, vi á la clara
La senda de mi bien abierta, y clara.

Ví que sois, y sereis ojos serenos,
Quien me levanta, y puede levantarme
A que entre corto numero de buenos
Venga como mejor à señalarme.
Esto podreis hacer no siendo agenos,
Y con pequeño acuerdo de mirarme,
Que el gusto del mas bien enamorado
Consiste en el mirar, y ser mirado.

Si esto es verdad, Silena, quien ha sido,
Es, ni será, que con firmeza pura,
Qual yo te quiera, ni te habrá querido,
Por mas que amor le ayude, y la ventura.
La gloria de tu vista he merecido
Por mi inviolable fé, mas es locura
Pensar que pueda merecerse aquello,
Que apenas puede contemplarse en ello.

El canto, y el camino acabó á un mismo punto el enamorado Lauso, el qual de todos los que con Silerio estaban, fue amorosamente recibido, acrecentando con su presencia el alegría que todos tenían, por el buen suceso que los trabajos de Silerio havian tenido. Y estandose los Damon contando, asomó por junto á la Hermita el venerable Aurelio, que con algunos de sus Pastores traía algunos regalos con que regalar, y satisfacer á los que alli estaban, como lo havia prometido el dia antes que de ellos se partió. Maravillados quedaron Tirsi, y Damon de verle venir
sin

sin Elicio, y Erastro, y mas lo fueron quando vinieron á entender la causa del haverse quedado. Llegó Aurelio, y su llegada aumentara mas el contento de todos, si no dixera: (encaminando su razon á Timbrio) Si te precias (como es razon te precies) valeroso Timbrio, de ser verdadero amigo del que lo es tuyo, ahora es tiempo de mostrarlo, acudiendo á remediar á Darintho, que no lejos de aqui queda tan triste, y apasionado, y tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le dí, no fueron parte para que él los tuviese por tales. Hallamosle Elicio, Erastro, y yo havrá dos horas, en medio de aquel monte, que á esta mano derecha se descubre, el caballo arrendado á un pino, y él en el suelo boca abajo tendido, dando tiernos, y dolorosos suspiros, y de quando en quando decia algunas palabras, que á maldecir su ventura se encaminaban: al son lastimero de las quales llegamos á él, y con el rayo de la Luna (aunque con dificultad) fue de nosotros conocido, è importunado que la causa de su mal no dixese: dixonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenia. Con todo eso se han quedado con él Elicio, y Erastro, y yo he venido á darte las nuevas del termino en que le tienen sus pensamientos; y pues á tí te son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, ó acude á consolarlos con palabras. Palabras serán todas, buen Aurelio, respondió Timbrio, las que yo en esto gastare, si yá él no quiere aprovecharse de la ocasion del desengaño, y disponer sus deseos á que el tiempo, y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efectos. Mas porque no se piense que no correspondo á lo que á su amistad estoy obligado, ehseñame Aurelio á que parte le dexaste, que yo quiero ir luego á verle. Yo iré contigo, respondió Aurelio, y luego al momento se levantaron todos los Pastores para acompañar á Timbrio, y saber la causa del mal de Darintho, dexando á Silerio con Nísida, y Blanca, con tanto contento de los tres, que no se acertaban á hablar palabra. En el camino que havia desde alli adonde Aurelio á Darintho havia dexado, contó Timbrio á los que con él iban la ocasion de la pena de Darintho, y el poco remedio que de ella se podria esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba, tenia ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio, diciendoles asimismo, que havia de procurar con toda su industria, y fuerzas, que Silerio viniese en lo que Blanca deseaba, suplicandoles, que todos fuesen en ayudar, y favorecer su inten-

cion, porque en dexando à Darintho , quería que todos à Silerio rogasen diese el sí de recibir à Blanca por su legitima esposa. Los Pastores se ofrecieron de hacer lo que les mandaba, y en estas platicas llegaron adonde creyó Aurelio , que Elicio , Darintho , y Erastro estarian ; pero no hailaron alguno , aunque rodearon , y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que allí estaba , de que no poco pesar recibieron todos. Pero estando en esto ; oyeron un tan doloroso suspiro, que les puso en confusion , y deseo de saber quien le havia dado. Mas sacóles presto de esta duda otro que oyeron no menos triste que el pasado , y acudiendo todos à aquella parte adonde el suspiro venía , vieron estàr no lejos de ellos al pie de un crecido nogal dos Pastores , el uno sentado sobre la yerva verde , y el otro tendido en el suelo , y la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estaba el sentado con la cabeza inclinada , derramando lagrimas , y mirando atentamente al que en las rodillas tenía ; y así por esto , como por estàr el otro con color perdida , y rostro desmayado , no pudieron luego conocer quien era : mas quando mas cerca llegaron , luego conocieron que los Pastores eran Elicio , y Erastro , Elicio el desmayado , y Erastro el lloroso. Grande admiracion , y tristeza causó en todos los que allí venían la triste semblanza de los dos lastimados Pastores , por ser grandes amigos suyos , y por ignorar la causa que de tal modo los tenía. Pero el que mas se maravilló fue Aurelio , por vér que tan poco antes los havia dexado en compañía de Darintho , con muestras de todo placer , y contento , como si él no huviera sido la causa de toda su desdicha. Viendo, pues, Erastro , que los Pastores à èl se llegaban , estremeció á Elicio , diciendole : Vuelve en tí , lastimado Pastor , levántate , y busca lugar donde puedas à solas llorar tu desventura , que yo pienso hacer lo mismo hasta acabar la vida ; y diciendo esto , cogió con las dos manos la cabeza de Elicio , y quitandola de sus rodillas , la puso en el suelo , sin que el Pastor pudiese volver en su acuerdo ; y levantandose Erastro , volvía las espaldas para irse , si Tirsi , y Damon , y los demás Pastores no se lo impidieran. Llegó Damon adonde Elicio estaba , y tomandole entre los brazos , le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos , y porque conoció á todos los que allí estaban , tuvo cuenta con que su lengua movida , y forzada del dolor no dixese algo que la causa de él manifestase ; y aunque esta le fue preguntada por todos los Pastores , jamás respondió sino que no sabía otra

cosa de sí mismo , sino que estando hablando con Erastro , le havia tomado un recio desmayo. Lo propio decia Erastro , y á esta causa los Pastores dexaron de preguntarle mas la causa de su passion , antes le rogaron que con ellos á la Hermita de Silerio se volviese , y que desde allí le llevarian á la Aldéa , ó á su cabaña , mas no fue posible , que con él esto se acabase , sino que le dexasen volver á la Aldéa. Viendo , pues , que esta era su voluntad , no quisieron contradecirsela , antes se ofrecieron de ir con él , pero de ninguno quiso compañía , ni la llevó , si la porfia de su amigo Damon no le venciera , y así se huvo de partir con él , dexando concertado Damon con Tirsi , que se viesen aquella noche en el Aldéa , ó cabaña de Elicio , para dár orden de volverse á la suya. Aurelio , y Timbrio preguntaron á Erastro por Darintho , el qual les respondió , que así como Aurelio se havia apartado de ellos , le tomó el desmayo á Elicio , y que entretanto que él le socorría , Darintho se havia partido con toda prisa , y que nunca mas le havian visto. Viendo , pues , Timbrio , y los que con él venian , que á Darintho no hallaban , determinaron de volver á la Hermita á rogar á Silerio aceptase á la hermosa Blanca por su esposa ; y con esta intencion se volvieron todos , excepto Erastro , que quiso seguir á su amigo Elicio , y así , despidiéndose de ellos , acompañado de solo su rabél , se apartó por el mismo camino que Elicio havia ido , el qual , habiendose un rato apartado con su amigo Damon , de la demás compañía , con lagrimas en los ojos , y con muestras de grandisima tristeza , así le comenzó á decir : Bien sé , discreto Damon , que tienes de los efectos de amor tanta experiencia , que no te maravillarás de lo que ahora pienso contarte , que son tales , que á la cuenta de mi opinion los estimo , y tengo por de los mas desastrados , que en amor se hallaa. Damon , que no deseaba otra cosa , que saber la causa del desmayo , y tristeza suya , le aseguró , que ninguna cosa le sería á él nueva , como tocise á los males , que el amor suele hacer. Y así , Elicio , con este seguro , y con el mayor que de su amistad tenia , prosiguió diciendo : Yá sabes , amigo Damon , como la buena suerte mia , que este nombre de buena le daré siempre , aunque me cueste la vida el haverla tenido : digo , pues , que la buena suerte mia quiso , como todo el Cielo , y todas estas riberas saben , que yo amase , ¿qué digo amase? que adorase á la sin par Galatea , con tan limpio , y verdadero amor , qual á su merecimiento se debe : juntamente te confie-

so, amigo, que en todo el tiempo que há que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido à él, con otras muestras que las generales que suele, y debe dár un casto, y agradecido pecho; y así há algunos años, que sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre, y satisfecho de mis pensamientos, que me juzgaba por el mas dichoso Pastor, que jamás apacentó ganado, contentandome solo de mirar á Galatea, y de vér, que si me queria, no me aborrecia, y que otro ningun Pastor no se podía alabar, que aun de ella fuese mirado, que no era poca satisfacción de mi deseo, tener puestas mis pensamientos en tan segura parte, que de otros algunos no me recelaba: confirmandome en esta verdad la opinion que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no dá lugar á que se le atreva el mismo atrevimiento. Contra este bien que tan á poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado oy irrevocable sentencia, que el bien se acabe, que la gloria fenezca, que el gusto se cambie, y que finalmente, se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Damon, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea á buscaros á la Hermita de Silerio, en el camino me dixo, como tenia concertado de casar á Galatea con un Pastor Lusitano, que en las riberas del blando Lima gran numero de ganado apacienta: pidióme que le dixese, qué me parecia, porque de la amistad que me tenía, y de mi entendimiento, esperaba ser bien aconsejado: lo que yo le respondí, fue, que me parecia cosa recia poder acabar con su voluntad, privarse de la vista de tan hermosa hija, desterrandola á tan apartadas tierras, y que si lo hacía llevado, y cevado de las riquezas del estrangero Pastor, que considerase, que no carecía él tanto de ellas, que no tuviese para vivir en su Lugar, mejor que quantos en él de ricos presumian, y que ninguno de los mejores de quantos habitan las riberas de Tajo, dexaría de tenerse por venturoso, quando alcanzase á Galatea por esposa. No fueron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio; pero en fin se resolvió diciendo, que el Rabadan mayor de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo havia concertado, y tratado, y que era imposible deshacerse. Preguntéle, ¿con qué semblante Galatea havia recibido las nuevas de su destierro? Dixome, que se havia conformado con su voluntad, y que disponía la suya á hacer todo lo que él quisiese, como obedien-

diente hija. Esto supe de Aurelio, y esta es, Damon, la causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte; pues de vér á Galatea en poder ageno, y agena de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis dias. Acabó su razon el enamorado Elicio, y comenzaron sus lagrimas, derramadas en tanta adundancia, que enterrecido el pecho de su amigo Damon, no pudo dexar de acompañarle en ellas: mas á cabo de poco espacio, comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Elicio, pero todas sus palabras en ser palabras paraban, sin que ningun otro efecto hiciesen. Todavía quedaron de acuerdo, que Elicio á Galatea hablase, y supiese de ella si de su voluntad consentía en el casamiento que su padre le trataba, y que quando no fuese con el gusto suyo, se le ofreciese de librarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaría ayuda. Parecióle bien á Elicio lo que Damon decía, y determinó de ir á buscar á Galatea, para declararle su voluntad, y saber la que ella en su pecho encerraba, y así, trocando el camino que de su cabaña llevaban, ázia el Aldéa se encaminaron, y llegando á una encrucijada, que junto á ella quatro caminos dividía, por uno de ellos, vieron venir hasta ocho dispuestos Pastores, todos con azagayas en las manos, excepto uno de ellos, que á caballo venía sobre una hermosa yegua, vestido con un gaban morado, y los demás á pie, y todos rebozados los rostros con unos pañizuelos. Damon, y Elicio se pararon hasta que los Pastores pasasen, los quales, pasando junto á ellos, bajando las cabezas cortesmente, les saludaron, sin que alguno alguna palabra hablase. Maravillados quedaron los dos de vér la estrañeza de los ocho, y estuvieron quedos por vér qué camino seguian, pero luego vieron que el de la Aldéa tomaban, aunque por otro diferente que por el que ellos iban. Dixo Damon á Elicio que los siguiesen, mas no quiso, diciendo, que por aquel camino que él queria seguir, junto á una fuente, que no lejos de él estaba, solía estar muchas veces Galatea, con algunas Pastoras del Lugar, y que sería bien vér si la dicha se la ofrecía tan buena, que allí la hallasen. Contentóse Damon de lo que Elicio queria, y así le dixo, que guíase por donde quisiese. Y sucedióle la suerte como él mismo se havia imaginado, porque no anduvieron mucho, quando llegó á sus oidos la zampaña de Florisa, acompañada de la voz de la hermosa Galatea, que como de los Pastores fue oída, quedaron enagenados de sí mismos. Entonces acabó de conocer Damon quanta verdad decian

todos los que las gracias de Galatea alababan: la qual estaba en compañía de Rosaura, y Florisa, y de la hermosa, y recién casada Silveria, con otras dos Pastoras de la misma Aldéa. Y puesto que Galatea vió venir à los Pastores, no por eso quiso dexar su comenzado canto, antes pareció dár muestras de que recibia contento en que los Pastores le escuchasen, los quales así lo hicieron con toda la atencion posible; y lo que alcanzaron á oír de lo que la Pastora cantaba, fue lo siguiente.

GALATEA.

¿A quien volveré los ojos
En el mal que se apareja,
Si quanto mi bien se aleja
Se acercan mas mis enojos?
A duro mal me condena
El dolor que me destierra,
Que si me acaba en mi tierra
¿Qué bien me hará en el agena?

O justa amarga obediencia,
Que por cumplirte he de dár
El sí, que ha de confirmar
De mi muerte la sentencia.
Puesta estoy en tanta mengua,
Que por gran bien estimára
Que la vida me faltára,
O por lo menos la lengua.

Breves horas, y cansadas
Fueron las de mi contento,
Eternas las del tormento,
Mas confusas, y pesadas.
Gozé de mi libertad
En mi temprana sazón,
Pero yá la sujecion
Anda trás mi voluntad:

Ved si es el combate fiero

Que dán á mi fantasía,
Si al cabo de su porfía
He de querer, y no quiero.
¡O fastidioso gobierno,
Que á los respetos humanos
Tengo de cruzar las manos,
Y abajar el cuello tierno!

¡Que tengo de despedirme
De ver el Tajo dorado!
¡Que ha de quedar mi ganado,
Y yo triste he de partirme!
¡Que estos arboles sombríos,
Y estos anchos verdes prados
No serán yá mas mirados
De los tristes ojos míos!

¿Severo padre, qué haces?
Mira que es cosa sabida,
Que á mí me quitas la vida
Con lo que á tí satisfaces.
Si mis suspiros no valen
A descubrirte mi mengua,
Lo que no puede mi lengua
Mis ojos te lo señalen.

Yá triste se me figura
El punto de mi partida,

La dulce gloria perdida,	Todos para mí contrarios,
Y la amarga sepultura.	Los gustos extraordinarios
El rostro que no se alegra	Del esposo, y sus parientes.
Del no conocido esposo,	Mas todos estos temores,
El camino trabajoso,	Que me figura mi suerte,
La antigua enfadosa suegra.	Se acabarán con la muerte,
Y otros mil inconvenientes,	Que es el fin de los dolores.

No cantó mas Galatea, porque las lagrimas que derramaba le impidieron la voz, y aun el contento à todos los que escuchado la havian, porque luego supieron claramente lo que en confuso imaginaban del casamiento de Galatea con el Lusitano Pastor, y quan contra su voluntad se hacia. Pero à quien mas sus lagrimas, y suspiros lastimaron, fue à Elicio, que diera èl por remediarlas su vida, si en ella consistiera el remedio de ellas; pero aprovechandose de su discrecion, y disimulando el rostro el dolor que el alma sentia, él, y Damon se llegaron adonde las Pastoras estaban, à las quales cortesmente saludaron, y con no menos cortesía fueron de ellas recibidos. Preguntó luego Galatea à Damon por su padre, y respondióle, que en la Hermita de Silerio quedaba, en compañía de Timbrio, y Nisida, y de todos los otros Pastores, que à Timbrio acompañaron, y asimismo le dió cuenta del conocimiento de Silerio, y Timbrio, y de los amores de Darinthe, y Blanca, la hermana de Nisida, con todas las particularidades que Timbrio havia contado de lo que en el discurso de sus amores le havia sucedido, á lo qual Galatea dixo: Dichoso Timbrio, y dichosa Nisida, pues en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aqui padecidos, con la qual pondreis en olvido los pasados desastres, antes servirán ellos de acrecentar vuestra gloria, pues se suele decir, que la memoria de las pasadas calamidades aumenta el contento en las alegrías presentes. Mas ay del alma desdichada, que se vé puesta en terminos de acordarse del bien perdido, y con temor del mal que está por venir, sin que vea, ni halle remedio, ni medio alguno para estorvar la desventura que le está amenazando. Pues tanto mas fatigan los dolores, quanto mas se temen. Verdad dices, hermosa Galatea, dixo Damon, que no hay duda, sino que el repentino, y no esperado dolor que viene, no fatiga tanto, aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza, y quita todos los caminos de remediarse; pero

pero con todo eso digo, Galatea, que no dá el Cielo tan apurados los males: que quite de todo en todo el remedio de ellos: principalmente quando no los dexa vér primero, porque parece que entonces quiere dár lugar al discurso de nuestra razon, para que se exercite, y ocupe en templar, ó desviar las venideras desdichas, y muchas veces se contenta de fatigarnos con solo tener ocupados nuestros animos con algun espacioso temor, sin que se venga á la execucion del mal que se teme; y quando á ella se viniese, como no acabe la vida, ninguno, por ningun mal que padezca, debe desesperar del remedio. No dudo yo de eso, replicó Galatea, si fuesen tan ligeros los males que se temen, ó se padecen, que dexasen libre, y desembarazado el discurso de nuestro entendimiento; pero bien sabes, Damon, que quando el mal es tal que se le puede dár este nombre, lo primero que hace, es anublar nuestro sentido, y aniquilar las fuerzas de nuestro alvedrio, descaeciendo nuestra virtud de manera, que apenas puede levantarse, aunque mas la solicite la esperanza. No sé yo, Galatea, respondió Damon, como en tus verdes años puede haber tanta experiencia de los males, sino es que quieres que entendamos, que tu mucha discrecion se estiende á hablar por ciencia de las cosas, que por otra manera ninguna noticia de ellas tienes. Pluguiera al Cielo, discreto Damon, replicó Galatea, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello grangeára dos cosas: quedar en la buena opinion que de mí tienes, y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella. Hasta este punto estubo callando Elicio; pero no pudiendo sufrir mas vér á Galatea dár muestras del amargo dolor que padecia, le dixo: Si imaginas por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza, puede por alguna ser remediada; por lo que debes á la voluntad, que para servirte de mí tienes conocida, te ruego me la declares; y si esto no quisieres por cumplir con lo que á la paternal obediencia debes, dame á lo menos licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos de estas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado; y no entiendas, Pastora, que presumo yo tanto de mí mismo, que solo me atreva á cumplir con las obras, lo que ahora por palabras te ofrezco, que puesto que el amor que te tengo, para mayor empresa me dá aliento, desconfio de mi ventura; y así la havré de poner en las manos de la razon, y en las de todos los Pastores, que por esas

riberas de Tajo apacientan sus ganados, los cuales no querrán consentir que se les arrebatase, y quite delante de sus ojos el Sol que los alumbra, y la discrecion que los admira, y la belleza que los incita, y anima á mil honrosas competencias. Asi que, hermosa Galatea, en fé de la razon que he dicho, y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrecimiento, el qual te ha de obligar á que tu voluntad me descubras, para que yo no cayga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero considerando que la bondad, y honestidad incomparable tuya, te ha de mover á que correspondas antes al querer de tu padre que al tuyo: no quiero, Pastora, que me le declares, sino tomar á mi cargo hacer lo que me pareciere, con presupuesto de mirar por tu honra, con el cuidado que tú misma has mirado siempre por ella. Iba Galatea á responder á Elicio, y agradecerle su buen deseo, mas estorvólo la repentina llegada de los ocho rebozados Pastores, que Damon, y Elicio havian visto pasar poco antes ázia el Aldéa. Llegaron todos donde las Pastoras estaban, y sin hablar palabra, los seis de ellos con increíble celeridad arremetieron á abrazarse con Damon, y con Elicio, teniendolos tan fuertemente apretados, que en ninguna manera pudieron desasirse. En este entretanto los otros dos (que era el uno el que á caballo venia) se fueron adonde Rosaura estaba, dando gritos por la fuerza que á Damon, y Elicio se les hacia; pero sin aprovecharle defensa alguna, uno de los Pastores la tomó en brazos, y pusola sobre la yegua, y en los del que en ella venia, el qual, quitandose el rebozo, se volvió á los Pastores, y Pastoras, diciendo: No os maravilleis, buenos amigos, de la sinrazon que al parecer aqui se os ha hecho, porque la fuerza de amor, y la ingratitude de esta dama han sido causa de ella: ruegoos me perdoneis, pues no está mas en mi mano; y si por estas partes llegáre (como creo que presto llegaré) el conocido Grisaldo, direisle como Artandro se lleva á Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado de ella: y que si el amor, y esta injuria le movieren á querer vengarse, que ya sabe que Aragón es mi Patria, y el lugar donde vivo. Estaba Rosaura desmayada sobre el arzón de la silla, y los demás Pastores no querian dexar á Elicio, ni á Damon, hasta que Artandro mandó que los dexasen, los quales, viendose libres, con valeroso animo sacaron sus cuchillos, y arremetieron contra los siete Pastores, los quales todos juntos les pusieron las azagayas que traian á los pechos, diciendoles que se tuviesen, pues veian

quan

quan poco podían ganar en la empresa que tomaban. Harto menos podrá ganar Artandro, les respondió Elicio, en haver cometido tal traycion. No la llames traycion, respondió uno de los otros, porque esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y ahora por cumplir con la condicion mudable de muger, la ha negado, y entregadose á Grisaldo, que es agravio tan manifesto, y tal que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso sosegaos, Pastores, y tenednos en mejor opinion que hasta aqui, pues el servir à nuestro amo en tan justa ocasion nos disculpa; y sin decir mas, vólvieron las espaldas, recelándose todavia de los malos semblantes con que Elicio, y Damon quedaron, los quales estaban con tanto enojo, por no poder deshacer aquella fuerza, y por hallarse inhabilitados de vengarse de lo que á ellos se les hacia, que ni sabian qué decirse, ni qué hacerse. Pero los estremos que Galatea, y Florisa hacian, por vér llevar de aquella manera à Rosaura, eran tales, que movieron á Elicio á poner su vida en manifesto peligro de perderla: porque sacando su honda, y haciendo Damon lo mismo, á todo correr fue siguiendo á Artandro, y desde lejos con mucho ánimo, y destreza comenzaron à tirarles tantas piedras, que les hicieron detener, y tornarse à poner en defensa; pero con todo esto no dexàra de sucederles mal à los dos atrevidos Pastores, si Artandro no mandàra à los suyos que se adelantaran, y los dexàran, como hicieron, hasta entrarse por un espeso montezaelo, que á un lado del camino estaba, y con la defensa de los arboles hacian poco efecto las hondas, y piedras de los enojados Pastores; y con todo esto los siguieran, si no vieran que Galatea, y Florisa, y las otras dos Pastoras á mas andar ázia donde ellos estaban se venian, y por esto se detavieron, haciendo fuerza al enojo que los incitaba, y á la descada venganza que pretendian; y adelantandose á recibir à Galatea, ella les dixo: Templad vuestra ira, gallardos Pastores, pues á la ventaja de nuestros enemigos, no puede igualar vuestra diligencia, aunque ha sido tal, qual nos la ha mostrado el valor de vuestros animos. El vér el tuyo descontento, Galatea, dixo Elicio, créy yo que diera tales fuerzas al mio, que no se alabàran aquellos descomedidos Pastores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabe no tenerla en quanto deseo. El amoroso que Artandro tiene, dixo Galatea, fue el que le movió à tal descomedimiento, y así conmigo, en par-

te, queda disculpado: Y luego punto por punto les contó la historia de Rosaura, y como estaba esperando à Grisaldo para recibirle por esposo, lo qual podria haver llegado á noticia de Artandro, y que la zelosa rabia le huviese movido à hacer lo que havian visto. Si asi pasa, como dices, discreta Galatea, dixo Damon, del descuido de Grisaldo, y atrevimiento de Artandro, y mudable condicion de Rosaura, temo que han de nacer algunas pesadumbres, y diferencias. Eso fuera, respondió Galatea, quando Artandro residiera en Castilla; pero si él se encierra en Aragon, que es su Patria, quedarseha Grisaldo con solo el deseo de vengarse. ¿No hay quien le pueda avisar de este agravio? dixo Elicio. Sí, respondió Florisa, que yo aseguro que antes que la noche llegue, él tenga de él noticia. Si eso asi fuese, respondió Damon, podria ser cobrar su prenda antes que á Aragon llegasen, porque un pecho enamorado no suele ser perezoso. No creo yo que lo será el de Grisaldo, dixo Florisa: y porque no le falte tiempo, y ocasion para mostrarlo, suplicote, Galatea, que á la Aldea nos volvamos, porque yo quiero embiar á avisar á Grisaldo de su desdicha. Hagase como lo mandas, amiga, respondió Galatea, que yo te daré un Pastor que lleve la nueva: y con esto se querian despedir de Damon, y de Elicio, si ellos no portarian á querer ir con ellas: y yá que se encaminaban al Aldea, á su mano derecha sintieron la zampoña de Erastro, que luego de todos fue conocida, el qual venia en seguimiento de su amigo Elicio. Pararonse á escucharlo, y oyeron que con mueltras de tierno dolor esto venia cantando.

ERASTRO.

Por asperos caminos voy siguiendo
 El fin dudoso de mi fantasía,
 Siempre encerrada noche, obscura, y fria
 Las fuerzas de la vida consumiendo.
 Y aunque morir me veo, no pretendo
 Salir un paso de la estrecha via,
 Que en fé de la alta fé sin igual mia,
 Mayores miedos contrastar entiendo.
 Mi fé es la luz que me señala el puerto
 Seguro á mi tormenta, y sola es ella
 Quien promete buen fin á mi viage.

Por mas que el medio se me muestre incierto,
 Por mas que el claro rayo de mi estrella
 Me encubra amor, y el Cielo mas me ultraje.

Con un profundo suspiro acabó el enmorado canto el lastimado Pastor, y creyendo que ninguno le oía, soltó la voz á semejantes razones: Amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna á mi alma, fue parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos, yá que tanto bien me hiciste, no quieras mostrarte ahora, haciendome el mal que me amenazas, que es mas mudable tu condicion, que la de la variable fortuna. Mira, señor, quan obediente he estado á tus leyes, quan pronto á seguir tus mandamientos, y quan sujeta he tenido mi voluntad á la tuya. Pagame esta obediencia con hacer lo que á tí tanto importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponía, y la daba á sus frescas, y menudas yervas, á sus humildes plantas, y levantados arboles. No consientas, señor, que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece, y por quien él tiene mas fama, que no por las arenas de oro que en su seno cria. No quites á los Pastores de estos prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos, y el honroso estímullo, que á mil honrosas, y virtuosas empresas los incitaba. Considera bien, que si de esta á la agena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes: Pues por Galatea sola le usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido, que todos quantos en ellos habitan, te negarán la obediencia, y no te acudirán con el usado tributo. Advierte, que lo que te suplico estan conforme, y llegado á razon, que irias de todo en todo fuera de ella, si no me lo concedieses. Porque, ¿qué ley ordena, ó qué razon consiente, que la hermosura que nosotros criamos, la discrecion que en estas selvas, y Aldeas nuestras tuvo principio, el donayre, por particular dón del Cielo á nuestra Patria concedido, ahora que esperabamos coger el honesto fruto de tantos bienes, y riquezas, se haya de llevar á estraños Reynos á ser poseído, y tratado de agenas, y no conocidas manos? No quiera el Cielo piadoso hacernos tan notable daño. O verdes prados, que con su vista os alegrabades. O flores olorosas, que de sus pies tocadas, de mayor fragancia erades llenas. O plantas, ó arboles de esta deleytosa selva, haced todos en la

mejor forma que pudieredes, aunque á vuestra naturaleza no se conceda, algun genero de sentimiento que mueva al Cielo á concederme lo que le suplico. Decia esto derramando tantas lagrimas el enamorado Pastor, que no pudo Galatea disimular las suyas, ni menos ninguno de los que con ella iban, haciendo todos un tan notable sentimiento, como si lloràran en las obsequias de su muerte. Llegó á este punto á ellos Erastro, à quien recibieron con agradable comedimiento; el qual, como vió à Galatea con señales de haverle acompañado en las lagrimas, sin apartar los ojos de ella, la estuvo atento mirando por un rato, al cabo del qual dixo. Ahora acabo de conocer, Galatea, que ninguno de los humanos se escapa de los golpes de la variable fortuna, pues tú, de quien yo entendia, que por particular privilegio havias de estàr esenta de ellos, veo que con mayor impetu te acometen, y fatigan: de donde averiguo, que ha querido el Cielo con un solo golpe lastimar á todos los que te conocen, y à todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pero con todo eso tengo esperanza, que no se ha de estender tanto su rigor, que lleve adelante la comenzada desgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento. Antes por esa misma razon, respondió Galatea, estoy yo menos segura de mi desdicha, pues jamás la tuve en lo que desease: mas porque no està bien á la honestidad de que me precio, que tan á la clara descubra quan por los cabellos me lleva tràs sí la obediencia que á mis padres debo, ruegote, Erastro, que no me des ocasion de renovar mi sentimiento, ni de tí, ni de otro alguno se trate cosa, que antes de tiempo dispierte en mí la memoria del disgusto que temo; y con esto asimismo os ruego, Pastores, me dexeis adelantar à la Aldea, porque siendo avisado Grisaldo, le quede tiempo para satisfacerse del agravio que Artandro le ha hecho. Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro, pero la Pastora Florisa en breves razones se lo contó todo, de que se maravilló Erastro, estimando que no debia de ser poco el valor de Artandro, pues á tan dificultosa empresa se havia puesto. Querian yá los Pastores hacer lo que Galatea les mandaba, si en aquella sazón no descubrieran toda la compañía de Caballeros, Pastores, y Damas, que la noche antes en la Hermita de Silerio se quedaron: los quales en señal de grandisimo contento á la Aldea se venian, y trayendo consigo á Silerio, con diferente traje, y gusto de lo que hasta allí havia tenido, porque yá havia dexado el de Hermitaño, mu-

dandole en el de alegre desposado , como yà lo era de la hermosa Blanca , con igual contento , y satisfaccion de entrambos , y de sus buenos amigos , Timbrio , y Nisida , que se lo persuadieron; dando con aquel casamiento fin à todas sus miserias , y quietud , y reposo à los pensamientos que por Nisida le fatigaban. Y asi con el regocijo que tal suceso les causaba , venian todos dando muestras de èl , con agradable musica , y discretas , y amorosas canciones : de las quales cesaron quando vieron à Galatea , y à los demás que con ella estaban , recibindose unos à otros con mucho placer , y comedimiento , dandole Galatea à Silerio el parabien de su suceso , y à la hermosa Blanca el de su desposorio , y lo mismo hicieron los Pastores , Damon , Elicio , y Erastro , que en estremo à Silerio estaban aficionados. Luego que cesaron entre ellos los parabienes , y cortesias , acordaron de proseguir su camino al Aldea: y para entretenerle , rogò Tirsi à Timbrio , que acabase el Soneto que havia comenzado à decir , quando de Silerio fue conocido. Y no escusandose Timbrio de hacerlo , al son de la flauta del zelos o Orfenio , con estremada , y suave voz le cantó , y acabò , que era este.

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
 Que aunque mas sople riguroso viento,
 No podrá desdecir de su cimiento,
 Tal fé , tal fuerza , y tal valor alcanza.
 Tan lejos voy de consentir mudanza
 En mi firme amoroso pensamiento,
 Quan cerca de acabar en mi tormento,
 Antes la vida , que la confianza.
 Que si al contraste del amor vacila
 El pecho enamorado , no merece
 Del mismo amor la dulce paz tranquila.
 Por esto el mio , que su fé engrandece,
 Rabie Caribdis , ò amenace Scila,
 Al mar se arroja , y al amor se ofrece.

Pareció bien el Soneto de Timbrio à los Pastores , y no menos la gracia con que cantado le havia : y fue de manera , que le rogaron que otra alguna cosa dixese ; mas escusóse con decir à su amigo

Silerio respondiese por él en aquella causa , como lo havia hecho siempre en otras mas peligrosas. No pudo Silerio dexar de hacer lo que su amigo le mandaba : y asi , con el gusto de verse en tan felice estado , al son de la misma flauta de Orfenio cantò lo que se sigue.

S I L E R I O .

Gracias al Cielo doy , pues he escapado
 De los peligros de este mar incierto,
 Y al recogido favorable puerto
 Tan sin saber por donde he yà llegado.
 Recojanse las velas del cuidado,
 Reparese el navio pobre abierto,
 Cumpla los votos quien con rostro muerto
 Hizo promesas en el mar ayrado.
 Beso la tierra , reverencio al Cielo,
 Mi suerte abrazo mejorada , y buena,
 Llamo dichoso á mi fatal destino.
 Y à la nueva sin par blanda cadena
 Con nuevo intento , y amoroso zelo,
 El lastimado cuello alegre inclino,

Acabò Silerio , y rogò à Nisida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto , la qual , mirando á su querido Gimbrío , con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedia , y dandosela él asimismo con la vista , ella sin mas esperar , con mucho donayre , y gracia , cesando el son de la flauta de Orfenio , al de la zampoña de Orompo cantò este Soneto.

N I S I D A .

Voy contra la opinion de aquel que jura,
 Que jamàs del amor llegò el contento
 A do llega el rigor de su tormento,
 Por mas que el bien ayude la ventura.
 Yo sé que es bien , yo sé que es desventura
 Y sé de sus efectos claro , y sientto,
 Que quanto mas destruye el pensamiento
 El mal de amor , el bien mas lo asegura.

No el verme en brazos de la amarga muerte
 Por la mal referida triste nueva,
 Ni à los cosarios barbaros rendida;
 Fue dura pena, fue dolor tan fuerte,
 Que ahora no conozca, y haga prueba,
 Que es mas el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea, y Florisa de la estremada voz de la hermosa Nisida, la qual por parecerle que por entonces en tanto Timbrio, y los de su parte, havian tomado la mano, no quiso que su hermana quedase sin hacerlo: y así sin importunarle mucho, con no menos gracia que Nisida, haciendo señal á Orfenio, que su flauta tocase, al son de ella cantó de esta manera.

B L A N C A.

Qual si estuviera en la arenosa Libia,
 O en la apartada Scitia siempre elada,
 Tal vez del frio temor me ví asaltada,
 Y tal del fuego que jamás se entibia.
 Mas la esperanza que el dolor alivia
 En uno, y otro estremo disfrazada,
 Tuvo la vida en su poder guardada,
 Quando con fuerzas, quando flaca, y tibia.
 Pasó la furia del invierno elado,
 Y aunque el fuego de amor quedò en su punto,
 Llegò la deseada primavera,
 Donde en un solo venturoso punto
 Gozó del dulce fruto deseado
 Con largas pruebas de un amor sincero.

No menos contentó à los Pastores la voz, y lo que cantò Blanca, que todas las demás que havian oído. Y yá que ellos querian dár muestras de que no toda la habilidad se encerraba en los cortesanos Caballeros: y para esto casi de un mismo pensamiento movidos, Orompo, Crisio, Orfenio, y Marsilio, comenzaban á templar sus instrumentos, les forzó á volver las cabezas un ruido que à sus espaldas sintieron: el qual causaba un Pastor, que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el qual fue de

de todos conocido, que era el enamorado Lauso, de que se maravillò Tirsi, porque la noche antes se havia despedido de él, diciendo que iba á un negocio que importaba el acabarle, acabar su pensar, y comenzar su gusto: y que sin decirle mas, con otro Pastor su amigo se havia partido, y que no sabia qué podia haverle sucedido ahora que con tanta prisa caminaba. Lo que Tirsi dixo, movió á querer llamar á Lauso: y así le dió voces que viniese: mas viendo que no las oía, y que yá á mas andar iba trasponiendo un recuesto, con toda ligereza se adelantó, y desde encima de otro collado, le tornó á llamar con mayores voces. Las quales oídas por Lauso, y conociendo quien le llamaba, no pudo dexar de volver: y en llegando á Damon le abrazó, con señales de extraño contento, y tanto que admiraron á Damon las muestras que de estar alegre daba: y así le dixo, ¿Qué es esto, amigo Lauso? ¿Has por ventura alcanzado el fin de tus deseos: ó hante desde áyer acá correspondido á ello de manera que halles con facilidad lo que pretendes? Mucho mayer es el bien que traygo, Damon, verdadero amigo, respondió Lauso: pues la causa que á otros suele ser desesperacion, y muerte, á mí me ha servido de esperanza, y vida, y esta ha sido de un desdén, y desengaño, acompañado de un melindroso donayre, que en mi Pastora he visto, que me ha restituído á mi ser primero. Yá yá, Pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, yá se han desecho en mi sentido las encumbradas máquinas de pensamientos; que desvanecido me traían; yá tornaré á la perdida conversacion de mis amigos, yá me parecerán lo que son las verdes yervas, y olorosas flores de estos apacibles campos, yá tendrán treguas mis suspiros, vado mis lagrimas, y quietud mis desasosiegos. Porque consideres, Damon, si es causa esta bastante para mostrarme alegre, y regocijalo. Sí es, Lauso, respondió Damon, pero temo que alegría tan repentinamente nacida, no ha de ser duradera, y tengo yá experiencia, que todas las libertades que de desdenes son engendradas, se deshacen como el humo, y torna luego la enamorada intencion con mayor prisa á seguir sus intentos. Así que, amigo Lauso, plegue al Cielo que sea mas firme tu contento de lo que yo imagino, y gozes largos tiempos la libertad que pregonas, que no solo me holgaría, por lo que debo á nuestra amistad, sino por vér un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos. Como quiera que sea Damon, respondió Lauso, yo me siento ahora libre, y señor de mi voluntad: y porque se

satisfaga la tuya de ser verdad lo que digo, mira què quieres que haga en prueba de ello: ¿Quieres que me ausente? ¿Quieres que no visite mas las cabañas donde imaginas que puede està la causa de mis pasadas penas, y presentes alegrías? Qualquiera cosa harè por satisfacerte. La importancia està en que tú, Lauso, estès satisfecho, respondió Damon, y veré yo que lo estás, quando de aqui á à seis dias te-vea en ese mismo proposito: y per ahora no quiero otra cosa de tí, sino que dexes el camino que llevabas, y te vengas conmigo adonde todos aquellos Pastores, y Damas nos esperan, y que la alegría que traes la solemnizes con entretenernos con tu canto, mientras que al Aldéa llegamos. Fue contento Lauso de hacer lo que Damon le mandaba, y así volvió con él á tiempo que Tirsi estaba haciendo señas á Damon que se volviese; y en llegando, que èl, y Lauso llegaron, sin galtar palabras de comedimiento, Lauso dixo. No vengo, señores, para menos que para fiestas, y contentos, por eso si le recibiereis de escucharme, suene Marsilio su zampoña, y aparejaos á oír lo que jamás pensè que mi lengua tuviera ocasion de decirlo, ni aun mi pensamiento para imaginarlo. Todos los Pastores respondieron á una, que les sería de gran gusto el oírle. Y luego Marsilio, con el deseo que tenia de escucharle, tocó su zampoña, al son de la qual Lauso comenzó á cantar de esta manera.

L A U S O.

Con las rodillas en el suelo hincadas,
 Las manos en humilde modo puestas,
 Y el corazon de un justo zelo lleno,
 Te adoro, Desdén santo, en quien cifradas
 Están las causas de las dulces fiestas,
 Que gozo en tiempo sosegado, y bueno:
 Tú del rigor del aspero veneno,
 Que el mal de amor encierra
 Fuiste la cierta, y presta medicina;
 Tú mi total ruina
 Volviste en bien, en sana paz mi guerra,
 Y así como á mi rico almo tesoro,
 No una vez sola, mas cien mil veces te adoro.

Por tí la luz de mis cansados ojos,
 Tanto tiempo turbada, y aun perdida,

Al sér primero ha vuelto que tenia,
 Por tí torno á gozar de los despojos,
 Que de mi voluntad, y de mi vida
 Llevó de amor la antigua tyrania.
 Por tí la noche de mi error, en dia
 De sereno discurso
 Se ha vuelto, y la razon que antes estaba
 En posesion de esclava,
 Con sosegado, y advertido curso,
 Siendo ahora señora, me conduce
 Do el bien eterno mas se muestra, y luce.

Mostráteme, Desdén, quan engañosas,
 Quan falsas, y fingidas havian sido
 Las señales de amor que me mostraban,
 Y que aquellas palabras amorosas,
 Que tanto regalaban el oído,
 Y al alma de sí misma enagenaban
 En falsedad, y burla se forjaban,
 Y el regalado, y tierno
 Mirar de aquellos ojos, solo era
 Porque mi primavera
 Se convirtiese en desabrido invierno,
 Quando llegase el claro desengaño,
 Mas tú, dulce Desdén, curaste el daño.

Desdén, que sueles ser espuela aguda,
 Que hace caminar al pensamiento
 Trás la amorosa deseada empresa:
 En mí tu efecto, y condicion se muda,
 Que yo por tí me aparto del intento
 Trás quien corria con no vista priesa,
 Y aunque continuo el fiero amor no cesa,
 Mal de mí satisfecho,
 Tendré de nuevo el lazo por cogirme,
 Y por mas ofenderme,
 Encarar mil saetas á mi pecho:
 Tú, Desdén solo, solo tú bien puedes
 Romper sus flechas, y rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
 Que pudiera un desdén echarle á tierra.
 Cien mil han sido menester primero,
 Que fue qual suele sin poder sufrillo
 Venir al suelo el pino que le atierra,
 En virtud de otros golpes el postrero.
 Grave desdén de parecer severo
 En desamor fundado,
 Y en poca estimacion de agena suerte,
 Dulce me ha sido el verte,
 El oírte, y tocarte, y que gustado
 Hayas sido del alma en coyuntura,
 Que derribas, y acabas mi locura.

Derribas mi locura, y dás la mano
 Al ingenio, Desdén, que se levante,
 Y sacuda de sí el pesado sueño,
 Para que con mejor intento sano
 Nuevas grandezas, nuevos loores cante
 De otros, si le halla agradecido dueño,
 Tú has quitado las fuerzas al veleno,
 Con que el amor ingrato
 Adormecia á mi virtud doliente,
 Y con la tuya ardiente
 Soy reducido á nueva vida, y trato,
 Que ahora entiendo que yo soy quien puedo
 Temer con tasa, y esperar sin miedo.

No cantó mas Lauso, aunque bastó lo que cantado havia para poner admiracion en los presentes, que como todos sabían, que el dia antes estaba tan enamorado, y tan contento de estarlo, maravillabales verle en tan pequeño espacio de tiempo, tan mudado, y tan otro del que solía. Y considerando bien esto, su amigo Tirsi le dixo. No sé si te dé el parabien, amigo Lauso, del bien en tan breves horas alcanzado, porque temo que no debe de ser tan firme, y seguro como tú imaginas, pero todavia me huelgo de que gozes (aunque sea pequeño espacio) del gusto que acarrea al alma la libertad alcanzada, pues podria ser que conociendo ahora en lo que se debe estimar, aunque tornases de nuevo à las

rotas cadenas, y lazos, hicieses mas fuerza para romperlos, atraído de la dulzura, y regalo que goza un libre entendimiento, y una voluntad desapasionada. No tengas temor alguno, discreto Tirsi, respondió Lauso, que ninguna otra nueva asechanza sea bastante á que yo torne á poner los pies en el cepo amoroso, ni me tengas por tan liviano, y antojadizo, que no me haya coitado ponerme en el estado en que estoy infinitas consideraciones, mil averiguadas sospechas, y mil cumplidas promesas hechas al Cielo, porque á la pérdida luz me tornase: y pues en ella veo ahora quan poco antes veía, yo procuraré conservarla en el mejor modo que pudiere. Ninguno otro será tan bueno, dixo Tirsi, como no volver á mirar lo que atrás dexas, porque perderás, si vuelves, la libertad que tanto te ha costado, y quedarás qual quedó aquel incauto amante, con nuevas ocasiones de perpetuo llanto; y tén por cierto, Lauso amigo, que no hay tan enamorado pecho en el mundo, á quien los desdenes, y arrogancias escusadas no entibien, y aun le hagan retirar de sus mal colocados pensamientos: y haceme creer mas esta verdad, saber yo quien es Silena, aunque tú jamás no me lo has dicho; y saber asimismo la mudable condición suya, sus acelerados ímpetus, y la llaneza, por no darle otro nombre, de sus descos. Cosas, que á no templarlas, y disfrazarlas con la sin igual hermosura de que el Cielo la ha dotado, fuera por ellas de todo el mundo aborrecida. Verdad dices, Tirsi, respondió Lauso, porque sin duda alguna, la singular belleza suya, y las apariencias de la incomparable honestidad de que se arrea, son partes para que no solo sea querida, sino adorada de todos quantos la miraren; y asi no debe maravillarse alguno que la libre voluntad mia se haya rendido á tan fuertes, y poderosos contrarios, solo es justo que se maraville de como me he podido escapar de ellos, que puesto que salgo de sus manos tan maltratado, estragada la voluntad, turbado el entendimiento, descaecida la memoria: todavia me parece que puedo triunfar de la batalla. No pasaron mas adelante en su platica los dos Pastores, porque á este punto vieron, que por el mismo camino que ellos iban, venia una hermosa Pastora, y poco desviado de ella un Pastor, que luego fue conocido, que era el anciano Arsindo, y la Pastora era la hermana de Galercio, Maurisa; la qual como fue conocida de Galatea, y de Florisa, entendieron que con algun recaudo de Grisaldo para Rosaura venia, y adelantandose las dos á recibirla, Maurisa llegó á abra-

abrazar à Galatea , y el anciano Arsindo saludò à todos los Pastores , y abrazò à su amigo Lauso , el qual estava con grande deseo de saber lo que Arsindo havia hecho, despues que le dixeron, que en seguimiento de Maurisa se havia partido. Y viendole ahora volver con ella , luego comenzò à perder con él , y con todos el credito que sus blancas canas le havian adquirido , y aun le acabàra de perder , si los que allí venían no supieran tan de experiencia adonde, y à quanto la fuerza del amor se estendía , y así en los mismos que le culpaban , hallò la disculpa de su yerro. Y parece que adivinando Arsindo lo que los Pastores de él adivinaban ; como en satisfacion , y disculpa de su cuidado , les dixo : Oid , Pastores , uno de los mas estraños sucesos amorosos , que por largos años en estas nuestras riberas , ni en las agenas se havrà visto. Bien creo que conoceis , y conocemos todos al nombrado Pastor Lenio , aquel cuya desamorada condicion le adquirió renombre de desamorado: aquel que no hà muchos dias , que por solo decir mal de amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi , que está presente: aquel , digo , que jamàs supo mover la lengua , que para decir mal de amor no fuese: aquel , que con tantas veras reprehendía à los que de la amorosa dolencia veía lastimados. Este, pues, tan declarado enemigo del amor , ha venido à termino que tengo por cierto , que no tiene el amor quien con mas veras le siga , ni aun él tiene vasallo à quien mas persiga , porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia , aquella cruél Pastora , que al hermano de esta , señalando à Maurisa , que tanto en la condicion se le parece, tuvo el otro dia , como viste , con el cordel à la garganta , para fenecer à manos de su crueldad sus cortos , y mal logrados dias. Digo en fin , Pastores , que Lenio el desamorado, muere por la endurecida Gelasia , y por ella llena el ayre de suspiros , y la tierra de lagrimas ; y lo que hay mas malo en esto es , que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazon de Lenio , rindiendole á la mas dura , y esquivá Pastora que se ha visto ; y conociendolo él , procura ahora , en quanto dice , y hace, reconciliarse con el amor ; y por los mismos terminos que antes le vituperaba , ahora le ensalza , y honra ; y con todo esto , ni el amor se mueve á favorecerle , ni Gelasia se inclina á remediarle, como lo he visto por los ojos ; pues no há muchas horas que viniendo yo en compañía de esta Pastora , le hallamos en la Fuente de las Pizarras tendido en el suelo , cubierto el rostro de un sudor

dor frio, y anhelando el pecho con una estraña prisa : lleguéme á él, y conóle, y con el agua de la fuente le roció el rostro, con que cobró los perdidos espiritus ; y juntandome junto á él le pregunté la causa de su dolor, la qual él me dixo sin faltar punto, contandome la con tan tierno sentimiento, que le puso en esta Pastora, en quien creo que jamás cupo señal de compasion alguna : encarecióme la crueldad de Gelasia, y el amor que le tenía, y la sospecha que en él reynaba, de que el amor le havia traído á tal estado, por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le havia hecho. Consoléle yo lo mejor que supe, y dexandole libre del pasado parasismo, acompañando à esta Pastora, y á buscarte á tí, Lauso, para que si fueres servido, volvamos á nuestras cabañas, pues há ya diez dias que de ellas nos partimos, y podrá ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra, mas que nosotros la suya. No sé si te responda, Arsindo, respondió Lauso, que creo que más por cumplimento, que por otra cosa me combidas à que à nuestras cabañas nos volvamos, teniendo tanto que hacer, en las agenas, quanto la ausencia que de mí has hecho estos dias lo ha mostrado. Pero dexando lo mas que en esto te pudiera decir, para mejor sazón, y coyuntura, torname à decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque si asi es, podré yo afirmar, que ha hecho amor en estos dias de los mayores milagros que en todos los de su vida ha hecho : como son, rendir, y avasallar el duro corazon de Lenio, y poner en libertad el tan sujeto mio. Mira lo que dices, dixo entonces Orompo, amigo Lauso, que si el amor te tenía sujeto, como hasta aqui has significado, ¿cómo el mismo amor ahora te ha puesto en la libertad que publicas ? Si me quieres entender, Orompo, replicó Lauso, verás que en nada me contradigo ; porque digo, ó quiero decir, que el amor que reynaba, y reyna en el pecho de aquella, à quien yo tan en extremo queria, como se encamina à diferente intento que el mio, puesto que todo es amor, el efecto que en mí ha hecho, es ponerme en libertad, y á Lenio en servidumbre, y no me hagas, Orompo, que cuente con estos otros milagros ; y diciendo esto, volvió los ojos á mirar al anciano Arsindo, y con ellos dixo lo que con la lengua callaba ; porque todos entendieron, que el tercero milagro que pudiera contar, fuera ver enamoradas las canas de Arsindo de los pocos, y verdes años de Maurisa. La qual todo este tiempo estuvo hablando aparte con Galatea, y Florisa, diciendo-

doles, como otro día sería Grisaldo en el Aldéa en habito de Pastor, y que allí pensaba desposarse con Rosaura en secreto, porque en público no podia, à causa que los parientes de Leopersia, con quien su padre tenia concertado de casarle, havian sabido que Grisaldo queria faltar en la prometida palabra, y en ninguna manera querian que tal agravio se les hiciese; pero que con todo eso estaba Grisaldo determinado de corresponder antes à lo que à Rosaura debia, que no à la obligacion en que à su padre estaba. Todo esto que os he dicho, Pastoras, prosiguió Maurisa, mi hermano Galercio me dixo que os lo dixese, el qual á vosotras con este recaudo venía; pero la cruel Gelasia, cuya hermosura lleva siempre tràs sí el alma de mi desdichado hermano, fue la causa, que él no pudiese venir á deciros lo que he dicho, pues por seguir á ella, dexó de seguir el camino que traía, fiandose de mí, como de hermana. Yá haveis entendido, Pastoras, à lo que vengo, don.de està Rosaura para decirselo, ó decidselo vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto, no consiente que un punto mas aqui me detenga. En tanto que la Pastora esto decia, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle, y las tristes nuevas que havian de llegar à los oídos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no escusaba de darlas, y que era peor detenerla, luego le contó todo lo que á Rosaura havia sucedido, y como Artandro la llevaba, de que quedó maravillada Maurisa, y al instante quisiera dàr la vuelta à avisar á Grisaldo, si Galatea no la detuviera, preguntandole qué se havian hecho las dos Pastoras, que con ella, y con Galercio se havian ido. A lo que respondió Maurisa: Cosas te pudiera contar de ellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiracion, que no es la en que á mí me ha puesto el suceso de Rosaura; pero el tiempo no me dà lugar à ello: solo te digo, que la que se llamaba Leonarda, se ha desposado con mi hermano Artodoro, por el mas sutil engaño que jamás se ha visto; y Teolinda la otra, està en termino de acabar la vida, ó de perder el juicio, y solo la entretiene la vista de Galercio, que como se parece tanto à la de mi hermano Artodoro, no se aparta un punto de su compañía: cosa, que es à Galercio tan pèsada, y enojosa, quanto lo es dulce, y agradable la compañía de la cruel Gelasia: el modo como esto pasó te contaré mas de espacio, quando otra vez nos veamos, porque no serà razon que por mi tardanza, se impida el

remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible; porque sino há mas que esta mañana que Artandro robó á Rosaura, no se podrá haver alejado tanto de estas riberas, que quite la esperanza à Grisaldo de cobrarla, y mas si yo aguijo los pies como pienso. Parecióle bien à Galatea lo que Maurisa decia, y así no quiso mas detenerla, solo le rogó que fuese servida de tornarla á vér lo mas presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda, y lo que haría en el hecho de Rosaura. La Pastora se lo prometió, y sin mas detenerse, despidiéndose de los que allí estaban, se volvió á su Aldéa, dexando á todos satisfechos de su donayre, y hermosura. Pero quien mas sintió su partida, fue el anciano Arsindo, el qual por no dár claras muestras de su deseo, se huvo de quedar tan solo sin Maurisa, quanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron tambien las Pastoras suspensas de lo que de Teolinda havian oído, y en estremo deseaban saber su suceso; y estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que á su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos à aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos Pastores, que enmedio tenian un antiguo Sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Thelesio; y habiendo uno de los Pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto, y se encaminaron ázia otro que allí junto estaba; donde subidos, de nuevo tornaron à tocarla: à cuyo son, de diferentes partes se comenzaron à mover muchos Pastores, para venir à vér lo que Thelesio quería, porque con aquella señal solía él convocar todos los Pastores de aquella ribera, quando quería hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirles la muerte de algun conocido Pastor de aquellos contornos, ó para traerles à la memoria el día de alguna solemne Fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo, pues, Aurelio, y casi los mas Pastores que allí venían, conocida la costumbre, y condicion de Thelesio, todos se fueron acercando adonde él estaba; y quando llegaron, yá se havian juntado. Pero como Thelesio vió venir tantas gentes, y conoció quan principales todos eran, bajando de la cuesta los fue á recibir con mucho amor, y cortesía, y con la misma fue de todos recibido. Y llegando Aurelio á Thelesio, le dixo: Cuentanos, si fueres servido, honrado, y venerable Thelesio, ¿qué nueva causa te mueve à querer juntar los Pastores de estos prados? ¿Es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes

funebres sucesos? ¿Quierenos mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? Dínos, Thelesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere. Pagueos el Cielo, Pastores, (respondió Thelesio) la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel, que solo vuestro bien, y provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quieroos traer à la memoria la que debeis tener perpetuamente del valor, y fama del famoso, y aventajado Pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal dia como mañana, en tanto que en nuestras riberas huviere Pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe à la bondad, y valor de Meliso. A lo menos, de mí os sé decir, que en tanto que la vida me durare, no dexare de acordaros à su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía, y virtud del sin par Meliso; y así ahora os la acuerdo, y os advierto, que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fue perder la agradable presencia del prudente Pastor Meliso, por lo que à la bondad suya debeis, y por lo que à la intencion que tengo de servir os estais obligados, os ruego, Pastores, que mañana al romper del dia os halleis todos en el valle de los cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos, y piadosos sacrificios procurèmos aligerar la pena, si alguna padece, à aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dexado. Y diciendo esto, con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lagrimas, acompañandole en ellas casi los mas de los circunstantes: los quales, todos de una misma conformidad, se ofrecieron de acudir otro dia adonde Thelesio les mandaba, y lo mismo hicieron Timbrio, y Silerio, Nisida, y Blanca, por parecerles que no sería bien dexar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan celebres Pastores, como allí imaginaron que se juntarian. Con esto se despidieron de Thelesio, y tornaron à seguir el comenzado camino de la Aldéa: mas no se havian apartado mucho de aquel lugar, quando vieron venir ázia ellos al desamorado Lenio, con semblante tan triste, y pensativo, que puso admiracion en todos; y tan transportado en sus imaginaciones venía, que pasó lado con lado de los Pastores,

sin que los viese, antes torciendo el camino á la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos, quando se arrojó al pie de un verde sauce; y dando un recio, y profundo suspiro, levantó la mano, y poniendola por el collar del pellico, tiró tan recio, que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zurrón del lado, y sacando de él un pulido rabél, con grande atencion, y sosiego se le puso à templar; y à cabo de poco espacio, con lastimada, y concertada voz, comenzó à cantar de manera, que forzó à todos los que le havian visto, à que se parasen à escucharle hasta el fin de su canto, que fue este.

LENIO.

Dulce amor, yà me arrepiento
De mis pasadas porfias,
Yá de oy mas confieso, y siento
Que fue sobre burlerías
Levantado su cimiento.
Yá el rebelde cuello erguido,
Humilde pongo, y rendido
Al yugo de tu obediencia,
Yá conozco la potencia
De tu valor estendido.

Sé que puedes quanto quieres,
Y que quieres lo imposible;
Sè que muestras bien quien eres
En tu condicion terrible,
En tus penas, y placeres.
Y sè en fin que yo soy quien
Tuvo siempre à mal tu bien,
Tu engaño por desengaño,
Tus certezas por engaño
Tus caricias por desdén.

Estas cosas bien sabidas
Han ahora descubierta
En mis entrañas rendidas,
Que tú solo eres el puerto

Do descansan nuestras vidas,
Tú la implacable tormenta,
Que al alma mas atormenta,
Vuelves en serena calma.
Tú eres gusto, y luz del alma,
Y manjar que la sustenta.

Pues esto juzgo, y confieso,
Aunque tarde vengo en ello,
Templa tu rigor, y exceso
Amor, y del flaco cuello
Aligera un poco el peso.
Al yá rendido enemigo
No se ha de dàr el castigo
Como aquel que se defiende,
Quando mas que aqui se ofende
Quien yá quiere ser tu amigo.

Salgo de la pertinacia
Do me tuvo mi malicia,
Y el estár en tu desgracia,
Y apelo de tu justicia.
Ante el rostro de tu gracia.
Que si à mi poco valor
No le quilata en favor
De tu gracia conocida

Presto dexaré la vida
En las mano del dolor.

Las de Gelasia me han puesto
en tan estraña agonía,
Que si mas porfia en esto
Mi dolor, y su porfia,

Sé que acabarán bien presto.

O dura Gelasia esquivá,
Zahareña, dura, altiva,
¿Por qué gustas, dí, Pastora,
Que el corazon que te adora
En tantos tormentos viva?

Poco fue lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fue tanto, que allí quedára deshecho en lagrimas, si los Pastores no acudieran á consolarle. Mas como él los vió venir, y conoció entre ellos à Tirsí, sin mas detenerse, se levantó, y se fue á arrojar á sus pies, abrazandole estrechamente las rodillas, y sin dexar las lagrimas, le dixo: Ahora puedes, famoso Pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponía. Ahora digo, que puedes levantar el brazo, y con algun agudo cuchillo traspasar este corazon donde cupo tan notoria simpleza, como era no tener al amor por universal señor del mundo. Pero de una cosa te quiero advertir, que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dexes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare. Havia yá Tirsí levantado del suelo al lastimado Lenio, y teniendole abrazado, con discretas, y amorosas palabras procuraba consolarle, diciendole. La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estár pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos: y asimismo una de las principales causas que mueve, y fuerza á perdonar las ofensas, es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende, y mas quando está el perdonar en manos de quien no hace na la en hacerlo, pues su noble condicion le tira, y compele á que lo haga, quedando más rico, y satisfecho con el perdon, que con la venganza. Como se vé esto à cada paso en los grandes Señores, y Reyes, que mas gloria grangean en perdonar las injurias, que en vengarlas. Y pues tú, Lenio, confiesas el error en que has estado, y conoces ahora las poderosas fuerzas del amor, y entiendes de él, que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento, y por el arrepentimiento que tienes, puedes estár confiado, y vivir seguro, que el generoso, y blando amor, te reducirá presto à sosegada, y amorosa vida; que si ahora te castiga con darte la penosa que tienes, hazelo porque le conozcas, y porque des-

pues tengas, y estimes en mas la alegre, que sin duda piença darte. A estas razones añadieron otras muchas Elicio, y los demás Pastores que alli estaban, con las quales pareció que quedó Lenio algo mas consolado. Y luego les contó como moría por la cruel Pastora Gelasia, exagerandoles la esquivá, y desamorada condición suya, y quan libre, y esenta estaba de pensar en ningun efecto amoroso: encareciendoles tambien el insufrible tormento, que por ella el gentil Pastor Galercio padecía: de quien ella hacia tan poco caso, que mil veces le havia puesto en terminos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas huvieron razonado, tornaron á seguir su camino, llevando consigo à Lenio, y sin sucederles otra cosa, llegaron al Aldèa, llevandose consigo Elicio à Tirsi, Damon, Erastro, Lauso, y Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orfenio, Marsilio, y Orompo. Florisa, y las otras Pastoras, se fueron con Galatea, y con su padre Aurelio: quedando primero concertado, que otro dia al salir del alba se juntasen para ir al valle de los cipreses, como Thelesio les havia mandado, para celebrar las obsequias de Meliso. En las quales, como yá está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nisida, y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

FIN DEL LIBRO QUINTO
de Galatea.

SEXTO, Y ULTIMO LIBRO DE GALATEA.



Penas havian los rayos del dorado Febo comenzado à despuntar por la mas baja linea de nuestro Ori- zonte, quando el anciano, y venerable Thelesio, hi- zo llegar à los oídos de todos los que en el Aldéa estaban el lastimero son de su bocina: señal que movió à los que le escucharon à dexar el reposo de los pastorales lechos, y acudir à lo que Thelesio pedia. Pero los primeros que en esto tomaron la mano, fueron Eli- cio, Aurelio, Daranio, y todos los Pastores, y Pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nisida, y Blanca, y los venturo- sos Timbrio, y Silerio, con otra cantidad de gailardos Pastores, y bellas Pastoras, que à ellos se juntaron, y al numero de treinta lle- garian. Entæ los quales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recién desposada Silveria: la qual llevaba consigo à la hermosa, y zahareña Belisa, por quien el Pastor Marsilio tan amo- rosas, y mortales angustias padecia. Havia venido Belisa à visitar à Silveria, y darle el parabién del nuevo recibido estado, y quiso asi- mismo hallarse en tan celebres obsequias, como esperaba serian las que tantos, y tan famosos Pastores celebraban. Salieron, pues, todos juntos de la Aldéa, fuera de la qual hallaron à Thelesio, con otros muchos Pastores que le acompañaban, todos vestidos, y ador- nados de manera, que bien mostraban, que para triste, y lamenta- ble negocio havian sido juntados. Ordenó luego Thelesio, porque con intenciones mas puras, y pensamientos mas reposados se hicie- sen aquel dia los solemnes sacrificios, que todos los Pastores fuesen juntos por su parte, y desviados de las Pastoras, y que ellas lo mismo hiciesen: de que los menos quedaron contentos, y los mas no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilio, que ya havia visto à la desamorado Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí, y tan suspenso, qual lo conocieron bien sus ami- gos,

gos, Orompo, Crisio, y Orfenio, los quales viendo tal; se llegaron á él, y Orompo le dixo. Esfuerza, amigo Marsilio, esfuerza, y no des ocasión con tu desmayo à que se descubra el poco valor de tu pecho. ¿Qué sabes si el Cielo, movido á compasion de tu pena, ha traído á tal tiempo á estas riberas á la Pastora Belisa, para que la remedies? Antes para mas acabarme, á lo que yo creo, respondió Marsilio, habrá ella venido á este Lugar, que de mi venturá esto, y mas se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandás, si acaso puede conmigo en este duro trance mas la razon, que mi sentimiento: y con esto volvió algo mas en sí Marsilio, y luego los Pastores por una parte, y las Pastoras por otra, como de Thelesio estaba ordenado, se comenzaron à encaminar al valle de los cipreses, llevando todos un maravilloso silencio: hasta que admirado Timbrio de ver la frescura, y belleza del claró Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio, que al lado le venia, le dixo. No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza de estas frescas riberas: y no sin razon, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Betis, y las que viven, y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga: y en las apartadas tierras, ha paseado las del santo Tiber, y las amenas del Pò, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dexar de haver rodeado las frescuras del apacible Sebeto: grande ocasion havia de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas. No vás tan fuera de camino en lo que dices, según yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio, que con los ojos no veás la razon que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer, que la amenidad, y frescura de las riberas de este rio, hace notoria, y conocida ventaja à todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Xanto, y del conocido Anfriso, y el enamorado Alfeo: Porque tiene, y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha linea encima de la mayor parte de estas riberas se muestra un Cielo luciente, y elato, que con un largo movimiento, y con vivo resplandor parece que combida à regocijo, y gusto al corazon que de él está mas ageno. Y si ello es verdad, que las Estrellas, y el Sol se mantienen, como algunos dicen de las aguas de acá bajo, creo firmemente que las de este rio sean, en gran parte, ocasion de causar la belleza del Cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la misma razon que dicen, que mora en los Cielos, en esta parte haga lo mas de su habitacion: la tierra que lo abra.

abraza vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace ties-
 tas, y se alegra de poseer en sí un dòn tan raro, y agradable, y
 el dorado rio como en cambio, en los abrazos de ella dulcemente
 entretexiendose, forma, como de industria, mil entradas, y sa-
 lidas, que á qualquiera que las mira, llevan el alma de placer
 maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nue-
 vo muchas veces á mirarle, no por eso dexan de hallar en él co-
 sas que les causen nuevo placer, y nueva maravilla. Vuelve, pues,
 los ojos, valeroso Timbrio, y mira quanto adornan sus riberas
 las muchas Aldéas, y ricas caserías, que por ellas se yén funda-
 das. Aquí se vé en qualquiera sazón del año andar la risueña Pri-
 mivera con la hermosa Venus, en habito sucinto, y amoroso, y Ze-
 firo que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendò
 à manos llenas varias, y odoríferas flores. Y la industria de sus mo-
 radores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el
 Arte, es hecha Artífice, y connatural del Arte, y de entrambas
 à dos se ha hecho una tertia naturaleza, à la qual no sabré dár
 nombre. De sus cultivados Jardines, con quien los huertos Es-
 perides, y de Alcino pueden callar, de los espesos bosques, de
 los pacíficos olivos, verdes laureles, y acopados mirtos: de sus
 abundosos pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos,
 y fuentes, que en esta ribera se hallan: no se espere que yo diga mas,
 sino que si en alguna parte de la tierra los campos Eliseos tie-
 nen asiento, es sin duda en esta. ¿Qué diré de la industria de
 las altas ruedas, con cuyo continuo movimiento sacan las aguas
 del profundo rio, y humedecen abundantamente las heras, que
 por largo espacio están apartadas? Añádese à todo esto, criarse
 en estas riberas las mas hermosas, y discretas Pastoras, que en la
 redondéz del suelo pueden hallarse: Para cuyo testimonio, de-
 xando aparte el que la experiencia nos muestra, y lo que tú, Tim-
 brio, há que estás en ellas, y has visto, bastará traer por exem-
 plo á aquella Pastora que alli vé, ó Timbrio; y diciendo esto,
 señaló con el cayado á Galatea; y sin decir mas, dexó admira-
 do à Timbrio de vér la discrecion, y palabras con que havia
 elabado las riberas de Tajo, y la hermosura de Galatea. Y respon-
 diendole, que no se le podia contradecir ninguna cosa de las di-
 chas; en aquellas, y en otras entretenian la pesadumbre del cam-
 no, hasta que llegados á vista del valle de los cipreses, vieron que
 de él salian casi otros tantos Pastores, y Pastoras, como los que con
 ellos

ellos iban. Juntaronse todos, y con sosegados pasos comenzaron à entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan extraño, y maravilloso, que aun à los mismos que muchas veces le havian visto, causaba nueva admiracion, y gusto. Levantanse en una parte de la ribera del famoso Tajo, en quatro diferentes, y contrapuestas partes, quatro verdes, y apacibles collados, como por muros, y defensores de un hermoso valle, que enmedio contienen, cuya entrada en él por otros quatro lugares es concedida, los quales mismos collados estrechan de modo, que vienen à formar quatro largas, y apacibles calles, à quien hacen pared de todos lados, altos, é infinitos cipreses, puestos por tal orden, y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos, y de los otros, parece que igualmente vãn creciendo, y que ninguna se atreve à pasar, ni salir un punto mas de la otra. Cierran, y ocupan el espacio que entre ciprés, y ciprés se hace, mil olorosos rosales, y suaves jazmines, tan juntos, y entretexidos, como suelen estár en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas, y puntosas cambroneiras. De trecho en trecho de estas apacibles entradas, se ven correr por entre la verde, y menuda yerva, claros, y frescos arroyos de limpias, y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate, y fin de estas calles, una ancha, y redonda plaza, que los recuestos, y los cipreses forman, enmedio de la qual está puesta una artificiosa fuente, de blanco, y precioso marmol fabricada, con tanta industria, y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tibuli, y las soberbias de la antigua Trinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua de esta maravillosa fuente se humedecen, y sustentan las frescas yervas de la deleytosa plaza; y lo que mas hace à este agradable sitio, digno de estimacion, y reverencia, es ser privilegiado de las golosas boças de los simples corderuelos, y mansas ovejas, y de otra qualquier suerte de ganado, que solo sirve de guardador, y tesoro de los honrados huesos de algunos famosos Pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos, en el contorno de aquellas riberas se determina, y ordena ser digno, y merecedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veían entre los muchos, y diversos arboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar, y distancia que havia de ellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, qual de jaspe, y qual de marmol fabricada, en cuyas blancas piedras

se leían los nombres de los que en ellas estaban sepultados. Pero la que mas sobre todas resplandecía, y la que mas à los ojos de todos se mostraba, era la del famoso Pastor Meliso, la qual apartada de las otras, à un lado de la ancha plaza de lisas, y negras pizarras, y de blanco, y bien labrado alabastro hecha parecia; y en el mismo punto que los ojos de Thelesio la miraron, volviendo el rostro à toda aquella agradable compañía, con sosegada voz, y lamentables acentos, les dixo: Veis allí, gallardos Pastores, discretas, y hermosas Pastoras; veis allí, digo, la triste sepultura donde se posan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor, y gloria de nuestras riberas: comenzad, pues, á levantar al Cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lagrimas, y profundos suspiros, entonad los santos Hymnos, y devotas Oraciones, y rogadle, tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace: en diciendo esto, se llegó à un ciprés de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo de ellas una funesta guirnalda con que coronò sus blancas, y veneradas sienes, haciendo señal à los demás que lo mismo hiciesen. De cuyo exemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas; y guiados de Thelesio, llegaron á la sepultura, donde lo primero que Thelesio hizo, fue, inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todos lo mismo, y algunos huvo, que tiernos con la memoria de Meliso, dexaban regado con lagrimas el blanco marmol que besaban. Hecho esto, mandò Thelesio encender el sacro fuego, y en un momento al rededor de la sepultura se hicieron muchas (aunque pequeñas) hogueras, en las quales solas ramas de ciprés se quemaban, y el venerable Thelesio, con graves, y sosegados pasos comenzó à rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro, y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcía, alguna breve, y devota Oracion, á rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la qual levantaba la tremante voz, y todos los circunstantes con triste, y piadoso acento respondian: Amen, Amen, tres veces, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados, y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses, y de los otros muchos arboles, de que el valle estaba lleno, heridas de un manso Zefiro que soplabá, hacían, y formaban un sordo, y tristisimo susurro, casi como en señal de que por su parte ayu-

da-

daban á la tristeza del funesto sacrificio. Tres veces rodeó Thelesio la sepultura, y tres veces dixo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del Amen, que los Pastores repetían. Acabada esta ceremonia, el anciano Thelesio se arrió á un subido ciprés, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una, y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á lo que decir quería; y luego levantando la voz (todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años) con maravillosa eloquencia, comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su animo, la graciosa gravedad de su plática, y la excelencia de su poesía; y sobre todo, la solicitud de su pecho en guardar, y cumplir la santa Religión que profesado havia, juntando á estas otras tantas, y tales virtudes de Meliso, que aunque el Pastor no fuera tan conocido de todos los que á Thelesio escuchaban, solo por lo que él decia, quedàran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto. Concluyó pues el viejo su plática, diciendo. Si adonde llegaron, famosos Pastores, las bondades de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegàra la bajeza de mi corto entendimiento, y las flacas, y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos, y cansados años, no me acortàran la voz, y el aliento, primero este Sol que nos alumbra, le vierades bañar una, y otra vez en el grande Oceano, que yo cesàra de la comenzada plática: mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos á las frias cenizas de Meliso, celebrandolas en la muerte, como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y puesto que á todos en general nos toca, y cabe parte de esta obligacion, á quien en particular mas obliga, es á los famosos Tirsi, y Damon, como á tan conocidos amigos, y familiares suyos; y asi les ruego quan encarecidamente puedo, correspondan á esta deuda, supliendo, y cantando ellos con mas reposada, y sonora voz, lo que yo he faltado, llorando con la trabajosa mia. No dixo mas Thelesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los Pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego (sin replicar cosa alguna) Tirsi sacó su rabél, y hizo señal á Damon que lo mismo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio, y Lauso, y todos los Pastores que allí instrumentos tenian; y á poco espacio formaron una tan triste, y

agra-

gradable musica, que aunque regalaba los oídos, movia los corazones á dar señales de tristeza, con lagrimas que los ojos derramaban. Juntabanse à esto la dulce harmonía de los pintados ajarillos, que por los ayres cruzaban; y algunos sollozos que las pasteras (yà tiernas, y movidas con el razonamiento de Thelesio, con lo que los Pastores hacian) de quando en quando de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte, que concordando el son de la triste musica, y el de la triste harmonía de los gilecillos, calandrias, y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan extraño, y lastimoso contento, que no hay lengua que encarecerlo pueda. De allí à poco espacio, cesando los demás instrumentos, solos los quatro de Tirsi, Damon, Elicio, y de Lauso se escucharon, los quales llegando al sepulcro de Meliso, à los quatro lados del sepulcro: señal por donde todos los presentes entendieron, que alguna cosa cantar querian: y así les prestaron un maravilloso, y sosegado silencio, y luego el famoso Tirsi, con levantada, triste, y sonora voz, ayudandole Elicio, Damon, y Lauso, de esta manera comenzó à cantar.

T I R S I.

Tal qual es la ocasion de nuestro llanto,
 No solo nuestro, mas de todo el suelo,
 Pastores entonad el triste canto.

Dam. El ayre rompan, lleguen hasta el Cielo
 Los suspiros dolientes, fabricados,
 Entre justa piedad, y justo duelo.

Elic. Seràn de tierno humor siempre bañados
 Mis ojos, mientras viva la memoria,
 Meliso, de tus hechos celebrados.

Lau. Meliso, digno de immortal historia.
 Digno que goces en el Cielo santo
 De alegre vida, y de perpetua gloria.

Tirs. Mientras que á las grandezas me levanto
 De cantar sus hazañas, como pienso,
 Pastores, entonad el triste canto.

Dam. Como puedo, Meliso, recompenso
 A tu amistad, con lagrimas vertidas

Con ruegos píos , y sagrado incienso.

Elic. Tu muerte tiene en llanto convertidas
Nuestras dulces pasadas alegrías,
Y à tierno sentimiento reducidas.

Lau. Aquellos claros venturosos días
Donde el mundo gozò de tu presencia;
Se han vuelto en noches miserables frías.

Tirs. ¡O muerte , que con presta violencia,
Tal vida en poca tierra reduциste!
¿A quien no alcanzará tu diligencia?

Dam. Despues (ò muerte) que aquel golpe diste:
Que echò por tierra nuestro fuerte arrimo
De yerva el prado , ni de flor se viste.

Elic. Con la memoria deste mal reprimo
El bien (si alguno llega à mi sentido)
Y con nueva aspereza me lastimo.

Lau. ¿Quando suele cobrarse el bien perdido?
¿Quando el mal sin buscarle no se halla?
¿Quando hay quietud en el mortal ruido?

Tirs. ¿Quando de la mortal fiera batalla
Triunfó la vid , y quando contra el tiempo
Se opuso , ó fuerte arnés , ò dura malla?

Dam. Es nuestra vida un sueño , un pasatiempo,
Un vano encanto que desaparece,
Quando mas firme pareció en su tiempo,

Elic. Día que al medio curso se obscurece,
Y le succede noche tenebrosa
Embuelta en sombras que el temor ofrece.

Lau. Mas tú , Pastor famoso , en venturosa
Hora pasaste deste mar insano
A la dulce region maravillosa.

Tirs. Despues en el aprisco Veneciano
Las causas , y demandas decidiste
Del gran Pastor del ancho suelo Hispano.

Dam. Despues tambien que con valor sufriste
El trance de fortuna acelerado,
Que á Italia hizo , y aun á España triste.

Elic. Y despues que en sosiego reposado
Con las nueve doncellas solamente

Tanto tiempo estuviste retirado.

Lau. Sin que las fieras armas del Oriente,

Ni la Francesa furia inquietase

Tu levantada, y sosegada mente.

Tirs. Entonces quiso el Cielo que llegase

La fría mano de la muerte ayrada,

Y en tu vida el bien nuestro arrebatase.

Dam. Quedó tu suerte entonces mejorada,

Quedó la nuestra à un triste amargo lloro

Perpetua eternamente condenada.

Elic. Vióse el sacro virgineo hermoso coro

De aquellas moradoras de Parnaso

Romper llorando sus cabellos de oro.

Lau. A lagrimas movió el doliente caso

Al gran competidor del niño ciego,

Que entonces de dár luz se mostró escaso.

Tirs. No entre las armas, y el ardiente fuego,

Los triste Teucros tanto se afligieron

Con el engaño del astuto Griego.

Como lloraron, como repitieron

El nombre de Meliso los Pastores,

Quando informados de su muerte fueron.

Dam. No de olorosas variadas flores

Adornaron sus frentes, ni cantaron

Con voz suave algun cantar de amorés.

De funesto ciprés se coronaron,

Y en triste repetido amargo llanto

Lamentables canciones entonaron.

Elic. Y así, pues oy el aspero quebranto,

Y la memoria amarga se renueva,

Pastores, entonad el triste canto.

Que el duro caso que à doler nos llevá

Es tal, que será pecho de diamante

El que à llorar en él no se conmueva.

Lau. El firme pecho, el animo constante,

Que en las adversidades siempre tuvo

Este Pastor, por mil lenguas se cante.

Como al desden que de continuo hubo

En el pecho de Filis indignado,

- Qual firme roca contra el mar estuvo.
Tirs. Repitanse los versos que ha cantado,
 Queden en la memoria de las gentes,
 Por muestras de su ingenio levantado.
Dam. Por tierras de las nuestras diferentes
 Lleve su nombre la parlera fama
 Con pasos prestos, y alas diligentes.
Elic. Y de su casta, y amorosa llama
 Exemplo tome el mas lascivo pecho,
 Y el que en ardor menos cabal se inflama.
Lau. Venturoso Meliso, que à despecho
 De mil contrastes fieros de fortuna
 Vives ahora alegre, y satisfecho.
Tirs. Poco te cansa, poco te importuna
 Esta mortal bajeza que dexaste
 Llena de mas mudanzas que la Luna.
Dam. Por firme alteza la humildad trocaste;
 Por bien el mal, la muerte por la vida,
 Tan seguro temiste, y esperaste.
Elic. Desta mortal (al parecer) caída,
 Quien vive bien, al cabo se levanta,
 Qual tú, Meliso, á la region florida.
 Donde por mas de una immortal garganta,
 Se despide la voz que gloria suena,
 Gloria repite, dulce gloria canta.
 Donde la hermosa faz serena
 Se ve, en cuya vision se goza, y mira
 La suma gloria mas perfecta, y buena.
 Mi flaca voz á tu alabanza aspira,
 Y tanto quanto mas crece el deseo,
 Tanto, Meliso, el miedo le retira.
 Que aquello que contemplo ahora, y veo
 (Con el entendimiento levantado)
 Del sacro tuyo sobre humano arreo,
 Tiene mi entendimiento acobardado,
 Y solo paro en levantar las cejas,
 Y en recoger los labios de admirado.
Lau. Con tu partida en triste llanto dexas
 Quantos con tu presencia se alegraban.

Y el mal se acerca, porque tú te alejas,
Tirsi. En tu sabiduría se enseñaban
 Los rústicos Pastores, y en un punto
 Con nuevo ingenio, y discrecion quedaban.
 Pero llegóse aquel forzoso punto,
 Donde tú te partiste, y do que damos
 Con poca ingenio, y corazon difunto.
 Esta amarga memoria celebramos
 Los que en la vida te quisimos tanto,
 Quanto ahora en la muerte te lloramos:
 Por esto al son de tan confuso llanto,
 Cobrando de continuo nuevo aliento,
 Pastores, entonad el triste canto.
 Lleguen do llega el duro sentimiento,
 Las lagrimas vertidas, y suspiros,
 Con quien se aumenta el presuroso vicato.
 Poco os encargo, poco sé pedirlos,
 Mas haveis de sentir, que quanto ahora
 Puede mi atada lengua referiros.
 Mas pues Febo se ausenta, y descolora,
 La tierra que se cubre en negro manto,
 Hasta que venga la esperada Aurora,
 Pastores, cesad yà del triste canto.

Tirsi, que comenzado havia la triste, y dolorosa Elegía, fue el que le puso fin, sin que le pusiesen (por un buen espacio) á las lagrimas todos los que el lamentable canto escuchado havian. Mas á esta sazón el venerable *Thalesio* les dixo: Pues havemos cumplido (en parte) gallardos, y comedidos Pastores, con la obligacion que al venturoso *Meliso* tenemos, poned por ahora silencio á vuestras tiernas lagrimas, y dad algun vado á vuestros dolientes suspiros, pues ni por ellas, ni ellos, podemos cobrar la pérdida que lloramos; y puesto que el humano sentimiento no pueda dexar de mostrarle en los adversos acacimientos, todavia es menester templar la demasia de sus accidentes, con la razon que al discreto acompaña; y aunque las lagrimas, y suspiros serán señales del amor que se tiene al que se llora, mas provecho consiguen las almas por quien se derraman con los pios sacrificios, y devotas oraciones, que por ellas se hacen, que si todo el mar

Oceano por los ojos de todo el mundo hecho lagrimas se destilase. Y por esta razon, y por la que tenemos de dár algun alivio à nuestros cansados cuerpos, será bien (que dexando lo que nos resta de hacer para el venidero dia) por ahora visiteis vuestros zurrone, y cumplais con lo que naturaleza os obliga; y en diciendo esto, dió orden como todas las Pastoras estuviesen á una parte del valle, junto à la sepultura de Meliso, dexando con ellas seis de los mas ancianos Pastores que alli havia, y los demàs poco desviados de ellas, en otra parte se estuvieron, y luego con lo que en los zurrone traían, y con el agua de la clara fuente, satisfacieron á la comun necesidad de la hambre; acabando á tiempo que yá la noche vestía de una misma color todas las cosas debajo de nuestro Horizonte contenidas, y la luciente Luna mostraba su rostro hermoso, y claro, en toda la entereza que tiene, quando mas el rubio hermano sus rayos le comunica; pero de alli á poco rato (levantandose un alterado viento) se comenzaron á vér algunas negras nubes, que algun tanto la luz de la casta Diosa encubrian, haciendo sombras en la tierra. Señales por donde algunos Pastores que alli estaban, en la rustica Astrología Maestros, algun venidero turbion, y borrasca esperaban. Mas todo paró en no mas de quedar la noche parda, y serena, y en acomodarse ellos á descansar sobre la fresca yerva, entregando los ojos al dulce, y reposado sueño, como lo hicieron todos, sino algunos que repartieron, como en centinelas, la guarda de las Pastoras, y el de algunas antorchas que al rededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedaban. Pero yá que el sosegado silencio se estendió por todo aquel sagrado valle; y yá que el perezoso Morfeo havia con el bañado ramo tocado las sienes, y parpados de todos los presentes; á tiempo que à la redonda de nuestro Polo buena parte las errantes estrellas andado havian, señalando los puntuales cursos de la noche; en aquel instante, de la misma sepultura de Meliso se levantó un grande, y maravilloso fuego, tan luciente, y claro, que en un momento todo el obscuro valle quedó con tanta claridad, como si el mismo Sol le alumbrára: por la qual improvisa maravilla, los Pastores que despiertos junto á la sepultura estaban, cayeron atonitos en el suelo deslumbrados, y ciegos, con la luz del transparente fuego: el qual hizo contrario efecto en los demàs que durmiendo estaban, porque heridos de sus rayos, huyó de ellos el pesado sueño, y

aunque con dificultad alguna abrieron los dormidos ojos , y viendo la estrañeza de la luz que se les mostraba , confusos , y admirados quedaron , y asi qual en pie , qual recostado , y qual sobre las rodillas , puesto cada uno (con admiracion , y espanto) el claro fuego miraba. Todo lo qual visto por Thelesio , adornandose en un punto de las sacras vestiduras , acompañado de Elicio , Tirsi , Damon , Lauso , y de otros animosos Pastores , poco á poco se comenzó á llegar al fuego , con intencion de con algunos licitos , y acomodados exorcismos , procurar deshacer , ò entender de donde procedía la estraña vision que se les mostraba. Pero yá que llegaban cerca de las encendidas llamas , vieron que dividiendose en dos partes , enmedio de ellas parecía una tan hermosa , y agraciada Ninfa , que en mayor admiracion les puso , que la vista del ardiente fuego : mostraba estár vestida de una rica , y sutil tela de plata , recogida , y retirada á la cintura , de modo , que la mitad de las piernas se descubrian adornadas con unos coturnos , ó calzado justo dorados , llenos de infinitos lazos de listones de diferentes colores : sobre la tela de plata traía otra vestidura de verde , y delicado cendal , que llevado á una , y á otra parte , por un vientecillo que mansamente soplabá , estremadamente parecía : por las espaldas traía esparcidos los mas luengos , y rubios cabellos , que jamás ojos humanos vieron , y sobre ellos una guirnalda , solo de verde laurèl compuesta : la mano derecha ocupaba con un alto ramo de amarilla , y vencedora palma , y la izquierda con otro de verde , y pacífica oliva. Con los quales ornamentos , tan hermosa , y admirable se mostraba , que á todos los que la miraban tenía colgados de su vista , de tal manera , que desechando de sí el temor primero , con seguros pasos al rededor del fuego se llegaron , persuadiendose que de tan hermosa vision , ningun daño podía sucederles. Y estando (como se ha dicho) todos transportados en mirarla : la bella Ninfa abrió los brazos á una , y otra parte , y hizo que las apartadas llamas mas se apartasen , y dividiesen , para dár lugar á que mejor pudiese ser mirada. Y luego levantando el sereno rostro (con gracia , y gravedad estraña) á semejantes razones dió principio. Por los efectos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones , discreta , y agradable compañía , podeis considerar , no en virtud de malignos spiritus ha sido formada esta figura mia , que aquí se os representa ; porque una de las razones es

por donde se conoce ser una vision buena , ó mala , es por los efectos que hace en el animo de quien la mira , porque la buena , aunque cause en él admiracion , y sobresaito , el tal sobresalto , y admiracion , viene mezclado con un gustoso alboroto , que á poco rato le sosiega , y satisface , al revés de lo que causa la vision perversa , la qual sobresalta , descontenta , atemoriza , y jamás asegura : esta verdad os aclarará la experiencia quando me conozcais , y yo os diga quien soy , y la ocasion que me ha movido á venir de mis remotas moradas á visitaros. Y porque no quiero teneros colgados del deseo que teneis de saber quien yo sea ; sabed , discretos Pastores , y bellas Pastoras , que yo soy una de las nueve Doncellas , que en las altas , y sagradas cumbres de Parnaso tienen su propia , y conocida morada : mi nombre es Caliope , mi oficio , y condicion , es favorecer , y ayudar á los Divinos Espíritus , cuyo loable exercicio es ocuparse en la maravillosa , y (jamás como debe) alabada ciencia de la Poesía. Yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo Ciego , natural de Esmirna , por él solamente famosa. La que hará vivir el Mantuano Titiro por todos los siglos venideros , hasta que el tiempo se acabe. Y la que hace que se tengan en cuenta desde la pasada hasta la edad presente , los escritos tan asperos como discretos del antiquísimo Enio. En fin soy quien favoreció á Catulo , la que nombró á Oracio , eternizó á Propercio , y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conocido Petrarca , y la que hizo bajar á los oscuros Infiernos , y subir á los claros Cielos al famoso Dante : soy la que ayudó á texer al Divino Ariosto la variada , y hermosa tela que compuso : la que en esta Patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscán , y con el famoso Garcilaso ; con el docto , y sabio Castillejo , y el artificioso Torres Naharro , con cuyos ingenios , y con los frutos de ellos quedó vuestra Patria enriquecida , y yo satisfecha. Yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana ; y la que no dexó jamás el lado de Don Fernando de Acuña ; y la que me precio de la estrecha amistad , y conversacion que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace , cuyas obsequias por vosotros celebradas , no solo han alegrado su espiritu (que yá por la region eterna se pasea) sino que á mí me han satisfecho , de suerte , que forzada he venido á agradeceros tan loable , y piadosa costumbre , como es la que entre vosotros se usa : así

os prometo (con las veras que de mi virtud pueden esperarse:) que en pago del beneficio, que à las cenizas de mi querido, y amado Meliso habeis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamás falten Pastores, que en la alegre ciencia de la Poesía á todos los de la otra ribera se aventajen: favoreceré asimismo siempre vuestros consejos, y guiaré vuestros entendimientos de manera, que nunca deis torcido voto, quando decreteis quien es merecedor de enterrarse en este sagrado valle; porque no será bien que honra tan particular, y señalada, y que solo es merecida de los blancos, y canoros Cisnes, la vengan á gozar los negros, y roncós cuervos; y así me parece que será bien daros alguna noticia ahora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias á ella sujetas: los quales, si todos, ó alguno de ellos, su buena ventura le traxere á acabar el curso de sus días en estas riberas, sin duda alguna le podeis conceder sepultura en este famoso sitio: junto con esto os quiero advertir, que no entendáis que los primeros que nombraré, son dignos de mas honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar orden alguna, que puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al otro, y los otros á los otros hacen, quiero dexar esta declaracion en duda: porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos, tengan en qué exercitarse, de los quales darán testimonio sus obras: irelos nombrando como se me vinieren á la memoria, sin que ninguno se atribuya á que ha sido favor que yo le he hecho en haberme acordado de él primero, que de otro: porque, como digo, á vosotros, discretos Pastores, dexo que despues les deis el lugar que os pareciere que de justicia se les debe. Y para que con menos pesadumbre, y trabajo, á mi larga relacion esteis atentos, haréla de suerte, que solo sintáis disgusto por la brevedad de ella. Calló diciendo esto la bella Ninfa, y luego tomó una harpa que junto á sí tenía (que hasta entonces de ninguno havia sido vista) y comenzandola á tocar, parece que comenzó á esclarecerse el Cielo, y que la Luna con nuevo, y no usado resplandor alumbraba la tierra: los arboles, á despecho de un blando Zéfiro que soplaba, tuvieron quedas las ramas; y los ojos de todos los que allí estaban, no se atrevían á bajar los parpados, porque aquel breve punto que se tardaban en alzarlos, no se privasen de la gloria que en mirar la hermosura de la Ninfa gozaban, y aunque

quisieran todos, que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oír solamente, con tal estrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad tocaba la harpa la bella Musa: la qual, despues de haver tañido un poco, con la mas sonora voz que imaginar se puede, en semejantes versos dió principio.

CANTO DE CALIOPE.

Al dulce son de mi templada lira
 Prestad, Pastores, el oído atento,
 Oyreis como en mi voz, y en el respira
 De mis hermanas el sagrado aliento:
 Vereis como os suspende, y os admira;
 Y colma vuestras almas de contento,
 Quando os dé relacion aquí en el suelo
 De los ingenios que yá son del Cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente
 A quien la Parca el hilo aun no ha cortado,
 De aquellos que son dignos justamente
 De en tal lugar tenerle señalado:
 Donde á pesar del tiempo diligente,
 Por el laudable oficio acostumbrado
 Vuestro, vivan mil siglos sus renombres,
 Sus claras obras, sus famosos nombres.

Y el que con justo titulo merece
 Gozar de alta, y honrosa preeminencia;
 Un Don Alonso es en quien florece
 Del sacro Apolo la Divina Ciencia.
 Y en quien con alta lumbré resplandece
 De Marte el brio, y sin igual potencia,
 De Leyva tiene el sobrenombre illustre,
 Que á Italia ha dado, y aun à España lustre;

Otro del mismo nombre, que de Arauco
 Cantó las guerras, y el valor de España,
 El qual los Reynos donde habita Glauco
 Pasó, y sintió la embravescida saña.

No fue su voz , no fue su acento Rauco,
 Que uno , y otro fue de gracia estraña,
 Y tal que Ercilla en este hermoso asiento
 Merece eterno , y sacro monumento.

Del famoso Don Juan de Silva os digo,
 Que toda gloria , y todo honor merece;
 Asi por serle Febo tan amigo,
 Como por el valor que en él florece!
 Serán desto sus obras buen testigo,
 En las quales su ingenio resplandece
 Con claridad , que al ignorante alumbra,
 Y al sabio agudo á veces le deslumbra.

Crezca el numero rico desta cuenta,
 Aquel con quien la tiene tal el Cielo,
 Que con Febeo aliento le sustenta,
 Y con valor de Marte acá en el suelo.
 A Omero iguala si á escribir intenta,
 Y á tanto llega de su pluma el buelo
 Quanto es verdad que á todos es notorio
 El alto ingenio de Don Diego Osorio.

Por quantas vias la parlera fama
 Puede loar un Caballero ilustre,
 Por tantas su valor claro derrama,
 Dando sus hechos à su nombre lustre.
 Su vivo ingenio su virtud inflama
 Mas de una lengua á que de lustre en lustre,
 Sin que cursos de tiempos las espanten
 De Don Francisco de Mendoza canten.

Felíz Don Diego de Sarmiento ilustre,
 Y Carvajal , famoso producido
 De nuestro coro , y de Hipocrene lustre,
 Mozo en la edad , anciano en el sentido.
 De siglo en siglo irá , de lustre en lustre
 (A pesar de las aguas del olvido)
 Tu nombre con tus obras excelentes

De lengua en lengua , y de gente en gentes.

Quieroos mostrar por cosa soberana
 En tierna edad maduro entendimiento
 Destreza , y gallardia sobre humana,
 Cortesía , valor , comedimiento.
 Y quien puede mostrar en la Toscana,
 Como en su propia lengua , aquel talento
 Que mostró el que cantó la casa deste,
 Un Don Gutierre Carvajal es este.

Tá Don Luis de Vargas , en quien veo
 Maduro ingenio en verdes pocos dias,
 Procura de alcanzar aquel trofeo
 Que te prometen las hermanas mias.
 Mas tan cerca estás dél , que á lo que creo
 Yá triunfas , pues procuras por mil vias
 Virtuosas , y sabias , que tu fama
 Resplandezca con viva , y clara llama.

Del claro Tajo la ribera hermosa
 Adornan mil espiritus divinos,
 Que hacen nuestra edad mas venturosa,
 Que aquella de los Griegos , y Latinos.
 Dellos pienso decir sola una cosa
 Que son de vuestro valle , y honra dinos,
 Tanto quanto sus obras nos lo muestran,
 Que al camino del Cielo nos adiestran.

Dos famosos Doctores , presidentes
 En las ciencias de Apolo , se me ofrecen,
 Que no mas que en la edad son diferentes,
 Y en el trato , é ingenio se parecen.
 Admiran los ausentes , y presentes,
 Y entre unos , y otros tanto resplandecen
 Con su saber altisimo , y profundo,
 Que presto han de admirar á todo el mundo.

Y el nombre que me viene mas á riano

Destos dos que á loar aqui me atrevo,
 Es del Doctor famoso Campuzano,
 A quien podeis llamar segundo Febo.
 El alto ingenio suyo , el sobre humano
 Discurso , nos descubre un mundo nuevo
 De tan mejores Indias, y excelencias,
 Quanto mejor que el oro son las ciencias.

Es el Doctor Suarez (que de Sosa
 El sobrenombre tiene) el que se sigue,
 Que de una , y otra lengua artificiosa
 Lo mas cendrado , y lo mejor consigue.
 Qualquiera que en la fuente milagrosa,
 Qual él la mitigó , la sed mitigue,
 No tendrá que embidiar al docto Griego,
 Ni á aquel que nos cantó el Troyano fuego.

Del Doctor Baza , si decir pudiera
 Lo que yo siento dél , sin duda creo,
 Que quantos aqui estais os suspendiera:
 Tal su ciencia , su virtud , y arreo.
 Yo he sido en ensalzarle la primera
 Del sacro coro , y soy la que deseo
 Eternizar su nombre en quanto al suelo
 Diere su luz el gran Señor de Delo.

Si la fama os traxere á los oídos,
 De algun famoso ingenio , maravillas,
 Conceptos bien dispuestos , y subidos,
 Y ciencias que os asombren en oillas,
 Cosas que pàran solo en los sentidos,
 Y la lengua no puede referillas,
 El dár salida á todo dubio , y traza;
 Sabed que es el Licenciado Daza.

Del Maestro Garay las dulces obras
 Me incitan sobre todos á alabarle.
 Tú , Fama , que al ligero tiempo sobras,
 Ten por heroyca empresa el celebrarle,

Verás como en el mas fama cobras,
 Fama , que está la tuya en ensalzarle,
 Que hablando de esta fama en verdadera
 Has de trocar la fama de parlera.

Aquel ingenio , que al mayor humano
 Se dexa atrás , y aspira al que es Divino,
 Y dexando á una parte el Castellano,
 Sigue el heroyco verso del Latino:
 El nuevo Omero, el nuevo Mantuano
 Es el Maestro Cordova , que es dino
 De celebrarse en la dichosa España,
 Y en quanto el Sol alumbra , y el mar baña.

De tí , el Doctor Francisco Diaz , puedo
 Asegurar á estos mis Pastores,
 Que con seguro corazon , y ledó,
 Pueden aventajarse en tus loores:
 Y si en ellos yo ahora corta quedo;
 Debiendose á tu ingenio los mayores,
 Es porque el tiempo es breve , y no me atrevo
 A poderte pagar lo que te debo.

Lujan , que con la Toga merecida
 Honras el propio , y el ageno suelo,
 Y con tu dulce Musa conocida
 Subes tu fama hasta el mas alto Cielo;
 Yo te daré despues de muerto vida,
 Haciendo que en ligero , y presto buelo
 La fama de tu ingenio unico solo
 Vaya del nuestro hasta el contrario Polo.

El alto ingenio , y su valor declara
 Un Licenciado tan amigo vuestro,
 Quanto yá sabeis que es Juan de Vergara,
 Honra del siglo venturoso nuestro.
 Por la senda que él sigue abierta , y clara,
 Yo misma el paso , y el ingenio adiestro,
 Y adonde él llega de llegar me pago,

Y en su ingenio , y virtud me satisfago.

Otro os quiero nombrar , porque se estime,
Y tenga en precio mi atrevido canto,
El qual hará que ahora mas le anime,
Y llegue alli donde el deseo levanto.
Y es este que me fuerza , y que me oprime
A decir solo dél , y cantar quanto
Canto de los ingenios mas cabales,
El Licenciado Alonso de Morales.

Por la difícil cumbre và subiendo
Al Templo de la Fama , y se adelanta
Un generoso mozo , el qual rompiendo
Por la dificultad que mas espanta,
Tan presto ha de llegar allá , que entiendo,
Que en profecía yá la fama canta
Del lauro que le tiene aparejado
Al Licenciado Hernando Maldonado.

La sabia frente de laurél honroso
Adornada vereis , de aquel que ha sido
En todas Ciencias , y Artes tan famoso,
Que es yá por todo el Orbe conocido.
Edad dorada, siglo venturoso,
Que gozar de tal hombre has merecido,
¿ Qual siglo ; qual edad ahora te llega,
Si en tí está Marco Antonio de la Vega?

Un Diego se me viene á la memoria,
Que de Mendoza es cierto que se llama,
Digno que solo dél se hiciera historia,
Tal , que llegára alli donde su fama,
Su ciencia , y su virtud , que es tan notoria,
Que yá por todo el Orbe se derrama,
Admira los ausentes , y presentes,
De las remotas , y cercanas gentes.

Un conocido el alto Febo tiene,

Que

¿Qué digo un conocido? un verdadero
 Amigo, con quien solo se entretiene,
 Que es de toda ciencia tesorero:
 Y es este que de industria se detiene
 A no comunicar su bien entero,
 Diego Durán, en quien continuo dura,
 Y durará el valor, sér, y cordura.

¿Quién pensáis que es aquel, que en voz sonora
 sus ansias canta regaladamente?
 Aquel, en cuyo pecho Febo mora
 El docto Orfeo, y Arion prudente.
 Aquel que de los Reynos del Aurora,
 Hasta los apartados de Occidente
 Es conocido, amado y estimado
 Por el famoso Lopez Maldonado.

¿Quién pudiera loaros, mis Pastores,
 Un Pastor, vuestro amado, y conocido,
 Pastor mejor de quantos son mejores,
 Que de Filida tiene el apellido!
 La habilidad, la ciencia, los primores,
 El raro ingenio, y el valor subido
 De Luis Montalvo le aseguran
 Gloria, y honor, mientras los Cielos duran.

El sacro Ibero, de dorado Acanto,
 De siempre verde yedra, y blanca oliva,
 Su frente adorne, y en alegre canto
 Su gloria, y fama para siempre viva.
 Pues su antiguo valor ensalza tanto,
 Que al fertil Nilo de su nombre priva
 De Pedro de Liñan la sutil pluma,
 De todo el bien de Apolo cifra, y suma.

De Alonso de Valdés me está incitando
 El raro, y alto ingenio, á que dél cante,
 Y que os vaya, Pastores, declarando,
 Que á los mas raros pasa, y va adelante.

Halo mostrado ya, y lo va mostrando
 En el facil estilo, y elegante
 Con que descubre el lastimado pecho,
 Y alaba el mal que el fiero amor le ha hecho.

Admiraos un ingenio en quien se encierra
 Todo quanto pedir puede el desco,
 Ingenio, que aunque viva acá en la tierra,
 Del alto Cielo es su caudal, y arreo.
 Ora trate de paz, ora de guerra,
 Todo quanto yo miro, escucho, y leo,
 Del celebrado Pedro de Padilla,
 Me causa nuevo gusto, y maravilla.

Tú, famoso Gaspar Alfonso, ordenas,
 Segun aspiras á immortal subida,
 Que yo no pueda celebrarte apenas,
 Si te he de dár loor á tu medida.
 Las plantas fertilisimas amenas,
 Que nuestro celebrado monte anida,
 Todas ofrecen ricas laureolas
 Para ceñir, y honrar tus sienes solas.

De Christoval de Mesa os digo cierto,
 Que puede honrar vuestro sagrado valle,
 No solo en vida, mas despues de muerto
 Podeis con justo titulo alaballe.
 De sus heroicos versos el concierto,
 Su grave, y alto estilo pueden dalle
 Alto, y honroso nombre, aunque callára
 La fama del, yo no me acordára.

Pues sabeis quanto adorna, y enriquece
 Vuestras riberas, Pedro de Ribera,
 Dadle el honor, Pastores, que merece,
 Que yo seré en honrarle la primera.
 Su dulce Musa, su virtud ofrece
 Un sugeto cabal donde pudiera
 La fama, y cien mil famas ocuparse

En solo sus loores estremarse.

Tú que del uso el singular tesoro
Trajiste en nueva forma á la ribera
Del fertil rio, à quien el lecho de oro
Tan famoso le hace adonde quiera.
Con el debido aplauso, y el decoro
Debido à ti, Benito de Caldera,
Y á tu ingenio sin par prometo honrarte,
Y de lauro, y de yedra coronarte.

De aquel que la Christiana Poesía
Tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
Haga la fama, y la memoria mia
Famosa para siempre su memoria.
De donde nace, à donde muere el día
La ciencia sea, y la bondad notoria
Del gran Francisco de Guzmán, que el arte
De Febo sabe asi como el de Marte.

Del Capitan Salcedo està bien claro
Que llega su Divino entendimiento
Al punto mas subido, agudo, y raro
Que puede imaginar el pensamiento.
Si le compáro, à él mismo le compáro,
Que no hay comparacion que llegue á cuento
De tamaño valor, que la medida
Ha de mostrar ser falta, ó ser torcida.

Por la curiosidad, y entendimiento
De Thomás de Gracian, dadme licencia,
Que yo le escoja en este valle asiento
Igual á su virtud, valor, y ciencia:
El qual si llega á su merecimiento,
Será de tanto grado, y preeminencia,
Que á lo que creo pocos se le igualen,
Tanto su ingenio, y sus virtudes valen.

Ahora, hermanas bellas, de improviso . . .

Baptista de Bivar quiere alabaros
 Con tanta discrecion, gala , y aviso,
 Que podais , siendo Musas , admiraros.
 No cantará desdenes , no , Narciso,
 Que à Eco solitaria cuestan caros,
 Sino cuidados suyos que han nacido
 Entre alegre esperanza, y triste olvido.

Un nuevo espanto , un nuevo asombro , y miedo
 Me acude , y sobresalta en este punto,
 Solo por ver que quiero , y que no puedo
 Subir de honor al mas subido punto.
 Al grave Balthasar que de Toledo
 El sobrenombre tiene , aunque barrunto
 Que de su docta pluma el alto buelo
 Le ha de subir hasta el Empireo Cielo.

Muestra en un ingenio la experiencia
 Que en años verdes , y en edad temprana
 Hace su habitacion , asi la ciencia
 Como en la edad madura antigua , y cana.
 No entraré con alguno en competencia,
 Que contradiga una verdad tan llana,
 Y mas si acaso à sus oidos llega,
 Que lo digo por vos , Lope de Vega.

De pacifica oliva coronado
 Ante mi entendimiento se presenta
 Ahora el sacro Betis indignado,
 Y de mi inadvertencia se lamenta.
 Pide que en el discurso comenzado
 De los raros ingenios, os dè cuenta,
 Que en sus riberas moran , y yo ahora
 Harélo con la voz muy mas sonora.

Mas qué haré que en los primeros pasos
 Que doy , descubro mil estrañas cosas,
 Otros mil nuevos Pindos , y Parnasos,
 Otros coros de hermanas mas hermosas.

LIBRO SEXTO

Con que mis altos brios quedan lasos,
 Y mas quando por causas milagrosas
 Oygo qualquier sonido servir de Eco,
 Quando se nombra el nombre de Pacheco.

Pacheco es este con quien tiene Febo,
 Y las hermanas tan discretas mias,
 Nueva amistad, discreto trato, y nuevo,
 desde sus tiernos, y pequeños dias.
 Yo desde entonces hasta ahora llevo
 Por tan estrañas desusadas vias
 Su ingenio, y sus escritos, que han llegado
 Al titulo de honor mas encumbrado.

En punto estoy, donde por mas que diga
 En alabanza del Divino Herrera,
 Será de poco fruto mi fatiga,
 Aunque le suba hasta la quinta esfera.
 Mas si soy sospechosa por amiga,
 Sus obras, y su fama verdadera,
 Dirán que en Ciencias es Hernando solo,
 Del Gange al Nilo, y de uno al otro Polo.

De otro Fernando quiero daros cuenta,
 Que de Cangas se nombra, en quien se admira
 El suelo, y por quien vive, y se sustenta
 La ciencia, en quien al sacro lauro aspira.
 Si al alto Cielo algun ingenio intenta
 De levantar, y de poner la mira,
 Pongala en este solo, y dará al punto
 En el mas ingenioso, y alto punto.

De Don Christoval, cuyo sobrenombre
 Es de Villarroel, tened creído,
 Que bien merece que jamás su nombre
 Toque las aguas negras del olvido.
 Su ingenio admire, su valor asombre,
 Y el ingenio, y valor sea conocido
 Por el mayor extremo que descubre

En quanto mira el Sol , ó el suelo encubre.

Los rios de eloquencia , que del pecho
Del grave antiguo Ciceron manaron,
Los que al Pueblo de Athenas satisfecho
Tuvieron , y á Demosthenes honraron:
Los ingenios que el tiempo ha yá deshecho
(Que tanto en los pasados se estimaron)
Humillense á la Ciencia alta , y Divina
Del Maestro Francisco de Medina.

Puedes , famoso Betis , dignamente
Al Mincio , al Arno , al Tibre aventajarte,
Y alzar contento la sagrada frente,
Y en nuevos anchos senos dilatarte:
Pues quiso el Cielo (que en tu bien consiente)
Tal gloria , tal honor , tal fama darte,
Qual te la adquiere à tus riberas bellas
Balthasar del Alcazar , que està en ellas.

Otro vereis , en quien vereis cifrada
Del sacro Apolo la mas rara ciencia,
Que en otros mil sugetos derramada,
Hace en todos de sí grave apariencia.
Mas en este sugeto mejorada
Asiste en tantos grados de excelencia,
Que bien puede Mosquera el Licenciado,
Ser como el mismo Apolo celebrado.

No se desdeña aquel varon prudente,
Que de ciencias adorna , y enriquece
Su limpio pecho de mirar la fuente,
Que en nuestro monte en sabias aguas crece.
Antes en la sin par clara corriente
Tanto la sed mitiga , que florece
Por ello el claro nombre acá en la tierra
Del gran Doçtor Domingo de Becerra.

Del famoso Espinel cosas diria

Que exceden al humano entendimiento,
 De aquellas ciencias que en su pecho cria
 El divino de Febo sacro aliento.
 Mas pues no puede de la lengua mia
 Decir lo menos de lo mas que siento,
 No digo mas , sino que al Cielo aspira,
 Ora tome la pluma , ora la lira.

Si quieres ver en una igual balanza
 Al rubio Febo , y colorado Marte,
 Procurad de mirar al gran Carranza,
 De quien el uno , y otro no se parte.
 En él vereis amigas pluma , y lanza
 Con tanta discrecion , destreza , y arte,
 Que la destreza en partes dividida,
 La tiene à ciencia , y arte reducida.

De Lazaro Luis Iranzo , lira
 Templada havia de ser mas que la mia,
 A cuyo son cantase el bien que inspira
 En él el Cielo , y el valor que cria.
 Por las sendas de Marte , y Febo aspira
 A subir , do la humana fantasía
 Apenas llega , y él sin duda alguna
 Llegará contra el hado la fortuna.

Balthasar de Escobar , que ahora adorna
 Del Tiber las riberas tan famosas,
 Y con su larga ausencia desadorna
 Las del sagrado Betis espaciosas,
 Fertil ingenio , si por dicha torna
 Al patrio amado suelo , á sus honrosas,
 Y juveniles sienes les ofrezco
 Al lauro, y al honor que yo merezco.

¿Qué titulo , qué honor , qué palma, ó lauro
 Se le debe á Juan Sanz , que de Zumeta
 Se nombrá ? si del Indo al Rojo Mauro
 Qual su Musa no hay otra tan perfecta?

Su fama aqui de nuevo le restauro,
 Con deciros, Pastores, quan acepta
 Será de Apolo qualquier honra, y lustre;
 Que á Zumeta hagais que mas le lustre.

Dad á Juan de las Cuevas el debido
 Lugar, quando se ofrezca en este asiento,
 Pastores, pues lo tiene merecido
 Su dulce Musa, y raro entendimiento.
 Sè que sus obras del eterno olvido,
 (A despecho, y pesar del violento
 Curso del tiempo) librarán su nombre
 Quedando con un claro alto renombre.

Pastores, si le vieredes, honraldo
 Al famoso varon que os diré ahora,
 Y en graves dulces versos cebraaldo
 Como á quien tanto en ellos se mejora.
 El sobrenombre tiene de Bibaldo
 De Adan el nombre, el qual ilustra, y dora
 Con su florido ingenio, y excelente
 La venturosa nuestra edad presente.

Qual suele estár de variadas flores
 Adornado, y rico el mas florido Mayo,
 Tal de mil varias ciencias, y primores
 Está el ingenio de Don Juan Aguayo.
 Y aunque mas me detenga en sus loores,
 Solo sabré deciros que me ensayo
 Ahora, y que otra vez os diré cosas:
 Tales, que las tengais por milagrosas.

De Juan Gutierrez Rufo el claro nombre
 Quiero que viva en la inmortal memoria,
 Y que al sabio, y al simple admire, asombre
 La heroyca que compuso ilustre historia.
 Dele el sagrado Betis el renombre
 Que su estilo merece, denle gloria
 Los que pueden, y saben, dèle el Cielo

Igual la fama á su encumbrado buelo.

En Don Luis de Gongora os ofrezco
 Un vivo raro ingenio sin segundo:
 Con sus obras me alegro, y enriquezco,
 No solo yo, mas todo el ancho mundo.
 Y asi, por lo que os quiero, algo merezco,
 Haced que su saber alto, y profundo,
 En vuestras alabanzas siempre viva
 Contra el ligero tiempo, y muerte esquivá.

Ciña el verde laurél la verde yedra,
 Y aun la robusta encina aquella frente
 De Gonzalo Cervantes Saavedra,
 Pues la deben ceñir tan justamente.
 Por él la ciencia mas de Apolo medra,
 En él Marte nos muestra el brio ardiente
 De su furor, con tal razon medido,
 Que por él es amado, y es temido.

Tú que de Celidon con dulce plectro
 Hiciste resonar el nombre, y fama,
 Cuyo admirable, y bien limado metro,
 A lauro, y triunfo te combida, y llama:
 Recibe el mando, la corona, y cetro,
 Gonzalo Gomez, desta que te ama,
 En señal que merece tu persona
 El justo señorío de Elicona.

Tu Dauró de oro conocido rio,
 Qual bien ahora puedes señalarte,
 Y con nueva corriente, y nuevo brio,
 Al apartado Idaspe aventajarte,
 Pues Gonzalo Matheo de Berrío,
 Tanto procura con su ingenio honrarte,
 Que ya tu nombre la parlera fama,
 Por él, por todo el mundo le derrama.

Texed de verde lauro una corona,

Pastores , para honrar la digna frente
 Del Licenciado Soto Barahona,
 Varon insigne , sabio , y eloquente.
 En el licor santo de Eliconz,
 Si se perdiera en la sagrada fuente,
 Se pudiera hallar (¡ó extraño caso!)
 Como en las altas cumbres de Parnaso.

De la region Antartica podria
 Eternizar ingenios soberanos,
 Que si riquezas oy sustenta , y cria,
 Tambien entendimientos sobre humanos.
 Mostrarlo puedo en muchos este dia,
 Y en dos os quiero dar llenas las manos,
 Uno de nueva España , y nuevo Apolo
 Del Perú el otro un solo unico , y solo.

Francisco el uno de Terrazas tiene
 El nombre acá , y allà tan conocido,
 Cuya vena caudal , nueva Hipocrene
 Ha dado al patrio venturoso nido.
 La misma gloria al otro igual le viene,
 Pues su Divino ingenio ha producido
 En Arequipa eterna Primavera,
 Que este es Diego Martinez de Ribera.

Aqui debajo de felice estrella
 Un resplandor salió tan señalado,
 Que de su lumbre la menor centella,
 Nombre de Oriente al Occidente ha dado.
 Quando esta luz nació , nació con ella
 Todo el valor , nació Alonso Picado,
 Nació mi hermano , y el de Palas junto,
 Que ambas vimos en él vivo trasunto,

Pues si he de dar gloria á tí debida,
 Gran Alonso de Estrada , oy eres dino
 Que no se cante asi tan de corrida,
 Tu ser , y entendimiento peregrino.

LIBRO SEXTO

Contigo está la tierra enriquecida,
 Que al Betis mil tesoros dà contino,
 Y aun no dá el cambio igual que no hay tal paga,
 Que à tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,
 Claro Don Juan , te nos ha dado el Cielo,
 De Avalos gloria , y de Ribera lustre,
 Honra del propio , y del ageno suelo.
 Dichosa España , do por mas de un lustre
 Muestra serán tus obras , y modelo
 De quanto puede dàr naturaleza
 De ingenio claro , y singular nobleza.

El que en la dulce patria está contento,
 Las puras aguas de Limar gozando
 La famosa ribera , el fresco viento,
 Con sus divinos versos alegrando:
 Venga y vereis por suma deste cuento
 Su heroyco brio , y discrecion mirando:
 Que es Sancho de Ribera en toda parte,
 Febo primero , y sin segundo Marte.

Este mismo famoso insigne valle
 Un tiempo al Betis usurpar solia
 Un nuevo Homero , á quien podemos dalle
 La corona de ingenio , y gallardìa,
 Las gracias le cortaron á su talle,
 Y el Cielo en todas lo mejor le embia:
 Este yá en vuestro Tajo conocido,
 Pedro de Montesdoca es su apellido.

En todo quanto pedirà el deseo
 Un Diego ilustre de Aguilar admira
 Un Aguila Real , que en buelo veo
 Alzarse á do llegar ninguno aspira.
 Su pluma entre cien mil gana trofeo,
 Que ante ella la mas alta se retira
 Su estilo , y su valor tan celebrado

Guanunco lo dirá , pues lo ha gozado.

Un Gonzalo Fernandez se me ofrece,
 Gran Capitan del esquadron de Apolo,
 Que oy de Sotomayor se ensobervece
 El nombre , con su nombre héroyco , y solo.
 En verso admira , y en saber florece
 En quanto mira el uno , y otro Polo,
 Y si en la pluma en tanto grado agrada,
 No menos es famoso por la espada.

De un Enrique Garcés , que al Piruano
 Reyno enriquece , pues con dulce rima,
 Con sutil , ingeniosa , y facil mano,
 A la mas ardua empresa en él dió cima,
 Pues en dulce Español al gran Toscano
 Nuevo language ha dado , y nueva estima:
 ¿Quién será tal que la mayor le quite,
 Aunque el mismo Petrarca resucite?

Un Rodrigo Fernandez de Pineda,
 Cuya vena immortal , cuya excelente,
 Y rara habilidad , gran parte hereda
 Del licor sacro de la Equina fuente.
 Pues quanto quiere dél no se le veda,
 Pues de tal gloria goza en Occidente,
 Tenga tambien aqui tan larga parte,
 Qual la merecen oy su ingenio , y arte.

Y tú , que al patrio Betis has tenido
 Lleno de envidia , y con razon quejoso
 De que otro Cielo , y otra tierra han sido
 Testigos de tu canto numeroso:
 Alegrate que el nombre esclarecido
 Tuyo , Juan de Mestanza , generoso,
 Sin segundo será por todo el suelo,
 Mientras diere su luz el quarto Cielo.

Toda la suavidad que en dulce vena

Se puede ver , vereis en uno solo,
 Que al son sabroso de su Musa enfrena
 La furia al mar , el curso al Dios Eolo.
 El nombre deste es Balthasar de Orena,
 Cuya fama del uno al otro Polo
 Corre ligera , y del Oriente á ocaso,
 Por honra verdadera de Parnaso.

Pues de una fertil , y preciosa planta
 De allà traspueta en el mayor colládo,
 Que en toda la Thesalia se levanta,
 Planta que ya dichoso fruto ha dado;
 Callaré yo lo que la fama canta
 Del ilustre Don Pedro de Alvarado,
 Ilustre , pero yá no menos claro,
 Por su divino ingenio al mundo raro.

Tú que con nueva Musa extraordinaria
 Cairasco , cantas del amor el animo,
 Y aquella condicion del vulgo varia
 Donde se opone al fuerte el pusilanimio:
 Si á este sitio de la gran Canaria
 Vinieres con ardor vivo , y magnanimio,
 Mis Pastores ofrecen à tus meritos
 Mil lauros, mil loores benemeritos.

Quien es, ó anciano Tormes , el que niega
 Que no puedes al Nilo aventajarte?
 Si puede solo el Licenciado Vega
 Mas que Titiro al Mincio celebrarte.
 Bien sé , Damian , que vuestro ingenio llega,
 Do alcanza deste honor la mayor parte,
 Pues sè por muchos años de experiencia
 Vuestra tan singular virtud , y ciencia.

Aunque el ingenio , y la elegancia vuestra,
 Francisco Sanchez , se me concediera,
 Por torpe me juzgára , y poco diestra,
 Si á querer alabaros me pusiera.

Lengua del Cielo unica , y maestra
 Tiene de ser la que por la carrera
 De vuestras alabanzas se dilate,
 Que hacerlo humana lengua es disparate.

Las raras cosas , y en estilo nuevas,
 Que un espíritu muestran levantado
 En cien mil ingeniosas arduas pruebas,
 Por sabio , conocido , y estimado;
 Hacen que Don Francisco de las Cuevas
 Por mí sea dignamente celebrado,
 En tanto que la fama pregonera
 No detuviere su velóz carrera.

Quisiera rematar mi dulce canto
 En tal sazón , Pastores , con loaros
 Un ingenio que al mundo pone espanto,
 Y que pudiera en extasis robaros.
 En èl cifro , y recojo todo quanto
 He mostrado hasta aqui , y he de mostraros,
 Fray Luis de Leon es el que digo,
 A quien yo reverencio , adoro , y sigo.

¿Què modos , què caminos , ó qué vias
 De alabar buscaré , para que el nombre
 Viva mil siglos , de aquel gran Mathias,
 Que de Zuñiga tiene el sobrenombre?
 A él se den las alabanzas mias,
 Que aunque yo soy Divina , y él es hombre,
 Por ser su ingenio , como lo es , Divino,
 De mayor honra , y alabanza es dino,

Volved el presuroso pensamiento
 A las riberas de Pisuerga bellas,
 Vereis que aumentan este rico cuento
 Claros ingenios con quien se honran ellas.
 Ellas no solo , sino el firmamento,
 Do lucen las clarificas estrellas,
 Honrarse puede bien quando consigo

Tenga allà los varones que aqui digo.

Vos, Damasio de Frias, podeis solo
Loaros á vos mismo, pues no puede
Hacer, aunque os alabe el mismo Apolo,
Que en tan justo loor corto no quede.
Vos sois el cierto, y el seguro Polo,
Por quien se guia aquel que le sucede
En el mar de las Ciencias buen pasage,
Propicio viento, y puerto en su viage.

Andrés Sanz de Portillo, tú me embia
Aquel aliento con que Febo mueve
Tu sabia pluma, y alta fantasía,
Porque te dé el loor que se te debe.
Que no podrá la ruda lengua mia,
Por mas caminos que aqui tienta, y pruebe,
Hallar alguno así, qual le deseo,
Para loar lo que en tí siento, y veo.

Felicísimo ingenio que te encumbras
Sobre el que mas Apolo ha levantado,
Y con tus claros rayos nos alumbras,
Y sacas del camino mas errado:
Y aunque ahora con ella me deslumbras,
Y tienes à mi ingenio alborotado,
Yo te doy sobre muchos palma, y gloria,
Pues á mi me la has dado Doctor Soria.

Si vuestras obras son tan estimadas,
Famoso Cantoral, en toda parte,
Serán mis alabanzas escusadas,
Si en nuevo modo no os alabo, y arte.
Con las palabras mas calificadas
Con quanto ingenio el Cielo en mí reparte,
Os admiro, y alabo aqui callando,
Y llego do llegar no puedo hablando.

Tu, Geronymo Baca y de Quiñones,

Si tanto me he tardado en celebrarte,
 Mi pasado descuido me perdones
 Con la enmienda que ofrezco de mi parte.
 De oy mas en claras voces, y pregonces,
 En la cubierta, y descubierta parte
 Del ancho mundo, haré con clara llama
 Lucir tu nombre, y estender tu fama.

Tu, verde, y rico margen, no de nebro,
 Ni de ciprés funesto enriquecido,
 Claro, abundoso, y conocido Ebro,
 Sino de lauro, y mirto florecido.
 Ahora como puedo le celebro,
 Celebrando aquel bien que han concedido
 El Cielo à tus riberas, pues en ellas
 Moran ingenios claros mas que estrellas.

Serán testigo desto dos hermanos,
 Dos luceros, dos Soles de poesía,
 A quien el Cielo con abiertas manos
 Dió quanto ingenio, y arte dár podía.
 Edad temprana, pensamientos canos,
 Maduro trato, humilde fantasía,
 Labran eterna, y digna laureola
 A Lupercio Leonardo de Argensola.

Con santa envidia, y competencia santa
 Parece que el menor hermano aspira
 A igualar al mayor, pues se adelanta,
 Y sube do no llega humana mira.
 Por esto escribe, y mil sucesos canta
 Con tan suave, y acordada lira,
 Que este Bartholomé menor merece
 Lo que al mayor Lupercio se le ofrece.

Si el buen principio, y medio dá esperanza,
 Que el fin ha de ser raro; y excelente
 En qualquier caso, yà mi ingenio alcanza,
 Que el tuyo has de encumbrar, Cosme Pariente.

Y así puedes con cierta confianza
 Prometer á tu sabia honrosa frente
 La corona que tiene merecida
 Tu claro ingenio , tu inculpable vida.

En soledad del Cielo acompañado
 Vives , ó gran Morillo , y allí muestras
 Que nunca dexan tu Christiano lado
 Otras Musas mas santas , y mas diestras:
 De mis hermanas fuiste alimentado,
 Y ahora en pago dello nos adiestras,
 Y enseñas á cantar divinas cosas,
 Gratas al Cielo , y al suelo provechosas.

Turia , tú que otra vez con voz sonora
 Cantaste de tus hijos la excelencia,
 Si gustas de escuchar la mia ahora
 (Formada , no en envidia , ó competencia)
 Oyrás quanto tu fama se mejora
 Con los que yo diré , cuya presencia,
 Valor , virtud , ingenio , te enriquecen,
 Y sobre el Gindo , ó Gange te engrandecen.

O tú , Don Juan Coloma , en cuyo seno
 Tanta gracia del Cielo se ha encerrado,
 Que á la envidia pusiste en duro freno,
 Y en la fama mil lenguas has criado,
 Con que del gentil Tajo al fertil Reyno,
 Tu nombre , y tu valor vá levantado.
 Tu , Conde de Elda , en todo tan dichoso,
 Haces el Turia mas que el Pó famoso.

Aquel en cuyo pecho abunda , y llueve
 Siempre una fuente , que es por él Divina,
 Y á quien el coro de sus lumbres mueve
 (Como á Señor) con gran razon se inclina.
 A quien unico nombre se le debe
 De la Etiope hasta la gente Aultrina,
 Don Luis Garceran , es sin segundo

Maestre de Montesa, y bien del mundo.

Merece bien en este insigne valle
Lugar ilustre, asiento conocido,
Aquel à quien la fama quiere dalle
El nombre que su ingenio ha merecido.
Tenga cuidado el Cielo de loalle,
Pues es del Cielo su valor crecido,
El Cielo alabe lo que yo no puedo
Del Sabio Don Alonso Rebolledo.

Alzas, Doctor Falcón, tan alto buelo,
Que al Aguila caudal atrás te dejas,
Pues te remontas con tu ingenio al Cielo,
Y deste valle misero te alejas.
Por esto temo, y con razon recelo,
Que aunque te alabe, formaràs mil quejas
De mí, porque en tu loa, noche, y día,
No se ocupa la voz, y lengua mía.

Si tuviera, qual tiene la Fortuna,
La dulce poesía varia rueda,
Lígera, y mas mobible que la Luna,
Que ni estuvo, ni está, ni estará queda.
En ella, sin hacer mudanza alguna,
Pusiera solo á Micer Artieda,
Y el mas alto lugar siempre ocupára,
Por ciencias, por ingenio, y virtud rara.

Todas quantas bien dadas alabanzas
Diste á raros ingenios, ó Gil Polo,
Tú las mereces solo, y las alcanzas,
Tú las alcanzas, y mereces solo.
Tèn ciertas, y seguras esperanzas,
Que en este valle un nuevo Mauseolo
Te harán estos Pastores, do guardadas
Tus cenizas seràn, y celebradas.

Christoval de Virues, pues se adelanta

Tu ciencia, y valor tan á tus años,
 Tú mismo aquel ingenio, y virtud canta,
 Cor: que huyes del mundo los engaños.
 Tierra dichosa, y bien nacida planta,
 Yo harè que en propios Reynos, y en estraños
 El fruto de tu ingenio levantado
 Se conozca, se admire, y sea estimado.

Si conforme al ingenio que nos muestra
 Sylvestre de Espinosa, á sí se huviera
 De loar; otra voz mas viva, y diestra,
 Mas tiempo, y mas caudal menester fuera,
 Mas pues la mia á su intencion adiestra,
 Yo darè por paga verdadera
 Con el bien que del Dios de Delo tiene
 El mayor de las aguas de Hipocrene.

Entre estos como Apolo venir veo,
 Hermoseando al mundo con su vista,
 Al discreto galàn Garcia Romero,
 Dignisimo de està en esta lista.
 Si la hija del húmido Peneo,
 De quien ha sido Ovidio coronista,
 En campos de Thesalia le hallára
 En él, y no en laurél se transformára.

Rompe el silencio, y santo encerramiento,
 Traspasa el ayre, al Cielo se levanta
 De Fray Pedro de Huete, aquel acento
 De su divina Musa, heroyca, y santa.
 Del alto suyo raro entendimiento
 Cantó la fama, ha de cantar, y canta,
 Llevando para dar al mundo espanto
 Sus obras por testigo de su canto.

Tiempo es yá de llegar al fin postrero,
 Dando principio á la mayor hazaña,
 Que jamás emprendì, la qual espero
 Que ha de mover al blando Apolo á saña.

Pues con ingenio rustico, y grosero
 A dos Soles que alumbran nuestra España,
 No solo á España, mas al mundo todo
 Pienso loar, aunque me falte el modo.

De Febo la sagrada honrosa ciencia,
 La cortesana discrecion madura,
 Los bien gastados años, la experiencia,
 Que mil sanos consejos asegura,
 La agudeza de ingenio, el advertencia
 En apuntar, y descubrir la obscura
 Dificultad, y duda que se ofrece,
 En estos Soles dos solo florece.

En ellos un epílogo, Pastores,
 Del largo canto mio, ahora hago,
 Y á ellos enderezo los loores,
 Quantos haveis oído, y no los pago,
 Que todos los ingenios son deudores
 A estos, de quien yo me satisfago,
 Satisfacese de ellos todo el suelo,
 Y aun los admira, porque son del Cielo.

Estos quiero que dén fin á mi canto,
 Y á una nueva admiracion comienzo,
 Y si pensais que en esto me adelanto,
 Quando os diga quien son, vereis que os venzo.
 Por ellos hasta el Cielo me levanto,
 Y sin ellos me corro, y me averguenzo,
 Tal es Laynez, tal es Figueroa,
 Dignos de eterna, y de incesable loa.

No havia aun bien acabado la hermosa Ninfa los ultimos acen-
 tos de su sabroso canto, quando tornandose á juntar las llamas
 que divididas estaban, la cerraron enmedio, y luego poco á po-
 co consumiendose, en breve espacio, desapareció el ardiente fue-
 go, y la discreta Musa delante de los ojos de todos, á tiempo que
 yá la clara Aurora comenzaba á descubrir sus frescas, y rosadas
 mexillas por el espacioso Cielo, dando alegres muestras del ve-

nidero día. Y luego el venerable Thelesio, poniendose encima de la sepultura de Meliso, y rodeado de toda la agradable compañía que allí estaba; prestandole todos una agradable atención, y extraño silencio, de esta manera comenzó á decirles. Lo que esta pasada noche en este mismo lugar, y por vuestros ojos haveis visto, discretos, y gallardos Pastores, y hermosas Pastoras, os habrá dado à entender quan acepta es al Cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos años sacrificios, y honrosas obsequias, por las felices, almas de los cuerpos; que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merecieron. Digoos esto, amigos míos, porque de aqui adelante, con mas fervor, y diligencia, acudais á poner en efecto tan santa, y famosa obra, pues yá veis de quan raros, y altos espíritus nos ha dado noticia la bella Caliope, que todos son dignos, no solo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas. Y no penseis que es pequeño el gusto que he recibido en saber por tan verdadera relación, quan grande es el numero de los Divinos ingenios que en nuestra España oy viven: Porque siempre ha estado, y está en opinion de todas las Naciones estrangeras, que no son muchos; sino pocos los espíritus que en en la ciencia de la Poesía en ella muestran que le tienen levantado: siendo tan al revés como se parece, pues cada uno de los que la Ninfa ha nombrado, al mas agudo Estrangero se aventaja, y darian claras muestras de ello, si en esta nuestra España se estimase en tanto la Poesía como en otras Provincias se estima. Y asi por esta causa los insignes, y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimacion que de ellos los Principes, y el vulgo hacen, con solos sus entendimientos, comunican sus altos, y extraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo, y tengo para mí, que el Cielo debe de ordenarlo de esta manera, porque no merece el mundo, ni el mal considerado siglo nuestro gozar de manjares al alma tan gustosos. Mas porque me parece, Pastores, que el poco sueño de esta pasada noche, y las largas ceremonias nuestras os tendrán algun tanto fatigados, y deseosos de reposo, será bien que (haciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento) cada uno se vuelva à su cabaña, ó al Aldéa, llevando en la memoria lo que la Musa nos dexa encomendado, y en diciendo esto se bajó de la sepultura, y tornandose á coronar de nuevas, y fineltas ramas, tornó á rodear la pira tres veces, siguiendole todos, y acom-

acompañándole en algunas devotas oraciones que decía : Esto acabado , teniéndole todos en medio , volvió el grave rostro á una , y otra parte , y bajando la cabeza , y mostrando agradecido semblante , y amorosos ojos , se despidió de toda la compañía : la qual yéndose , quien por una , y quien por otra parte de las quatro salidas que aquel sitio tenia , en poco espacio se deshizo , y dividió toda , quedando solos los del Aldéa de Aurelio , y con ellos Timbrio , Silerio , Nísida , y Blanca , con los famosos Pastores , Elicio , Tirsi , Damon , Lauso , Erastro , Daranio , Arsindo , y los quatro lastimados , Orompo , Marsilio , Crisio , y Orfenio , con las Pastoras Galatea , Florisa , Silveria , y su amiga Belisa , por quien Marsilio moria . Juntos , pues , todos estos , el venerable Aurelio les dixo , que sería bien partirse luego de aquel lugar , para llegar á tiempo de pasar la siesta en el Arroyo de las Palmas , pues tan acomodado sitio era para ello . A todos pareció bien lo que Aurelio decía , y luego con reposados pasos ázia donde él dixo se encaminaron . Mas como la hermosa vista de la Pastora Belisa no dexase reposar los espíritus de Marsilio , quisiera él ; si pudiera , y le fuera licito , llegarse á ella , y decirle la sinrazon que con él usaba : mas por no perder el decoro que á la honestidad de Belisa se debía , estabase el triste mas mudo de lo que havia menester su deseo . Los mismos efectos , y accidentes hacia amor en las almas de los enamorados Elicio , y Erastro , que cada qual por sí quisiera decir á Galatea lo que yá ella bien sabia . A esta sazón dixo Aurelio . No me parece bien , Pastores , que os mostreis tan avaros , que no queráis corresponder , y pagar lo que debeis á las Calandrias , y Ruiseñores , y á los otros pintados pajarillos , que por entre estos arboles , con su no aprendida , y maravillosa harmonía , os ván entretendiendo , y regocijando : tocad vuestros instrumentos , y levantad vuestras sonoras voces ; y mostradles que el arte , y destreza vuestra en la música , á la natural suya se aventaja ; y con tal entretenimiento , sentiremos menos la pesadumbre del camino , y los rayos del Sol , que yá parece que ván amenazando el rigor con que esta siesta han de herir la tierra . Poco fue menester para ser Aurelio obedecido , porque luego Erastro tocó su zampoña , y Arsindo su rabél , al son de los quales instrumentos , dando todos la mano á Elicio , él comenzó á cantar de esta manera .

E L I C I O.

Por lo imposible peleo,
 Y si quiero retirarme,
 Ni paso, ni senda veo,
 Que hasta vencer, ó acabarme
 Tras sí me lleva el deseo.
 Y aunque sé que aqui es forzoso
 Antes morir que vencer,
 Quando estoy mas peligroso
 Entonces vengo á tener
 Mayor fé en lo mas dudoso.

El Cielo que me condena
 A no esperar buena andanza,
 Me dá siempre à mano llena
 Sin las obras de esperanza,
 Mil certidumbres de pena.
 Mas mi pecho valeroso,
 Que se abrasa, y se resuelve
 En vivo fuego amoroso,
 En contracambio le vuelve
 Mayor fé en lo mas dudoso.

Inconstancia firme duda,
 Falsa fé, cierto temor,
 Voluntad de amor desnuda,
 Nunca turban el amor,
 Que de firme no se muda.
 Buclé el tiempo presuroso,
 Suceda ausencia, ó desdén,
 Crezca el mal, mengue el reposo,
 Que yo tendré por mi bien
 Mayor fé en lo mas dudoso.

¿No es conocida locura,
 Y notable desvarío,
 Querer yo lo que ventura
 Me niega, y el hado mio,
 Y la suerte no asegura?
 De todo estoy temeroso,
 No hay gusto que me entretenga,
 Y en trance tan peligroso,
 Me hace el amor que tenga
 Mayor fé en lo mas dudoso.

Alcanzo de mi dolor
 Que está en tal termino puesto,
 Que llega donde el amor,
 Y el imaginar en esto
 Templá en parte su rigor.
 De pobre, y menesteroso
 Doy á la imaginacion
 Alivio tan congojoso,
 Porque tenga el corazon
 Mayor fé en lo mas dudoso.

Y mas ahora que vienen
 De golpe todos los males,
 Y para que mas me penen,
 Aunque todos son mortales,
 En la vida me entretienen.
 Mas en fin, un fin hermoso
 Nuestra vida en honra sube,
 El mio me hará famoso,
 Porque en muerte, y vida tuve
 Mayor fé en lo mas dudoso.

Parecióle á Marsilio, que lo que Elicio havia cantado, tan á su proposito hacia, que quiso seguirle en el mismo concepto, y así sin esperar que otro le tomase la mano, al son de los mismos instrumentos de esta manera comenzó á cantar.

MARSILIO.

Quan facil cosa es llevarse.
 El viento las esperanzas,
 Que pudieron fabricarse
 De las vanas confianzas,
 Que suelen imaginarse.
 Todo concluye, y fenece
 Las esperanzas de amor,
 Los medios que el tiempo ofrece,
 Mas en el buen amador
 Sola la fé permanece.

Ella en mí tal fuerza alcanza,
 Que á pesar de aquel desdén
 Llamo de desconfianza,
 Siempre me asegura un bien
 Que sustenta la esperanza.
 Y aunque el amor desfallece
 En el blanco ayrado pecho,
 Que tanto mis males crece,
 En el mio á su despecho
 Sola la fé permanece.

Sabes amor, tú que cobras
 Tributo de mi fé cierta,
 Y tanto en cobrar le sobras,
 Que mi fé nunca fue muerta,
 Pues se aviva con mis obras.
 Y sabes bien que descrece
 Toda mi gloria, y contento,
 Quanto mas tu furia crece,
 Y que en mi alma de asiento
 Sola la fé permanece.

Pero si es cosa notoria,
 Y no hay poner duda en ella,
 Que la fé no entra en la gloria,
 Yo que no estaré sin ella,
 ¿Qué triunfo espero, ó vitoria?
 Mi sentido desvanece,
 Con el mal que se figura
 Todo el bien desaparece,
 Y entre tanta desventura
 Sola la fé permacece.

Con un profundo suspiro dió fin á su canto el lastimado Marsilio: y luego Erastro, dando su zampona, sin mas detenerse de esta manera comenzó á cantar.

ERASTRO.

En el mal que me lastima,
 Y en el bien de mi dolor,
 Es mi fé de tanta estima,
 Que ni huye del temor,
 Ni á la esperanza se arrima.
 No la turba, ó desconcierta
 Ver que está mi pena cierta
 En su difícil subida,

Ni que consumen la vida
 Fé viva, esperanza muerta.

Milagro es este en mi mal,
 Mas eslo porque mi bien,
 Si viene, venga à ser tal,
 Que entre mil bienes le dén
 La palma por principal.

La fama con lengua experta
 Dé al mundo noticia cierta,
 Que el firme amor se mantiene
 En mi pecho adónde tiene
 Fè viva, esperanza muerta.
 Vuestro desden riguroso,
 Y mi humilde merecer,
 Me tienen tantemeroso,
 Que yà que os supe querer,
 Ni puedo hablaros, ni oso.
 Veo de continuo abierta
 A mi desdicha la puerta,
 Y que acabó poco á poco,

Porque con vos valen poco
 Fè viva, esperanza muerta.

No llega á mi fantasía
 Un tan loco devaneo,
 Como es pensar que podria
 El menor bien que deseo
 Alcanzar por la fé mia.
 Podeis, Pastora, estár-cierta,
 Que el alma rendida acierta
 A amaros qual mereceis.
 Pues siempre en ella hallareis
 Fé viva, esperanza muerta.

Calló Erastro, y luego el ausente Crisio, al son de los mismos instrumentos, de esta suerte comenzó á cantar.

CRISIO.

Si á las veces desespera
 Del bien la firme afición,
 Quien desmaya en la carrera
 De la amorosa pasión,
 ¿Qué fruto, ó qué premio espera?
 Yo no sè quien se asegura
 Gloria, gustos, y ventura,
 Por un impetu amoroso,
 Si en él, y en el mas dichoso
 No es fé la fé que no dura.

En el que quisiere amar,
 No mas de por su contento,
 Es imposible durar
 En su vano pensamiento
 La fé que se ha guardar.
 Si en la mayor desventura,
 Mi fé tan firme, y segura,
 Como en el bien no estuviera,
 Yo mismo della dixera,
 No es fé la fé que no dura.

En mil trances yá sabidos
 Se han visto, y en los amores
 Los sobervios, y atrevidos,
 Al principio vencedores,
 Y à la fin quedar vencidos.
 Sabe el que tiene cordura,
 Que en la firmeza se apura
 El triunfo de la batalla,
 Y sabe que aunque se halla,
 No es fé la fé que no dura.

El impetu, y ligereza
 De un nuevo amador insano,
 Los llantos, y la tristeza
 Son nubes que en el Verano
 Se deshacen con presteza,
 No es amor el que le apura,
 Sino apetito, y locura,
 Pues quando quiere, no quiere,
 No es amante el que no muere,
 No es fé la fé que no dura.

A todos pareció bien la orden que los Pastores en sus canciones guardaban, y con deseo atendian á que Tirsi, ó Damon comenzasen: mas presto se le cumplió Damon, pues en acabando Crisio, al son de su mismo rabèl cantó de esta manera.

D A M O N.

Amarili, ingrata, y bella,
¿Quién os podrá enternecer
Si os vienen á endurecer
Las ansias de mi querella,
Y la fé de mi querer?
Bien sabeis, Pastora, vos,
Que en el amor que mantengo,
A tan alto estremo vengo,
Que despues de la de Dios,
Sola es fé la fé que os tengo.

Y puesto que subo tanto
En amar cosa mortal,
Tal bien encierra mi mal,
Que al alma por èl levanto
A su Patria natural.
Por esto conozco, y sé
Que tal es mi amor tan luengo,
Como muero, y me entretengo,
Y que si en amor hay fé,
Sola es fé la fé que os tengo.

Los muchos años gastados
En amorosos servicios,
Del alma los sacrificios
De mi fé, y de mis cuidados
Dán manifiestos indicios.
Por esto no os pediré
Remedio al mal que sostengo,
Y si à pedirlosle vengo,
Es, Amarili, porque
Sola es fé la fé que os tengo.

En el mar de mi tormenta
Jamís he visto bonanza,
Y aquella alegre esperanza
Con quien la fé se sustenta,
De la mia no se alcanza.
Del amor, y de fortuna
Me quejo, mas no me venga,
Pues por ellas á tal vengo,
Que sin esperanza alguna
Sola es fé la fé que os tengo.

El canto de Damon acabó de confirmar en Timbrio, y en Silerio la buena opinion, que del raro ingenio de los Pastores que alli estaban havian concebido; y mas quando á persuasion de Tirsi, y de Elicio, el yá libre, y desdenoso Lauso, al son de la flauta de Arsindo, soltó la voz en semejantes versos.

L A U S O.

Rompíó el desdèn tus cadenas,
Falso Amor, y á mi memoria

El mismo ha vuelto la gloria
De la ausencia de tus penas.

Lláme mi fé quien quisiere
Antojadiza, y no firme,
Y en su opinion me confirme
Como mas le pareciere.

Diga, que presto olvidè,
Y que de un sutil cabello,
Que un soplo pudo rompello,
Colgada eitaba mi fé.
Diga, que fueron fingidos
Mis llantos, y mis suspiros,
Y que del a.nor los tiros
No pasaron mis vestidos.

Que no el ser llamado vano,
Y mudable me atormenta,
A trueco de ver esenta
Mi cervíz del yugo insano.
Sè yo bien quien es Silena,
Y su condicion estraña,
Y que asegura, y engaña
Su apacible faz serena.

A su estraña gravedad,
Y á sus bajos bellos ojos,
No es mucho dár los despojos
De qualquiera voluntad.
Esto en la viíta primera,
Mas despues de conocida,
Por no verla dár la vida,
Y mas, si mas se pudiera.

Silena del Cielo, y mia,
Muchas veces la llamaba,
Porque tan hermosa eitaba,
Que del Cielo parecia.
Mas ahora sin recelo,
Mejor la podrè llamar

Sirena falsa del mar,
Que no Silena del Cielo.

Con los ojos, con la pluma,
Con las veras, y los juegos
De amantes vanos, y ciegos,
Prende innumerable suma.
Siempre es primero el postrero,
Mas el mas enamorado,
Al cabo es tan mal tratado,
Quanto querido primero.

¡O quanto mas se estimàra
De Silena la hermosura,
Si el proceder, y cordura,
A su belleza igualàra!
No le falta discrecion,
Mas empleala tan mal,
Que le sirve de dogal,
Que ahoga su presuncion.

Y no hablo de corrido,
Pues sería apasionado;
Pero hablo de engañado,
Y sin razon ofendido.
Ni me ciega la pasion,
Ni el deseo de su mengua,
Que siempre siguiò milengua
Los terminos de razon.

Sus muchos antojos varios,
Su mudable pensamiento,
Le buelven cada momento
Los amigos en contrarios.
Y pues hay por tantos modos
Enemigos de Silena,
O ella no es toda buena,
O son ellos malos todos.

Acabò Lauso su canto, y aunque él creyò que ninguno le entendia, por ignorar el disfrazado nombre de Silena, mas de tres de los que allí iban la conócieron, y aun se maravillaron que la modestia de Lauso à ofender alguno se estendiese, principalmente à la disfrazada Pastora de quien tan enamorado le havia visto. Pero en la opinion de Damon su amigo, quedó bien disculpado, porque conocia el termino de Silena, y sabia el que con Lauso havia usado, y de lo que no dixo se maravillaba. Acabò, como se ha dicho, Lauso: y como Galatea estaba informada del estremo de la vez de Nisida, quiso, por obligarla, cantar ella primero; y por esto antes que otro Pastor comenzase, haciendo señal á Arsindo, que en tañer su flauta procediese, al son de ella, con su estremada voz, cantó de esta manera.

GALATEA.

Tanto quanto el amor combida, y llama
 Al alma con sus gustos de apariencia,
 Tanto mas huye su mortal dolencia,
 Quien sabe el nombre que le da la fama.
 Y el pecho opuesto á su amorosa llama,
 Armado de una honesta residencia,
 Poco puede empecerle su inclemencia,
 Poco su fuego, y su vigor le inflama.
 Segura está quien nunca fue querida,
 Ni supo querer bien, de aquella lengua
 Que en su deshonra se adelgaza, y lima.
 Mas si el querer, y el no querer dá mengua;
 ¿En qué ejercicios pasará la vida
 La que mas que el vivir la honra estima?

Bien se echó de ver en el canto de Galatea, que respondia al malicioso de Lauso, y que no estaba mal con las voluntades libres, sino con las lenguas maliciosas, y los animos dañados, que en no alcanzando lo que quieren, convierten el amor que un tiempo mostraron, en un odio malicioso, y detestable, como ella en Lauso imaginaba. Pero quizá saliera de este engaño, si la buena condicion de Lauso conociera, y la mala de Silena no ignorára. Luego que Galatea acabò de cantar, con corteses palabras rogó á Nisida que lo mismo hiciese. La qual como era tan comedida como hermo-

mosa, sin hacerse de rogar, al son de la zampoña de Florisa, cantó de esta suerte.

NISIDA.

Bien puse yo valor à la deftnsa
 Del duro encuentro, y amoroso asalto,
 Bien levanté mi presuncion en alto
 Contra el rigor de la notoria ofensa.
 Mas fue tan reforzada, y tan intensa
 La bateria, y mi poder tan falto,
 Que sin cogerme amor de sobresalto
 Me dió á entender su potestad inmensa.
 Valor, honestidad, recogimiento,
 Recato, ocupacion, esquivo pecho,
 Amor con poco premio lo conquista.
 Así que para huir el vencimiento
 Consejos jamàs fueron de provecho,
 De esta verdad testigo soy de vista.

Quando Nísida acabó de cantar, y acabó de admirar á Galatea, y á los que escuchado la havian, estaban yá bien cerca del lugar adonde tenian determinado de pasar la siesta. Pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogó, que fue que algo cantase: la qual, acompañandola el son de la flauta de Arsindo, cantò lo que se sigue.

BELISA.

Libre voluntad esenta,	De la riqueza subida,
Atended á la razon,	En valor, y en calidad,
Que nuestro credito aumenta,	No es bien dada, ni vendida
Dexad la vana aficion	La preciosa libertad.
Engendradora de afrenta.	¿Pues quien se pondrá à perdella,
Que quando el alma se encarga	Por una simple querella
De alguna amorosa carga,	De un amador portiado,
A su gusto es qualquier cosa,	Si quanto bien hay criado
Composicion venenosa	No se compára con ella?
Con jugo de adelfa amarga.	

Por la mayor cantidad

Si es insufrible dolor
 Tener en prision esquivá

El cuerpo libre de amor,	Lejos deste desvario,
¿Tener el alma captiva	Huya tan falso contento,
Nó será pena mayor?	Rija mi libre alvedrio
Sí será, y un de tal suerte,	A su modo el pensamiento
Que remedio á mal tan fuerte	Mi tierna cerviz esenta
Ne se halla en la paciencia,	No permita, ni consienta
En años, valor, ó ciencia,	Sobre sí el yugo amoroso,
Porque solo está en la muerte.	Por quien se turba el reposo,
Vaya pues mi sano intento	Y la libertad se ausenta.

A alma del lastimado Marsilio llegaron los libres versos de la Pastora, por la poca esperanza que sus palabras prometian de ser mejoradas sus obras: pero como era tan firme la fé con que la amaba, no pudieron las notorias muestras de libertad que havia oído hacer, que él no quedase tan sin ella, como hasta entonces estaba. Acabòse en esto el camino de llegar al Arroyo de las Palmas, y aunque no lleváran intencion de pasar allí la siesta, en llegando á él, y en viendo la comodidad del hermoso sitio, él mismo á no pasar adelante les forzára. Llegados, pues, á él, luego el venerable Aurelio ordenó que todos se sentasen junto al claro, y espejado arroyo, que por entre la menuda yerva corria, cuyo nacimiento era al pie de una altísima, y antigua palma (que por no haver en todas las riberas de Tajo sino aquella, y otra que junto á ella estaba, aquel lugar, y arroyo, el de las Palmas era llamado) y despues de sentados (con mas voluntad, y llaneza, que de costosos manjares) de los Pastores de Aurelio fueron servidos, satisfaciendo la sed con las claras, y frescas aguas, que el limpio arroyo les ofrecia; y en acabando la breve, y sabrosa comida, algunos de los Pastores se dividieron, y apartaron á buscar algun apartado, y sombrío lugar, donde restaurar pudiesen las no dormidas horas de la pasada noche; y solo se quedaron solos dos de la compañía, y Aldea de Aurelio, con Timbrio, Silesio, Nisida, y Blanca, Tirsi, y Damon, á quien les pareció ser mejor gustar de la buena conversacion que allí se esperaba, que de qualquier otro gusto que el sueño ofrecerles podia. Adivinada, pues, y casi conocida esta su intencion de Aurelio, les dixo. Bien será, señores, que los que aquí estamos, yá que entregarnos al dulce sueño no tenemos querido, que este tiempo que le hurtamos, no dexemos de aprovecharle en cosa que mas de nuestro gusto sea, y la que á mí

me

me parece que no podrá dexar de darnosle, es que cada qual (como mejor supiere) muestre aqui la agudeza de su ingenio, proponiendo alguna pregunta, ó enigma, á quien esté obligado á responder el compañero que á su lado estuviere; pues con este exercicio se grangearán dos cosas, la una pasar con menos enfado las horas que aqui estuviéremos; la otra no cansar tanto nuestros oídos, con oír siempre lamentaciones de amor, y desechar enamoradas. Conformaronse todos luego con la voluntad de Aurelio, y sin mudarse del lugar do estaban, el primero que comenzó á preguntar, fue el mismo Aurelio, diciendo de esta manera.

A U R E L I O.

¿Qual es aquel poderoso
Que desde Oriente á Occidente
Es conocido, y famoso?

A veces fuerte, y valiente,
Otras flaco, y temeroso.

Quita, y pone la salud,
Muestra, y cubre la virtud
En muchos mas de una vez,
Es mas fuerte en la vejez,
Que en la alegre juventud.

Mudase en quien no se muda
Por eltraña preeminencia,
Hace temblar al que suda,
Y á la mas rara eloquencia
Suele tornar torpe, y muda.

Con diferentes medidas
Mide su sér, y su nombre,
Y suele tomar renombre
De mil tierras conocidas.

Sin armas vence al armado,
Y es forzoso que le venza,
Y aquel que mas le ha tratado,
Mostrando tener verguenza,
Es el mas desvengonzado.

Y es cosa de maravilla,
Que en el Campo, y en la Villa,
A Capitan de tal prueba,
Qualquier hombre se le atreva,
Aunque pierda en la rencilla.

Tocó la respuesta de esta pregunta al anciano Pastor Arsindo, que junto á Aurelio estaba; y habiendo un poco considerado lo que significar podia, al fin le dixo: Pareceme, Aurelio, que la edad nuestra nos fuerza á andar mas enamorados de lo que significa tu pregunta, que no de la mas gallarda Pastora que se nos pueda ofrecer, porque si no me engaño, el poderoso, y conocido que dices, es el Vino, y en él quadran todos los atributos que le has dado. Verdad dices, Arsindo, respondió Aurelio, y estoy para decir, que me pesa de haver propuesto pregunta, que con tanta facilidad haya sido declarada; mas dí tú la tuya, que al lado tie-

nes quien te la sabrá desatar por mas añudada que venga. Que me place, dixo Arsindo, luego propuso la siguiente.

ARSINDO.

¿Quien es quien pierde el color	No guarda fueros, ni leyes,
Donde se suele avivar,	Tiene amistad con las llamas,
Y luego torna à cobrar	Visita á tiempos las camas
Otro mas vivo, y mejor?	De Señores, y de Reyes.
Es pardo en su nacimiento,	Muerto se llama varon,
Y despues negro atezado,	Y vivo hembra se nombra,
Y al cabo tan colorado,	Tiene el aspecto de sombra,
Que su vista dá contento.	De fuego la condicion.

Era Damon el que al lido de Arsindo estaba, el qual apenas havia acabado Arsindo su pregunta, quando le dixo. Pareceme, Arsindo, que no es tan obscura tu demanda como lo que significa, porque si mal no estoy en ella, el Carbon es por quien dices que muerto se llama varon, y encendido, y vivo brasa, que es nombre de hembra, y todas las demás partes le convienen en todo como ésta: y si quedas con la misma pena de Aurelio (por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida) yo os quiero tener compañía en ella, pues Tirsi, á quien toca responderme, nos hará iguales: y luego dixo la suya.

D A M O N.

¿Qual es la Dama pulida,
Aseada, y bien compuesta,
Temerosa, y atrevida,
Vergonzosa, y deshonestá,
Y gustosa, y desabrida?
Si son muchas (porque asombre)
Mudan de muger el nombre
En varon, y cierta ley,
Que vá con ellas el Rey,
Y las lleva qualquier hombre.

Bien es, amigo Damon, dixo luego Tirsi, que salga verdadera tu porfia, y que quedes con la pena de Aurelio, y Arsindo, si al-

gu-

guna tienen ; porque te hago saber , que sé que lo que encubre tu pregunta , es la Carta , y el pliego de cartas. Concedió Damon lo que Tirsi dixo. Y luego Tirsi propuso de esta manera.

TIRSI.

¿ Quien es la que es toda oos	Y aunque tantos ojos tiene
De la cabeza à los pies,	Descubre pocas niñas:
Y à veces sin su interés	Tiene nombre de un dolor
Causa amorosos enojos?	Que se tiene por mortal,
Tambien suele aplacar riñas,	Hace bien , y hace mal,
Y no le va ni le viene,	Enciende , y templa el amor.

En confusion puso à Elicio la pregunta de Tirsi , porque á él tocaba responder à ella , y casi estuvo por darse (como dicen) por vencido ; pero á cabo de poco vino á decir , que era la Zelosía ; y concediendolo Tirsi , luego Elicio preguntó lo siguiente.

ELICIO.

Es muy obscura , y es clara,	No hay vieja que no se abrace
Tiene mil contrariedades,	Con una de estas señoras,
Encubrenos las verdades,	Son de gusto algunas horas,
Y al cabo no las declara.	Qual cansa , qual satisface.
Nace à veces de donayre,	Sabios hay que se desvelan
Otras de altas fantasias,	Por sacarles los sentidos,
Y suele engendrar porfias,	Y algunos quedan corridos,
Aunque trate cosas de ayre.	Quanto mas sobre ello velan.
Sabe su nombre qualquiera,	Qual es necia , qual curiosa,
Haíta los niños pequeños:	Qual facil , qual intrincada,
Son muchas , y tienen dueños	Pero sea , ó no sea nada,
De diferente manera.	Decidme , que es cosa , y cosa.

No podia Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio , y casi comenzó á correrse de ver , qué mas que otro alguno se tardaba en la respuesta , mas ni aun por eso venia en el sentido de ella ; y tanto se detuvo , que Galatea , que estaba despues de Nisida , dixo. Si vale á romper la orden que está dada , y puede

responder el que primero supiere, yo por mí digo, que sé lo que significa la propuesta enigma, y estoy por declararla, si el señor Timbrio me dá licencia. Por cierto, hermosa Galatea, respondió Timbrio, que conozco yo, que así como à mí me falta, os sobra á vos ingenio para aclarar mayores dificultades; pero con todo eso quiero que tengais paciencia, hasta que Elicio la torne á decir; y si de esta vez no la acertare, confirmarscha con mas veras la opinion que de mi ingenio, y del vuestro tengo. Tornó Elicio á decir su pregunta, y luego Timbrio declaró lo que era, diciendo. Con lo mismo que yo pensé que tu demanda, Elicio, se obscurecía, con eso mismo me parece que se declara, pues el ultimo verso dice, te digan que es Cosa, y cosa. Y así yo te respondo á lo que me dices, y digo, que tu pregunta es, el que es Cosa, y cosa, y no te maravilles haverme tardado en la respuesta, porque mas me maravillára yo de mi ingenio, si mas presto respondiera: el qual mostrará quien es en el poco artificio de mi pregunta, que es esta.

TIMBRIO.

¿Quien es el que à su pesar
 Mete sus pies por los ojos,
 Y sin causarles enojos
 Les hace luego cantar?

El sácarlos es de gusto,
 Aunque á veces quien los saca,
 No solo su mal aplaca,
 Mas cobra mayor disgusto.

A Nisida tocaba responder á la pregunta de Timbrio, mas no fue posible que la adivinasen ella, ni Galatea que se le seguian. Y viendo Orompo que las Pastoras se fatigaban en pensar lo que significaba, les dixo. No os canseis, señoras, ni fatigueis vuestros entendimientos en la declaracion de esta enigma, porque podría ser que ninguna de vosotras en toda su vida huviese visto la figura que la pregunta encubre, y así no es mucho que no deis en ella; que si de otra suerte fuera, bien seguros estabamos de vuestros entendimientos, que en menos espacio otras mas dificultosas huvierades declarado; y por esto (con vuestra licencia) quiero yo responder á Timbrio, y decirle, que su demanda significa un hombre con grillos, pues quando saca los pies de aquellos ojos que él dice, ó es para ser libre, ó para llevarle al suplicio: porque veais, Pastoras, si tenia yo razón de imaginar, que quizá

ninguna de vosotras havia visto en toda su vida carceles, ni prisiones. Yo por mí sé decir, dixo Galatea, que jamás he visto aprisionado alguno. Lo mismo dixeron Nisida, y Blanca. Y luego Nisida propuso su pregunta en esta forma.

N I S I D A.

Muerde el fuego, y el bocado	Mas si es profunda la herida,
Es daño, y bien del mordido,	Y de mano que no acierte
No pierde sangre el herido,	Causa al herido la muerte,
Aunque se vé acuchillado.	Y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder á Nisida, porque luego le dixo: Bien sé que no me engaño, hermosa Nisida, si digo que en ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma, que á las Tigras de despavilar, y á la vela, ó cirio que despavilan: y si esto es verdad (como lo es) y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha ahora la mia, que no con menos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya, y luego la dixo, que fue esta.

G A L A T E A.

Tres hijos que de una madre	Y estos tres, tan sin clemencia
Nacieron con sér perfecto,	A su madre maltrataban,
Y de un hermano era nieto	Que mil puñadas le daban,
El uno, y el otro padre:	Mostrando en ellos su ciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podia significar la enigma de Galatea, quando vieron atravesar corriendo por junto al lugar donde estaban dos gallardos Pastores, mostrando en la furia con que corrian, que alguna cosa de importancia les forzaba á mover los pasos con tanta ligereza, y luego en el mismo instante oyeron unas dolorosas voces, como de personas, que socorro pedian: y con este sobresalto se levantaron todos, y siguieron el tino donde las voces sonaban: y á pocos pasos salieron de aquel deleytoso sitio, y dieron sobre la ribera del fresco Tajo (que por alli cerca mansamente corria) y apenas vieron el rio, quando se les ofreció á la vista la mas estraña cosa que imaginar pudieran: porque vieron dos Pastoras (al parecer de gentil donayre) que tenian á un Pastor

asido de las faldas del pellico, con toda la fuerza á ellas posible, porque el triste no se ahogase, porque tenia yá el medio cuerpo en el rio, y la cabeza debajo del agua, forcejando con los pies por desasirse de las Pastoras, que su desesperado intento estorbaban, las quales yá casi querian soltarle, no pudiendo vencer al teson de su porfia con las debiles fuerzas suyas. Mas en esto llegaron los dos Pastores, que corriendo havian venido, y asiendo al desesperado, le sacaron del agua, à tiempo que yá todos los demás llegaban, espantandose del estraño espectáculo, y mas lo fueron quando conocieron que el Pastor que queria ahogarse, era Galercio el hermano de Artidoro, y las Pastoras eran Maurisa su hermana, y la hermosa Theolinda: las quales como vieron á Galatea, y á Florisa, con lagrimas en los ojos, corrió Theolinda à abrazar á Galatea, diciendo. Hay, Galatea, dulce amiga, y señora mia, como ha cumplido esta desdichada la palabra que te dió de volver à verte, y à decirte las nuevas de su contento. De que le tengas, Theolinda, respondió Galatea, holgarè yo tanto, quanto te lo asegura la voluntad que de mí para servirte tienes conocida. Mas pareceme que no acreditan tus ojos tus palabras, ni aun ellas me satisfacen de modo, que imagine buen suceso de tus deseos. En tanto que Galatea con Theolinda esto pasaba, Elicio, y Arsindo, con los otros Pastores, havian desnudado à Galercio, y al descèñirle el pellico (que con todo el vestido mojado estaba) se le cayó un papel del seno, el qual alzó Tirsi, y abriendole, vió que eran versos; y por no poderlos leer por estár mojados, encima de una alta rama le puso al rayo del Sol, para que se enjugase. Pusieron á Galercio un gabán de Arsindo, y el desdichado mozo estaba como atonito, embelesado, sin hablar palabra alguna, aunque Elicio le preguntaba, qué era la causa que á tan estraño termino le havia conducido: mas por él respondió su hermana Maurisa, diciendo. Alzad los ojos, Pastores, y vereis quien es la ocasion, que al desgraciado de mi hermano en tan estraños, y desesperados puntos ha puesto. Por lo que Maurisa dixo, alzaron los Pastores los ojos, y vieron encima de una pendiente roca, que sobre el rio caía, una gallarda, y dispuesta Pastora, sentada sobre la misma peña, mirando con risueño semblante todo lo que los Pastores hacian. La qual fue Inego de todos conocida por la cruel Gelasia. Aquella desamorada, aquella desconocida, (siguió Maurisa) es, señores, la enemiga mortal de este desyenturado hermano mio, el qual (como yá todas estas riberas saben, y vosotros no ignorais) la ama, la quiere, y la adora: y en

cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho , y de las lagrimas que por ella ha derramado , esta mañana (con el mas esquivo , y desamorado desdèn , que jamás en la crueldad pudiera hallarse) le mandó que de su presencia se partiese , y que ahora , ni nunca jamás á ella tornase : y quiso tan de veras mi hermano obedecerla , que procuraba quitarse la vida , por escusar la ocasion de nunca traspasar su mandamiento : y si por dicha estos Pastores tan presto no llegáran , llegado fuera yá el fin de mi alegría , y el de los dias de mi lastimado hermano. En admiracion puso lo que Maurisa dixo à todos los que la escucharon : y mas admirados quedaron , quando vieron que la cruel Gelasia , sin moverse del lugar donde estaba , y sin hacer cuenta de toda aquella compañía , que los ojos en ella tenia puestos , con un estraño donayre , y desdeñoso brio , sacò un pequeño rabél de su zurrón , y parandosele á templar muy despacio , á cabo de poco rato , con voz en estremo buena , comenzó á cantar de esta manera.

G E L A S I A .

¿ Quièn dexará del verde prado umbroso
 Las frescas yervas , y las frescas fuentes?
 ¿ Quièn de seguir con pasos diligentes
 La suelta Liebre , ó Jabalí cerdoso?
 ¿ Quièn con el son amigo , y sonoro,
 No detendrá las aves inocentes?
 ¿ Quièn en las horas de la siesta ardiente
 No buscará en las selvas el reposo?
 Por seguir los incendios , los temores,
 Los zelos , iras , rabias , muertes , penas
 Del falso amor , que tanto aflige al mundo?
 Del campo son , y han sido mis amores,
 Rosas son , y jazmines mis cadenas,
 Libre nació , y en libertad me fundo.

Cantando estaba Gelasia , y en el movimiento , y ademàn de su rostro , la desamorada condicion suya descubria. Mas apenas hubo llegado al ultimo verso de su canto , quando se levantó con una estraña ligereza , y como si de alguna cosa espantable huyera , así comenzó á correr por la peña abajo , dexando à los Pastores admirados de su condicion , y confusos de su corrida. Mas luego vieron que era la causa de ella , con ver al enamorado Lenio , que

con tirante paso por la misma peña subía, con intencion de llegar adonde Gelasia estaba; pero no quiso ella aguardarle por no faltar de corresponder en un solo punto á la crueldad de su proposito. Llegò el cansado Lenio á lo alto de la peña, quando yá Gelasia estaba al pie de ella; y viendo que no detenía el paso, sino que con mas presteza por la espaciosa campaña le tendía, con fatigado aliento, y laso espíritu, se sentó en el mismo lugar donde Gelasia havia estado, y allí comenzó con desesperadas razones á maldecir su ventura, y la hora en que alzó la vista á mirar à la cruel Pastora Gelasia, y en aquel mismo instante (como arrepentido de lo que decia) tornaba à bendecir sus ojos, y á tener por buena la ocasion que en tales terminos le ponía. Y luego incitado, y movido de un furioso accidente, arrojó lejos de sí el cayado, y desnudandose el pellico, le entregó á las aguas del claro Tajo, que junto al pie de la peña corria: lo qual visto por los Pastores, que mirandole estaban, sin duda creyeron, que la fuerza de la enamorada pasion le sacaba de juicio; y así Elicio, y Erastro comenzaron á subir la peña, para estorvarle que no hiciese algun otro desatino, que le costase mas caro; y puesto que Lenio los vió subir, no hizo otro movimiento alguno, sino fue sacar de su zurrón su rabél, y con un nuevo, y estraño reposo se tornó á sentar; y vuelto el rostro àzia donde su Pastora oía, con voz suave, y de lagrimas acompañada, comenzó á cantar de esta suerte.

L E N I O.

¿Quién te impele cruel? ¿quién te desvia?
 ¿Quièn te retira del amado intento?
 ¿Quién en tus pies veloces alas cria,
 Con que corres ligera mas que el viento?
 ¿Por qué tienes en poco la fé mia,
 Y desprecias el alto pensamiento?
 ¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué me dejas?
 ¡O mas dura que marmol á mis quejas!

¿Soy por ventura de tan bajo estado,
 Que no merezca ver tus ojos bellos?
 ¿Soy pobre? Soy avaro? ¿Hasme hallado
 En falsedad desde que supe vellos?
 ¿La condicion primera no he mudado?
 ¿No pende del menor de tus cabellos

Mi alma? ¿Pues por qué de mi te alejas?
¡O mas dura que marmol à mis quejas!

Tome escarmiento tu altivéz sobrada
De vér mi libre voluntad rendida,
Mira mi antigua presuncion trocada,
Y en amoroso intento convertida:
Mira que contra amor no puede nada,
La mas esenta descuidada vida.
Detén el paso yá ; ¿por qué le aquejas?
¡O mas dura que marmol à mis quejas!

Vime qual tú té vés , y ahora veo
Que como fui , jamás espero verme,
Tal me tiene la fuerza del deseo,
Tal quiero que se estrema en no quererme.
Tú has ganado la palma , tú el trofeo
De que amor pueda en su prision tenerme,
¿Tú me rendiste , y tú de mi te quejas?
¡O mas dnra que marmol á mis quejas!

En tanto que el lastimado Pastor sus dolorosas quejas entonaba , estaban los demás Pastores reprehendiendo á Galercio su mal proposito , afeando el dañado intento que havia mostrado. Mas el desesperado mozo á ninguna cosa respondia , de que no poco Maurisa se fatigaba , creyendo que en dexándole solo , havia de poner en execucion su mal pensamiento. En este medio Galatea , y Florisa , apartandose con Theolinda , le preguntaron qué era la causa de su tornada , y si por ventura havia sabido yá de su Artidoro. A lo qual ella respondió llorando. No sé que os diga , amigas , y señoras mias , sino que el Cielo quiso que yo hallase á Artidoro , para que enteramente le perdiese : porque havreis de saber , que aquella mal considerada , y traydora hermana mia , que fue el principio de mi desventura , aquella misma ha sido la ocasion del fin , y remate de mi contento , porque sabiendo ella , asi como llegamos con Galercio , y Maurisa à su Aldéa , que Artidoro estaba en una montaña , no lejos de alli con su ganado , sin decirme nada se partió à buscarle : hallóle , y fingiendo ser yo (que para solo este daño ordenó el Cielo que nos pareciesemos) con poca dificultad le dió á entender , que la Pastora que en nuestra

Aldéa le havia desdeñado era una su hermana, que en estremo le parecia : en fin le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado , y los estremos de dolor que he padecido : y como las entrañas del Pastor estaban tan tiernas , y enamoradas , con harto menos que la traydora le dixera , fuera de él creida , como la creyó , tan en mi perjuicio , que sin aguardar que la fortuna mezclase en su gusto algun nuevo impedimento , luego en el mismo instante dió la mano á Leonarda de ser su legitimo esposo , creyendo que se la daba á Theolinda. Veis aqui , Pastoras , en que ha parado el fruto de mis lagrimas , y suspiros ; veis aqui yá arrancada de raíz toda mi esperanza. Y lo que mas siento es , que haya sido por la mano que á sustentarla estaba mas obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado , y puesto que yá él lo sabe , aunque debe de haver sentido la burla , hala disimulado como discreto. Llegaron luego al Alcéi las nuevas de su casamiento , y con ellas las del fin de mi alegría : supose tambien el artificio de mi hermana , la qual dió por disculpa , vér que Galercio (á quien tanto ella amaba) por la Pastora Gelasia se perdía , y que así le pareció mas facil reducir á su voluntad la enamorada de Artidoro , que no la desesperada de Galercio , y que pues las dos eran uno solo , en quanto á la apariencia , y gentileza que ella se tenia por dichosa , y bien afortunada , con la compañía de Artidoro. Con esto se disculpa (como he dicho) la enemiga de mi gloria. Y así yo , por no verla gozar de la que de derecho se me debía , dexé el Aldéa , y la presencia de Artidoro , y acompañada de las mas tristes imaginaciones que imaginar se pueden , venia à daros las nuevas de mi desdicha , en compañía de Maurisa , que asimismo viene con intencion de contaros lo que Grisaldo ha hecho despues que supo el hurto de Rosaura : y esta mañana al salir del Sol topamos con Galercio , el qual con tiernas , y enamoradas razones , estaba persuadiendo á Gelasia que bien le quisiese : mas ella con el mas extraño desdén , y esquiviza , que decir se puede , le mandó , que se le quitase delante , y que no fuese osado de jamás hablarla : y el desdichado Pastor , apretado de tan recio mandamiento , y de tan estraña crueldad , quiso cumplir , haciendo lo que haveis visto.

Todo esto es lo que por mí ha pasado , amigas mias , despues que de vuestra presencia me partí. Ved ahora si tengo mas que llorar que antes , y si se ha aumentado la ocasion para que vosotras os ocupéis en consolarme , si acaso mi mal recibiese consuelo. No

dixo mas Theolinda , porque la infinidad de lagrimas , que le vieron à los ojos , y los suspiros que del alma arrancaba , impidieron el oficio á la lengua : y aunque las de Galatea , y Florisa quisieron mostrarse expertas , y eloquentes en consolarla , fue de poco efecto su trabajo. Y en el tiempo que entre las Pastoras estas razones pasaban , se acabó de enjugar el papel , que Tirsi á Galercio del seno sacado havia , y deseoso de leerle , le tomó , y vió que de esta manera decia.

GALERCIO A GELASIA.

Angel de humana figura,
Furia con rostro de Dama,
Fria , y encendida llama
Donde mi alma se apura.
Escucha las sinrazones
De tu desamor causadas,
De mi alma trasladadas
En estos tristes renglones.

No escribo por ablandarte,
Pues con tu dureza estraña
No valen ruegos , ni maña,
Ni servicios tienen parte.
Escribote porque veas
La sinrazon que me haces,
Y quan mal que satisfaces
Al valor de que te arreas.

Que alabes la libertad
Es muy justo , y razon tienes,
Mas mira , que la mantienes
Solo con la crueldad.
Y no es justo lo que ordenas
Querer sin ser ofendida
Sustentar tu libre vida
Con tantas muertes ajenas.

No imagines que es deshonra
Que te quieran todos bien,
Ni que está en usar desdeñ

Depositada tu honra.
Antes templando el rigor
De los agravios que haces,
Con poco amor satisfaces,
Y cobras nombre mejor.

Tu crueldad me dá á entender,
Que las fieras te engendraron,
O que los montes formaron
Tu duro indomable sér.
Que en ellos es tu recreo,
Y en los paramos , y valles,
Do no es posible que halles
Quien te enamore el deseo.

En una fresca espesura
Una vez te ví sentada,
Y dixes , Estatua es formada
Aquella de piedra dura.
Y aunque el moverte despues
Contradixo á mi opinion,
En fin en la condicion
Dixes : Mas que estatua es.

Y ojalá que estatua fueras
De piedra , que yo esperára
Que el Cielo por mí cambiara
Tu sér , y en muger volvieras.
Que Pignaleon no fue
Tanto á la suya rendido

Como yo te soy , y he sido,
Pastora , y siempre seré.

Con razon , y de derecho
Del mal , y bien me dás pago,
Pena por el mal que hago,
Gloria por el bien que he hecho.
En el modo que me tratas
Tal verdad es conocida,
Con la vista me dás vida,
Con la condicion me matas.

Dese pecho que se atreve
A esquivar de amor los tiros
El fuego de mis suspiros
Deshaga un poco la nieve.
Concedase al llanto mio,
Y al nunca admitir descanso,
Que vuelva agradable , y manso
Un solo punto tu brio.

Bien sé que havrás de decir,
Que me alargo , y yo lo creo,
Pero acorta tú el deseo,

Y acortaré yo el pedir.
Mas segun lo que me dás
En quantas demandas toco,
A tí te importa muy poco,
Que pida menos , ó mas.

Si de tu estraña dureza
Pudiera reprehenderte,
Y aquella señal ponerte,
Que muestra nuestra flaqueza.
Dixera viendo tu sér,
Y no asi como se enseña:
Acuerdate que eres peña,
Y en peña te has de volver.

Mas seas peña , ó acero,
Duro marmol , ó diamante,
De un acero soy amante,
O una peña adoro , y quiero.
Si eres Angel disfrazado,
O furia , que todo es cierto,
Por tal Angel vivo muerto,
Y por tal furia penado.

Mejor le parecieron á Tirsi los versos de Galercio , que la condicion de Gelasia : y queriendoselos mostrar à Elicio , vióle tan mudado de color , y de semblante , que una imagen de muerto parecia. Llegóse à él , y quando le quiso preguntar si algun dolor le fatigaba , no fue menester esperar su respuesta , para entender la causa de su pena , porque luego oyó publicar entre todos los que allí estaban , como los dos Pastores , que á Galercio socorrieron , eran amigos del Pastor Lusitano , con quien el venerable Aurelio tenia concertado de casar á Galatea : los quales venian á decirle , como de allí á tres dias el venturoso Pastor vendria á su Aldèa á concluir el felicisimo desposorio. Y luego vió Tirsi , que estas nuevas , mas nuevos , y estraños accidentes de los causados havian de causar en el alma de Elicio. Pero con todo esto se llegó á él , y le dixo. Ahora es menester buen amigo , que te sepas valer de la discrecion que tienes , pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos , y asegurote , que no

sè quien á mí me asegura, que ha de tener mejor fin este negocio de lo que tú piensas ; disimula, y calla, que si la voluntad de Galatea no gusta de corresponder de todo en todo á la de su padre, tú satisfaràs la tuya, aprovechandote de las nuestras, y aun de todo el favor que te puedan ofrecer quantos Pastores hay en las riberas de este Rio, y en las de el manso Henares : el qual favor yo te ofrezco, que bien imagino, que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles, los obligará á hacer que no salga en vano lo que aqui te prometo. Suspenso quedó Elicio, viendo al gallardo, y verdadero ofrecimiento de Tirsi, y no su po, ni pudo responderle mas que abrazarle estrechamente, y decirle. El Cielo te pague, discreto Tirsi, el consuelo que me has dado, con el qual, y con la voluntad de Galatea, que á lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda entiendo, que tan notorio agravio como el que se hace á todas estas riveras, en desterrar de ellas la rara hermosura de Galatea, no pase adelante : y tornandole á abrazar, tornó à su rostro la color perdida. Pero no tornó al de Galatea, á quien fue oír la embajada de los Pastores, como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio, y no lo podia disimular Erastro, ni menos la discreta Florisa, ni aun fue gustosa la nueva à ninguno de quantos alli estaban. A esta sazón yá el Sol declinaba su acostumbrada carrera : y así por, esto, como por ver que el enamorado Lenio havia seguido á Gelasia, y que alli no quedaba otra cosa que hacer, trayendo à Galercio, y á Maurisa consigo, toda aquella compañía movió los pasos ázia el Aldéa, y al llegar junto á ella, Elicio, y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, Arsindo, y Orfenio se quedaron con otros algunos Pastores : y de todos ellos con corteses palabras, y ofrecimientos, se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nisida, y Blanca, diciendoles, que otro dia se pensaban partir à la Ciudad de Toledo, donde havia de ser el fin de su viage ; y abrazando à todos los que con Elicio quedaban, se fueron con Aurelio, con el qual iban Florisa, Theolinda, y Maurisa, y la triste Galatea, tan congojada, y pensativa, que con toda su discrecion, no podia dexar de dar muestras de estraño descontento. Con Daranio se fueron, su esposa Silveria, y la hermosa Belisa. Cerró en esto la noche, y parecióle á Elicio, que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto ; y si no fuera por agasajar con buen semblante à los huespedes que tenia aquella noche

en su cabaña, èl la pasàra tan mala, que desesperàra de vér el dia. La misma pena pasaba el misero Erastro, aunque con mas alivio, porque sin tener respeto á nadie, con altas voces, y lastimeras palabras, maldecia su ventura, y la acelerada determinacion de Aurelio. Estando en esto, yá que los Pastores havian satisfecho á la hambre con algunos rusticos manjares, y algunos de ellos entregadose en los brazos del reposado sueño, llegó à la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa, y hallando à Elicio á la puerta de su cabaña, le apartó, y le dió un papel, diciendole, que era de Galatea, y que le leyese luego, que pues ella á tal hora le traía, entendièse que era de importancia lo que en él debía de venir. Admirado el Pastor de la venida de Maurisa, y mas de ver en sus manos papel de su Pastora, no pudo sosegar un punto hasta leerle, y entrando en su cabaña, à la luz de una raja de teoso pino, le leyó, y vió que asi decia.

GALATEA A ELICIO.

En la apresurada determinacion de mi padre está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que á mí misma me he hecho hasta llegar à este punto. Bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo. Mas si el Cielo quiere que yo quede con esta deuda, quejate de él, y no de la voluntad mia. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y asi no lo intento. Si algun remedio por allá imaginas; como en él no intervengan ruegos, ponle en efecto, con el miramiento que á tu credito debes, y á mi honra estás obligado. El que me dán por esposo, y el que me ha de dàr sepultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque á mí me queda harto para arrepentirme. No digo mas, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada.

En estraña confusion pusieron á Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciendole cosa nueva, asi el escribirle, pues hasta entonces jamás lo havia hecho, como el mandarle buscar remedio à la sinrazon que se le hacia: mas pasando por todas estas cosas, solo paró en imaginar como cumpliria lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera. Y no ofreciendosele otro algun remedio, sino el que de sus amigos esperaba, confiado en ellos, se atrevió à responder á Galatea con una carta que dió á Maurisa, la qual de esta manera decia.

ELICIO A GALATEA.

Si las fuerzas de mi poder llegáran al deseo que tengo de ser-viros , hermosa Galatea , ni la que vuestro padre os hace , ni las mayores del mundo fueran parte para ofenderos ; pero como quiera que ello sea , vos vereis ahora (si la sinrazon pasa adelante) como yo no me quedo atras en hacer vuestro mandamiento , por la via mejor que el caso pidiere. Asegureos esto la fè que de mí teneis conocida , y haced buen rostro á la fortuna presente , confiada en la bonanza venidera , que el Cielo que os ha movido á acordaros de mí , y á escribirme , me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me haveis hecho , que como sea obedeceros , ni recelo , ni temor serán parte para que yo no ponga en efecto lo que á vuestro gusto conviene , y al mio tanto importa. No mas , pues lo mas que en esto ha de haver , sabreis de Maurisa , á quien yo he dado cuenta de ello ; y si vuestro parecer con el mio no se conforma , sea yo avisado , porque el tiempo no se pase , y con él la sazón de nuestra ventura , la qual os dé el Cielo como puede , y como vuestro valor merece.

Dada esta carta á Maurisa , como está dicho , le dixo asimismo , como él pensaba juntar todos los mas Pastores que pudiese , y que todos juntos irian á hablar al padre de Galatea , pidiendole por merced señalada , fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya : y quando esto no bastase , pensaba poner tales inconvenientes , y miedos al Lusitano Pastor , que él mismo dixese no ser contento de lo concertado ; y quando los ruegos , y astucias no fuesen de provecho alguno , determinaba usar la fuerza , y con ella ponerla en su libertad ; y esto con el miramiento de su credito , que se podia esperar de quien tanto la amaba. Con esta resolucion se fue Maurisa , y esta misma tomaron luego todos los Pastores que con Elicio estaban , á quien él dió cuenta de sus pensamientos , y pidió favor , y consejo en tan arduo caso. Luego Tirsi , y Damon se ofrecieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarian. Lauso , Arsindo , y Erastro , con los quatro amigos , Orompo , Marsilio , Crisio , y Orfenio prometieron de buscar , y juntar para el dia siguiente , sus amigos y poner en obra con ellos qualquiera cosa que por Elicio les fuese mandada. En tratar lo que mas al caso convenia , y en tomar este apuntamiento , se pasó lo mas de aquella noche. Y la mañana venida , todos los Pastores se partieron á cumplir lo que prometido havian , sino fueron

Tirsi, y Damon, que con Elicio se quedaron. Y aquel mismo dia tornó à venir Maurisa à decir à Elicio, como Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer: despidióla Elicio, con nuevas promesas, y confianzas; y con alegre semblante, y extraño alborozo, estaba esperando el siguiente dia, por ver la buena, ó mala salida que la fortuna daba á su hecho. Llegó en esto la noche, y recogíendose con Damon, y Tirsi à su cabaña, casi todo el tiempo de ella pasaron en tantear, y advertir las dificultades que en aquel negocio podian suceder, si acaso no movian á Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio por dar lugar á los Pastores que reposasen, se salió de su cabaña, y se subió en una verde cuesta que frontero de ella se levantaba: y alli con el aparejo de la soledad, revolvía en su memoria todo lo que por Galatea havia padecido, y lo que temia padecer, si el Cielo à sus intentos no favorecia; y sin salir de esta imaginacion, al son de un blando Zéfiro, que mansamente soplabá, con voz suave, y baja, comenzó à cantar de esta manera.

E L I C I O.

Si deste herviente mar, y golfo insano,
 Donde tanto amenaza la tormenta,
 Libro la vida de tan dura afrenta,
 Y toco el suelo venturoso, y sano:
 Al ayre alzadas una, y otra mano
 Con alma humilde, y voluntad contenta,
 Haré que amor conozca, el Cielo sienta,
 Que el bien les agradezco soberano.
 Llamaré venturosos mis suspiros,
 Mis lagrimas tendré por agradables,
 Por refrigerio el fuego en que me quemó.
 Diré que son de amor los recios tiros,
 Dulces al alma, al cuerpo saludables,
 Y que en su bien no hay medio, sino estremo.

Quando Elicio acabó su canto, comenzaba á descubrirse por las Orientales puertas la fresca Aurora, con sus hermosas, y variadas mexillas, alegrando el suelo, aljofarando las yervas, y pintando los prados: Cuya deseada venida comenzaron luego á saludar las parleras Aves con mil suertes de concertadas cantilénas. Levantóse en esto Elicio, y tendió los ojos por la espaciosa cam-

campana , descubrió no lejos dos esquadras de Pastores , los quales , segun le pareció , àzia su cabaña se encaminaban , como era la verdad , porque luego conoció que eran sus amigos Arsindo , y Lauso , con otros que consigo traían. Y los otros Orompo , Marsilio , Crisio , y Orfenio , con todos los mas amigos que juntar pudieron. Conoci-dos pues de Elicio , bajó de la cuesta para ir á recibirlos : y quan-do ellos llegaron junto de la cabaña , yá estaban fuera de ella Tir-si , y Damon , que á buscar á Elicio iban. Llegaron en esto to-dos los Pastores , y con alegre semblante unos á otros se reci-bieron. Y luego Lauso , volviendose á Elicio , le dixo. En la compañía que traemos , puedes vér , amigo Elicio , si comen-zamos á dár muestras de querer cumplir la palabra que te dímos : todos los que aqui ves , vienén con desseo de servirte , aun-que en ello aventuren las vidas : lo que falta es , que tú no la ha-gas en lo que mas conviniere. Elicio con las mejores razones que supo , agradeció á Lauso , y á los demás la merced que le hacían : y luego les contró todo lo que con Tirsi , y Damon estaba concerta-do de hacerse , para salir bien con aquella empresa. Parecióles bien á los Pastores lo que Elicio decia : y así sin mas detenerse àzia el Aldéa se encaminaron , yendo delante de Tirsi , y Damon , siguiéndoles todos los demás , que hasta veinte Pastores serian , los mas gallardos , y bien dispuestos que en todas las riberas de Tajo ha-llar se pudieran , y todos llevaban intencion de que si las razones de Tirsi no movían à que Aurelio la hiciese en lo que le pedían , de usar en su lugar la fuerza , y no consentir que Galatea al forastero Pastor se entregase : de que iba tan contento Erastro , como si el buen suceso de aquella demanda , en solo su contento de redun-dar huviera , porque á trueco de no vér á Galatea ausente , y des-contenta , tenia por bien empleado que Elicio la alcanzase , como lo imaginaba , pues tanto Galatea le havia de quedar obligada.

El fin de este amoroso Cuento , y Historia , con los sucesos de Galercio , Lenio , y Gelasia , Arsindo , Maurisa , Grisaldo , Artandro , y Rosaura , Marsilio , y Belisa , con otras cosas sucedidas á los Pastores hasta aqui nombrados , en la Segunda Parte de esta Historia se prometen. La qual , si con apacibles voluntades esta primera viere recibida , tendrá atrevimiento de salir con brevedad à ser vista , y juzgada de los ojos , y entendimiento de las gentes.

L A U S D E O .

VIA-

VIAGE
DEL
PARNASO,
COMPUESTO

POR
MIGUEL DE CERVANTES
Saavedra.



DIRIGIDO
A DON RODRIGO DE TAPIA,
Caballero del Avito de Santiago, &c.

A DON RODRIGO DE TAPIA,
 Caballero del Avito de Santiago, hijo
 del Señor Pedro de Tapia , Oidor
 del Consejo Real, y Consultor del
 Santo Oficio de la Inquisicion
 Suprema.

Dirijo á V. m. este Viage que hice al Parnaso, que no desdice á su edad florida , ni á sus loables , y estudiosos exercicios. Si V. m. le hace el acogimiento que yo espero de su condicion ilustre , èl quedará famoso en el mundo , y mis deseos premiados. Nuestro Señor , &c.

*Miguél de Cervantes
 Saavedra.*

PROLOGO AL LECTOR.

Si por ventura (Lector curioso) eres Poeta , y llegáre á tus manos (aunque pecadoras) este Viage , si te hallares en èl escrito , y notado entre los buenos Poetas , dá gracias á Apolo por la merced que te hizo , y si no te hallares , tambien se las puedes dár. Y Dios te guarde.

D.

D. AUGUSTINI DE CASANATE

Rojas.

EPIGRAMMA.

EXcute cæruleum, proles Saturnia, tergum,
 Verbera quadrigæ sentiat alma Thetis.
 Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,
 Carmineis ratibus per freta tendit iter.
 Protheus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
 Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.
 At, cayeas tantæ torquent quæ mollis habenas,
 Carmina si excipias, nulla tridentis opes.
 Hesperiiis Michael claros conduxit ab oris,
 In pelagus vates. Delphica castra petit.
 Imo age, pone metus, mediis subsiste carinis,
 Parnasi in littus vela secunda gere.

CAPITULO PRIMERO
DEL VIAGE
DEL PARNASO.

UN Quidam Caporal Italiano,
De Patria Perusino (á lo que entiendo)
De ingenio Griego , y de valor Romano:
Llevado de un capricho reverendo,
Le vino en voluntad de ir á Parnaso,
Por huir de la Corte el vario estruendo,
Solo, y á pie , partióse , y paso á paso
Llegó donde compró una mula antigua,
De color parda , y tartamudo paso.
Nunca á medroso pareció estantigua
Mayor , ni menos buena para carga,
Grande en los huesos , y en la fuerza exigua:
Corta de vista , aunque de cola larga,
Estrecha en los hijares , y en el cuero
Mas dura que lo son los de una Adarga.
Era de ingenio cabalmente entero,
Caía en qualquier cosa facilmente,
Asi en Abril , como en el mes de Enero.
En fin , sobre ella el Poetón valiente
Llegó al Parnaso , y fue del rubio Apolo
Agasajado con serena frente.
Contó quando volvió el Poeta solo,
Y sin blanca á su Patria , lo que en buelo
Llevó la fama de este al otro Polo.
Yo que siempre trabajo , y me desvelo,
Por parecer que tengo de Poeta
La gracia , que no quiso darme el Cielo:
Quisiera despachar á la estafeta
Mi alma , ó por los ayres , y ponella
Sobre las cumbres del nombrado Oeta:

Y

Pues

Pues descubriendo desde allí la bella
 Corriente de Aganipe , en un saltico
 Pudiera el labio remojar en ella:
 Y quedar del licor suave , y rico
 El pancho lleno , y ser de allí adelante
 Poeta ilustre , ó al menos Manifico.
Mas mil inconvenientes al instante
 Se me ofrecieron , y quedó el deseo
 En cierne , desvalido , é ignorante.
Porque en la piedra que en mis hombros veo,
 Que la fortuna me cargó pesada,
 Mis mal logradas esperanzas leo.
Las muchas leguas de la gran jornada
 Se me representaron que pudieran
 Torcer la voluntad aficionada.
Si en aquel mismo instante no acudieran
 Los humos de la fama á socorrerme,
 Y corto , y facil el camino hicieran.
Dixe entre mí. Si yo viniese á verme
 En la difícil cumbre deste monte,
 Y una guirnalda de laurel ponerme;
No embidiaría el bien decir de Aponte,
 Ni del muerto Galarza la agudeza,
 En manos blando , en lengua Rodomonte.
Mas como de un error se empieza
 (Creyendo á mi deseo) dí al camino
 Los pies , porque dí al viento la cabeza.
En fin sobre las ancas del destino,
 Llevando á la eleccion puesta en la silla
 Hacer el gran viage determino.
Si esta cavalgadura maravilla,
 Sepa el que no lo sabe , que se usa
 Por todo el mundo no , solo en Castilla.
Ninguno tiene , ó puede dár escusa
 De no oprimir desta gran bestia el lomo;
 Ni mortal caminante lo reusa,
Suele tal vez ser tan ligera , como
 Vá por el ayre el Aguila , ó saeta;
Y tal vez anda con los pies de plomo.

Pero para la carga de un Poeta,
 (Siempre ligera) qualquier bestia puede
 Llevarla , pues carece de maleta.
 Que es caso yá infalible , que aunque herede
 Riquezas un Poeta , en poder suyo
 No aumentarlas , perderlas le sucede.
 Desta verdad ser la ocasion arguyo,
 Que tú , ó gran padre Apolo , les infundes
 En sus intentos el intento tuyo.
 Y como no le mezclas , ni confundes
 En cosas de Agibilibus rateras,
 Ni en el mar de ganancia vil le hundes,
 Ellos , ó traten burlas , ó sean veras,
 (Sin aspirar á la ganancia en cosa)
 Sobre el convexo ván de las Esferas.
 Pintando en la Palestra rigurosa
 Las acciones de Marte , ó entre las flores
 Las de Venus mas blanda , y amorosa.
 Llorando Guerras , ó cantando Amores,
 La vida como en sueño se les pasa,
 O como suele el tiempo á jugadores.
 Son hechos los Poetas de una masa
 Dulce , suave , correosa , y tierna,
 Y amiga del hogar de agena casa.
 El Poeta mas cuerdo se gobierna
 Por su antojo valdío , y regalado,
 De trazas lleno , y de ignorancia eterna.
 Absorto en sus quimeras , y admirado
 De sus mismas acciones , no procura
 Llegar á rico , como á honroso estado.
 Vayan , pues , los leyentes con letura,
 (Qual dice el vulgo mal limado , y bronco)
 Que yo soy un Poeta desta hechura.
 Cisne en las canas , y en la voz un ronco,
 Y negro cuervo , sin que el tiempo pueda
 Desbaltar de mi ingenio el duro tronco.
 Y que en la cumbre de la varia rueda
 Jamás me pude vér solo un momento,
 Pues quando subir quiciro , se está queda.

- Pero por vér si un alto pensamiento
 Se puede prometer feliz suceso,
 Seguí el viage à paso tardo , y lento.
- Un candéal con ocho mais de queso
 Fue en mis alforjas mi repostería,
 (Util al que camina , y leve peso.)
- A Dios dixé á la humilde choza mia,
 A Dios Madrid , á Dios tu Prado , y Fuentes,
 Que manan néctar , llueven ambrosía.
- A Dios , conversaciones suficientes
 A entretener un pecho cuidadoso,
 Y á dos mil desvalidos pretendientes.
- A Dios , Sitio agradable , y mentiroso,
 Do fueron dos Gigantes abrasados
 Con el rayo de Jupiter fogoso.
- A Dios , Teatros públicos , honrados,
 Por la ignorancia que ensalzada veo
 En cien mil disparates recitados.
- A Dios de San Phelipe el gran Paseo,
 Donde si baja , ó sube el Turco galgo,
 Como en Gaceta de Venecia leo.
- A Dios , hambre sutil de algun hidalgo,
 Que por no verme ante tus puertas muerto,
 Oy de mi Patria , y de mí mismo salgo.
- Con esto poco à poco llegué al Puerto,
 A quien los de Cartago dieron nombre,
 Cerrado á todos vientos , y encubierto.
- A cuyo claro , y sin igual renombre
 Se postran quantos puertos el mar baña,
 Descubre el Sol , y ha navegado el hombre.
- Arrojóse mi visía á la campaña
 Rasa del mar , que trajo á mi memoria
 Del heroyco Don Juan la Heroyca hazaña.
- Donde con alta de soldados gloria,
 Y con propio valor , y ayrado pecho
 Tuve (aunque humilde) parte en la vitoria.
- Allí con rabia , y con mortal despecho
 El Otomano orgullo vió su brio,
 Hollado , y reducido à pobre estrecho.

Lleno, pues, de esperanzas, y vacío
 De temor, busqué luego una fragata,
 Que efectúase el alto intento mio.
 Quando por la (aunque azul) líquida plata,
 Vi venir un bagél à vela, y remo,
 Que tomar tierra en el gran puerto trata.
 Del mas gallardo; y mas vistoso estremo
 De quantos las espaldas de Neptuno
 Oprinieron jamás, ni mas supremo.
 Qual este nunca vió bagél alguno
 El mar, ni pudo verse en el armada,
 Que destruyó la vengativa Juno.
 No fue del Bellocino á la jornada
 Argos tan bien compuesta, y tan pomposa,
 Ni de tantas riquezas adornada.
 Quando entraba en el puerto la hermosa
 Aurora por las puertas del Oriente,
 Salía en trenza blanda, y amorosa.
 Oyóse un estampido de repente,
 Haciendo salva la Real galera,
 Que despertó, y alborotó la gente.
 El son de los clarines, la ribera
 Llenaba de dulcísima harmonía,
 Y el de la chusma alegre, y placentera.
 Entrabanse las horas por el dia,
 A cuya luz con distincion mas clara
 Se vió del gran bagél la bizarría.
 Ancoras echa, y en el puerto pára,
 Y arroja un ancho esquife al mar tranquilo
 Con musica, con grita, y algazara.
 Usan los marineros de su estilo,
 Cubren la popa con tapetes tales,
 Que es oro, y sirgo de su trama el hilo.
 Tocai de la ribera los umbrales,
 Sale del rico esquife un Caballero
 En hombros de otros quatro principales:
 En cuyo traje, y ademan severo
 Vi de Mercurio al vivo la figura,
 De los fingidos Dioses Mensagero.

En el gallardo valle, y compostura,
 En los alados pies, y el Caduceo,
 (Symbolo de prudencia, y de cordura.)
 Digo, que al mismo Parainfno veo,
 Que trajo mentirosas embajadas
 A la tierra del alto Coliseo.
 Vile, y apenas puso las aladas
 Plantas en las arenas venturosas,
 Por verse de Divinos pies tocadas.
 Quando yo rebolviendo cien mil cosas
 En la imaginacion, llegué á postrarme
 Ante las plantas por adorno hermosas.
 Mandóme el Dios parlero luego alzarme,
 Y con medidos versos, y sonantes,
 Desta manera comenzó á hablarme:
 O Adán de los Poetas, ó Cervantes,
 ¿Qué alforjas, y qué trage es este, amigo?
 Que así muestra discursos ignorantes.
 Yo, respondiendó à su demanda, digo:
 Señor, voy al Parnaso, y como pobre
 Con este aliño mi jornada sigo.
 Y él á mí dixo: O sobre humano, y sobre
 Espiritu Cilenio levantado,
 Toda abundancia, y todo honor te sobre.
 Que en fin has respondido á ser soldado
 Antiguo, y valeroso, qual lo muestra
 La mano de que estás estropeado.
 Bien sé que en la Naval dura palettra
 Perdiste el movimiento de la mano
 Izquierda, para gloria de la diestra.
 Y sé que aquel instinto sobre humano,
 Que de raro inventor tu pecho encierra,
 No te le ha dado el Padre Apolo en vano.
 Tus obras los rincones de la tierra
 (Llevandolas en grupa Rocinante)
 Descubren, y à la envidia mueven guerra:
 Pasa, raro inventor, pasa adelante
 Con tu sutil designio, y presta ayuda
 A Apolo; que la tuya es importante.

Antes que el esquadron vulgar acuda
 De mas de veinte mil sietemesinos
 Poetas, que de serlo están en duda.
 Llenas ván yá las sendas, y caminos
 Desta canalla inutil contra el monte,
 Que aun de estar á su sombra no son dinos.
 Armate de tus versos luego, y ponte
 A punto de seguir este viage
 Conmigo, y á la gran obra disponte.
 Conmigo segurísimo pasage
 Tendrás sin que te empaches, ni procures,
 Lo que suelen llamar matalotage.
 Y porque esta verdad que digo apures,
 Entra conmigo en mi galera, y mira
 Cosas con que te asombres, y asegures.
 Yo, aunque pensè que todo era mentira,
 Entré con èl en la galera hermosa,
 Y ví lo que pensar en ello admira.
 De la Quilla á la Gavia, (¡ò estraña cosa!)
 Toda de versos era fabricada,
 Sin que se entremetiese alguna prosa,
 Las ballesteras eran de ensalada,
 De Glosas todas hechas á la boda
 De la que se llamó mal maridada.
 Era la chusma de romances toda,
 Gente atrevida, empero necesaria,
 Pues á todas acciones se acomoda.
 La popa de materia estraordinaria,
 Bastarda, y de legitimos Sonetos,
 De labor peregrina en todo, y varia.
 Eran dos valentísimos Tercetos
 Los espaldares de la izquierda, y diestra,
 Para dár boga larga muy perfetos.
 Hecha ser la crugia se me muestra
 De una luenga, y tristísima Elegía,
 Que no en cantar, sino en llorar es diestra.
 Por esta entiendo yo que se diría
 Lo que suele decirse á un desdichado,
 Quando lo pasa mal, pasó crugia.

El árbol hasta el Cielo levantado
 De una dura Cancion prolija estaba
 De canto de seis dedos embreado.
 El, y la entena que por él cruzaba
 De duros estrambotes la madera,
 De que eran hechos claro se mostraba.
 La racamenta, que es siempre parlera,
 Toda la componian redondillas,
 Con que ella se mostraba mas ligera.
 Las jarcias parecian Seguidillas
 De disparates mil, y mal compuestas
 Que suelen en el alma hacer cosquillas.
 Las rumbadas fortisimas, y honestas
 Estancias, eran tablas poderosas,
 Que llevan un poema, y otro acueftas.
 Era cosa de vér las bulliciosas
 Vanderillas que al ayre tremolaban
 De varias Rimas algo licenciosas.
 Los Grumetes, que aquí, y allí cruzaban
 De encadenados versos parecian,
 Puesto que como libres trabajaban.
 Todas las obras muertas componian,
 O versos sueltos, ó festinas graves,
 Que á la galera mas gallarda hacian.
 En fin con modos blandos, y suaves;
 Viendo Mercurio que yo visto havia
 El bagél, que es razon lector que alabes.
 Junto á sí me sentò, y su voz embia
 A mis oídos en razones claras,
 Y llenas de suavissima harmonía.
 Diciendo entre las cosas que son raras,
 Y nuevas en el mundo, y peregrinas,
 Verás (si en ello adviertes, y reparas)
 Que es una este bagel de las mas dinas
 De admiracion que llégue á ser espanto
 A Naciones remotas, y vecinas.
 No le formaron maquinas de encanto,
 Sino el ingenio del divino Apolo,
 Que puede, quiere, y llega, y sube á tanto.

Formóle (jò nuevo caso!) para solo
 Que yo llevase en él quantos Poetas
 Hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.
 De Malta el gran Macstire, à quien secretas
 Espias dán aviso, que en Oriente
 Se aperciben las barbaras saetas:
 Teme, y embia á convocar la gente,
 Que sella con la blanca Cruz el pecho,
 Porque en su fuerza su valor se aumente.
 A cuya imitacion Apolo ha hecho,
 Que los famosos Vates al Parnaso
 Acudan, que està puesto en duro estrecho.
 Yo, conolido del doliente caso,
 En el ligero casco yà instruido
 De lo que he de hacer aguijo el paso.
 De Italia las riberas he barrido,
 He visto las de Francia, y no tocado,
 Por venir solo à España dirigido.
 Aqui con dulce, y con felice agrado
 Harà fin mi camino á lo que creo,
 Y seré facilmente despachado.
 Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,
 Seràs el Paraninfo de mi asunto,
 Y el solicitador de mi deseo.
 Parte, y no te detengas solo un punto,
 Y à los que en esta lista ván escritos
 Diràs de Apolo quanto aqui yo apunto.
 Sacó un papel, y en él casi infinitos
 Nombres ví de Poetas, en que havia
 Yangueses, Vizcaínos, y Coritos.
 Alli famosos ví de Andalucía,
 Y entre los Castellanos ví unos hombres
 En quien vive de asiento la Poesía.
 Dixo Mercurio. Quiero que me nombres
 Desta turba gentil, pues tú lo sabes,
 La alteza de su ingenio con los nombres.
 Yo respondí. De los que son mas graves
 Diré lo que supiere, por moverte
 A que ante Apolo su valor alabes.
 El escuchò, yo dixé desta suerte.

DEL VIAGE
DEL PARNASO,

CAPITULO SEGUNDO.

Colgado estaba de mi antigua boca
 El Dios hablante ; pero entonces mudo,
 (Que al que escucha, el guardar silencio toca.)
 Quando dí de improviso un estornudo,
 Y haciendo Cruces por el mal agujero,
 Del gran Mercurio al mandamiento acudo.
 Mirè la lista , y ví , que era el primero
 El Licenciado Juan de Ochoa amigo,
 Por Poeta , y Christiano verdadero.
 Deste Varon en su alabanza digo,
 Que puede acelerar , y dàr la muerte
 Con su claro discurso al enemigo.
 Y que sí no se aparta , y se divierte
 Su ingenio en la Gramatica Española,
 Será de Apolo sin igual la suerte.
 Pues de su Poesía al mundo sola
 Puede esperar poner el pie en la cumbre,
 De la inconstante rueda , ò varia bola.
 Este que de los Comicos es lumbré,
 Que el Licenciado Poyo es su apellido,
 No hay nube que à su Sol claro deslumbré.
 Pero como está siempre entretenido
 En trazas , en quimeras , é invenciones,
 No ha de acudir à este marcial ruido.
 Este que en lista por tercero pones,
 Que Hipolito se llama de Vergara,
 Si llevarle al Parnaso te dispones,
 Haz cuenta que en él llevas unajara,
 Una saeta , un arcabúz , un rayo,
 Que contra la ignorancia se dispara.

- Este que tiene como mes de Mayo
 Florido ingenio , y que comienza ahora
 A hacer de sus Comedias nuevo ensayo:
 Godinez es , y estotro que enamora
 Las almas con sus versos regalados,
 Quando de amor ternezas canta , ó llora;
 Es uno que valdrá por mil soldados,
 Quando á la españa , y nunca vieta empresa
 Fueren los escogidos , y llamados.
 Digo que es Don Francisco el que profesa
 Las Armas , y las Letras con tal nombre,
 Que por su igual Apolo le confiesa.
 Es de Calatayud su sobrenombre;
 Con esto queda dicho todo quanto
 Puedo decir con que á la envidia asombre.
 Este que sigue es un Poeta santo,
 Digo famoso : Miguèl Cid se llama,
 Que al Coro de las Musas pone espanto.
 Estotro que sus versos encarama
 Sobre los mismos hombros de Calisto,
 Tán celebrado siempre de la fama:
 Es aquel agradable , aquel bien quisto,
 Aquel agudo , aquel sonoro , y grave,
 Sobre quantos Poetas Febo ha visto.
 Aquel que tiene de escribir la llave,
 Con gracia , y agudeza en tanto estremo,
 Que su igual en el Orbe no se sabe.
 Es Don Luis de Gongora , á quien temo
 Agraviar en mis cortas alabanzas,
 Aunque las suba al grado mas supremo.
 O tú , Divino espíritu , que alcanzas
 Yá el premio mercedido á tus deseos,
 Y á tus bien colocadas esperanzas.
 Yá en nuevos , y justisimos empleos;
 Divino Herrera , tu caudal se aplica,
 Aspirando del Cielo á los trofeos.
 Yá de tu hermosa luz clara , y rica,
 El bello resplandor miras seguro
 En la que alma tuya beatifica.

Y arrimada tu yedra al fuerte muro
 De la inmortalidad no estimas quanto
 Mora en las sombras deste mundo obscuro,
 Y tú Don Juan de Jauregui, que á tanto
 El sabio curso de tu pluma aspira,
 Que sobre las esferas le levanto.
 Aunque Lucano por tu voz respira,
 Dexale un rato, y con piadosos ojos
 A la necesidad de Apolo mira.
 Que te están esperando mil despojos
 De otros mil atrevidos, que procuran
 Fértiles campos ser, siendo rastrojos.
 Y tú, por quien las Musas aseguran
 Su partido, Don Felix Arias, sienta,
 Que por su gentileza te conjuran.
 Y ruegan que defiendas de esta gente
 Non sancta su hermosura, y de Aganipe,
 Y de Hipocrene la inmortal corriente.
 ¿Consentirás tú á dicha partícipe
 Del licor suavísimo un Poeta,
 Que al hacer de sus versos sude, y hipe?
 No lo consentirás, pues tu discreta
 Vena abundante, y rica no permite
 Cosa que sombra tenga de imperfecta.
 Señor, este que aqui viene se quite,
 Dixe à Mercurio, que es un chacho necio,
 Que juega, y es de Satyras su embite.
 Este sí, que podrás tener en precio,
 Que es Alonso de Salas Barbadillo,
 A quien me inclino, y sin medida aprecio,
 Este que viene aqui (si he de decillo)
 No hay para qué le embarques, y asi puedes
 Borrarle. Dixo el Dios. Gusto de oillo.
 Es un cierto rapáz, que á Ganimedes
 Quiere imitar, vistiendose á lo Godo,
 Y asi aconsejo, que sin él te quedas.
 No lo harás con este dese modo,
 Que es el gran Luis Cabrera, que pequeño
 Todo lo alcanza pues lo sabe todo.

Es de la historia conocido dueño,
 Y en discursos discretos tan discreto,
 Que á Tacito veràs , si te le enseño.
 Este que viene es un galan sujeto
 De la varia fortuna á los baybenes,
 Y del mudable tiempo al duro aprieto.
 Un tiempo rico de caducos bienes,
 Y ahora de los firmes , é inmutables,
 Mas rico á tu mandar firme le tienes.
 Pueden los altos riscos siempre estables
 Ser tocados del mar , mas no movidos
 De sus ondas en cursos variables.
 Ni menos á la tierra trae rendidos
 Los altos Cedros Boreas , quando ayrado
 Quiere humillar los mas fortalecidos.
 Y este que vivo exemplo nos ha dado
 Desta verdad con tal Philosophia,
 Don Lorenzo Ramirez es de Prado.
 Deste que se le sigue aqui diría,
 Que es Don Antonio de Monroy , que veo
 En ello que es ingenio , y cortesía.
 Satisfacion al mas alto desco,
 Puede dár de valor heroyco , y ciencia,
 Pues mil descubro en él , y otras mil creo.
 Este es un Caballero de presencia
 Agradable , y que tiene de Torcato
 El alma sin alguna diferencia.
 De Don Antonio de Paredes trato,
 A quien dieron las Musas sus amigas
 En tierna edad , anciano ingenio , y trato:
 Este que por llevarle te fatigas,
 Es Don Antonio de Mendoza , y veo
 Quanto en llevarle al sacro Apolo obligas:
 Este que de las Musas es recreo,
 La gracia , y el donayre , y la cordura,
 Que de la discrecion lleva el trofeo:
 Es Pedro de Morales , propia hechura
 Del gusto Cortesano , y es asilo,
 Adonde se repara mi ventura.

- Este , aunque tiene parte de Zoylo,
 Es el grande Espinél, que en la guitarra
 Tiene la prima , y en el raro estilo.
- Este , que tanto allá tira la barra,
 Que las cumbres se dexa atrás de Pindo,
 (Que jura , que vocea , y que desgarrá.)
 Tiene mas de Poeta , que de lindo,
 Y es Jusepe de Vargas , cuyo astuto
 Ingenio , y rara condicion deslindo.
- Este , á quien pueden dàr justo tributo
 La gala , y el ingenio que mas pueda
 Ofrecer à las Musas flor , y fruto:
- Es el famoso Andrés de Balmaseda,
 De cuyo grave , y dulce entendimiento
 El magno Apolo satisfecho queda.
- Este es Enciso , gloria , y ornamento
 Del Tajo , y claro honor de Manzanarés,
 Que con tal hijo aumenta su contento.
- Este que es escogido entre millares,
 De Guevara Luis Velez es el bravo,
 Que se puede llamar Quita pesares.
- Es Poeta Gigante , en quien alabo
 El verso numeroso , el peregrino
 Ingenio , si un Gnaton nos pinta, ó un Davo:
- Este es Don Juan de España , que es mas dinor
 De alabanzas Divinas que de humanas,
 Pues en todos sus versos es Divino.
- Este por quien de Lugo estàn ufanas
 Las Musas , es Silveyra , aquel famoso,
 Que por llevarle con razon te afanas.
- Este que se le sigue es el curioso
 Gran Don Pedro de Herrera , conocido
 Por de ingenio elevado en punto honroso.
- Este , que de la carcel del olvido
 Sacó otra vez á Proserpina hermosa,
 Con que à España , y al Dauro ha enriquecido.
- Verasle en la contienda rigurosa,
 Que se teme , y se espera en nuestros dias,
 (Culpa de nuestra edad poco dichosa.)

Mostrar de su valor las lozanías,
 Pero qué mucho si es aqueste el doto,
 Y grave Don Francisco de Farías.
Este de quien yo fui siempre devoto
 Oraculo, y Apolo de Granada,
 Y aun deste clima nuestro, y del remoto:
Pedro Rodriguez es. Este es Tejada,
 De altitonantes versos, y sonoros
 Con Magestad en todo levantada.
Este que brota versos por los poros,
 Y halla Patria, y amigos donde quiera,
 Y tiene en los agenos sus tesoros:
Es Medinilla el que la vez primera
 Cantó el Romance de la tumba obscura,
 Entre Cipreses puestos en hilera.
Este que en verdes años se apresura,
 Y corre al sacro Lauro, es Don Fernando
 Bermudez, donde vive la cordura.
Este es aquel Poeta memorando,
 Que mostrò de su ingenio la agudeza
 En las selvas de Erifile cantando.
Este que la coluna nueva empieza
 Con estos dos, que con su sér convienen
 Nombrarlos, aun lo tengo por bajeza.
Miguél Cejudo, y Miguél Sanchez vienen
 Juntos aqui, (ó par sin par) en estos
 Las sacras Musas fuerte amparo tienen.
Que en los pies de sus versos bien compuestos,
 (Llenos de erudicion rara, y doctrina)
 Al ir al grave caso seràn prestos.
Este gran Caballero, que se inclina
 A la leccion de los Poetas buenos,
 Y al sacro Monte con su luz camina;
Don Francisco de Silva es por lo menos,
 ¿Qué serà por lo mas? ¡O edad madura!
 En verdes años de cordura llenos!
Don Gabriél Gomez viene aqui, segura
 Tiene con él Apolo la vitoria,
De la canalla siempre necia, y dura.

Para honor de su ingenio , para gloria
 De su florida edad , para que admire
 Siempre de siglo en siglo su memoria.
 En este gran sugeto se retire,
 Y abrevie la esperanza deste lecho,
 Y Febo al gran Valdés atento mire.
 Verá en él un gallardo , y sabio pecho
 Un ingenio sutil , y levantado,
 Con que le dexé en todo satisfecho.
 Figueroa es estotro el Doctorado,
 Que cantó de Amarili la constancia
 En dulce prosa , y verso regalado.
 Quatro vienen aqui en poca distancia,
 Con mayusculas letras de oro escritos,
 Que són del alto asunto la importancia.
 De tales quatro siglos infinitos
 Durará la memoria sustentada
 En la alta gravedad de sus escritos.
 Del claro Apolo la Real morada,
 Si viniere á caer de su grandeza
 Será por estos quatro levantada.
 En ellos nos cifró naturaleza
 El todo de las partes , que son dinas
 De gozar celsitud , que es mas que Alteza.
 Esta verdad , gran Conde de Salinas,
 Bien la acreditas con tus raras obras,
 Que en los terminos tocan de Divinas.
 Tú , el de Esquilache Principe , que cobras
 De día en día credito tamaño,
 Que te adelantas á tí mismo , y sobras:
 Serás Escudo fuerte al grave daño,
 Que teme Apolo con ventajas tantas,
 Que no te espere el esquadron tacaño.
 Tú , Conde de Saldaña , que con plantas
 Tiernas piñas de Pindo la aita cumbre,
 Y en alas de tu ingenio te levantas.
 Hacha has de ser de inextinguible lumbré,
 Que guie al sacro Monte , al deseoso
 De verse en él , sin que la luz deslumbre...

Tú el de Villamediana, el mas famoso
 De quantos entre Griegos, y Latinos
 Alcanzaron el Lauro venturoso:
 Cruzarás por las sendas, y caminos,
 Que al Monte guian, porque mas seguros
 Lleguen á él los simples peregrinos.
 A cuya vista de estos quatro muros
 Del Parnaso cacrán las arrogancias
 De los mancebos sobre necios duros.
 ¡O quantas, y quan graves circunstancias
 Dixera de estos quatro, que felices
 Aseguran de Apolo las ganancias!
 Y mas si se les llega el de Alcañizes,
 Marqués insigne, haràn (puesto que hay una
 En el mundo no mas) cinco Fenices.
 Cada qual de por sí será coluna,
 Que sustente, y levante el edificio
 De Febo sobre el cerco de la Luna.
 Este (puesto que acude el grave oficio
 En que se ocupa) el Lauro, y palma llena,
 Que Apolo dà por honra, y beneficio.
 En esta ciencia es maravilla nueva,
 Y en la Jurispericia unico, y raro,
 Su nombre es Don Francisco de la Cueva.
 Este, que con Homero le comparo,
 Es el gran Don Rodrigo de Herrera,
 Insigne en letras, y en virtudes raro.
 Este que se le sigue es el de Vera
 Don Juan, que por su espada, y por su pluma
 Le honran en la quinta, y quarta Esfera.
 Este, que el cuerpo, y aun el alma bruma
 De mil, aunque no muestra ser Christiano,
 Sus escritos el tiempo no consuma.
 Cayóseme la lista de la mano
 En este punto, y dixo el Dios: con estos
 Que has referido està el negocio llano.
 Haz que con pies, y pensamientos presto
 Vengan aqui, donde aguardando quedo
 La fuerza de tan validos supuestos.

Mal podrá Don Francisco de Quevedo
 Venir (dixe yo entonces) y él me dixo:
 Pues partirme sin él de aqui no puedo.
 Ese es hijo de Apolo, ese es hijo
 De Caliope Musa, no podemos
 Irnos sin él, y en esto estaré fijo.
 Es el flagelo de Poetas memos,
 Y echará á puntillazos del Parnaso
 Los malos que esperamos, y tenemos.
 O, señor, repliqué, que tiene el paso
 Corto, y no llegará en un siglo entero.
 De eso, dixo Mercurio, no hago caso.
 Que al Poeta, que fuere Caballero,
 Sobre una nube pardilla, y clara
 Vendrá muy á su gusto Caballero.
 Y el que no (pregunté) qué le prepára
 Apolo? qué carrozas, ó qué nubes?
 ¿Qué dromedario? ó alfana en paso rara?
 Mucho (me respondió) mucho te subes
 En tus preguntas, calla, y obedece.
 Si haré, pues no es infando lo que jubes.
 Esto le respondí, y él me parece
 Que se turbó algun tanto, y en un punto
 El mar se turba, el viento sopla, y crece.
 Mi rostro entonces, como el de un difunto
 Se debió de poner, y sí haria,
 Que soy medro o, á lo que yo barrunto.
 Ví la noche mezclarse con el dia,
 Las arenas del hondo mar alzarse,
 A la Region del ayre, entonces fria.
 Todos los elementos ví turbarse,
 La tierra, el agua, el ayre, y aun el fuego
 Ví entre rompidas nubes azotarse.
 Y en medio deste gran desasosiego
 Llovian nubes de Poetas llenas
 Sobre el bagél que se anegára luego.
 Si no acudieran mas de mil Sirenas
 A dár de azotes á la gran borrasca,
 Que hacjá el saltarel por las entenas.

Una , que ser pensé Juana la Chasca,
 De dilatado vientre , y luengo cuello,
 (Pintiparado á aquel de la Tarasca.)
 Se llegó á mí , y me dixo , de un cabello
 Deste bagél estaba la esperanza
 Colgada á no venir á socorrello.
 Tracemos (y no es burla) á la bonanza,
 Que estaba descuidada oyendo atenta
 Los discursos de un cierto Sancho Panza.
 En esto sosegóse la tormenta,
 Volvió tranquilo el mar , sereno el Cielo,
 Que al regañon el Zefiro le ahuyenta.
 Volví la vista , y ví en ligero buelo
 Una nube romper el ayre claro
 De la color del condensado yelo.
 ¡O maravilla nueva ! ó caso raro!
 Vílo , y he de decillo , aunque se dude
 Del hecho que por brujula declaro.
 Lo que yo pude vér , lo que yo pude
 Notar fue , que la nube dividida
 En dos mitades á llover acude:
 Quien ha visto la tierra prevenida,
 Con tal disposicion , que quando llueve,
 (Cosa ya averiguada , y conocida.)
 De cada gota en un instante breve
 Del polvo se levanta , ó sapo , ó rana,
 Que á saltos , ó despacio el paso mueve.
 Tal se imagine vér (ó soberana
 Virtud) de cada gota de la nube
 Saltar un bulto , aunque con forma humana.
 Por no creer esta verdad , estuve
 Mil veces , pero vira con la vista,
 Que entonces clara , y sin legañas tuve,
 Eran aquestos bultos de la lista
 Pasada los Poetas referidos,
 A cuya fuerza no hay quien la resista.
 Unos por hombres buenos conocidos,
 Otros de rumbo , y hampo , y Dios es Christo,
 Poquitos bien , y muchos mal vestidos.

Entre ellos parecióme de haver visto
 A Don Antonio de Galarza el bravo,
 Gentilhombre de Apolo, y muy bien quisto.
 El bagél se llenó de cabo á cabo,
 Y su capacidad á nadie niega
 Copioso asiento, que es lo mas que alabo.
 Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
 Poeta insigne, á cuyo verso, ó prosa
 Ninguno le aventaja, ni aun le llega.
 Era cosa de ver maravillosa,
 De los Poetas la apretada enjambre,
 En recitar sus versos muy melosa.
 Este muerto de sed, aquel de hambre,
 Yo dixé, viendo tantos con voz alta,
 ¡Cuerpo de mí con tanta Poetambre!
 Por tantas sobras conoció una falta,
 Mercurio, y acudiendo á remediála,
 Ligeró en la mitad del bagél salta.
 Y con una zaranda que allí halla,
 (No sé si antigua, ó si de nuevo hecha)
 Zarandó mil Poetas de gramalla.
 Los de capa, y espada no desecha,
 Y de éstos zarandó dos mil, y tantos,
 Que fue neguilla entonces la cosecha.
 Colábanse los buenos, y los santos,
 Y quedábanse arriba los granzones
 Mas duros en sus versos que los cantos.
 Y sin que les valiesen las razones,
 Que en su disculpa daban, daba luego
 Mercurio al mar con ellos á montones.
 Entre los arrojados se oyó un ciego,
 Que murmurando entre las hondas iba
 De Apolo con un pésete, y reniego.
 Un saftre (aunque en sus pies flojos estriva,
 Abriendo con los brazos el camino)
 Dixo, Sucio es Apolo, así yo viva.
 Otro (que al parecer iba mohino,
 Con ser un zapatero de obra prima)
 Dixo dos mil, no un solo desatino.

Trabaja un Tundidor, suda, y se anima,
 Por verse à la ribera conducido,
 Que mas la vida que la honra estima.
 El Esquadron nadante reducido
 A la marina vuelve, á la galera
 El rostro con señales de ofendido.
 Y no por todos dixo, bien pudiera
 Ese chocante Embajador de Febo
 Tratarnos bien, y no de esta manera.
 Mas oygan lo que digo: Yo me atrevo
 A profanar del monte la grandeza,
 Con Libros nuevos, y en estilo nuevo.
 Calló Mercurio, y á poner empieza
 Con gran curiosidad seis camarines,
 Dando à la gracia ilustre rancho, y pieza.
 De nuevo resonaron los clarines,
 Y así Mercurio lleño de contento,
 Sin darle mal aguero los Delfines,
 Remos al agua dió, velas al viento.

DEL VIAGE
 DEL PARNASO,
 CAPITULO TERCERO.

ERan los remos de la Real Galera
 De Esdrujulos, y de ellos compélida
 Se deslizaba por el mar ligera.
 Hasta el tope la vela iba tendida,
 Hecha de muy delgados pensamientos,
 De varios lizos, por amor texida.
 Soplaban dulces, y amorosos vientos,
 Todos en popa, y todos se mostraban
 Al gran viage solamente atentos.
 Las Sirenas en torno navegaban,
 Dando empellones al bagél lozano,
 Con cuya ayuda en buelo le llevaban.

Semejaban las aguas del mar Cano
 Colchas encarrujadas, y hacian
 Azules visos por el verde llano.
 Todos los del bagél se entretenian,
 Unos glosando pies dificultosos,
 Otros cantaban, otros componian.
 Otros de los tenidos por curiosos
 Referian Sonetos, muchos hechos
 A diferentes casos amorosos.
 Otros alféñicados, y deshechos
 En puro azucar con la voz suave,
 De su melifluidad muy satisfechos:
 En tono blando, sosegado, y grave,
 Eglogas Pastorales recitaban,
 En quien la gala, y la agudeza cabe.
 Otros de sus señoras celebraban
 En dulces versos de la amada boca,
 Los excrementos que por ella echaban.
 Tal huvo à quien amor asi le toca,
 Que alabó los riñones de su Dama,
 Con gusto grande, y no elegancia poca.
 Uno cantó, que la amorosa llama
 En mitad de las aguas le encendia,
 Y como toro agarrochado brama.
 De esta manera andaba la Poesía
 De uno en otro, haciendo que hablase
 Este Latin, aquel Algaravía.
 En esto sesga la galera, vase
 Rompiendo el mar con tanta ligereza,
 Que el viento aun no consiente que la pase.
 Y en esto descubrióse la grandeza
 De la escombrada playa de Valencia
 Por arte hermosa, y por naturaleza.
 Hizo luego de sí grata presencia
 El gran Don Luis Ferrer, marcado el pecho
 De honor, y el alma de Divina Ciencia.
 Desembarcóse el Dios, y fue derecho
 A darle quatro mil, y mas abrazos,
 De su vista, y su ayuda satisfecho.

Volvió la vista, y reiteró los lazos
 En Don Guillén de Castró, que venia
 Descoso de verse en tales brazos.
 Christoval de Virues se le seguia,
 Con Pedro de Aguilar, junta famosa
 De las que Turia en sus riberas cria.
 No le pudo llegar mas valerosa
 Esquadra al gran Mercurio, ni èl pudiera
 Desearla mejor, ni mas honrosa.
 Luego se descubrió por la ribera
 Un tropél de gallardos Valencianos,
 Que á ver venian la sin par galera.
 Todos con instrumentos en las manos,
 De estilos, y librillos de memoria,
 Por bizarría, y por ingenio ufanos.
 Codiciosos de hallarse en la victoria,
 Que yá tenian por segura, y cierta
 De las heces del mundo, y de la escoria.
 Pero Mercurio les cerró la puerta.
 Digo, no consintió que se embarcasen,
 Y el por qué, no lo dixo, aunque se acierta.
 Y fue, porque temió que no se alzasen,
 Siendo tantos, y tales con Parnaso,
 Y nuevo imperio, y mando en èl fundasen.
 En esto vióse con brioso paso
 Vepir al magno Andrés Rey de Artieda,
 No por la edad descaecido, 'ó laso.
 Hicieron todos espaciosa rueda,
 Y cogiendole enmedio, le embarcaron,
 Mas rico de valor, que de moneda.
 Al momento las ancoras alzaron,
 Y las velas ligadas á la entena,
 Los grumetes apriesa desataron.
 De nuevo por el ayre claro suena
 El son de los clarines, y de nuevo
 Vuelve à su oficio cada qual Sirena.
 Miró el bagél por entre nubes Febo,
 Y dixo en voz que pudo ser oída,
 Aqui mi gusto, y mi esperanza llevo.

De remos, y Sirenas impelida
 La galera se dexa atrás el viento,
 Con milagrosa, y prospera corrida.
 Léiase en los rostros el contento
 Que llevaban los sabios pasajeros,
 Durable, por no ser nada violento.
 Unos por el calor iban en cueros,
 Otros por no tener Godercas galas,
 En traxe se vistieron de Romeros.
 Hendía en tanto las Neptuncas salas
 La galera del modo como hiende
 La grulla el ayre, con tendidas alas.
 En fin llegamos donde el mar se estiende,
 Y ensancha, y forma el golfo de Narbona,
 (Que de ningunos vientos se defiende.)
 Del gran Mercurio la cabal persona
 Sobre seis resmas de papel sentada,
 Iba con Cetro, y con Real Corona.
 Quando una nube, al parecer preñada,
 Parió quatro Poetas en crugia,
 O los llovió, razon mas concertada.
 Fue el uno aquel, de quien Apolo fia
 Su honra, Juan Luis de Casanate,
 Poeta insigne de mayor quantía.
 El mismo Apolo de su ingenio trate,
 El le alabe, èl le premie, y recompense,
 Que el alabarle yo sería dislate.
 Al segundo llevido el Uticense
 Catòn no le igualó, ni tiene Febo,
 Que tanto por él mire, ni en èl piense.
 Del Contador Gaspár de Barrionuevo,
 Mal podrá el corto flaco ingenio mio
 Loar el suyo así como yo debo.
 Llenó del gran bagél el gran vacío
 El gran Francisco de Rioja al punto
 Que saltó de la nube en el navío.
 A Christoval de Mesa ví allí junto
 A los pies de Mercurio, dando fama
 A Apolo, siendo del propio trasunto.

A la gavía un grumete se encarama,
 Y dixo à voces : La Ciudad se muestra,
 Que Genova del Dios Jano se llama.
 Dexcese la Ciudad à la siniestra
 Mano, dixo Mercurio, el bagél vaya,
 Y siga su derrota por la diestra.
 Hacer al Tiber vimos blanca raya
 Dentro del mar, habiendo yá pasado
 La ancha Romana, y peligrosa playa.
 De lejos vióse el ayre condensado
 Del humo, que el estrombalo vomita
 De azufre, y llamas, y de horror formado.
 Huyen la Isla infame, y solicita
 El suave poniente, asi el viage
 Que lo acorta, lo allana, y facilita.
 Vimenos en un punto en el parage,
 Do la nutriz de Eneas piadoso
 Hizo el forzoso, y ultimo pasage.
 Vimos desde alli à poco el mas famoso
 Monte que encierra en sí nuestro Emisfero,
 Mas gallardo à la vista, y mas hermoso.
 Las cenizas de Titiro, y Sincero
 Están en él, y puede ser por esto
 Nombrado entre los montes por primero.
 Luego se descubrió, donde echò el resto
 De su poder naturaleza, amiga
 De formar de otros muchos un compuesto.
 Vióse la pesadumbre sin fatiga
 De la bella Partenope sentada
 A la orilla del mar, que sus pies liga.
 De castillos, y torres coronada,
 Por fuerte, y por hermosa en igual grado
 Tenida, conocida, y estimada.
 Mandóme el del aligero calzado,
 Que me aprestase, y fuese luego à tierra
 A dar à los Lupercios un recado.
 En que les diese cuenta de la guerra
 Temida; y que à venir les persuadiese
 Al duro, y fiero asalto, al cierra, y cierra,

Señor (le respondí) si acaso huviese
 Otro que la embajada les llevase,
 Que mas grato á los dos hermanos fuese,
 Que yo no soy; sé bien que negociase
 Mejor. Dixo Mercurio: No te entiendo,
 Y has de ir antes que el tiempo mas se pase.
 Que no me han de escuchar estoy temiendo,
 (Le repliqué) y asi el ir yo no importa,
 Puesto que en todo obedecer pretendo.
 Que no sé quien me dice, y quien me exorta,
 Que tienen para mí, á lo que imagino,
 La voluntad, como la vista corta.
 Que si esto asi no fuera, este camino
 Con tan pobre recamara, no hiciera,
 Ni diera en un tan hondo desatino.
 Pues si alguna promesa se cumpliera
 De aquellas muchas, que al partir me hicieron,
 Lléveme Dios si entrára en tu galera.
 Mucho esperé, si mucho prometieron,
 Más podia ser, que ocupaciones nuevas
 Les obligue á olvidar lo que dixeron.
 Muchos, Señor, en la galera llevas,
 Que te podrán sacar el pie del loço,
 Parte, y escusa de hacer mas pruebas.
 Ninguno, dixo, me hable dese modo,
 Que si me desembarco, y los envisto,
 Voto à Dios, que me trayga al Conde, y todo.
 Con estos dos famosos me enemisto,
 Que habiendo levantado á la Poesia
 Al buen punto en que está, como se ha visto:
 Quieren con perezosa tiranía
 Alzarse (como dicen) à su mano
 Con la ciencia, que á ser Divinos guia.
 Por el solio de Apolo soberano
 Juro, y no digo mas, y ardiendo en ira
 Se echó á las barbas una, y otra mano.
 Y prosiguió diciendo, el Doctor Mira,
 Apostaré, si no lo manda el Conde,
 Que tambien en sus puntos se retira.

Señor galán , parezca : ¿à qué se esconde?
 Pues á fé por llevarle , si él no gusta,
 Que ni le busque , aseche , ni le ronde.
 ¿Es esta empresa acaso tan injusta,
 Que se esquiven de hallar en ella quantos
 Tienen conciencia limitada , y justa?
 ¿Carece el Cielo de Poetas santos,
 Puesto que brote á cada paso el suelo
 Poetas , que lo son tantos , y tantos?
 ¿No se oyen sacros Hymnos en el Ciclo?
 ¿La harpa de David allá no suena,
 Causando nuevo accidental consuelo?
 Fuera melindres , y cese la entena,
 Que llegue al tope , y luego obedecido
 Fue de la chusma sobre buenas buena.
 Poco tiempo pasó , quando un ruido
 Se oyó , que los oídos atronaba,
 Y era de perros aspero ladrido.
 Mercurio se turbó , la gente estaba
 Suspensa al triste son , y en cada pecho
 El corazon mas valido temblaba.
 En esto descubrióse el corto estrecho,
 Que Scila , y que Caribdis espantosas,
 Tan temeroso con su furia han hecho.
 Estas olas que veis presuntuosas
 En visitar las nubes de contino,
 Y aun de tocar el Cielo codiciosas.
 Venciólas el prudente Peregrino,
 Amante de Calipso , al tiempo , quando
 Hizo (dixo Mercurio) este camino.
 Su prudencia nosotros imitando,
 Echarémos al mar en que se ocupen,
 En tanto que el bagél pasa bolando.
 Que en tanto que ellas tasquen , roan , chupen,
 El misero , que al mar ha de entregarse,
 Seguro estoy , que el paso desocupen.
 Miren si puede en la galera hallarse
 Algun Poeta desdichado acaso,
 Que á las fieras gargantas pueda darse.

Buscaronle, y hallaron á Lofraso,
 Poeta militar, Sardo, que estaba
 Desmayado á un rincon marchito, y laso.
 Que à sus diez Libros de fortuna, andaba
 Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge,
 Que mas desocupado se mostraba.
 Gritó la chusma toda, al mar se arroje:
 Vaya Lofraso al mar sin resistencia,
 Por Dios, dixo Mercurio, que me enoje.
 ¿Còmo, y no será cargo de conciencia,
 Y grande, echar al mar tanta Poesía,
 Puesto que aqui nos hunda su inclemencia?
 Viva Lofraso, en tanto que dé al día
 Apolo luz, y en tanto que los hombres
 Tengan discreta alegre fantasía.
 Tocante á tí (ó Lofraso) los renombres,
 Y epitetos de agudo, y de sincero,
 Y gusto que mi Comitre te nombres.
 Esto dixo Mercurio al Caballero,
 El qual en la crugia en pie se puso,
 Con un rebenque despiadado, y fiero.
 Creo que de sus versos le compuso,
 Y no sé como fue, que en un momento,
 (O yá el Cielo, ó Lofraso lo dispuso.)
 Salimos del estrecho à salvamento
 Sin arrojar al mar Poeta alguno,
 Tanto del Sardo fue el merecimiento.
 Mas luego otro peligro, otro importuno
 Temor amenazó, si no gritára
 Mercurio, qual jamás gritó ninguno.
 Diciendo al timoreno: A orza, pára,
 Amaynese de golpe, y todo á un punto
 Se hizo, y el peligro se repara.
 Estos montes que veis, que están tan juntos,
 Son los que Acroceraunos son llamados,
 De infame nombre, como yo barrunto.
 Asieron de los remos los honrados,
 Los tiernos, los melifluos, los Godescos,
 Y los dé á cantimplora acostumbrados.

Los frios los asieron, y los frescos,
 Asieronlos tambien los calurosos,
 Y los de calzas largas, y greguescos.
 Del sopra estante daño temerosos,
 Todos á una la galera empujan,
 Con flacos, y con brazos poderosos.
 Debajo del bagél se somurrujan,
 Las Sirenas que dél no se apartaron,
 Y á sí mismas en fuerzas sobrepujan.
 Y en un pequeño espacio la llevaron
 A vista de Corfú, y á mano diestra,
 La Isla inexpugnable se dexaron:
 Y dando la galera á la siniestra
 Discurria de Grecia las riberas,
 Adonde el Cielo su hermosura muestra.
 Mostrabanse las olas lisongeras,
 Impeliendo el bagél suavemente,
 Como burlando con alegres veras.
 Y luego al parecer por el Oriente,
 (Rayando el rubio Sol nuestro Orizonte,
 Con rayas rojas hebras de su frente.)
 Gritó un grumete, y dixo, el monte, el monte,
 El monte se descubre, donde tiene
 Su buen rocin el gran Belorofonte.
 Por el monte se arroja, y á pie viene
 Apolo á recibirnos. Yo lo creo,
 Dixo Lofraso, y llega á la Hipocrene.
 Yo desde aqui columbro, miro, y veo
 Que se andan solazando entre unas matas
 Las Musas con dulcísimo recreo.
 Unas antiguas son, otras novatas,
 Y todas con ligero paso, y tardo
 Andan las cinco en pie, las quatro á gatas.
 Si tú tal ves (dixo Mercurio) ó Sardo
 Poeta, que me corten las orejas,
 O me tengan los hombres por bastardo.
 ¿Dime, por qué algun tanto no te alejas
 De la ignorancia, pobretón, y adviertes
 Lo que cantan tus rimas en tus quejas?

¿Por qué con tus mentiras nos diviertes
 De recibir á Apolo qual se debe,
 Por haver mejorado vuestras suertes?
 En esto mucho mas, que el viento leve
 Bajó el lucido Apolo á la marina
 A pie, porque en su carro no se atreve.
 Quitó los rayos de la faz Divina,
 Mostróse en calzas, y en jubon vistoso,
 Porque dár gusto á todos determina.
 Seguíale detrás un numeroso
 Esquadron de Doncellas bayladoras,
 Aunque pequeñas, de ademán brioso.
 Supo poco despues, que estas señoras
 (Sanas las mas, las menos mal paradas)
 Las del tiempo, y del Sol eran las horas.
 Las medio rotas eran las menguadas,
 Las sanas, las felices, y con esto
 Eran todas en todo apresuradas.
 Apolo luego con alegre gesto
 Abrazó á los soldados que esperaba,
 Para la alta ocasion que se ha propuesto.
 Y no de un mismo modo acariciaba
 A todos, porque alguna diferencia
 Hacia con los que él mas se alegraba.
 Que á los de Señoría, y Excelencia
 Nuevos abrazos dió, razones dixo,
 En que guardó decoro, y preeminencia.
 Entre ellos abrazó à Don Juan de Arguijo,
 Que no se en qué, ó como, ó quando hizo
 Tan aspero viage, y tan prolijo.
 Con él á su deseo satisfizo
 Apolo, y confirmó su pensamiento,
 Mandó, vedó, quitó, hizo, y deshizo.
 Hecho, pues el sin par recibimiento
 Do se hallò Don Luis de Barahona,
 Llevado allí por su merecimiento.
 Del siempre verde Lauro una Corona
 Le ofrece Apolo en su intencion, y un vaso
 Del agua de Castalia, y de Elicon.

Y luego vuelve el magestoso paso,
 Y el Esquadron pensado, y de repente
 Le sigue por las faldas del Parnaso.
 Llegóse en fin á la Castalia fuente,
 Y en viendola infinitos se arrojaron
 Sedientos al cristal de su corriente.
 Unos no solamente se hartaron,
 Sino que pies, y manos, y otras cosas
 Algo mas indecentes se lavaron.
 Otros mas advertidos, las sabrosas
 Aguas gustaron poco á poco, dando
 Espacio al gusto, á pausas melindrosas.
 El brindez, y el caraos se puso en vando,
 Porque los mas de bruces, y no á sorbos
 El suave licor fueron gustando.
 De ambas manos hacian vasos corbos
 Otros, y algunos de la boca al agua
 Temian de hallar cien mil estorvos.
 Poco á poco la fuente se desagua,
 Y pasa en los estomagos bebientes,
 Y aun no se apaga de su sed la fragua.
 Mas dixoles Apolo: Otras dos fuentes
 Aun quedan Aganipe, é Hipocrene, ..
 Ambas sabrosas, ambas excelentes,
 Cada qual de licor dulce, y perene,
 Todas de calidad aumentativa
 Del alto ingenio que á gustarlas vicne.
 Beben, y suben por el Monte arriba,
 Por entre Palmas, y entre Cedros altos,
 Y entre arboles pacificos de Oliva.
 De gusto llenos, y de angustia faltos,
 Siguiendo á Apolo el Esquadron camina,
 Unos á pedicoj, otros à saltos.
 Al pie sentado de una antigua encina
 Ví à Alonso de Ledesma componiendo
 Una Cancion Angelica, y Divina.
 Conocile, y à èl me fuí corriendo
 Con los brazos abiertos como amigo,
 Pero no se movió con el estruendo.

¿No véis, me dixo Apolo, que consigo
 No está Ledesma ahora, no véis claro,
 Que está fuera de sí, y está conmigo?
 A la sombra de un Mirto, al verde amparo
 Veronimo de Castro sesteaba,
 Garon de ingenio peregrino, y raro.
 Un motete imagino que cantaba
 con voz suave; yo quedé admirado
 De verle allí, porque en Madrid quedaba.
 Apolo me entendió, y dixo. Un Soldado
 Como este no era bien que se quedára
 Entre el ocio, y el sueño sepultado.
 Yo le traxe (y sé como) que á mi rara
 Potencia no la impide otra ninguna,
 Ni inconveniente alguno la repara.
 En esto se llegaba la oportuna
 Hora (à mi parecer) de dár sustento
 Al estomago pobre, y mas si ayuna.
 Pero no le pasó por pensamiento
 A Delio, que el Egercito conduce,
 Satisfacer al misero hambriento.
 Primero à un jardín rico nos reduce,
 Donde el poder de la naturaleza,
 Y el de la industria mas campèa, y luce.
 Tuvieron los Esperides belleza
 Menor, no le igualaron los Pensiles
 En sitio, en hermosura, y en grandeza.
 En su comparacion se muestran viles
 Los de Alcino, ó en cuyas alabanzas
 Se han ocupado ingenios bien sutiles.
 No sujeto del tiempo à las mudanzas,
 Que todo el año Primavera ofrece,
 Frutos en posesion, no en esperanzas.
 Naturaleza, y arte allí parece
 Andar en compotencia, y está en duda,
 Qual vence de las dos, qual mas merece.
 Muestrase balbuciente, y casi muda,
 Si le alaba la lengua mas experta
 De adulacion, y de mentir desnuda.

Junto con ser jardin, era una huerta,
 Un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,
 Que en todos estos titulos concierta:
 De tanta gracia, y hermosura lleno,
 Que una parte del Cielo parecia
 El todo del bellissimo terreno.
 Alto en el sitio alegre Apolo hacia.
 Y alli mandò que todos se sentasen
 A tres horas despues de medio dia.
 Y porque los asientos señalasen
 El ingenio, y valor de cada uno,
 Y unos con otros no se embarazasen:
 A despecho, y pesar del importuno,
 Ambicioso deseo, les diò asiento
 En el sitio, y lugar mas oportuno.
 Llegaban los Laureles casi à ciento,
 A cuya sombra, y troncos se sentaron
 Algunos de aquel numero contento.
 Otros los de las Palmas ocuparon,
 De los Mirtos, y Yedras, y los Robles.
 Tambien varios Poetas alvergaron.
 Puesto que humildes (eran de los nobles
 Los asientos, qual troncos levantados,
 Porque tuvo envidia) aqui tu rabia dobles.
 En fin, primero fueron ocupados
 Los troncos de aquel ancho circuito,
 Para honrar à Poetas dedicados,
 Antes que yo en el numero infinito
 Hallase asiento: y así en pie quedéme
 Despechado, colerico, y marchito.
 Dixe entre mi. ¿Es posible que se estreme
 En perseguirme la fortuna ayrada?
 (Que ofende á muchos, y à ninguno teme.)
 Y volviendome á Apolo con turbada
 Lengua le dixe lo que oírà el que gusta
 Saber, pues la tercera es acabada,
 La quarta parte desta empresa justa.

DEL VIAGE DEL PARNASO, CAPITULO QUARTO.

Suele la indignacion componer versos,
 Pero si el indigno es algun tonto,
 Ellos tendrán su todo de perversos.
 De mí yo no sé mas, sino que pronto
 Me hallé para decir en tertia rima
 Lo que no dixo el desterrado à Ponto.
 Y así le dixé á Delio. No se estima,
 Señor, del vulgo vano el que te sigue
 Y al árbol sacro del Laurel se arrima.
 La envidia, y la ignorancia le persigue,
 Y así envidiado siempre, y perseguido
 El bien que espera por jamás consigue.
 Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
 Con que al mundo la hermosa *Galatea*
 Salió para librarse del olvido.
 Soy por quien *La Confusa* nada fea
 Pareció en los teatros admirable,
 (Si esto á su fama es justo se le crea.)
 Yo con estilo en parte razonable
 He compuesto *Comedias*, que en su tiempo,
 Tuvieron de lo grave, y de lo afable.
 Yo he dado en *Don Quixote* pasatiempo
 Al pecho melancólico, y mohino,
 En qualquiera sazón, en todo tiempo.
 Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
 Por do la Lengua Castellana puede
 Mostrar con propiedad un desatino.
 Yo soy aquel que en la invencion excede
 A muchos, y al que falta en esta parte,
 Es fuerza que su fama falta quede.

Desde mis tiernos años amé el arte
 Dulce de la agradable Poesía,
 Y en ella procuré siempre agradarte.
 Nunca volò la pluma humilde mia
 Por la region satyrica, bajeza
 Que á infames premios, y desgracias guia.
 Yo el Soneto compuse, que asi empieza,
Por honra principal de mis escritos,
Voto á Dios que me espanta esta grandexa.
 Yo he compuesto *Romances* infinitos,
 Y el de los Zelos es aquel que estimo
 Entre otros, que los tengo por malditos.
 Por esto me congojo, y me lastimo
 De verme solo en pie, sin que se aplique
 Arbol que me conceda algun arrimo.
 Yo estoy (qual decir suelen) puesto à pique
 Para dár à la estampa el gran *Parsiles*,
 Con que mi nombre, y obras multiplique.
 Yo en pensamientos castos, y sutiles,
 (Dispuestos en Soneto de à docena)
 He honrado tres sugetos fregoniles.
 Tambien al par de *Filis* mi *Filena*
 Resonò por las selvas, que escucharon
 Mas de una, y otra alegre *Cantilena*.
 Y en dulces varias rimas se llevaron
 Mis esperanzas los ligeros vientos,
 Que en ellos, y en la arena se sembraron.
 Tuve, tengo, y tendré los pensamientos,
 (Merced al Cielo que à tal bien me inclina)
 De toda adulacion libres, y esentos.
 Nunca pongo los pies por do camina
 La mentira, la fraude, y el engaño,
 De la santa virtud total ruína.
 Con mi corta fortuna no me ensaño,
 Aunque por verme en pie, como me veo,
 Y en tal lugar, pondero asi mi daño.
 Con poco me contento, aunque deseo
 Mucho, á cuyas razones enojadas,
 Con estas blandas respondió *Timbreo*.

Vienen las malas suertes atrasadas,
 Y toman tan de lejos la corriente,
 Que son temidas pero no escusadas.
 El bien les viene à algunos de repente,
 A otros poco á poco, y sin pensarlo
 Y el mal no guarda estilo diferente.
 El bien que está adquirido, conservarlo
 Con maña, diligencia, y con cordura,
 Es no menor virtud, que el grangearlo.
 Tú mismo te has forjado tu ventura,
 Y yo te he visto alguna vez con ella,
 Pero en el imprudente poco dura.
 Mas, si quieres salir de tu querella,
 Alegre, y no confuso, y consolado;
 Dobla tu capa, y sientate sobre ella.
 Que tal vez suele un venturoso estado,
 Quando le niega sin razon la suerte,
 Honrar mas, merecido, que alcanzado.
 Bien parece, Señor, que no se advierte,
 (Le respondi) que yo no tengo capa.
 El dixo: Aunque sea así, gusto de verte.
 La virtud es un manto con que tapa,
 Y cubre su indecencia la estrechez,
 Que esenta, y libre de la envidia escapa.
 Incliné al gran consejo la cabeza.
 Quedéme en pie; que no hay asiento bueno,
 Si el favor no le labra, ó la riqueza.
 Alguno murmuró, viendome ageno
 Del honor que pensó se me debía
 Del Planeta de luz, y virtud lleno.
 En esto pareció que cobró el dia
 Un nuevo resplandor, y el ayre oyóse
 Herir de una dulcísima harmonía.
 Y en esto por un lado descubrióse
 Del sitio un esquadron de Ninfas bellas,
 Con que infinito el rubio Dios holgóse.
 Venia en fin, y por remate dellas
 Una resplandeciendo, como hace
 El Sol ante la luz de las estrellas.

La mayor hermosura se deshace
 Ante ella , y ella sola resplandece.
 Sobre todas , y alegre , y satisface.
 Bien asi semejaba , qual se ofrece
 Entre liquidas perlas , y entre rosas
 La Aurora que despunta , y a ma nece
 La rica vestidura , las preciosas
 Joyas que la adornaban , competian
 Con las que suelen ser maravillosas.
 Las Ninfas que al querer suyo asiltian
 En el gallardo brio , y bello aspecto,
 Las Artes liberales parecian.
 Todas con amoroso , y tierno afecto,
 Con las Ciencias mas claras , y escondidas,
 Le guardaban santisimo respeto.
 Mostraban que en servirla eran servidas,
 Y que por su ocasion de todas gentes
 En mas veneracion eran tenidas.
 Su influjo , y su reflujo las corrientes
 Del mar , y su profundo le mostraban,
 Y el ser padre de rios , y de fuentes.
 Las yervas su virtud la presentaban,
 Los arboles sus frutos , y sus flores,
 Las piedras el valor que en sí encerraban.
 El santo Amor castisimos amores,
 La dulce paz , su quietud sabrosa,
 La guerra amarga todos sus rigores.
 Mostrabasele clara la espaciosa
 Via por donde el Sol hace contino
 Su natural carrera , y la forzosa.
 La inclinacion , ó fuerza del destino,
 Y de qué estrellas consta , y se compone,
 Y como influye este Planeta , ó Sino.
 Todo lo sabe , todo lo dispone
 La santa , y hermosisima doncella,
 Que admiracion como alegria pone.
 Preguntéle al Parlero , si en la bella
 Ninfa alguna deidad se disfrazaba,
 Que fuese justo el adorar en ella:

Porque en el rico adorno que mostraba,
 Y en el gallardo sér que descubria,
 Del Cielo, y no del Suelo semejaba.
 Descubres, respondió, tu boberia,
 Que há que la tratas infinitos años,
 Y no conoces que es la Poesia.
 Siempre la he visto embuelta en pobres paños,
 Le repliqué. Jamás la ví compuesta
 Con adornos tan ricos, y tamaños.
 Parece que la he visto descompuesta,
 Vestida de color de Primavera
 En los dias de cutio, y los de fiesta.
 Esta que es la Poesia verdadera,
 La grave, la discreta, la elegante,
 (Dixo Mercurio) la alta, y la sincera:
 Siempre con vestidura rozagante
 Se muestra en qualquier acto que se halla,
 Quando á su profesion es importante.
 Nunca se inclina, ó sirve á la canalla
 Trobadora, maligna, y trafalmeja,
 Que en lo que mas ignora menos calla.
 Hay otra falsa, ansiosa, torpe, y vieja,
 Amiga de sonaja, y morteruelo,
 Que ni tabanco, ni taberna dexa.
 No se alza dos, ni aun un coto del suelo,
 Grande amiga de bodas, y bautismos,
 Larga de manos, corta de cerbelo.
 Tomanla por momentos parasismos,
 No acierta á pronunciar, y si pronuncia,
 Absurdos hace, y forma solecismos.
 Baco donde ella está, su gusto anuncia,
 Y ella derrama en coplas el poleo,
 Compa, y vereda, y el maltranzo, y juncia.
 Pero aquesta que ves, es el aseó,
 La ala de los Cielos, y la tierra,
 Con quien tienen las Musas su bureo.
 Ella abre los secretos, y los cierra,
 Toca, y apunta de qualquiera ciencia
 La superficie, y lo mejor que encierra.

Mira con mas ahinco su pre encia,
 Veràs cifrada en ella la abundancia
 De lo que en bueno tiene la excelencia.
 Moran con ella en una misma estancia,
 La Divina , y Moral Philosophia.
 El estilo mas puro , y la elegancia.
 Puede pintar en la mitad del dia
 La noche , y en la noche mas obscura
 El Alva bella que las perlas cria.
 El curso de los rios apresura,
 Y le detiene , el pecho á furia incita,
 Y le reduce luego á mas blandura.
 Por mitad del rigor se precipita
 De las lucientes armas contrapuestas,
 Y dá victorias , y victorias quita.
 Veràs como le prestan las florestas
 Sus sombras , y sus cantos los Pastores,
 El mal sus lutos , y el placer sus tie itas.
 Perlas el Sur , Sabea sus loores,
 El oro Tiber , Hibla su dulzura,
 Galas Milàn , y Lusitania amores.
 En fin , ella es la cifra do se apura
 Lo provechoso , honesto , y deleytable,
 Partes con quien se aumenta la ventura.
 Es de ingenio tan vivo , y admirable,
 Que à veces toca en puntos que suspenden,
 Por tener no sé qué de inescrutable.
 Alabanse los buenos , y se ofenden
 Los malos con su voz , y dectos tales
 Unos la adoran , otros no la entienden.
 Son sus Obras Heroycas inmortales,
 Las Liricas suaves , de manera
 Que vuelven en divinas las mortales.
 Si alguna vez se muestra lisongera,
 Es con tanta elegancia , y artificio,
 Que no castigo , sino premio espera.
 Gloria de la virtud , pena del vicio
 Son sus acciones , dando al mundo en ellas
 De su alto ingenio , y su bondad indicio.

En esto estaba , quando por las bellas
 Ventanas de jazmines , y de rosas,
 (Que amor estaba à lo que entiendo en ellas.)
 Divisé seis personas Religiosas
 Al parecer de honroso , y grave aspeto,
 De luengas togas , limpias , y pomposas.
 Preguntéle à Mercurio , ¿por qué efeto
 Aquellos no parecen , y se encubren,
 Y muestran ser personas de respeto?
 Alo que él respondió , no se descubren,
 Por guardar el decoro al alto estado
 Que tienen , y así el rostro todos cubren.
 ¿Quien son (le repliqué) si es que te es dado
 Decirlo ? Respondième : No por cierto,
 Porque Apolo lo tiene así mandado.
 ¿No son Poetas ? Sí. Pues yo no acierto
 A pensar , por qué causa se desprecian
 De salir con su ingenio á campo abierto.
 ¿Para qué se embobecen , y se anecian,
 Escondiendo el talento que dá el Cielo
 A los que mas de ser suyos se precian?
 Aqui del Rey , què es esto ? ¿què recelo,
 O zelo , les impele à no mostrarse
 Sin miedo ante la turba vil del suelo?
 ¿Puede ninguna ciencia compararse
 Con esta universal de la Poesía,
 Que limites no tiene do encerrarse ?
 Pues siendo esto verdad , saber querria
 Entre los de la carda , ¿cómo se usa
 Este micdo , ó melindre , ó hipocrésia?
 Hace Monseñor versos , y reusa
 Que no se sepan , y él los comunica
 Con muchos , y á la lengua agena acusa.
 Y mas que siendo bucnos , multiplica
 La fama su valor , y al dueño canta
 Con voz de gloria , y de alabanza rica.
 ¿Qué mucho pues ? si no se le levanta
 Testimonio á un Pontifice Poeta,
 Que digan que lo es ? Por Dios que espanta.

Por vida de Lanfusa la discreta,
 Que si no se me dice quien son estos
 Togados de bonete, y de muceta,
 Que con trazas, y modos descompuestos
 Tengo de reducir á Vchetría,
 Estos tan sesegados, y compuestos.
 Por Dios, dixo Mercurio, y á fé mia,
 Que no puedo decirlo, y si lo digo,
 Tengo de dár la culpa á tu porfia.
 Dílo, Señor, que desde aqui me obligo,
 De no decir que tú me lo dixiste,
 Le dixes, por la fé de buen amigo.
 El dixo: No nos caygan en el chille,
 Llegate á mí, diréte lo al oído,
 Pero creo que hay mas de los que viste.
 Aquel que has visto allí del cuello erguido,
 Lozano, rozagante, y de buen talle,
 De honestidad, y de valor vestido:
 Es el Doctor Don Francisco Sanchez: dalle
 Puede qual debe Apolo la alabanza,
 Que pueda sobre el Cielo levantalle.
 Y aun mas su famoso ingenio alcanza,
 Pues en las verdes hojas de sus dias
 Nos dà de santos frutos esperanza.
 Aquel que en elevadas fantasías,
 Y en extasis sabroso se regala,
 Y tanto imita las acciones mias:
 Es el Maestro Orense, que la gala
 Se lleva de la mas rara eloquencia
 Que en las Aulas de Atenas se señala.
 Su natural ingenio con la ciencia,
 Y ciencias aprendidas le levanta
 Al grado que le nombra la excelencia.
 Aquel de Amarilléz marchita, y santa,
 Que le encubre de Lauro aquella rama;
 Y aquella hojosa, y acopada planta:
 Fray Juan Baptista Capataz se llama,
 Descalzo, y pobre, pero bien vestido,
 Con el adorno que le dà la fama.

- Aquel que del rigor fiero de olvido
 Libra su nombre con eterno gozo,
 Y es de Apolo , y las Musas bien querido.
 Anciano en el ingenio , y nunca mozo,
 Humanista Divino , es segun pienso
 El insigne Doctor Andrés del Pozo.
 Un Licenciado de un ingenio inmenso
 Es aquel , y aunque en traje Mercenario,
 Como á señor le dãn las Musas censo:
 Ramon se llama , auxilio necesario
 Con que Delio se esfuerza , y vè rendidas
 Las obstinadas fuerzas del contrario.
 El otro , cuyas sienes vés ceñidas
 Con los brazos de Dafne en triunfo honroso;
 Sus glorias tiene en Alcalà esculpidas.
 En su ilustre Theatro victorioso
 Le nombra el Cisne en canto no funesto,
 Siempre el primero como à mas famoso.
 A los donayres suyos echó el resto
 Con propiedades al gorrón debidas,
 Por haverlos compuesto , ò descompuesto;
 Aquestas seis personas referidas,
 Como estãn en Divinos puestos puestas,
 Y en Sacra Religion constituídas,
 Tienen las alabanzas por molestas,
 Que les dãn por Poetas , y holgarían
 Llevar la Loa sin el nombre acuestas.
 ¿Por qué (le pregunté) Señor porfian,
 Los tales á escribir , y dãn noticia
 De los Versos que paren , y que crian?
 Tambien tiene el ingenio su codicia,
 Y nunca la alabanza se desprecia,
 Que al bueno se le debe de justicia.
 Aquel que de Poeta no se precia,
 ¿Para qué escribe Versos , y los dice?
 ¿Por qué desdeña lo que mas aprecia?
 Jamàs me contenté , ni satisface
 De hipocritos melindres. Llanamente
 Quise alabanzas de lo que bien hice.

Con todo quiere Apolo , que esta gente
 Religiosa se tenga aqui secreta,
 Dixo el Dios que presume de eloquente:
 Oyóse en esto el son de una corneta,
 Y un trapa , trapa , aparta , afuera , afuera,
 Que viene un gallardísimo Poeta.
 Volví la vista , y ví por la ladera
 Del Monte un Postillon , y un Caballero
 Correr (como se dice) á la ligera.
 Servía el Postillon de pregonero
 Mucho mas que de guía , á cuyas voces
 En pie se puso el Esquadron entero.
 Preguntóme Mercurio : ¿No conoces
 Quién es este gallardo , este brioso?
 Imagino que yá le reconoces.
 Bien , le respondí , que es el famoso
 Gran Don Sancho de Leyva , cuya espada
 Y pluma harán á Delio venturoso.
 Venceráse sin duda esta jornada,
 Con tal socorro , y en el mismo instante
 (Cosa que parecía imaginada.)
 Otro favor no menos importante,
 Para el caso temido se nos muestra,
 De ingenio , y fuerzas , y valor bastante.
 Un a tropa gentil por la siniestra
 Parte del Monte se descubrió , (ó Cielos)
 Que dais de vuestra Providencia muestra.
 Aquel discreto Juan de Vazconcelos
 Venía delante en un caballo bayo,
 Dando à las Musas Lusitanas zelos.
 Trás él el Capitán Pedro Tamayo
 Venía , y aunque enfermo de la gota,
 Fue al enemigo asombro , fue desmayo.
 Que por él se vió en fuga , y puesto en rota,
 Que en los dudosos trances de la guerra
 Su ingenio admira , y su valor se nota.
 Tambien llegaron á la rica tierra,
 (Puestos debajo de una blanca seña)
 Por la parte derecha de la Sierra,

Otros de quien tomó luego reseña
 Apolo, y era dellos el primero
 El joven Don Fernando de Lodeña:
 Poeta primerizo insigne, empero
 En cuyo ingenio Apolo deposita
 Sus glorias para el tiempo venidero.
 Con Magestad Real, con inaudita
 Pompa llegó, y al pie del Monte para
 Quien los bienes del Monte solicita.
 El Licenciado fue Juan de Vergara
 El que llegó, con quien la turba ilustre,
 En sus vecinos medios se repára.
 De Esculapio, y de Apolo gloria ilustre,
 Si no digalo el santo bien partido,
 Y su fama la misma envidia ilustre.
 Con él fue con aplauso recibido
 El Docto Juan Antonio de Herrera,
 Que puso en fil el desigual partido.
 ¡O quien con lengua en nada lisongera,
 Sino con puro afecto en grande exceso,
 Dos que llegaron alabar pudiera!
 Pero no es de mis hombros este peso,
 Fueron los que llegaron los famosos
 Los dos Maestros Calvo, y Valdivieso.
 Luego se descubrió por los undosos
 Llanos del mar una pequeña barca,
 Impelida de remos presurosos.
 Llegó, y al punto della desembarca
 El gran Don Juan de Argote, y de Gamboa
 En Compañía de Don Diego Abarca.
 Sugetos dignos de incésable loa,
 Y Don Diego Ximenez, y de Anciso
 Dió un salto á tierra desde la alta Proa:
 En estos tres la gala, y el aviso
 Cifró quanto de gusto en sí contienen,
 Como su ingenio, y obras dán aviso.
 Con Juan Lopez del Valle otros dos vienen
 Juntos allí, y es Pamónés el uno,
 Con quien las Musas ojeriza tienen.

Porque pone sus pies por do ninguno
 Los puso, y con sus nuevas fantasías
 Mucho mas que agradable es importuno.
 De lejas tierras por incultas vias
 Llegò el bravo Irlandés Don Juan Bateo,
 Xerges nuevo en memoria en nuestros días,
 Vuelvo la vista, á Mantuano veo,
 Que tiene al gran Velasco por Mecenas,
 Y ha sido acertadisimo su empleo.
 Dexaràn estos dos en las agenas
 Tierras; como en las propias, dilatados
 Sus nombres, que tú Apolo asi lo ordenas.
 Por entre dos frúctiferos collados,
 (¿Havrà quien esto crea, aunque lo entienda?
 De palmas, y laureles coronados.)
 El grave aspecto del Abad Maluenda
 Pareció, dando al Monte luz, y gloria,
 Y esperanzas de triunfo en la contienda.
 ¿Pero de qué enemigos la victoria
 No alcanzará un ingenio tan florido,
 Y una bondad tan digna de memoria?
 Don Antonio Gentil de Vargas, pido
 Espacio para verte que llegaste
 De gala; y arte, y de valor vestido.
 Y aunque de Patria Ginovés, mostraste
 Ser en las Musas Castellanas doto,
 Tanto que al Esquadron todo admiraste.
 Desde el Indio apartado del remoto
 Mundo llegó mi amigo Montesdoca,
 Y el que anudó de Arauco el nudo roto.
 Dixo Apolo à los dos: A entrambos toca
 Defender esta vuestra rica estancia
 De la canalla de verguenza poca.
 La qual de error armada, y de arrogancia
 Quiere canonizar, y dár renombre
 Immortal, y Divino á la ignorancia.
 Que tanto puede la aficion, que un hombre
 Tiene à sí mismo, que ignorante siendo,
 De buen Poeta quiere alcanzar nombre.

En esto otro milagro, otro estupendo
 Prodigio se descubre en la marina,
 Que en pocos versos declarar pretendo.
 Una nave à la tierra tan vecina
 Llegò, que desde el sitio donde estaba
 Se vé quanto hay en ella, y determina.
 De mas de quatro mil salmas pasaba,
 (Que otros suelen llamarlas toneladas)
 Ancho de vientre, y de estatura brava.
 Asi como las naves, que cargadas
 Llegan de la Oriental India à Lisboa,
 Que son por las mayores estimadas.
 Esta llegó desde la Popa à Proa
 Cubierta de Poetas, mercancia
 De quien hay saca en Caliut, y en Goa.
 Tomóle al rojo Dios alferacia,
 Por vér la muchedumbre impertinente,
 Que en socorro del monte le venia.
 Y en silencio rogó devotamente,
 Que el vaso naufragase en un momento
 Al que gobierna el humido tridente.
 Uno de los del numero hambriento
 Se puso en esto al borde de la nave,
 Al parecer molino, y mal contento.
 Y en voz, que ni de tierna, ni suave
 Tenia un solo adárame, gritando
 Dixo (tal vez colerico, y tal grave.)
 Lo que impaciente estuve yo escuchando,
 Porque ví sus razones ser saetas,
 Que iban mi alma, y corazon clavando.
 O tú, dixo, traydor, que los Poetas
 Canonizaste de la larga lista,
 Por causas, y por vias indirectas.
 ¿Dónde tenias Magancés la vista
 Aguda de tu ingenio, que asi ciego
 Fuiste tan mentiroso Coronista?
 Yo te confieso, ó Barbaro, y no niego,
 Que algunos de los muchos que escogiste
 (Sin que el respeto te forzase, ó el ruego)

En el debido punto los pusiste,

Pero con los demás, sin duda alguna,
Prodigo de alabanzas anduviste.

Has alzado á los Cielos la fortuna

De muchos que en el centro del olvido
(Sin ver la luz del Sol, ni de la Luna)

Yacían; ni llamado, ni escogido

Fue el gran Pastor de Iberia, el gran Bernardo,
Que de la Vega tiene el apellido.

Fuiste envidioso, descuidado, y tardo,

Y à las Ninfas de Henares, y Pastores,

Como à enemigos les tiraste un dardo:

Y tienes tú Poetas tan peores

Que estos en tu rebaño, que imagino,

Que que han de sudar, si quieren ser mejores.

Que si este agravio no me turba el tino,

Siete Trobistas desde aqui diviso,

A quien suelen llamar de torbellino,

Con quien la gala, discrecion, y aviso

Tienen poco que ver, y tú los pones

Dos leguas mas allà del Paraíso.

Estas quimeras, estas invenciones

Tuyas te han de salir al rostro un día,

Si mas no te mesuras, y compones.

Esta amenaza, y gran descortesía,

Me blando corazón llenó de miedo,

Y dió al través con la paciencia mía.

Y volviendome à Apolo con denuedo

Mayor del que esperaba de mis años,

(Con voz turbada, y con semblante acedo)

Le dixé. Con bien claros desengaños

Descubro, que el servirte me grangea

Presentes miedos de futuros daños.

Haz (ò Señor) que en publico se lea

La lista que Cilenio llevó à España;

Porque mi culpa poca aqui se vea.

Si tu Deydad en escoger se engaña,

Y yo solo aprobé lo que él me dixo;

¿Por qué este simple contra mi se ensaña?

Con justa causa, y con razon me aflijo,
 De vér como estos Barbaros se inclinan
 A tenerme en temor duro, y prolijo.
 Unos, porque los puse, me abominan:
 Otros, porque he dexado de ponellos,
 De darme pesadumbre determinan.
 Yo no sè como me avendré con ellos,
 Los puestos se lamentan, los no puestos
 Gritan, yo tiemblo destes, y de aquellos.
 Tú, Señor, que eres Dios, dales los puestos
 Que piden sus ingenios: Llama, y nombra
 Los que fueren mas hábiles, y prestos.
 Y porque el turbio miedo que me asombra
 No me acabe, acabada esta contienda,
 Cubreme con tu mano, y con tu sombra.
 O ponme una señal por do se entienda,
 Que soy hechura tuya, y de tu casa.
 Y asi no havrà ninguno que me ofenda.
 Vuelve la vista, y mira lo que pasa.
 Fue de Apolo enojado la respuesta,
 (Que ardiendo en ira el corazon se abrasa)
 Volvila, y ví la mas alegre ficsta,
 Y la mas desdichada, y compasiva,
 Que el mundo viò, ni aun la verà qual estas
 Mas no se espere que yo aqui la escriba,
 Sino en la Parte Quinta, en quien espero
 Cantar con voz tan entonada, y viva,
 Que piensen que soy Cisne, y que me muera.

DEL VIAGE
 DEL PARNASO,
 CAPITULO QUINTO.

O Yó el Señor del humido Tridente
 Las plegarias de Apolo , y escuchólas
 Con alma tierna , y corazon clemente.
 Hizo de ojo , y dió del pie à las olas,
 Y sin que lo entendiesen los Poetas,
 En un punto hasta el Cielo levantólas.
 Y èl por ocultas vias , y secretas
 Se agazapó debajo del navio,
 Y usó con él de sus traydoras tretas.
 Hirió con el Tridente en lo vacío
 Del buco , y el estomago le llena
 De un copioso corriente amargo rio.
 Advertido el peligro al ayre suena
 Una confusa voz , la qual resulta
 De otras mil que el temor forma , y la pena.
 Poco à poco el bagél pobre se oculta
 En las entrañas del ceruleo , y cano
 Vientre , que tantas animas sepulta.
 Suben los llantos por el ayre vano
 De aquellos miserables que suspiran,
 Por ver su irreparable fin cercano.
 Trepan , y suben , por las jarcias , miran
 Qual del navio es el lugar mas alto,
 Y en él muchos se apiñan , y retiran.
 La confusion , el miedo , el sobresalto
 Les turba los sentidos , que imaginan,
 Que desta á la otra vida es grande el salto.
 Con ningun medio ni remedio atinan,
 Pero creyendo dilatar su muerte,
 Algua tanto á nadar se determinan.

~~Salto muchos al mar de aquella suerte,~~
 Que al charco de la orilla saltan ranas,
 Quando el miedo, ó el ruido las advierte,
 Hienden las olas de romperse canas,
 Menudean las piernas, y los brazos,
 Aunque enfermos están, y ellas no sanas.
 Y enmedio de tan grandes embarazos,
 La cilla ponen en la amida orilla,
 Deseosos de darla mil abrazos.
 Y sé yo bien que la fatal quadrilla
 Antes que allí holgara, de hallarse
 En el compás famoso de Sevilla.
 Que no tienen por gusto el ahogarse,
 (Discreta gente al parecer en esto),
 Pero valióles poco el esforzarse.
 Que el Padre de las aguas echò el resto
 De su rigor, mostrando en su carro
 Con rostro ayrado, y además funesto.
 Quatro Delfines, cada qual bizarro,
 Con cuerdas hechas de texidas ovas,
 Le tiraban con furia, y con desgarro.
 Las Ninfas en sus humidas alcobas
 Sienten tu rabia: O vengativo Nume,
 Y de tus rostros la color les robas.
 El nadante Poeta que presumió
 Llegar á la ribera defendida,
 Sus ayos picando en su aseason consumió.
 Que su corta carrera es impedida
 De las agudas puntas del Tridente,
 Entonces fiero, pero homicida.
 ¿Quién tal viste: muchacho diligente,
 Que en goloso á sí mismo sobrepuja,
 (Que no hay comparación mas conveniente),
 Picar en el sombrero la granuja,
 (Que el hallazgo le puso allí, ó la sisa),
 Con punta de fileresta, ó ya de aguja,
 Pues no conuenor gana, ó omnon, precisa,
 Poetas enartaban el Nuncio ayrado,
 Con gusto infame, y con dudosa aisa.

En casto de Cristal venia sentado,
 La barba tenga, y llena de marisco,
 Con dos gruesas lampreas coronado.
 Hacian de sus barbas firme aprisco,
 La Almeja, el Morsillon, Pulpo, y Cangrejo,
 Qual le suelen hacer en peña, ó risco.
 Era de aspecto venerable, y viejo,
 De verde, azul, y plata era el vestido,
 Robusto al parecer, y de buen reño.
 Aunque como enojado, denegrado
 Se mostraba en el rostro, que la saña
 Asi turba el color como el sentido.
 Ayrado contra aquellos, mas se ensaña,
 Que nadan mas, y saleles al paso,
 Juzgando á gloria tan cobarde hazaña.
 En esto, (¡ó nuevo, y milagroso caso!)
 Digno de que se cuente poco à poco,
 Y con los versos de Torcato Taso.
 Hasta aqui no he invocado; ahora invoco
 Vuestro favor; (¡ó Musas!) necesario
 Para los altos puntos en que toco.
 Descerrajad vuestro mas rico almarío,
 Y el aliento me dad que el caso pide,
 No humilde, no ratero, ni ordinario.
 Las nubes hiende el ayre, pisa, y mide
 La hermosa Venus Acidalia, y baja
 Del Cielo que ninguno se lo impide.
 Traía vestida de pardilla raja
 Una gran saya entera hecha al uso,
 Que le dice muy bien, quadra, y encaja.
 Luto que por su Adonis se le puso,
 Luego que el gran colmillo del Berraco
 A atravesar sus ingles se dispuso.
 A fé que si el mocito fuera Maco,
 Que él guardara la cara al colmilludo,
 Que dió à su vida, y su belleza saco.
 ¡O valiente Garzon, mas que sesudo!
 ¿Cómo estando avisado tu mal tomas,
 Entrando en trance tan horrendo, y crudo?

En esto las mansisimas palomas,
 Que el carro de la Diosa conducian
 Por el llanto del mar, y por las iomas:
 Por unas, y otras partes discurrian,
 Hasta que con Neptuno se encontraron,
 Que era lo que buscaban, y querian.
 Los Dioses que se vén, se respetaron,
 Y haciendo sus zalemas á lo Moro,
 De verse juntos en estremo hoigaron.
 Guardaronse real grave decoro,
 Y procuró Ciprinia en aquel punto
 Mostrar de su belleza el gran tesoro.
 Ensanchó el verdugado, y dióle el punto
 Con ciertos puntapiés, que fueron coces
 Para el Dios que las vió, y quedó difunto.
 Un Poeta, llamado Don Quincoces
 Andaba semivivo en las saladas
 Ondas, dando gemidos, y no voces.
 Con todo dixo en mal articuladas
 Palabras: O, Señora, la de Pafó,
 Y de las otras dos Islas nombradas,
 Muevate á compasion el verme gafó
 De pies, y manos, y que yá me ahogó,
 En otras Linfas que las del Garrafo.
 Aquí será mi Pira, aquí mi rogo,
 Aquí será Quincoces sepultado,
 Que tuvo en su crianza Pedagogo.
 Esto dixo el mezquino, esto escuchado
 Fue de la Diosa con ternura tanta,
 Que volvió á componer el verdugado.
 Y luego en pie, y piadosa se levanta,
 Y poniendo los ojos en el viejo,
 Descubudó la voz de la garganta.
 Y con cierto desden, y sobrecejo,
 Entre enojada, y grave, y dulce, dixo
 Lo que al húmido Dios tuvo perplejo.
 Y aunque no fue su razonar prolijo,
 Todavía le trajo á la memoria
 Hermano de quien era, y de quien hijo:

Representóle quan pequeña gloria
 Era llevar de aquellos miserables
 El triunfo infausto, y la cruel victoria.
 El dixo. Si los hados inmutables
 No huvieran dado la fatal sentencia
 Destos en su ignorancia siempre estables:
 Una brizna no mas de tu presencia,
 Que viera yo bellissima Señora,
 Fuera de mi rigor la resistencia.
 Mas yá no puede ser, que yá la hora
 Llegó donde mi blanda, y mansa mano
 Ha de mostrar, que es dura, y vencedora.
 Que estos de proceder siempre inhumano,
 En sus versos han dicho cien mil veces,
 Azotando las aguas del mar cano.
 Ni azotado, ni viejo me parecen,
 Replicó Venus, y él le dixo á ella.
 Puesto que me enamoras, no enterneces.
 Que de tal modo la fatal estrella
 Influye destos tristes, que no puedo
 Dár felice despacho à tu querella.
 Del querer de los hados solo un dedo
 No me puedo apartar, yá tú lo sabes,
 Ellos han de acabar, y ha de ser cedo.
 Primero acabaràs que los acabes,
 Le respondió Madama, la que tiene
 De tantas voluntades puerta, y llaves.
 Que aunque el hado feròz su muerte ordene,
 El modo no ha de ser à tu contento,
 Que muchas muertes el morir contiene.
 Turbóse en esto el liquido elemento,
 De nuevo renovóse la tormenta,
 Sopló mas vivo, y mas apriesa el viento.
 La hambrienta Mesnada, y no sedienta,
 Se rinde ali uracàn recién venido,
 Y por mas no penar muere contenta.
 ¡O raro caso, y por jamás oído,
 Ni visto! ò nuevas, y admirables trazas
 De la gran Reyna obedecida en Nido.

En un instante el mar de calabazas
 Se vió quajado, algunas tan potentes,
 Que pasaban de dos, y aun de tres brazas.
 Tambien hinchados odres, y valientes,
 (Sin deshacer del mar la blanca espuma)
 Nadaban de mil talles diferentes.
 Esta transmutacion fue hecha en suma
 Por Venus de los languidos Poetas,
 Porque Neptuno hundirlos no presume.
 El qual le pidió á Febo sus saetas,
 Cuya arma arrojadiza desde aparte
 A Venus defraudára de sus tretas.
 Negóscelas Apolo, y veis do parte,
 (Enojado el vejon) con su Tridente,
 Pensandolos pasar de parte á parte.
 Mas este se resbala, aquel no siente
 La herida, y dando esguince se desliza,
 Y él queda de la colera impaciente.
 En esto Boreas su furor atiza,
 Y lleva antecogida la manada,
 Que con la de los Cerdas symboliza.
 Pidióselo la Diosa aficionada,
 A que vivan Poetas zarabandos
 De aquellos de la secta almidonada.
 De aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,
 De los que por momentos se dividen
 En varias sectas, y en contrarios vandos.
 Los contrapuestos vientos se comiden
 A complacer la bella rogadora,
 Y con un solo aliento la mar miden:
 Llevando à la Piara grañidora,
 En calabazas, y odres convertida,
 A los Reynos contrarios del Aurora.
 Desta dulce semilla referida
 España (verdad cierta) tanto abunda,
 Que es por ella estimada, y conocida.
 Que aunque en armas, y en letras es fecunda
 Mas que quantas Provincias tiene el suelo,
 Su gusto en parte en tal semilla funda.

Despues desta mudanza que hizo el Cielo,
 (O Venus, ó quien fuese, que no importa
 Guardar puntualidad como yo suelo)
 No veo calabaza, ó luenga, ò corta,
 Que no imagine que es algun Poeta,
 Que alli se estrecha, encubre, encoge, acorta.
 Pues qué? quando veo un cuero (¡O mal discreta,
 Y vana fantasía, así engañada,
 Que á tanta liviandad estás sujeta!)
 Pienso que el piezgo de la boca atada
 Es la faz del Poeta transformado
 En aquella figura mal hinchada.
 Y quando encuentro algun Poeta honrado,
 (Digo, Poeta firme, y valedero,
 Hombre vestido bien, y bien calzado)
 Luego se me figura ver un cuero,
 O alguna calabaza, y desta suerte
 Entre contrarios pensamientos muero.
 Y no sé si lo yerre, ó si lo acierte,
 En que á las calabazas, y á los cueros,
 Y á los Poetas trate de una suerte.
 Cernicalos que son lagartigeros
 No esperen de gozar las preeminencias
 Que gozan gavilanes no pecheros.
 Puestas en paz, pues, yá las diferencias
 De Delio, y los Poetas transformados
 En tan vanas, y huecas apariencias:
 Los mares, y los vientos sosegados,
 Sumergiõse Neptuno mal contento
 En sus palacios de cristal labrados.
 Las mansisimas aves por el viento
 Volaron, y á la bella Cipriana
 Pusieron en su Reyno à salvamento.
 Y en señal que del triunfo quedò ufana,
 (Lo que hasta alli nadie acabò con ella)
 Del luto se quitó la Saboyana.
 Quedando en cuero tan briõsa, y bella,
 Que se supo despues que Marte anduvo
 Todo aquel día, y otros dos tras ella.

Todo el qual tiempo el esquadron estuvo
 Mirando atento la fatal ruina,
 Que la canalla transformada tuvo.
 Y viendo despejada la marina
 Apolo del socorro mal venido,
 De dár fin al gran caso determina.
 Pero en aquel instante un gran ruido
 Se oyó, con que la turba se alborozó,
 Y pone vista alerta, y presto oído.
 Y era quien le formaba una carroza
 Rica, sobre la qual venia sentado
 El grave Don Lorenzo de Mendoza,
 De su felice ingenio acompañado,
 De su mucho valor, y cortesía,
 (Joyas inestimables) adornado.
 Pedro Juan de Rejaule le seguia
 En otro coche insigne Valenciano,
 Y grande defensor de la Poesia.
 Sentado viene á su derecha mano
 Juan de Solís, mancebo generoso,
 De raro ingenio, en verdes años cano.
 Y Juan de Carvajál, Doctor famoso,
 Les hace tercio, y no por ser pesado
 Dexan de hacer su curso presuroso.
 Porque el Divino ingenio, al levantado
 Valor de aquestos tres que el coche encierra,
 No hay impedirle monte, ni collado.
 Pasan volando la empinada sierra,
 Las nubes tocan, llegan casi al Cielo,
 Y alegres pisan la famosa tierra.
 Con este mismo honroso, y grave zelo,
 Bartolomé de Mola, y Gabriel Laso,
 Llegaron á tocar del monte el suelo.
 Honra las altas cimas de Parnaso,
 Don Diego, que de Silva tiene el nombre,
 Y por ellas alegre tiende el paso.
 A cuyo ingenio, y sin igual renombre
 Toda Ciencia se inclina, y le obedece,
 Y le levanta à ser mas que de hombre.

Dilatanse las sombras, y descrece
El dia, y de la noche el negro manto
Guarnecido de estrellas aparece.
Y el esquadron, que havia esperado tanto
En pie, se rinde al sueño perezoso
De hambre, y sed, y de mortal quebranto.
Apolo entonces poco luminoso,
Dando hasta los Antipodas un brinco.
Siguió su accidental curso forzoso.
Pero primero licenciò à los cinco
Poetas titulados à su ruego,
Que lo pidieron con extraño ahinco.
Por parecerles risa, burla, y juego
Empresas semejantes, y asi Apolo
Condescendiò con sus descos luego.
Que es el galán de Dafne unico, y solo
En usar cortesía sobre quantos
Descubre el nuestro, y el contrario Polo.
Del lobrego lugar de los espantos
Sacò su hisopo el languido Morfeo;
Con que ha rendido, y embocado á tantos.
Y del licor que dicen que es Leteo,
Que mana de la fuente del olvido,
Los parpados bañò à todos arreo.
El mas hambriento se quedó dormido,
Des cosas repugnantes, hambre, y sueño,
Privilegio á Poetas concedido.
Yo quedè en fin dormido como un leño,
Llena la fantasía de mil cosas,
Que de contallas mi palabra empeño,
Por mas que sean en sí dificultosas.

DEL VIAGE
 DEL PARNASO,
 CAPITULO SEXTO.

DE una de tres causas los ensueños
 Se causan, ó los sueños que este nombre
 Les dán los que del bien hablar son dueños.
 Primera de las cosas de que el hombre
 Trata mas de ordinario: la segunda
 Quiere la medicina que se nombre
 Del humor que en nosotros mas abunda,
 Toca en revelaciones la tercera,
 Que en nuestro bien mas que las dos redunda.
 Dormí, y soñé, y el sueño la tercera
 Causa le dió principio suficiente,
 A mezclar el ahito, y la dentera.
 Sueña el enfermo (á quien la fiebre ardiente
 Abrasa las entrañas) que en la boca
 Tiene de las que ha visto alguna fuente.
 Y el labio al fugitivo cristal toca,
 Y el dormido consuelo imaginado
 Crece el deseco, y no la sed apoca.
 Pelea el valentísimo soldado,
 Dormido casi al modo que despierto
 Se mostró en el combate fiero armado.
 Acude el tierno amante á su concierto,
 Y en la imaginacion dormido llega,
 Sin padecer borrasca á dulce puerto.
 El corazon el avariento entrega
 En la mitad del sueño á su tesoro,
 Que el alma en todo tiempo no le niega.
 Yo que siempre guardé el comun decoro,
 En las cosas dormidas, y despiertas,
 (Pues no soy Troglodita, ni soy Moro.)

De par en par del alma abrí las puertas,
 Y dexé entrar al sueño por los ojos
 Con premisas de gloria, y gusto ciertas.
 Gozé durmiendo quatro mil despojos,
 (Que los conté sin que faltase alguno)
 De gustos que acudieron á manojos.
 El tiempo, la ocasion, el oportuno
 Lugar correspondian al efecto,
 Juntos, y por sí solo cada uno.
 Dos horas dormí, y mas à lo discreto,
 Sin que imaginaciones, ni vapores
 El cerebro tuviesen inquieto.
 La suelta fantasía entre mil flores,
 Me puso de un pradillo, que exhalaba
 De Pancaya, y Sabca los olores.
 El agradable sitio se llevaba
 Trás sí la vista, que durmiendo, viva
 Mucho mas que despierta se mostraba.
 Palpable ví, (mas no sé si lo escriba,
 Que à las cosas que tienen de imposibles,
 Siempre mi pluma se ha mostrado esquiiva.)
 Las que tienen vislumbre de posibles,
 De dulces, de suaves, y de ciertas
 Explican mil borrones apacibles.
 Nunca à disparidad abre las puertas,
 Mi corto ingenio, y hallalas contino
 De par en par la consonancia abiertas.
 ¿Còmo puede agradar un desatino?
 Si no es que de proposito se hace,
 Mostrandole el donayre su camino.
 Que entonces la mentira satisface,
 Quando verdad parece, y está escrita
 Con gracia, que al discreto, y simple aplace.
 Digo (volviendo al cuento) que infinita
 Gente ví discurrir por aquel llano,
 Con algazàra placentera, y grita.
 Con Habito decente, y cortesano,
 Algunos á quien dió la hipocresía
 Vestido pobre; pero limpio, y sano.

Otros de la color que tiene el dia,
 Quando la luz primera se aparece
 Entre las trenzas de la Aurora fria.
 La variada Primavera ofrece
 De sus varias colores la abundancia,
 Con que à la vista el gusto alegre crece.
 La prodigalidad, la exorbitancia
 Campean juntas por el verde prado,
 Con galas que descubren su ignorancia.
 En un trono del suelo levantado,
 (Do el arte à la materia se adelanta,
 Puesto que de oro, y de marfil labrado.)
 Una doncella ví desde la planta
 Del pie hasta la cabeza asi adornada,
 Que el verla admira, y el oírla encanta.
 Estaba en él con magestad sentada,
 Giganta al parecer en la estatura,
 Pero aunque grande, bien proporcionada.
 Parecía mayor su hermosura
 Mirada desde lejos, y no tanto
 Si de cerca se vé su compostura.
 Lleno de admiracion, colmo de espanto,
 Puse en ella los ojos, y ví en ella
 Lo que en mis Versos desmayados canto.
 Yo no sabré afirmar si era doncella,
 Aunque he dicho que sí, que en estos casos
 La vista mas aguda se atropella.
 Son por la mayor parte siempre escasos
 De razon los juicios maliciosos,
 En juzgar rotos los enteros vasos.
 Altaneros sus ojos, y amorosos
 Se mostraban con cierta mansedumbre,
 Que los hacia en todo estremo hermosos.
 Ora fuese artificio, ora costumbre,
 Los rayos de su luz tal vez crecian,
 Y tal vez daban encogida lumbre.
 Dos Ninfas á sus lados asiltian,
 De tan gentil donayre, y apariencia,
 Que miradas las almas suspendian.

De la del alto trono en la presencia
 Desplegaban sus labios en razones,
 Ricas en suavidad, pobres en ciencia.
 Levantaban al Cielo sus blasones,
 Que estaban por ser pocos, ò ningunos,
 Escritos del olvido en los borrones.
 Al dulce murmurar, al oportuno
 Razonar de las dos, la del asiento,
 Que en belleza jamás le igualó alguno;
 Luego se puso en pie, y en un momento
 Me pareció, que dió con la cabeza
 Mas allá de las nubes, y no miento.
 Y no perdió por esto su belleza,
 Antes mientras mas grande, se mostraba
 Igual su perfeccion á su grandeza:
 Los brazos de tal modo dilataba,
 Que de do nace adonde muere el día,
 Los opuestos estremos alcanzaba.
 La enfermedad llamada hidropesía,
 Asi le hincha el vientre, que parece,
 Que todo el mar caber en él podia.
 Al modo destas partes asi crece
 Toda su compostura, y no por esto,
 (Qual dixè) su hermosura desfallece.
 Yo atonito esperaba ver el resto
 De tan grande prodigio, y diera un dedo.
 Por saber la verdad segura, y presto.
 Uno (y no sabré quien) bien claro, y quedo
 Al oído me habló, y me dixo: Espera,
 Que yo decirte lo que quieres puedo.
 Esta que ves, que crece de manera,
 Que apenas tiene ya lugar do quepa,
 Y aspira en la grandeza á ser primera.
 Esta que por las nubes sube, y trepa
 Hasta llegar al arco de la Luna,
 (Puesto que el modo de subir no sepa)
 Es la que confiada en su fortuna
 Piensa tener de la inconstante rueda
 El exe quedo, y sin mudanza alguna.

Esta, que no halla mal que le suceda,

Ni le teme atrevida, y arrogante,

Prodiga siempre, venturosa, y leda:

Es la que con designio extravagante

Dijo en crecer poco á poco hasta ponerse

Qual vés en estatura de Gigante.

No dexa de crecer, por no atreverse

A emprender las hazañas mas notables,

Adonde puedan sus extremos verse:

¿Nó has oído decir los memorables

Arcos, Anfiteatros, Templos, Baños,

Termas, Porticos, Muros admirables,

Que à pesar, y despecho de los años,

Aun duran su reliquia, y entereza

Hacienda al tiempo, y á la muerte engaños?

Yo (respondí por mí) ninguna pieza

De esás que has dicho dexo de tenella

Clavada, y remachada en la cabeza:

Tengo el sepulcro de la viuda bella,

Y el Coloso de Rodas alli junto,

Y la lanterna que sirvió de estrella.

Pero vengamos de quien es al punto

Esta, que lo deseo. Haráse luego,

Me respondió la voz en bajo punto.

Y prosiguió diciendo: A no estár ciego

Húvieras visto yá quien es la dama:

Pero en fin tienes el ingenio lego.

Esta que hasta los Cielos se encarama

Preñada (sin saber como) del viento,

Es hija del deseo, y de la fama:

Esta fue la ocasion, y el instrumento

En todo, y parte de que el mundo viesse;

No siete maravillas, sino ciento.

Corto numero es ciento: aunque dixese

Cien mil, y mas millones, no imagines,

Que en la cuenta del numero excediese.

Esta conduxo á memorables fines,

Edificios que asientan en la tierra,

Y tocan de las nubes los confines.

Esta tal vez ha levantado guerra
 Donde la paz suave reposaba,
 Que en límites estrechos no se encierra.
 Quando murió en las llamas abrasaba
 El atrevido fuerte brazo, y fiero,
 Esta el incendio horrible resfriaba.
 Esta arrojò al Romano Caballero
 En el abysmo de la ardiente cueva,
 De limpio armado, y de luciente acero.
 Esta tal vez con maravilla nueva,
 (De su ambiciosa condicion llevada)
 Mil imposibles atrevida prueba.
 Desde la ardiente Libia hasta la helada
 Scitia lleva la fama su memoria,
 En grandiosas obras dilatada.
 En fin ella es la altiva Vanagloria,
 Que en aquellas hazañas se entremete,
 Que llevan de los siglos la victoria.
 Ella misma á sí misma se promete
 Triunfos, y gustos, sin tener asida
 A la calva ocasion por el copete.
 Su natural sustento, su bebida,
 Es ayre, y así crece en un instante,
 Tanto que no hay medida á su medida.
 Aquellas dos del placido semblante
 Que tiene á sus dos lados, son aquellas
 Que sirven á su maquina de Atlante.
 Su delicada voz, sus luces bellas,
 Su humildad aparente, y las lozanas
 Razones, que el amor se cifra en ellas,
 Las hacen mas Divinas que no humanas,
 Y son con paz escucha, y con paciencia
 La Adulacion, y la Mentira hermanas.
 Estas están continuo en su presencia,
 Palabras ministrandole al oido,
 Que vienen de prudentes apaciencia.
 Y ella qual siega del mejor sentido,
 No vé que entre las flores de aquel gusto,
 El Aspid ponzoñoso está escondido.

- Y así arrojada con deseo injusto
 En cristalino vaso prueba, y bebe
 El veneno mortal, sin ningún sufo.
- Quien más presume de avertido, pruebe
 A dexarse adular, verá quan presto
 Pasa su gloria como el viento leve.
- Esto escuché: y en escuchando aquesto
 Dió un estampido tal la Gloria vana,
 Que dió á mi sueño fin dulce, y molesto.
- Y en esto descubrióse la mañana,
 Vertiendo perlas, y esparciendo flores,
 Lozana en vista, y en virtud lozana.
- Los dulces pequenuelos Ruisenores,
 Con cantos no aprendidos le decían,
 Enamorados della, mil amores.
- Los gilgueros el canto repetían,
 Y las diestras calandrias entonaban
 La música que todos componían.
- Unos del Esquadron priesa se daban,
 Porque no los hallase el Dios del día
 En los forzosos actos en que estaban.
- Y luego se asomó su Señoría,
 Con una cara de Tudesco roja,
 Por los balcones de la Aurora fría.
- En parte gorda, en parte flaca, y floja,
 Como quien teme el esperado trance,
 Donde verse vencido se le antoja.
- En propio Toledano, y buen Romance
 Les dió los buenos días cortesmente,
 Y luego se aprestó al forzoso lance.
- Y encima de un peñasco puesto enfrente
 Del Esquadron, con voz sonora, y grave
 Esta oración les hizo de repente.
- O Spiritus felices, donde cabe
 La gala del decir, la sutileza
 De la Ciencia más docta que se sabe:
- Donde en su propia natural belleza
 Asiste la hermosa Poesía
 Entera de los pies á la cabeza:

No consintais por vida vuestra , y mia,
 (Mirad con què llaneza Apolo os habla)
 Que triunfe esta canalla que porfia.
 Esta canalla , digo , que se endiablo,
 Que por darles calor su muchedumbre,
 Yá su ruína , ó yá la nuestra entabla.
 Vosotros de mis ojos gloria , y lumbre,
 Faroles do mi luz de asiento mora,
 (Yá por naturaleza , ó por costumbre.)
 ¿Haveis de consentir que esta embaydora,
 Hipocrita gentalla se me atreva?
 De tantas necedades inventora.
 Haced famosa , y memorable prueba
 De vuestro gran valor en este hecho,
 Que á su castigo , y vuestra gloria os lleva.
 De justa indignacion armad el pecho,
 Acometed intrepidos la turba,
 Ociosa , vagamunda , y sin provecho.
 No se os dé nada , no se os dé una burba;
 (Moneda Berberisca , vil , y baja)
 De aquesta gente , que la paz nos turba.
 El son de mas de una templada caja,
 Y del pífano triste , y la trompeta,
 (Que la colera sube , y flema abaja)
 Asi os incite con virtud secreta,
 Que despierte los animos dormidos
 En la faccion que tanto nos apricta.
 Yá retumba , yá llega á mis oídos
 Del Esquadron contrario el rumor grande,
 Formado de confusos alaridos.
 Yá es menester (sin que os lo ruegue , ó mande)
 Que cada qual como guerrero experto,
 (Sin que por su capricho se desmande)
 La orden guarde , y Militar concierto,
 Y acuda á su deber como valiente,
 Hasta quedar , ó vencedor , ó muerto.
 En esto por la parte de Poniente
 Pareció el Esquadron casi infinito
 De la barbara , ciega , y pobre gente.

Alzan los núefros al momento un grito
 Alegre , y no medroso ; y gritan : Arma,
 Arma , resuena todo aquel distrito,
 Y aunque mueran , correr quieren al arma.

DEL VIAGE DEL PARNASO

CAPITULO SEPTIMO.

TU , Beligera Musa , tú , que tienes
 La voz de bronce , y de metal la lengua,
 Quando á cantar del fiero Marte vienes:
 Tú , por quien se aniquila siempre , y mengua
 El gran genero humano : tú , que puedes
 Sacar mi pluma de ignorancia , y mengua.
 Tu mano rota , y larga de mercedes:
 Digo en hacerlas ; una aqui te pido,
 (Que no hará que menos rica quedes.)
 La soberbia , y maldad , el atrevido
 Intento de una gente mal mirada,
 Yá se descubre con mortal ruído.
 Dame una voz al caso acomodada,
 Una sutil , y bien cortada pluma,
 No de aficion , ni de pasion llevada.
 Para que pueda referir en suma
 (Con purisimo , y nuevo sentimiento,
 Con verdad clara , y entereza suma)
 El contrapuesto , y desigual intento
 De uno , y otro esquadron , que ardiendo en ira,
 Sus vanderas descoge al vago viento.
 El del vando Catholico , que mira
 Al falso , y grande , al pie del Monte puesto,
 Que de subir al alta cumbre aspira;
 Con paso largo , y además compuesto,
 Todo el Monte coronan , y se ponen
 A la furia , que en loca ha echado el resto.

Las ventajas tantean , y disponen
 Los animos valientes al asalto,
 En quien su gloria , y su venganza ponen.
De rabia lleno , y de paciencia falto,
 Apolo su bellissimo estandarte,
 Mandó al momento levantar en alto.
Arbolóle un Marqués , que el propio Marte
 Su briosa presencia representa
 Naturalmente , sin industria , y arte.
Poeta celeberrimo , y de cuenta,
 Por quien , y en quien Apolo soberano
 Su gloria , y gusto , y su valor aumenta.
Era la insignia un Cisne hermoso , y cano,
 Tan al vivo pintado , que dixeras,
 La voz despide alegre al rito vano.
Siguen al estandarte sus vanderas
 De gallardos Alfereces llevadas,
 Honrosas por no estàr todas enteras.
Las cajas á lo belico templadas,
 Al milite mas tarde vuelven presto
 De voces de metal acompañadas.
Geronimo de Mora llegó en esto,
 Pintor excelentísimo , y Poeta,
 Apeles , y Virgilio en un supuesto:
Y con la autoridad de una gineta,
 (Que de ser Capitan le daba nombre)
 Al caso acude , y á la turba aprieta.
Y porque mas se turbe y mas se asombre
 El enemigo desigual , y fiero
 Llegó el gran Biedma , de immortal renombre.
Y con él Gaspar de Avila , primero
 Sequáz de Apolo , á cuyo verso , y pluma,
 Iciar puede embidiar , temer sincero.
Llegó Juan de Meztanza , cifra , y suma
 De tanta erudicion , donayre , y gala,
 Que no hay muerte , ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó de Guatimala,
 Y le trajo en su ayuda para ofensa
 De la canalla en todo estremo mala.

Hacer milagros en el trance piensa
 Cepeda, y acompañale Megía,
 Poetas dignos de alabanza inmensa.
 Clarísimo esplendor de Andalucía,
 Y de la Mancha el sin igual Galindo
 Llegó con magestad, y bizarría.
 De la alta cumbre del famoso Pindo
 Bajaron tres bizarros Lusitanos
 (A quien mis alabanzas todas rindo.)
 Con prestos pies, y con valientes manos
 Con Fernando Correa de la Cerda,
 Pisó Rodríguez Lobo monte, y llanos.
 Y porque Febo su razon no pierda
 El grande Don Antonio de Ataíde
 Llegó con furia alborotada, y cuerda:
 Las fuerzas del contrario ajusta, y mide
 Con las suyas Apolo, y determina
 Dár la batalla, y la batalla pide.
 El ronco son de mas de una bocina
 (Instrumento de caza, y de la guerra)
 De Febo á los oídos se avecina.
 Tiembla debajo de los pies la tierra
 De infinitos Poetas oprimida,
 Que dán asalto á la sagrada sierra:
 El fiero General de la atrevida
 Gente, que trae un cuervo en su estandarte,
 Es Arbolanchez Muso por la vida.
 Puestos estaban en la baja parte,
 Y en la cima del Monte, frente á frente
 Los campos de quien tiembla el mismo Marte.
 Quando una, al parecer, discreta gente
 Del Cathólico vando al enemigo
 Se pasó, como en numero de veinte.
 Yo con los ojos su carrera sigo,
 Y viendo el paradero de su intento,
 Con voz turbada al sacro Apolo digo:
 ¿Qué prodigio es aqueste? qué portentoso?
 (O por mejor decir) qué mal aguero,
 Que así me costa el brío, y el aliento?

Aquel transfuga que partiò primero,
 No solo por Poeta le tenia,
 Pero tambien por bravo churrullero.
 Aquel ligero que tras el corria,
 En mil corrillos en Madrid le he visto
 Tiernamente hablar en la Poesía.
 Aquel tercero que partió tan listo,
 Por satyrico, necio, y por pesado
 Sé que de todos fue siempre mal quisto.
 No puedo imaginar como ha llevado
 Mercurio estos Poetas en su lista:
 Yo fui, respondió Apolo, el engañado:
 Que de su ingenio la primera vista
 Indicios descubrió que serían buenos
 Para facilitar esta conquista.
 Señor (repliqué yo) creí que agenos
 Eran de las Deidades los engaños,
 Digo, engañarse en poco mas, ni menos.
 La prudencia que nace de los años,
 Y tiene por maestra á la experiencia,
 Es la Deidad que advierte de estos daños.
 Apolo respondió: Por mi conciencia,
 Que no te entiendo, algo turbado, y triste,
 Por vér de aquellos veinte la insolencia.
 Tú, Sardo militar Lofraso, fuiste
 Uno de aquellos Barbaros corrientes,
 Que del contrario el numero creciste.
 Mas no por esta mengua los valientes
 Del Esquadron Catholico temieron
 Poetas madrigados, y excelentes.
 Antes tanto corage concibieron
 Contra los fugitivos corredores,
 Que riza en ellos, y matanza hicieron:
 O falsos, y malditos trovadores,
 Que pasais plaza de Poetas sabios,
 Siendo la hez de los que son peores.
 Entre la lengua, paladar, y labios
 Anda continuo vuestra poesía,
 Haciendo à la virtud cien mil agravios.

Poetas de atrevida hipocresía,
 Esperad que de vuestro acabamiento
 Yá se ha llegado el temeroso día.
 De las confusas voces el contento
 Confuso por el ayre resonaba
 De espesas nubes, condensando el viento.
 Por la falda del monte gateaba
 Una tropa Poetica, aspirando
 A la cumbre, que bien guardada estaba.
 Hacian incapiè de quando en quando,
 Y con hondas de estallo, y con ballestas
 Iban Libros enteros disparando.
 No del plomo encendido las funestas
 Balas pudieran ser dañosas tanto,
 Ni al disparar pudieran ser mas preftas.
 Un Libro mucho mas duro que un canto
 A Jusepe de Vargas diò en las sienes,
 Causandole terror, grima, y espanto.
 Gritò, y dixo à un Soneto: Tú, que vienes
 De satírica pluma disparado,
 ¿Por què el infame curso no detienes?
 Y qual perro con piedras irritado,
 Que dexa al que las tira, y vá tras ellas,
 (Qual si fuerán la causa del pecado)
 Entre los dedos de sus manos bellas
 Hizo pedazos al Soneto altivo,
 Que amenazaba al Sol, y á las estrellas.
 Y dixole Cilenio: O rayo vivo
 Donde la justa indignacion se muestra
 En un grado, y valor superlativo:
 La espada toma en la temida diestra,
 Y arroja valiente, y temerario
 Por esta parte que el peligro adiestra.
 En esto del tamaño de un Breviario
 Bolando un libro por el ayre vino,
 De prosa, y verso que arrojò el contrario:
 De verso, y prosa, el puro desatino
 Nos diò á entender que de Arbolanches eran
 Las Avidas pesadas de continuo.

Unas Rimas llegaron, que pudieran
 Desbaratar el esquadron Christiano,
 Si acaso vez segunda se imprimieran.
 Dióle á Mercurio en la derecha mano
 Una satyra antigua licenciosa,
 De estilo agudo, pero no muy sano.
 De una intrincada, y mal compuesta prosa,
 De un asunto, sin jugo, y sin donayre,
 Quatro Novelas disparò Pedrosa.
 Silvando recio, y desgarrando el ayre,
 Otro Libro llegó de Rimas solas
 Hechas, al parecer, como al desgayre.
 Viòlas Apolo, y dixo, quando viòlas,
 Dios perdone á su autor, y à mí me guarde
 De algunas Rimas sueltas Españolas.
 Llegò el Pastor de Iberia, aunque algo tarde,
 Y derribò catorce de los nuestros,
 Haciendo de su ingenio, y fuerza alarde.
 Pero dos valerosos, dos Maestros,
 Dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
 Unicòs en hablar, y en obrar dictros:
 Del monte, puestos en opuestos lados,
 Tanto apretaron á lu turba multa,
 Que volvieron atras los encumbrados.
 Es Gregorio de Angulo el que sepulta
 La canalla, y con él Pedro de Soto
 De prodigioso ingenio, y vena culta.
 Doçtor aquel, estotro unico, y doto,
 Licenciado de Apolo, ambos sequaces
 Con raras obras, y animo devoto.
 Las dos contrarias indignadas haces
 Yà miden las espadas, yà se cierran
 Duras en su teson, y pertinaces.
 Con los dientes se muerden, y se aferran
 Con las garras, las fieras imitando,
 Que toda piedad de sí destierran.
 Haldeando venia, y trasudando
 El autor de la Picara Justina,
 Capellan lego del contrario vando.

Y qual si fuera de una culebrina,
 Disparó de sus manos su librazo,
 Que fue de nuestro campo la ruina.
 Al buen Thomás Gracian mancó de un brazo;
 A Medinilla derribò una muela,
 Y le llevò de un muslo un gran pedazo.
 Una despierta nuestra centinela
 Gritó: Todos abajen la cabeza,
 Que dispara el contrario otra Novela.
 Dos pelearon una larga pieza,
 Y el uno al otro con instancia loca
 De un embion (con arte, y con destreza)
 Seis seguidillas le encajó en la boca,
 Con que le hizo bomitar el alma
 Que salió libre de su estrecha roca.
 De la furia el ardor, del Sol la calma
 Tenia en duda de una, y otra parte
 La vencedora, y pretendida palma.
 Del Cuervo en esto el lobrego estandarte
 Cede al del Cisne, porque vino al suelo
 Pasado el corazon de parte à parte.
 Su Alferéz, que era un Andalúz mozuelo
 Trobador repentista, que subía
 Con la sobervia mas allá del Cielo.
 Helòsele la sangre que tenia,
 Murióse quando viò que muerto estaba
 La turba pertinaz en su porfia,
 Puesto que ausente el gran Lupercio estaba
 Con un solo Soneto suyo hizo
 Lo que de su grandeza se esperaba.
 Desquadrernò, desencajó, deshizo
 Del opuesto esquadron catorce hileras,
 Dos criellos matò, hiriò un mestizo.
 De sus sabrosas burlas, y sus veras
 El magno Cordovés un cartapacio
 Disparò, y aterrò quatro vanderas.
 Daba yá indicios de cansado, y lacio
 El brio de la barbara canalla,
 Peleando mas flojo, y mas despacio.

Mas renovòse la fatal batalla
 Mezclandose los unos con los otros,
 Ni vale arnés, ni presta dura malla.
 Cinco melifluos sobre cinco potros
 Llegaron, y embistieron por un lado,
 Y llevaronse cinco de nosotros.
 Cada qual como Moro ataviado,
 Con mas letras, y cifras que una carta
 De Principe enemigo, y recatado.
 De Romances Moriscos una sarta,
 Qual si fuera de balas enramadas,
 Llega con furia, y con malicia harta.
 Y à no estár dos esquadras avisadas
 De las nuestras, del recio tiro, y presto
 Era fuerza quedar desbaratadas.
 Quiso Apolo indignado echar el resto
 De su poder, y de su fuerza sola,
 Y dár à el enemigo sin molesto.
 Y una sacra Cancion, donde acrisola
 Su ingenio, gala, estilo, y bizarría
 Bartholomé Leonardo de Argensola.
 Qual si fuera un Petrarca Apolo embia
 Adonde està el teson mas apretado,
 Mas dura, y mas furiosa la porfia.
 Quando me paro á contemplar mi estado
 Comienza la Cancion que Apolo pone
 En el lugar mas noble, y levantado.
 Todo lo mira, todo lô dispone
 Con ojos de Argos, manda, quita, y veda,
 Y del contrario á todo ardid se opone.
 Tan mezclados estàn que no hay quien pueda,
 Discernir qual es malo, ò qual es bueno,
 Qual es Garcilasilla, ò Timoneda.
 Pero un mancebo de ignorancia ageno,
 Grande escudriñador de toda historia,
 (Rayo en la pluma, y en la voz un trueno)
 Llegò, tan rica el alma de memoria,
 De sana voluntad, y entendimiento,
 Que fue de Febo, y de las Musas gloria.

Con este aceleròse el vencimiento,
 Porque supo decir: Este merece
 Gloria, pero aquel no, sino tormento.
 Y como yá con distincion parece
 El justo, y el injusto combatiente,
 El gusto al peso de la pena crece.
 Tú Pedro Mantuano el excelente
 Fuiste quien distinguiò de la confusa
 Maquina, el que es cobarde del valiente.
 Juan de Almandarez no reusa,
 (Puesto que llegó tarde) en dár socorro
 Al rubio Delio con su ilustre Musa.
 Por las rucias que peyno, que me corro
 De ver que las Comedias endiabladas
 Por Divinas se pongan en el corro.
 Y à pesar de las limpias, y atildadas
 Del Comico mejor de nuestra Esperia
 Quieren ser conocidas, y pagadas.
 Mas no ganaron mucho en esta Feria,
 Porque es discreto el vulgo de la Corte,
 Aunque le toca la comun miseria,
 De llano no le deis, dadle de corte,
 Estancias Polifemas al Poeta,
 Que no os tuviere por su guia, y norte.
 Inimitables sois, y à la discreta
 Gala, que descubris en lo escondido
 Toda elegancia puede estâr sujeta.
 Con estas municiones el partido
 Nuestro se mejorò de tal manera,
 Que el contrario se tuvo por vencido.
 Cayò su presuncion soberbia, y fiera,
 Derrumbanse del monte abajo quantos
 Presumieron subir por la ladera.
 La voz prolija de sus roncòs cantos,
 El mal suceso con rigor la vuelve
 En interrotos, y funestos llantos.
 Tal huvo, que cayendo se resuelve
 De asirse de una zarza, ò cabrahigo,
 Y en llanto (à lo de Ovidio) se disuelve.

Quatro se arracimaron, á un quejigo
 Como enjambre de abejas desmandada,
 Y le estimaron por el lauro amigo.
 Otra cuadrilla virgen por la espada,
 Y adúltera de lengua diò la cura
 A sus pies de su vida almidonada.
 Bartholomé llamado de Segura,
 El toque casi fue del vencimiento,
 Tal es su ingenio, y tal es su cordura.
 Resonó en esto por el vago viento
 La voz de la victòria repetida
 Del numero escogido en claro acento.
 La miserabic, la fatal caída
 De las Musas del limpio tagarete
 Fue largos siglos con dolor plañida.
 A la parte del llanto (¡Ay me!) se mete
 Zapardiel famoso por su pesca,
 Sin que un pequeño instante se quite.
 La voz de la victòria se refresca,
 Victòria suena, aqui, y alli victòria
 Adquirida por nuestra soldadesca,
 Que canta alegre la alcanzada gloria.

DEL VIAGE
 DEL PARNASO,
 CAPITULO OCTAVO.

AL caer de la maquina excesiva
 Del Esquadron Poetico arrogante,
 Que en su no vista muchedumbre estriva:
 Un Poeta Mancebo, y Estudiante,
 Dixo: Caipaciencia, que algun dia
 Serà la nueltra, mi valor mediante.
 De nuevo afilaré la espada mia,
 (Digo mi pluma) y cortaré de suerte,
 Que dé nueva excelencia à la portia.

Que

Que ofrece la Comedia, si se advierte;
 Largo campo al ingenio donde pueda
 Librar su nombre del olvido, y muerte.
 Fue desto exemplo Juan de Timoneda,
 Que con solo imprimir, se hizo eterno,
 Las Comedias del gran Lope de Rueda.
 Cinco buelcos darè en el propio infierno
 Por hacer recitar una que tengo
 Nombrada: *El gran Bastardo de Salerno.*
 Guarda Apolo que baja guarde rengo
 El golpe de la mano mas gallarda
 Que ha visto el tiempo en su discurso luengo.
 En esto el claro son de una bastarda
 Alas pone en los pies de la vencida
 Gente del mundo perezosa, y tarda.
 Con la esperanza del vencer perdida
 No hay quien no atienda con ligero paso,
 (Si no à la honra) à conservar la vida.
 Desde las altas cumbres del Parnaso
 De un salto uno se puso en Guadarrama;
 (Nuevo, no visto, y verdadero caso.)
 Y al mismo paso la parlera fama
 Cundió del vencimiento la alta nueva,
 Desde el claro Caistro hasta Xarama.
 Lloró la gran victoria el turbio Esgueva,
 Pisuerga la rió, rióla Tajo,
 (Que en vez de arena granos de oro lleva.)
 Del cansancio, del polvo, y del trabajo
 Las rubicundas hebras de Timbreo,
 Del color se pararon de oro bajo.
 Pero viendo cumplido su deseo
 Al son de la guitarra Mercuriesca,
 Hizo de la gallarda un gran paseo.
 Y de Castalia en la corriente fresca,
 El rostrò se lavó, y quedó luciente;
 Como de acero la segur Turquesca.
 Puliòse luego, y adornò su frente
 De Magestad mezclada con dulzura,
 Indicios claros del placer que sienta.

Las Reynas de la humana hermosura,
 Salieron de do estaban retiradas,
 Mienstras duraba la contienda dura.
 Del arbol siempre verde coronadas,
 Y enmedio la Divina Poesía,
 Todas de nuevas galas adornadas.
Melpomere, Tersicore, y Talía,
 Polimnia, Urania, Erato, Euterpe, y Clio,
 Y Caliope hermosa en demasía.
 Muestran ufanas su destreza, y brio,
 Texiendo una intrincada, y nueva danza,
 Al dulce son de un instrumento mio.
Mio no dixé bien, mentí á la usanza
 Del que dice propios los agenos
 Versos, que son mas dignos de alabanza.
Los anchos prados, y los campos llenos
 Están de las Esquadras vencedoras,
 (Que siempre van á mas, y nunca á menos.)
Esperando de ver de sus mejoras
 El colmo con los premios merecidos
 Por el sudor, y aprieto de seis horas.
Piensen ser los llamados escogidos,
 Todos á premios de grandeza aspiran,
 Tienen en mas de lo que son tenidos.
Ni á calidades, ni riquezas miran,
 A su ingenio se atiene cada uno,
 Y si hay quatro que acierten, mil deliran.
Mas Febo, que no quiere que ninguno
 Quede quejoso dél, mandó á la Aurora,
 Que vaya, y coja in tempore oportuno:
 De las faldas floríferas de Flora
 Quatro tabaques de purpuras rosas,
 Y seis de perlas de las que ella llova.
 Y de las Nueve por estremo hermosas
 Las coronas pidió, y al darlas ellas
 En nada se mostraron perezosas.
Tres (á mi parecer) de las mas bellas
 A Partenope sé que se embiaron,
 Y fue Mercurio el que partió con ellas.

Tres sujetos las otras coronaron
 Allí en el mismo Monte peregrinos,
 Con que su patria , y nombre eternizaron.
 Tres cupieron á España , y tres divinos
 Poetas se adornaron la cabeza
 De tanta gloria justamente dinos.
 La envidia , monstruo de naturaleza,
 Maldita , y carcomida , ardiendo en saña
 A murmurar del sacro Dón empieza.
 Dixo : ¿Scrá posible que en España
 Haya nueve Poetas laureados?
 Alta es de Apolo , pero simple hazaña.
 Los demás de la turba defraudados
 Del esperado premio repetian
 Los hymnos de la envidia mal cantados.
 Todos por laureados se tenian
 En su imaginacion antes del trance,
 Y al Cielo quejas de su agravio embian.
 Pero ciertos Poetas de Romance
 Del generoso premio hacer esperan
 A despecho de Febo presto alcance.
 Otros (aunque Latinos) desesperan
 De tocar del laurel solo una hoja,
 Aunque del caso en la demanda mueran.
 Vengase menos el que mas se enoja,
 Y alguno se tocó sienes , y frente,
 Que de estár coronado se le antoja.
 Pero todo deseo impertinente
 Apolo resfrió , premiando á quantos
 Poetas tuvo el Esquadron valiente.
 De rosas , de jazmines , y amarantos,
 Flora le presentó cinco cestones,
 Y la Aurora de perlas otros tantos.
 Estos fueron (Lector dulce) los dones
 Que Delio repartió con larga mano
 Entre los Poetisimos varones.
 Quedando alegre cada qual , y ufano
 Con un puño de perlas , y una rosa,
 Estimando el premio sobre humano.

Y porque fuese mas maravillosa
 La fiesta, y regocijo que se hacía
 Por la victoria insigne, y prodigiosa.
 La buena, la importante Poesía,
 Mandó traer la bestia, cuya pata
 Abrió la fuente de Castalia fria,
 Cubierta de finisima escarlata,
 Un Lacayo la trajo en un instante,
 Tascando un freno de bruñida plata.
 Envidiarle pudiera Rocinante
 Al gran Pegaso de presencia brava,
 Y aun Billadoro el del señor de Anglante.
 Con no sé quantas alas adornaba,
 Manos, y pies, indicio manifiesto,
 Que en ligereza al viento aventajaba.
 Y por mostrar quan agil, y quan presto
 Era, se alzó del suelo quatro picas,
 Con un denuedo, y ademan compuesto.
 Tú, que me escuchas, si el oído aplicas
 Al dulce cuento deste gran Viage,
 Cosas nuevas oirás de gusto ricas.
 Era del bel trotón todo el herrage
 De durisima plata diamantina,
 Que no recibe del pisar ultrage.
 De la color que llaman columbina,
 De raso en una funda trae la cola,
 Que suelta con el suelo se avvicina.
 Del color del carmin, ò de amapola
 Eran suselines, y su cola gruesa,
 Ellas solas al mundo, y ella sola.
 Tal vez anda despacio, y tal apriesa,
 Buela tal vez, y tal hace corbetas,
 Tal quiere relinchar, y luego cesa.
 Nueva felicidad de los Poetas,
 Unos sus excrementos recogian
 En dos de cuero grandes barjuletas.
 Pregunté, para qué lo tal hacian,
 Respondiómeme Cilenio á lo bellaco,
 Con no sé que vislumbres de ironía.

Esto que se recoge es el Tabaco,
 Que á los vaguidos sirve de cabeza
 De algun Poeta de cerebro flaco.
 Urania de tal modo lo adereza,
 Que puesto á las narices del doliente,
 Cobra salud , y vuelve á su entereza.
 Un poco entonces arrugué la frente.
 Ascos haciendo del remedio extraño
 Tan de los ordinarios diferente.
 Recibes (dixo Apolo) amigo , engaño,
 (Leyóme el pensamiento) Este remedio
 De los vaguidos cura , y sana el daño.
 No come este rocin lo que en asedio
 (Duro , y penoso) comen los Soldados,
 Que están entre la muerte , y hambre enmedio.
 Son deste tal los piensos regalados,
 (Ambar , y almizcle entre algodones puesto)
 Y bebe del rocío de los Prados.
 Tal vez le damos de almidón un cesto,
 Tal de algarrobas con que el vientre llena,
 Y no se estríne , ni se vá por esto.
 Sea (le respondí) muy norabuena,
 Tieso estoy de cerebro por ahora,
 Vaguido alguno no me causa pena.
 La nuestra (en esto) universal Señora,
 Digo la Poesía verdadera,
 (Que con Timbreo , y con las Musas mora)
 En vestido sucinto á la ligera,
 El Monte discurrió , y abrazó á todos,
 Hermosa sobre modo , y placentera.
 O sangre vencedora de los Godos,
 (Dixo) de aqui adelante ser tratada
 Con mas suaves , y discretos modos,
 Espero ser , y siempre respetada
 Del ignorante vulgo que no alcanza,
 Que puesto que soy pobre , soy honrada.
 Las riquezas os dexo en esperanza,
 Pero no en posesion , premio seguro,
 Que al Reyno aspira de la inmensa holganza.

Por la belleza deste Monte os juro,
 Que quisiera al mas minimo entregalle
 Un privilegio de cien mil de juro.
 Mas no produce minas este valle,
 Aguas si salutíferas, y buenas,
 Y Monas que de Cisnes tienen talle.
 Volved à vér (ó amigos) las arenas
 Del aurífero Tajo en paz segura,
 Y en dulces horas de pesar ajenas.
 Que esta inaudita hazaña os asegura
 Eterno nombre, en tanto que dé Febo
 Al mundo aliento, y luz serena, y pura.
 O maravilla nueva, ó caso nuevo,
 Digno de admiracion que cause espanto,
 (Cuya estrañeza me admiró de nuevo.)
 Morfeo, el Dios del sueño por encanto,
 Allí se apareció, cuya corona
 Era de ramos del beleño santo.
 Flogisimo de brio, y de persona,
 De la pereza torpe acompañado,
 Que no dexa á Visperas, ni á Nona.
 Traía al Silencio á su derecho lado,
 El Descuido al siniestro, y el vestido
 Era de blanda lana fabricado.
 De las aguas que llaman del olvido,
 Traía un gran caldero, y de un hisopo
 Venía. (como aposta) prevenido.
 Así á los Poetas por el hopo,
 Y aunque el caso los rostros les volvía
 En color encendida de Piropo:
 El nos bañaba con el agua fria,
 Causandonos un sueño de tal suerte,
 Que dormimos un día, y otro día.
 Tal es la fuerza del licor tan fuerte:
 Es de las aguas la virtud que pueden
 Competir con los fueros de la muerte.
 Hace el ingenio alguna vez que queden
 Las verdades sin credito ninguno,
 Por vér, que á toda contingencia exceden.

Al despertar del sueño así importuno,
 Ni ví monte, ni monta, Dios, ni Dios,
 Ni de tanto Poeta vide alguno.
 Por cierto estraña, y nunca vista cosa,
 Despavilé la vista, y parecióme
 Verme en medio de una Ciudad famosa:
 Adiracion, y grima el caso dióme,
 Torné á mirar, porque el temor, ó engaño
 No de mi buen discurso el paso tome.
 Y díxeme á mí mismo: No me engaño:
 Esta Ciudad es Napoles la ilustre,
 Que yo pisé sus Ruas mas de un año:
 De Italia gloria, y aun del mundo lustre,
 Pues de quantas Ciudades él encierra,
 Ninguna puede haver que así le ilustre.
 Apacible en la paz, dura en la guerra,
 Madre de la abundancia, y la nobleza,
 De Eliscos campos, y agradable sierra.
 Si vaguidos no tengo de cabeza,
 Pareceme que está mudada en parte
 De sitio, aunque en aumento de belleza.
 Que teatro es aquel donde reparte
 Con él quanto contiene de hermosura,
 La gala, la grandeza, industria, y arte.
 Sin duda el sueño en mis palpebras dura,
 Porque este es edificio imaginado,
 Que excede á toda humana compostura.
 Llegóse en esto á mí disimulado
 Un mi amigo, llamado Promontorio,
 Mancebo en días, pero gran Soldado.
 Creció la admiracion viendo notorio,
 Y palpable, que Napoles estaba,
 Espanto à los pasados acesorio.
 Mi amigo tiernamente me abrazaba,
 Y con tenerme entre sus brazos, dixo,
 Que del estår yo allí mucho dudaba.
 Llaméme padre, y yo llaméle hijo:
 Quedó con esto la verdad en punto,
 Que aquí puede llamarse punto hijo.

Dixome Promontorio : Yo barrunto,
 Padre , que algun gran caso á vuestras canas
 Las trae tan lejos , yá semidifunto.
 En mis horas mas frescas , y tempranas
 Esta tierra habité , hijo , le dixé,
 Con fuerzas mas briosas , y lozanas.
 Pero la voluntad que á todos rige,
 (Digo el querer del Cielo) me ha traído
 A parte que me alegra mas que aflige.
 Dixera mas , sino que un gran ruído
 De pífanos , clarines , y tambores
 Me azoró el alma , y alegró el oído.
 Volví la vista al son , ví los mayores
 Aparatos de fiesta que vió Roma
 En sus felices tiempos , y mejores.
 Dixo mi amigo : Aquel que vés que asoma
 Por aquella montaña contrahecha,
 (Cuyo brio al de Marte oprime , y doma)
 Es un alto sugero , que deshecha
 Tiene á la envidia en rabia ; porque pisa
 De la virtud la senda mas derecha.
 De gravedad , y condicion tan lisa,
 Que suspende , y alegra á un mismo instante,
 Y con su aviso , al mismo aviso avisa.
 Mas quiero antes que pases adelante
 (En vér lo que verás si estás atento)
 Darté del caso relacion bastante.
 Será Don Juan de Tasis de mi cuento
 Principio , porque sea memorable,
 Y lleguen mis palabras á mi intento.
 Este varon en liberal notable,
 Que una mediana Villa le hace Conde,
 (Siendo Rey en sus obras admirable.)
 Este , que sus haberes nunca esconde,
 Pues siempre las reparte , ó las derrama,
 Yá sepa adonde , ò yá no sepa adonde:
 Este , á quien tiene tan en fil la fama,
 Puesta la alteza de su nombre claro,
 Que liberal , y pródigo le llama:

Quiso pródigo aqui, y allí no avaro,
 Primer mantenedor ser de un torneo,
 Que á fiestas sobrehumanas le compáro.
 Responden sus grandezas al deseo
 Que tiene de mostrarse alegre, viendo
 De España, y Francia el regio Himeneo.
 Y este que escuchas, duro, alegre estruendo,
 Es señal que el torneo se comienza,
 Que admira por lo rico, y estupendo.
 Arquimedes el grande se averguenza
 De ver que este teatro milagroso
 Su ingenio apoque, y à sus trazas venza.
 Digo, pues, que el mancebo generoso,
 Que allí descende de encarnado, y plata,
 Sobre todo mortal curso brioso:
 Es el Conde de Lemos, que dilata
 Su fama con sus obras por el mundo,
 Y que lleguen al Cielo en tierra trata.
 Y aunque sale el primero, es el segundo
 Mantenedor, y en buena cortesía
 Esta ventaja califico, y fundo.
 El Duque de Nocera, luz, y guia
 Del Arte Militar, es el tercero
 Mantenedor deste festivo dia.
 El quarto, que pudiera ser primero,
 Es de Santelmo el fuerte Castellano,
 Que al mismo Marte en el valor prefiero.
 El quinto es otro Eneas el Troyano
 (Arrociolo, que gana en ser valiente
 Al que fue verdadero) por la mano.
 El gran concurso, y numero de gente
 Estorvó que adelante prosiguiese
 La comenzada relacion prudente.
 Por esto le pedí que me pusiese
 A donde sin ningun impedimento
 El gran progreso de las fiestas viesse.
 Porque luego me vino al pensamiento
 De ponerlas en verso numeroso,
 Favorecido del Febeo aliento,

Hizolo asi, y yo ví lo que no oso
 Pensar, no qué decir, que aqui se acorta
 La lengua, y el ingenio mas curioso.
 Que se pase en silencio es lo que importa,
 Y que la admiracion supla esta falta,
 El mismo grandioso caso exorta.
 Puesto que despues supe que con alta
 Magnifica elegancia, y milagrosa,
 (Donde, ni sobra punto, ni le falta)
 El curioso Don Juan de Oquina en prosa
 La puso, y dió á la estampa, para gloria
 De nuestra edad por esto venturosa.
 Ni en fabulosa, ó verdadera historia
 Se halla que otras fiestas hayan sido,
 Ni puedan ser dignas de memoria.
 Desde alli (y no sé como) fui traído
 A donde ví al gran Duque de Pastrana
 Mil parabienes dár de bien venido;
 Y que la fama en la verdad ufana
 Contaba que agradó con su presencia,
 Y con su cortesía sobre humana.
 Que fue nuevo Alexandro en la excelencia
 Del dár, que satisfizo à todo quanto
 Puede mostrar Real magnificencia.
 Colmo de admiracion, lleno de espanto,
 Entré en Madrid en traje de Romero,
 (Que es grangería el parecer ser santo.)
 Y desde lejos me quitó el sombrero
 El famoso Acevedo, y dixo: A Dio,
 Voi siate il ben venuto Cabaliero.
 So parlar Zenoese, & Tusco anchio,
 Y respondí. La vostra signoria,
 Sia la ben trovata, Patron mio.
 Topé á Luis Velez, lustre, y alegria,
 Y discrecion del trato Cortesano,
 Y abracéle en la calle á medio dia.
 El pecho, el alma, el corazon, la mano
 Dí á Pedro de Morales, y un abrazo,
 Y alegre recibí à Justiniano.

Al volver de una esquina sentí un brazo,
 Que el cuello me ceñía, miré cuyo,
 Y mas que gusto me causò embarazo:
 Por ser uno de aquellos (no rehuyo
 Decirlo) que al contrario se pasaron,
 Llevados del cobarde intento suyo.
 Otros dos al del Layo se llegaron,
 Y con la risa falsa del conejo,
 Y con muchas zalemas me hablaron.
 Yo socarrón, yo Poetón yá viejo,
 Volvíles à lo tierno las saludes,
 Sin mostrar mal talante, ó sobrecejo.
 No dudes (ó lector caro) no dudes,
 Sino que suele el disimulado á veces
 Servir de aumento à las demàs virtudes.
 Dinoslo tú, David, que aunque pareces
 Loco en poder de Aquis, de tu cordura
 (Fingiendo el loco) la grandeza ofreces.
 Dexélos esperando coyuntura,
 Y ocasion mas secreta para dalles
 Vejamen de su miedo, ó su locura.
 Si encontraba Poetas por las calles,
 Me ponía à pensar si eran de aquellos
 Huidos, y pasaba sin hablalles.
 Poniansérme yertos los cabellos
 De temor no encontrase algun Poeta,
 (De tantos que no pude conocellos.)
 Que con puñal buido, ó con secreta
 Almarada me hiciese un agujero
 Que fuese al corazon por via reta.
 Aunque no es este el premio que yo espero
 De la fama que à tantos he adquirido
 Con alma grata, y corazon sincero.
 Un cierto mancebito cuelliergido,
 En profesion Poeta, y en el trage
 A mil leguas por Godo conocido:
 Lleno de presuncion, y de corage,
 Me dixò. Bien sé yo, señor Cervantes,
 Que puedo ser Poeta, aunque soy Page.

Cargastes de Poetas ignorantes,
 Y dexastesme á mí que vér deseo
 Del Parnaso las fuentes elegantes.
 Que caducais sin duda alguna creo,
 Creo, no digo bien, mejor diria,
 Que toco esta verdad, y que la veo.
 Otro que al parecer de Argentería,
 De nacar, de cristal, de perlas, y oro
 Sus infinitos Versos componia,
 Me dixo: (bravo qual corrido toro)
 No sé yo para que nadie me puso
 En lista con tan barbaro decoro.
 Asi el discreto Apolo lo dispuso,
 A los dos respondí, y en este hecho
 De ignorancia, ó malicia no me acuso.
 Fuíme con esto, y lleno de despecho
 Busqué mi antigua, y lobrega posada,
 Y arrojéme molido sobre el lecho,
 Que cansa quando es larga una jornada.

A D J U N T A

A L P A R N A S O .

ALGUNOS dias estuve reparandome de tan largo Viage, al cabo de los quales salí à vér, y á ser visto, y à recibir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos, que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavia no me aseguro de la comun suerte. Sucedió, pues, que saliendo una mañana del Monasterio de Atocha, se llegó à mí un mancebo al parecer de veinte y quatro años, poco mas, ó menos, todo limpio, todo aseado, y todo crugiendo gorgoranes, pero con un cuello tan grande, y tan almidonado, que creí que para llevarle fuerán menester los hombros de otro Atlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos, que comenzando de las muñecas, subian, y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecia que iban á dár asalto á las barbas. No he visto yo yedra tan codiciosa de subir

desde el pie de la muralla donde se arrima, hasta las almenas, como el ahinco que llevaban éstos puños á ir á darse de puñadas con los codos. Finalmente, la exorbitancia del cuello, y puños era tal, que en el cuello se escondía, y sepultaba el rostro, y en los puños los brazos. Digo, pues, que el tal mancebo se llegó á mí, y con voz grave, y reposada me dixo. ¿Es por ventura V. m. el Señor Miguel de Cervantes Saavedra, el que há pocos días que vino del Parnaso? A esta pregunta creo sin duda, que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé, y dixé entre mí. Si es este alguno de los Poetas que puse, ó dexé de poner en mi Viage? y viene ahora á darme el pago que él se imagina se me debe. Pero sacando fuerzas de flaqueza, le respondí. Yo, Señor, soy el mismo que V. m. dice. ¿Qué es lo que se me manda? El luego en oyendo esto, abrió los brazos, y me los echó al cuello, y sin duda me besára en la frente, si la grandeza del cuello no lo impidiera, y dixome. V. m. Señor Cervantes, me tenga por su servidor, y por su amigo, porque há muchos días que lé soy muy aficionado, así por sus obras, como por la fama de su apacible condicion. Oyendo lo qual respiré, y los espiritus que andaban alborotados, se sosegaron: y abrazandole yo tambien, con recato de no ajarle el cuello, le dixé. Yo no conozco á V. m. sino es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce, que V. m. es muy discreto, y muy principal: calidades que obligan à tener en veneracion á la persona que las tiene. Con estas pasamos otras corteses razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y de lance en lance me dixo. V. m. sabrà, Señor Cervantes, que yo por la gracia de Apolo soy Poeta, ó lo maenos desseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles. *Mig.* Nunca tal creyera, si V. m. no me lo huviera dicho por su misma boca. *Panc.* ¿Pues por qué no lo creyera V. m.? *Mig.* Porque los Poetas por maravilla andan tan atildados como V. m. y es la causa, que como son de ingenio tan altaneros, y remontados, antes atienden à las cosas del espiritu, que á las del cuerpo. Yo, Señor, dixo él, soy mozo, soy rico, y soy enamorado: partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la Poesía. Por la mocedad tengo brio; con la riqueza con que mostrarle: y con el amor con que no parecer descuidado. Las tres partes del camino, le dixé yo, se tiene V. m. andadas para llegar à ser buen Poeta.

Panc. ¿Quales son? *Mig.* La de la riqueza, y la del amor. Porque

que los partos de los partos de la persona rica, y enamorada, son asombros de la avaricia, y estímulos de la liberalidad, y en el Poeta pobre la mitad de sus Divinos partos, y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame V. m. por su vida. ¿De qué suerte de menestra Poetica gusta, ó gusta mas? A lo que respondió. No entiendo eso de menestra Poetica. *Mig.* Quiero decir, ¿que á qué genero de Poesia es V. m. mas inclinado? Al Lirico, al Heroyco, ó al Comico? A todos estílos me amaño, respondió él. Pero en el que mas me ocupo es en el Comico. *Mig.* De esa manera habrá V. m. compuesto algunas Comedias. *Panc.* Muchas, pero sola una se ha representado. *Mig.* Pareció bien? *Panc.* Al vulgo no. *Mig.* Y á los discretos? *Panc.* Tampoco. *Mig.* La causa? *Panc.* La causa fue, que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos, y desmayada en la invencion. Tachas son esas, respondí yo, que pudieran hacer parecer mal á las del mismo Plauto. Y mas, dixo él, que no pudieron juzgarla, porque no la dexaron acabar segun la gritaron. Con todo esto la echó el Autor para otro día; pero porfiar, qué porfiar: cinco personas vinieron apenas. Creame V. m. dixé yo, que las Comedias tienen dias, como algunas mugeres hermosas: y que esto de acertarlas bien, vá tanto en la ventura, como en el ingenio. Comedia he visto yo apedreada en Madrid, que la han laureado en Toledo: y no por esta primer desgracia dexé V. m. de proseguir en componerlas, que podrá ser, que quando menos lo piense, acierte con alguna que le dé credito, y dineros. De los dineros no hago caso, respondió él; mas preciaría la fama, que quanto hay. Porque es cosa de grandisimo gusto, y de no menos importancia ver salir mucha gente de la Comedia, todos contentos, y estár el Poeta que la compuso á la puerta del Teatro, recibiendo parabienes de todos. Sus descuentos tienen esas alegrías, le dixé yo, que tal vez suele ser la Comedia tan pesima, que no hay quien alce los ojos á mirar al Poeta, ni aun él pára quatro calles del Coliseo, ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados, y corridos de haverse engañado, y escogido por buena. ¿Y V. m. Señor Cervantes, dixo él, ha sido aficionado á la Caratula? ¿Ha compuesto alguna Comedia? Sí dixé yo: muchas, y à no ser mias, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron: *Los Tratos de Argel: La Numancia: La gran Turquesca: La Batalla Navál: La Jerusalem: La Ama-*

ranta, ó la del Mayo: El Bosque amoroso: La Única, y la bizarra Arsinda, y otras muchas de que no me acuerdo. Mas la que yo mas estimo, y de la que mas me precio, fue, y es de una llamada La Confusa, la qual, con paz sea dicho, de quantas Comedias de capa, y espada hasta oy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. *Panc.* ¿Y ahora tiene V. m. algunas? *Mig.* Seis tengo, con otros seis Entremeses. *Panc.* ¿Pues por qué no se representan? *Mig.* Porque ni los Autores me buscan, ni yo les voy á buscar á ellos. *Panc.* No deben de saber que V. m. las tiene. *Mig.* Sí saben, pero como tienen sus Poetas paniaguados, y les vá bien con ellos, no buscan pan de trastrigo, pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea de espacio lo que pasa apriesa, y se disimula, ó no se entiende quando las representan; y las Comedias tienen sus sazones, y tiempos como los Cantares. Aquí llegamos con nuestra platica, quando Pancracio puso la mano en el seno, y sacó de él una carta con su cubierta, y besandola, me la puso en la mano: leí el sobreescrito, y ví que decia de esta manera.

A Miguèl de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas, frontero de las casas donde solia vivir el Principe de Marruecos, en Madrid. Al porte: Medio real, digo diez y siete maravedis.

Escandalizóme el porte, y de la declaracion del medio real, digo, diez y siete, y volviendóse la, le dixé. Estando yo en Valladolid llevaron una carta à mi casa para mí, con un real de porte: recibíola, y pagó el porte una sobrina mia, que nunca ella le pagára: pero dióme por disculpa, que muchas veces me havia oído decir, que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dár limosna, en pagar al buen Medico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos, ó de enemigos, que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Dieronmela, y venia en ella un Soneto malo, desmayado, sin garvo, ni agudeza alguna, diciendo mal de Don Quijote, y de lo que me pesó, fue del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte. Asi que si V. m. le quiere llevar de esta, bien se la puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide. Rióse muy de gana el Señor Roncesvalles, y dixome. Aunque soy Poeta, no soy tan misero que me aficionen diez y siete maravedis. Advierta V. m. Señor Cervantes, que esta carta por lo menos es del mismo Apolo: él la escribió no há veinte dias en el Parnaso,

y me la dió para que á V. m. la diese. V. m. la lea, que yo sé que le ha de dár gusto. Haré lo que V. m. me manda, respondí yo: pero quiero que antes de leerla V. m. me la haga de decirme, como, quando, y á qué fue al Parnaso? Y él respondió. Como fuí: fue por mar, y en una fragata que yo, y otros diez Poetas fletamos en Barcelona: quando fuí, fue seis días despues de la batalla que se dió entre los buenos, y los malos Poetas. A qué fuí: fue á hallarme en ella por obligarme á ello la profesion mia. A buen seguro, dixe yo, que fueron V. ms. bien recibidos del Señor Apolo. *Pant.* Si fuimos, aunque le hallamos muy ocupado á él, y á las Señoras Pierides, arando, y sembrando de sal todo aquel termino del campo donde se dió la batalla. Preguntéle para qué se hacia aquello; y respondiome, que asi como de los dientes de la serpiente de Cadmo havian nacido hombres armados, y de cada cabeza cortada de la Hydra que mató Hercules havian renacido otras siete, y de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se havia llenado de serpientes toda la Libia; de la misma manera de la sangre podrida de los malos Poetas, que en aquel sitio havian sido muertos, comenzaban á nacer del tamaño de ratones otros Poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, y que por esto se araba aquel lugar, y se sembraba de sal, como si fuera casa de traydores. En oyendo esto, abrí luego la carta, y ví que decia.

APOLO DELFICO

A MIGUEL DE CERVANTES

S A A V E D R A,

S A L U D.

EL Señor Pancracio Roncesvalles, llevador de esta, dirá á V. m. señor Miguel de Cervantes, en qué me halló ocupado el dia que llegó á verme con sus Amigos. Y yo digo, que estoy muy quejoso de la descortesia que conmigo se usó en partirse V. m. de este monte sin despedirse de mí, ni de mis hijas, sabiendo quanto le soy aficionado, y las Musas por el consiguiente; pero si se me dá
por

por disculpa, que le llevó el deseo de vér á su Mecenas el gran Conde de Lemos en las fiestas famosas de Napoles, yo la acepto, y le perdono.

Despues que V. m. partió de este lugar, me han sucedido muchas desgracias, y me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir, y acabar los Poetas, que iban naciendo de la sangre de los malos que aquí murieron, aunque yá (gracias al Cielo, y á mi industria) este daño está remediado.

No sé si del ruido de la batalla, ó del vapor que arrojó de sí la tierra, empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos vaguidos de cabeza, que verdaderamente me tienen como tonto, y no acierto á escribir cosa que sea de gusto, ni de provecho: así, si V. m. viere por allá que algunos Poetas, aunque sean de los mas famosos, escriben, y componen impertinencias, y cosas de poco fruto, no los culpe, ni los tenga en menos, sino que disimule con ellos: que pues yo, que soy el padre, y el inventor de la Poesía, deliro, y parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

Embío á V. m. unos privilegios, ordenanzas, y advertimientos, tocantes á los Poetas, V. m. los haga guardar, y cumplir al pie de la letra, que para todo ello doy á V. m. mi poder cumplido, quanto de Derecho se requiere.

Entre los Poetas que aquí vinieron con el señor Pantracio Roncesvalles, se quejaron algunos de que no iban en la lista de los que Mercurio llevó á España, y que así V. m. no los havia puesto en su *Viage*. Yo les dixé, que la culpa era mia, y no de V. m. pero que el remedio de este daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras, que ellas por sí mismas les darian fama, y claro renombre, sin andar mendigando agenas alabanzas.

De mano en mano, si se ofreciere ocasion de mensagero, iré embiando mas privilegios, y avisando de lo que en este Monte pasare. V. m. haga lo mismo, avisandome de su salud, y de la de todos los Amigos.

Al famoso Vicente Espinél dará V. m. mis encomiendas, como á uno de los mas antiguos, y verdaderos Amigos que yo tengo.

Si Don Francisco de Quevedo no huviere partido para venir á Sicilia, donde le esperan, toquele V. m. la mano, y digale, que
no

no dexé de llegar á verme , pues estarémos tan cerca ; que quando aqui vino , por la subita partida , no tuvé lugar de hablarle.

Si V.m. encontráre por allá algun transfuga de los veinte, que se pasaron al vando contrario , no les diga nada , ni los atlija , que harta mala ventura tienen , pues son como demonios , que se llevan la pena , y la confusion con ellos mismos do quiera que vayan.

V.m. tenga cuenta con su salud , y mire por sí , y guardese de mí , especialmente en los caniculars , que aunque le soy amigo , en tales dias no vá en mi máno , ni miro en obligaciones , ni en amistades.

Al señor Pancracio Roncesvalles tengale V.m. por amigo , y comuniquelo ; y pues es rico , no se le dè nada que sea mal Poeta ; y con esto nuestro Señor guarde á V.m. como puede , y yo deseo. Del Parnaso á 22. de Julio , el día que me calzó las espuelas para subirme sobre la Canicula , 1614.

Servidor de V. m.

Apolo Lucido.

En acabando la carta , ví que en un papel aparte venía escrito.

*Privilegios , Ordenanzas , y Advertencias , que
Apolo embia á los Poetas Españoles.*

ES el primero , que algunos Poetas sean conocidos , tanto por el desaliño de sus personas , como por la fama de sus versos.

Item , que si algun Poeta dixere que es pobre , sea luego creído por su simple palabra , sin otro juramento , ó averiguacion alguna.

Ordenase , que todo Poeta sea de blanda , y de suave condicion , y que no mire en puntos , aunque los trayga sueltos en sus medias.

Item , que si algun Poeta llegáre á casa de algun su amigo , ó conocido , y estuvieren comiendo , y le convidare , que aunque él ju-

jure que yá ha comido , no se le crea en ninguna manera , sino que le hagan comer por fuerza , que en tal caso no se le hará muy grande.

Item, que el mas pobre Poeta del mundo , como no sea de los Adanes , y Matusalenes , pueda decir que es enamorado , aunque no lo esté , y poner el nombre á su dama , como mas le viniere á cuento , ora llamandola Amarili , ora Anarda , ora Clori , ora Filis , ora Filida , ò yá Juana Tellez , ò como mas gustáre , sin que de esto se le pueda pedir , ni pida razon alguna.

Item se ordena , que todo Poeta , de qualquier calidad , y condicion que sea , sea tenido , y le tengan por hijodalgo , en razon del generoso exercicio en que se ocupa , como son tenidos por Christianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Item se advierte , que ningun Poeta sea osado de escribir Versos en alabanzas de Principes , y Señores , por ser mi intencion , y advertida voluntad , que la lisonja , ni la adulacion no atraviesen los umbrales de mi casa.

Item, que todo Poeta Comico , que felizmente huviere sacado á luz tres Comedias , pueda entrar sin pagar en los Teatros , si yá no fuere la limosna de la segunda puerta , y aun esta , si pudiese ser la escuse.

Item se advierte , que si algun Poeta quisiere dár á la estampa algun Libro que él huviere compuesto , no se dé á entender que por dirigirle á algun Monarca , el tal Libro ha de ser estimado , porque si él no es bueno , no le adobará la direccion , aunque sea hecha al Prior de Guadalupe.

Item se advierte , que todo Poeta no se desprecie de decir que lo es , que si fuere bueno , será digno de alabanza , y si malo , no faltará quien lo alabe , que quando nace la escoba , &c.

Item, que todo buen Poeta pueda disponer de mí , y de lo que hay en el Cielo á su beneplacito : conviene á saber , que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar , y aplicar á los cabellos de su dama , y hacer dos Soles sus ojos , que conmigo serán tres , y asi andará el mundo mas alumbrado , y de las Estrellas , Signos , y Planetas , puede servirse de modo , que quando menos lo piense , la tenga hecha una Esfera Celeste.

Item, que todo Poeta á quien sus Versos le huvieren dado á entender que lo es , se estime , y tenga en mucho , ateniendose á aquel refrán : Ruin será el que por ruin se tiene.

Item

Item se ordena, que ningun Poeta por grave haga corrillo en lugares públicos, recitando sus Versos, que los que son buenos en las Aulas de Atenas se havian de recitar, que no en las plazas.

Item se dá por aviso particular, que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviosos, y llorones, los pueda amenazar, y espantar con el coco, diciendoles: Guardaos, niños, que viene el Poeta Fulano, que os echará con sus malos Versos en la sima de Cabra, ó en el Pozo Ayron.

Item, que los días de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el Poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.

Item se ordena, que todo Poeta que diere en ser espadachin, valentón, y arrojado, por aquella parte de la valentía se le desague, y vaya la fama que podia alcanzar por sus buenos Versos.

Item se advierte, que no ha de ser tenido por ladron el Poeta que hurtáre algun Verso ageno, y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto, y toda la copla entera, que en tal caso tan ladron es como Caco.

Item, que todo buen Poeta, aunque no haya compuesto Pœma heroyco, ni sacado al teatro del mundo obras grandes con qualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de Divino, como le alcanzaron Garci-Laso de la Vega, Francisco de Figueroa, y el Capitán Francisco de Aldana, y Hernando de Herrera.

Item se dá aviso, que si algun Poeta fuere favorecido de algun Principe, ni le visite á menudo, ni le pida nada, sino dexese llevar de la corriente de su ventura, que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra, y los gusarapos del agua, la tendrà de alimentar á un Poeta por sabandija que sea.

En suma estos fueron los Privilegios, Advertencias, y Ordenanzas que Apolo me embió, y el Señor Pancracion de Roncesvalles me trajo, con quien quedé en mucha amistad, y los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la respuesta al Señor Apolo, con las nuevas de esta Corte. Daráse noticia del dia, para que todos sus aficionados le escriban.

L A U S D E O.